CRUZADA
EN 'JEANS'
Thea Beckman

Cuenta la historia que, en el año 1212, millares de niños cristianos, siguiendo el llamamiento de un muchacho, organizaron una Cruzada y se encaminaron a Tierra Santa para librar Jerusalén del poder de los sarracenos. Por un azar imprevisto, Rudolf Hefting, un muchacho del siglo xx, atraviesa un túnel del tiempo y se ve forzado a unirse a la Cruzada infantil.

Rudolf contempla con ojos atónitos el mundo medieval y observa asombrado las virtudes y los defectos del espíritu caballeresco. Comparte las aventuras y las penalidades de los jóvenes cruzados y, con sus conocimientos de hombre del siglo xx, los ayuda a sortear mil peligros, a resolver difíciles problemas y a no caer en las asechanzas de quienes quieren abusar de su buena fe.

Thea Beckman

Cruzada en 'jeans'

ePUB r1.0
Tiver 17.02.2012

Título original: *Kruistocht in spijkerbroek*
Thea Beckman, 1973
Traducción: Guillermo Solana

Editor digital: Tiver
ePub base r1.0

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

1
Salto en el tiempo

—Y ESTE —dijo el doctor Simiak— es el transmisor de materia.

Rudolf Hefting contempló impresionado la enorme máquina que cubría todo un muro del laboratorio. Vio un elevado panel, repleto de diales, botones y palancas con enigmáticos números y símbolos. Aquella extraordinaria máquina que establecía contacto con el pasado le hizo sentirse pequeño e insignificante. Su padre, el doctor Hefting era amigo de los dos hombres que la habían inventado, y ahora, tras meses y meses de súplicas, Dolf, ante la proximidad de las navidades, había sido por fin autorizado a visitar el laboratorio. Jamás había imaginado que el transmisor de materia fuera tan grande.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la sección central.

Parecía una cabina telefónica, pero sus paredes estaban aisladas a conciencia y la puerta era transparente. Sin embargo, no estaba hecha de vidrio, sino de un material sintético que, según decía el doctor Simiak, era indestructible.

—Ahí colocamos las jaulas con los animales o cualquier otro objeto que queramos transportar —explicó el doctor Frederics, que era el ayudante del doctor Simiak.

—¿Y vuelven también ahí?

—Cuando todo se desarrolla conforme a lo previsto.

—¿Qué quiere decir?

—Permíteme explicártelo, Dolf —dijo el doctor Simiak—. Si enviamos un animal enjaulado al pasado, tenemos que aguardar tres horas antes de poder recuperarlo porque el transmisor gasta mucha energía, se recalienta y

hay que esperar a que se enfríe. Durante ese tiempo, la jaula ha de permanecer en el pasado, exactamente en el mismo lugar en que queda colocada. Eso es esencial, porque las coordenadas de la máquina se hallan determinadas para ese punto. Si alguien retira la jaula o si ésta aterriza en un terreno inestable y se cae, cuando vayamos a recuperarla sólo encontraremos un montón de arena y tierra. En otras palabras, habremos perdido el animal.

—¿Por qué experimentan sólo con animales? —preguntó Dolf—. Los animales no pueden contarles lo que han visto del pasado.

—Porque antes de pensar en enviar personas al pasado tenemos que estar absolutamente seguros de que no corren peligro alguno. Si una persona llegara a una ciénaga o a un lago no podría establecer contacto con nosotros y se perdería.

—El peso también cuenta —le interrumpió el profesor Frederics—. Cuando utilizamos en el experimento un animal pesado, un mono, un chimpancé, por ejemplo, la energía gastada inutiliza todos los fusibles y las reparaciones suponen meses de trabajo.

—Es increíble. ¿Está ahora la máquina en disposición de funcionar?

—Sí. Hemos proyectado para Año Nuevo un experimento en el que esperamos transportar monos. Los hemos adiestrado para recoger objetos que puedan alcanzar desde la jaula.

Dolf asintió y observó la cabina tratando de imaginar lo que se sentiría estando dentro y en espera de ser transportado a un pasado remoto.

De repente dijo, casi involuntariamente:

—Yo iría.

Los dos científicos se quedaron sin habla. Allí estaba aquel chico, bastante alto para no haber cumplido aún quince años. Un estudiante apasionado por la historia, pero que apenas había dejado de ser niño. Y decía… pero no podía hablar en serio. Naturalmente pensaba en alguna aventura de ciencia-ficción.

—Peso menos que un mono —dijo Dolf.

—Claro, pero…

—Tengo ojos y boca —repuso Dolf—. Al volver les contaría lo que hubiera visto.

Dolf siguió hablando con serenidad, aunque en su interior no se sentía precisamente tranquilo. Su corazón latía con fuerza.

—No, no; es una verdadera insensatez —murmuró el doctor Frederics.

—Demasiado peligroso —añadió el doctor Simiak. Pero su voz revelaba inseguridad.

Cuanto más insistían los científicos en que no era posible realizar el experimento, más dispuesto se mostraba Dolf a correr el riesgo.

—Sería una cobaya ideal. Tengo el peso adecuado y unos ojos a los que no se les escapa nada —dijo—. En cualquier caso podría llevar un arma. Sé que es peligroso, pero me siento capaz de superar las dificultades; además sólo serían unas horas, el tiempo justo para… En mi casa tengo un libro que describe el torneo que organizó el duque de Dampierre, el catorce de junio de mil doscientos doce, en Montgivray, Francia central. ¿Por qué no me envían allí? Sería magnífico. ¿Qué pueden decirles esos monos? Imagino que podrán reconocerlos y extraer partículas de polvo de su pelo. Pero ¿de qué sirve eso? Yo soy capaz de proporcionarles unas pruebas científicas irrefutables.

Advirtió que los dos hombres titubeaban.

—… Y no tengo miedo —añadió rápidamente.

—Querido Dolf, parece que no comprendes —dijo con gravedad el doctor Simiak— que si te autorizáramos, cosa que no vamos a hacer, sólo podríamos hacer una vez el intento de traerte. Si fracasara y no estuvieras en el sitio adecuado en el momento oportuno, te quedarías vagando por la Edad Media el resto de tu vida.

—Estaré en el lugar adecuado en el momento adecuado —dijo firmemente Dolf.

—A ti todo te parece demasiado fácil —dijo el doctor Frederics; pero sus ojos brillaban de excitación.

—Sé que la computadora puede determinar exactamente el lugar al que me van a enviar —repuso Dolf—. Yo podría llevarme una tiza para marcar

el lugar. Así lo encontraría fácilmente unas horas más tarde. También podría llevarme un cuchillo para defenderme en caso de necesidad y…

—Basta, muchacho —lo interrumpió el doctor Simiak con voz temblorosa—. Es demasiado arriesgado. Todavía no hay ningún hombre que haya vuelto al pasado. Son muchas las cosas que podrían ir mal, y no podemos asumir esa responsabilidad.

—Bueno, alguien tiene que ser el primero. ¿Por qué no yo? —replicó Dolf.

No quería continuar la discusión, sino conseguir cuanto antes su propósito.

Los dos físicos siguieron explicándole por qué era inaceptable el proyecto; pero él no les prestó atención. Observaba la «cabina telefónica», la puerta del pasado. Fuera, el día del invierno era frío y gris; pero en el interior del laboratorio la atmósfera era cálida. Allí estaba Dolf, con su chaqueta de mano. Súbitamente se la puso.

—¡Déjeme ir! —dijo—. ¡Por favor!

Dolf miró el cronómetro colgado sobre el transmisor de materia. Era la una menos cuarto. Echó un vistazo a su nuevo reloj, un regalo de Navidad, y lo sincronizó con el cronómetro.

—Tenemos que determinar el momento exacto en que debo estar en el lugar del que ustedes me traerán —dijo.

Entonces sucedió lo increíble. Dolf no supo si los dos hombres cedieron a su terca insistencia o a la tentación de someter su invento a una prueba auténtica; pero ambos empezaron a asentir simultáneamente.

El doctor Frederics corrió a la computadora y empezó a suministrarle información.

—¿Cuándo era? ¿El catorce de junio de mil doscientos doce? ¿Y Montgivray, en Francia? Voy a ver en el mapa dónde queda exactamente.

Prosiguió murmurando mientras operaba en la computadora. El doctor Simiak también se puso en movimiento. Salió y volvió al instante con dos gruesos rotuladores, uno negro y otro amarillo. Además entregó a Dolf un largo y afilado cuchillo de mesa, que el muchacho sujetó bajo su cinturón, y algunas cerillas, que se metió en el bolsillo.

—Hay que reducir los riesgos todo lo posible —dijo el doctor Simiak —. Fijaremos el momento de regreso para dentro de cuatro horas exactamente.

Anotó la hora. Era la una menos cinco.

—Necesitaremos algunos minutos para ajustar el transmisor. Por tanto te transportaremos a la una en punto. No lo olvides; te recogeremos a las cinco. ¿Entendido?

—Allí estaré —respondió Dolf, que ya se dirigía a la cabina.

Reapareció el doctor Frederics, trayendo los resultados de los cálculos de la computadora. Cuando Dolf abrió la puerta de la cabina, el doctor Frederics lo cogió súbitamente del brazo.

—¡Un momento! —gritó a Dolf—. ¿Estás seguro de que quieres seguir adelante? Recuerda que sólo podemos intentar recuperarte una vez.

—Estoy resuelto —respondió Dolf; y entró en la cabina.

—Para mayor seguridad, déjate ver lo menos posible, pues tu traje llamaría la atención.

Dolf asintió distraídamente.

Con la puerta todavía abierta, el doctor Simiak dijo roncamente:

—De acuerdo entonces. Pon los pies exactamente en el centro de ese cuadrado metálico. Así. En ningún caso toques las paredes. Simplemente cierra los ojos y estate quieto. No te impacientes. Nos costará tres minutos lograr la energía suficiente para… no toques nada, muchacho, yo…

Dolf cerró los ojos y oyó cómo se cerraba la puerta. Después ya no percibió más sonidos.

Se quedó quieto como una estatua. «Contar —pensó—, tengo que contar hasta sesenta y tres veces y despacio».

Comenzó a contar con gran concentración para dejar de pensar. No debía cambiar de idea ni por un segundo. No debía asustarse. No debía ser presa del pánico.

—Treinta y uno, treinta y dos…

¿Era el segundo minuto o el tercero? ¿Habría transcurrido todo ese tiempo?

—Cuarenta y cinco, cuarenta y seis…

Tras sus párpados cerrados danzaban remolinos.

—*Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve…*

Y de repente el mundo pareció acabar. Dolf experimentó el impacto de una intensa fuerza que envió punzadas de dolor por todo su cuerpo. Se sintió envuelto en una neblina de cambiantes matices azules a través de los cuales comenzó a percibir sonidos familiares: el zumbido del viento en los árboles, el canto de los pájaros. Pero aún no se atrevía a moverse ni a abrir los ojos. Podía advertir el calor del sol en su mano y cómo se despejaba la neblina del interior de su cabeza. Abrió los ojos…

Había llegado. Pero ¿adónde?

2
Perdido

DOLF HEFTING se hallaba en un camino marcado por profundas rodadas. A los lados se extendían abruptas laderas cubiertas de árboles, helechos y flores silvestres. A su izquierda, el camino descendía hasta una curva; a su derecha ascendía hasta desaparecer después de otra curva. Al mirar a sus pies descubrió que se hallaba sobre una piedra plana. Así cobró ánimos para reflexionar, aunque apenas se atrevía a moverse.

Por lo menos sabía que había sido trasladado a un lugar diferente. Tenía que comprobar si también había sido transportado a una época distinta. Su reloj marcaba la una y dos minutos y seguía andando. Volvió a examinar la piedra. De todas las posibilidades había ocurrido lo mejor. Contaba con un claro punto de referencia que podía señalar fácilmente. Sacó los dos rotuladores y trazó dos círculos alrededor de sus pies, uno amarillo y otro negro. Aliviado, guardó los rotuladores y bajó de la piedra.

«Ahora debo fijarme en el camino que sigo —pensó prudentemente—, porque de otra manera no sería capaz de hallar a tiempo la piedra. Ese alto abedul de allá arriba será una buena señal».

Hacía mucho calor, y Dolf se ahogaba con la chaqueta puesta. Pero no se atrevió a quitársela, aunque debajo llevaba un jersey. Vestía además unos vaqueros y unas medias de lana y calzaba pesados zapatos de invierno. En suma, se trataba de una indumentaria absolutamente impropia del tiempo de junio. El sol caía sobre su cabeza. Aquel camino polvoriento y sin pavimentar despedía fuego.

«Me encuentro en una región montañosa —pensó—. Vamos a ver a dónde lleva este camino».

Descendió por la ladera, levantando polvo con sus pies; al girar en la curva distinguió un valle. En la lejanía se divinaba una población.

«Debe ser Montgivray —dijo en voz alta—. ¡Ha funcionado! ¡Ha funcionado perfectamente!».

Aunque la población aparecía medio oculta por la bruma, Dolf advirtió que no era moderna. Pudo distinguir vagamente torreones y murallas. Mucho más abajo de donde él se hallaba, un carromato entoldado se dirigía por el camino hacia las puertas, y el muchacho pudo ver a personas que trabajaban en los campos del valle.

«He retrocedido a la Edad Media. Estoy en la Francia del siglo XIII», se dijo a sí mismo, aunque apenas llegaba a creérselo. Estaba a punto de proseguir su descenso cuando oyó a sus espaldas el ruido lejano de cascos de caballos, gritos y un alboroto general. Sorprendido, miró hacia atrás, pero la curva le ocultaba el resto del camino.

Oyó más gritos y fragor de armas. Pensó que quizá se habían encontrado dos caballeros rivales y habían empezado a pelear.

«Tengo que verlo —se dijo a sí mismo—; pero he de procurar que no me descubran».

Retrocedió corriendo, dispuesto a esconderse entre los matorrales en cualquier momento. Poco más allá de la piedra que había marcado, franqueó la curva y divisó entre la nube de polvo que se alzaba ante él algo tan sorprendente que se olvidó de esconderse.

¡Claro que era una pelea! Dos hombres a caballo atacaban a un tercero a pie, que blandía un enorme garrote al tiempo que gritaba. Entre la maleza relinchaba una mula. Los dos rufianes montados vestían capas pardas y justillos y cascos de cuero. Desde luego, no eran caballeros. Sus pesados y descuidados caballos no llevaban armaduras, y sus espadas eran romas y estaban enmohecidas. Cuando Dolf llegó, el hombre de a pie asestó a uno de sus asaltantes un golpe de tal fuerza que le hizo soltar la espada; pero la pelea seguía siendo desigual. Dolf podía ver que aquel hombre sucumbiría pronto ante los otros dos.

—Ladrones —murmuró.

Enfurecido, echó mano de su cuchillo de mesa y saltó hacia adelante. Ante él había una pierna que espoleaba al caballo. Dolf lanzó una cuchillada, y un alarido hizo patente que el cuchillo había alcanzado su objetivo.

En aquel momento se oyó un grito y Dolf vio que el otro ladrón caía a manos del hombre de a pie. El adversario de Dolf, sangrando copiosamente por la pierna, hizo volver grupas a su caballo y se dirigió directamente hacia el muchacho. Dolf saltó a un lado, pero recibió un golpe en un hombro. El ladrón no giró para iniciar otro ataque, sino que huyó al galope. En un instante se perdió de vista, abandonando a su compañero, que gemía en el suelo. Hubo un golpe y luego otro. Los gemidos cesaron. La pelea había concluido.

Jadeante, Dolf se dejó caer sobre la hierba seca del borde del camino; su hombro izquierdo ardía de dolor. Contempló su cuchillo manchado de sangre. Y de repente comprendió que había herido a un ser humano.

El hombre al que había ayudado se hallaba en pie frente a él. También él jadeaba y se enjugaba el sudor de la cara. Habló, pero Dolf se encontraba demasiado agitado para prestarle atención. Estaba a punto de llorar, avergonzado de lo que había hecho.

El hombre recobró el aliento y fue a buscar su mula. Ató el animal a un árbol y se acercó al ladrón que yacía inerte en el camino. Le dio una patada en la espalda, pero el herido no se movió.

Dolf se quedó petrificado. El ladrón estaba muerto; lo había matado aquel hombre con su enorme garrote. Se estremeció.

El hombre le hizo señas. Dolf se levantó con dificultad y sosteniendo su brazo izquierdo.

El hombre aferró al ladrón muerto bajo los hombros e indicó a Dolf que lo cogiera por las piernas. Entre los dos lo arrastraron fuera del camino. Entonces se observaron mutuamente y el otro sonrió. Dolf comprendió que no debía tener miedo. ¡Había salvado la vida de aquel hombre! Le habló y Dolf creyó oír una palabra que sonaba como «Gracias».

En vez de dirigirse a la ciudad, a corta distancia cuesta abajo, ascendieron por un sendero que les condujo a un prado situado encima de la

ladera. Desde allí disfrutaban de una amplia vista del valle y de la lejana población. En torno a ellos, los pájaros cantaban alegremente y allá arriba, en el azul del cielo, describían círculos los halcones. El aire era cálido y perfumado. Dolf tuvo de repente la sensación de que estaba de vacaciones. El hombre sacó de su morral pan y carne e invitó al muchacho a compartir sus viandas.

Dolf saboreó complacido el pan; en cambio, le sorprendió el gusto de la carne. Ño podía determinar si era cordero o cerdo; pero sabía… sabía… ¡Tenía un sabor salvaje! Pero mataba el hambre. Su compañero estaba concentrado en su comida. Sus dientes, fuertes y blancos, mordían el pan y arrancaban pedazos de la carne. Después bebió un largo trago de su bota y se la pasó a Dolf. El líquido tenía un sabor avinagrado y picante, pero apagaba la sed en el acto.

Todavía le dolía el hombro, pero menos que antes. Ahora se sentía tan a gusto que por fin tuvo valor para quitarse la chaqueta. El hombre observó extrañado su jersey y sus vaqueros. Cuando Dolf lo miró a su vez comprendió que se trataba de un joven. Su pelo era largo y negro, tenía unos magníficos ojos de color castaño y su piel estaba bronceada. Vestía una capa verde con un cinturón de curo, del que colgaba en su vaina una corta daga. Calzaba botas pardas y junto a él había dejado un sombrero verde, una especie de casquete.

Terminaron de comer y el joven miró a Dolf directamente a los ojos y señaló a su propio pecho.

—Leonardo —se presentó—. Leonardo Fibonacci, de Pisa.

—¿Pisa? —tartamudeó Dolf sorprendido. Creía haber entendido mal; pero el hombre asintió. Dolf consideró que ahora debía presentarse él. Y se vio obligado a mencionar también su lugar de nacimiento. Señalándose a sí mismo, dijo:

—Rudolf Hefting, de Amsterdam.

En aquel momento comprendió que probablemente iba a tropezar con problemas lingüísticos. No sabía francés, y menos aún francés medieval. Tampoco dominaba el latín.

Leonardo comenzó a hablar con gran rapidez. A Dolf le zumbaban los oídos; pero pronto comprendió que aquello no era francés medieval, ni italiano. Le sonaba un poco a holandés o a alemán; pero no le resultaba familiar.

—¡Despacio! —exclamó—. Si hablas tan deprisa no puedo seguirte.

El hombre comprendió y empezó otra vez su relato, muy lentamente, recalcando las palabras y apoyándolas con gestos. Dolf lo escuchaba atentamente. Algunas palabras le resultaban conocidas. «Se trata de una especie de holandés antiguo —pensó—, no es muy difícil de entender cuando el hombre habla despacio».

De hecho consiguió entender algo de lo que Leonardo le contó. Supo que aquel joven había estudiado dos años en Paris y ahora se dirigía a Bolonia, donde pensaba concluir sus día viajado durante muchas semanas y hasta entonces apenas había tropezado con dificultades. Y luego, hacía menos que una hora, se vio sorprendido por aquellos dos salteadores que creyeron que un viajero solitario sería presa fácil. Pero no contaron con el terrible garrote de Leonardo, con la rapidez de sus mandobles ni tampoco con la oportuna ayuda de aquel desconocido.

Dijo muchas más cosas, pero eso fue lo que Dolf consiguió entender. Como es natural, el estudiante esperaba que el chico le contara algo de sí mismo. Tratando de acomodarse a la manera de hablar de Leonardo. Dolf le explicó que se dirigía al gran torneo que había organizado en Montgivray el conde Jean de Dampierre. Y Dolf señaló la ciudad que se alzaba a lo lejos.

—¿Dampierre? ¿Montgivray? —preguntó Leonardo con gesto de sorpresa.

Dolf asintió y señaló de nuevo la población que relucía en la calina.

—Allí, Montgivray.

Leonardo meneó la cabeza. Al parecer, no estaba de acuerdo.

—No es Montgivray. Es Espira —dijo.

—¿Espira? —pregunto Dolf consternado, al tiempo que señalaba hacia el norte—. Entonces…, ¿dónde… Montgivray?

Una vez más Leonardo movió la cabeza. También él señaló hacia el norte:

—En esa dirección está Worms.

Dolf se quedó atónito. Eso era imposible. Worms era una ciudad de Alemania, estaba a orillas del Rin. Y Espira, ¿allí también? Asombrado, observó la ciudad, protegiéndose los ojos del sol. La población continuaba cubierta por la calina y era difícil distinguir sus características; pero Dolf pudo distinguir la aguja de una iglesia que se alzaba sobre el caserío. Al cabo de cierto tiempo creyó reconocer su forma. Tres años antes había pasado por Espira, cuando se dirigía con sus padres a Suiza. Recordaba que era una ciudad ajetreada, con mucha industria, un magnífico puente sobre el Rin, amplias avenidas y, sobre todo, una impresionante catedral, que databa, en parte, del siglo XIII. ¿Era ésa la misma iglesia? De ser así, no estaría en Francia, sino en Alemania. No, no podía ser.

Más allá de la ciudad distinguió un ancho río, una cinta plateada que relucía al sol.

—¿Es el Rin?

Leonardo asintió.

«¡Dios mío! —pensó Dolf—. No he llegado al sitio previsto». Dio un respingo, se volvió en redondo y se dirigió al estudiante.

—¿En qué año estamos?

—En mil doscientos doce.

Bueno, al menos en esto no había habido fallos.

—¿Y la fecha?

Leonardo lo miró perplejo.

—¿Qué día del mes?

—¡Ah! —dijo Leonardo, entendiendo de repente—. San Juan.

Dolf se quedó como estaba, pero no se atrevió a proseguir su investigación. La curiosidad de Leonardo podía trocarse en suspicacia.

«Esto se está poniendo un poco difícil», pensó Dolf preocupado. No había esperado tener que hablar con nadie de esa época. Suspiró y trató de recordar qué cosas sabía de la Edad Media. Sabía que todo el mundo era católico y que los emperadores alemanes disputaban el poder al Papa. Se construían grandes catedrales como la que se alzaba allá abajo, en Espira. Los caminos eran peligrosos y los viajes, difíciles. Pero, aunque los

caminos y los mares ofrecían muchos riesgos, abundaban los viajeros. Había cruzadas, torneos y luchas locales entre príncipes y rivales. La ciencia apenas había nacido, y la gente era muy supersticiosa. Los hombres llevaban amuletos para protegerse contra la desgracia, se santiguaban al menor indicio de dificultades y, cuando las cosas salían mal, le echaban la culpa al diablo.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Leonardo.

Rudolf lo había dicho al presentarse, pero lo repitió.

—De Amsterdam.

Leonardo se encogió de hombros.

—Está en Holanda —añadió Dolf.

—¡Ah!… ¿Conque eres de Holanda?

—Sí.

—¿Y cómo es que apenas me entiendes? Al fin y al cabo también allí habláis alemán. ¿O sólo hablas dialecto?

Hablando lentamente, Dolf dijo a Leonardo:

—Amigo mío, por favor, confía en mí. Soy un muchacho corriente, un estudiante como tú. Y me he perdido.

—¿Estudiante? Entonces hablarás latín.

—No muy bien.

—¿Qué sabes, pues? ¿Matemáticas?

—Sí —replicó Dolf con presteza. No le gustaba mucho la aritmética, pero suponía que ahí al menos sería capaz de mantener el tipo frente al estudiante de la Edad Media.

Miró a su reloj. Había pasado ya hora y media. Como el sitio a que había llegado no era el previsto, no podría asistir al torneo; pero valdría la pena examinar más de cerca la ciudad del valle.

Pero Leonardo lo cogió del brazo y lo llevó a un arenal próximo. Con un palo trazó un triángulo y un paralelogramo. Dolf sonrió, cogió el palo y dibujó un cono truncado, un cuadrado y una pirámide. Entonces se dieron la mano afectuosamente. Se habían encontrado dos jóvenes estudiantes.

Por vez primera en su vida Dolf lamentó no conocer más que los rudimentos de las matemáticas. Por diversión escribió en la arena el

teorema de Pitágoras *a1 + b2 - c*. Por un momento mentó Leonardo pareció desconcertado. Con gesto inquisitivo señaló los símbolos. «Claro —pensó Dolf alarmado—, utilizará números romanos». Rápidamente borró la fórmula y escribió los números romanos del I al X. Debajo trazó los guarismos árabes 1, 2, 3 hasta el 10. Leonardo se mostró inmediatamente entusiasmado.

—Esos son números orientales —exclamó.

Dolf asintió.

—Sí, siempre los uso. Son más fáciles de utilizar que los números romanos.

¿Había entendido Leonardo? Al menos sabía de qué estaba hablando Dolf.

—He oído hablar de esos guarismos, pero no los entiendo. Por favor, enséñamelos.

Se desplazaron a otro lugar donde había más arena y Dolf empezó la tarea. Por algún tiempo enseñó al estudiante viajero de la Edad Media matemáticas de la escuela primaria. En ocasiones, a Dolf le resultaba difícil expresarse en aquel lenguaje que no le era familiar; pero Leonardo era un hombre de mente ágil. El empleo del cero entusiasmó particularmente al estudiante.

Corría el tiempo.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó el italiano.

—En la escuela, en Holanda.

—Es imposible —le dijo Leonardo con acento de burla—. En Holanda sólo viven bárbaros, estúpidos caballeros y clérigos aún más estúpidos que apenas entienden el latín. Ni siquiera tienen una universidad.

Dolf estaba de nuevo en apuros. Miró a hurtadillas su reloj. ¡Cielos! ¡Ya eran las cuatro y media! Se había olvidado completamente de la hora. Ya no le era posible visitar la ciudad. Había perdido las cuatro horas de su viaje por el tiempo charlando, haciendo sumas y hasta peleando. No tenía nada de la Edad Media que mostrar al doctor Simiak. No serviría de gran cosa hablarle del interesante Leonardo.

Se puso en pie, se sacudió la arena de los pantalones y cogió la chaqueta.

—Tengo que marcharme —dijo de mala gana.

Leonardo también se levantó.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que irte? ¿No podemos quedarnos juntos?

Dolf movió la cabeza entristecido. Se metió las manos en los bolsillos y tocó los rotuladores. Ya no los necesitaba, y a Leonardo le gustaría que se los regalara. Al menos eso pensaba él.

—Toma —dijo al estudiante, ofreciéndole los dos rotuladores—. Son para escribir. Acéptalos como regalo de despedida y señal de amistad.

¿Había entendido el joven? Miró asombrado a Dolf y luego examinó los dos palitos que tenía en la mano. Dolf miró a su alrededor, cogió una piedra y describió un trazo sobre su superficie con el rotulador negro.

Leonardo sonrió radiante y asintió con entusiasmo. Luego se quitó del cuello una cadenita de la que colgaba un esmalte con la efigie de la Virgen María. La puso en la mano de Dolf y aceptó los rotuladores.

A Dolf le entusiasmó tanto el intercambio de regalos (¡un medallón del siglo XIII! ¿Qué diría el doctor Simiak?) que se llevó el esmalte a los labios. Leonardo lo observó con aire de satisfacción. Luego se estrecharon la mano en señal de despedida.

Dolf se colocó la cadenita en el cuello, se puso la chaqueta, hizo un rápido gesto de adiós y emprendió la carrera cuesta arriba. Si no recordaba mal, el polvoriento camino tenía que estar al otro lado de la loma. Eran las cinco menos cuarto. Disponía de tiempo suficiente para llegar a la piedra señalada y esperar su regreso al siglo XX.

Pero al llegar a la cima de la colina vio algo que lo dejó paralizado. Ahora sabía a qué se debía el ruido que había oído confusamente durante algún tiempo. Era el alegre sonido de unas voces infantiles que cantaban al ritmo de muchas pisadas.

Sorprendido, dirigió la vista hacia abajo y distinguió innumerables cabezas. Por el camino avanzaban centenares de niños, tal vez millares. Era imposible contarlos.

Llenaban el camino de una a otra linde. La columna se prolongaba a su derecha hasta llegar a la curva. ¿Sería una procesión del día de San Juan? ¡Tenía que regresar inmediatamente a la piedra! Cuando no pasaba nadie por el camino se la veía muy bien: pero ahora se hallaba oculta en algún lugar bajo aquel tropel, que levantaba una enorme nube de polvo.

Y los niños seguían pasando y pasando junto a él pendiente abajo, hacia Espira. ¿Sería la ciudad lo suficientemente grande para albergar a todos?

Las preguntas eran muchas; pero no había tiempo para buscar respuestas. Dolf sabía que tenía que encontrar la piedra, y pronto. Empezó a bajar, nervioso. A su derecha distinguió el joven abedul en que se había fijado para localizar la piedra. Se dirigió hacia él. De repente se puso nervioso. Era preciso que los niños se hicieran a un lado y le dejaran paso… Pero el camino era demasiado estrecho. Los niños trataban de dejar paso a aquel muchacho que se abría camino con los codos y las rodillas, pero eran empujados por los que los seguían.

Algunas manitas se aferraron a sus brazos y a su espalda. Algunos cuerpecitos chocaron contra él. Un grito de dolor le reveló que había pisado un pie descalzo.

¡La piedra! ¿Dónde estaba la piedra? Miró en torno de sí desesperado y divisó a Leonardo, que también observaba sorprendido el espectáculo. El estudiante le hizo señas, pero Dolf no le respondió. Sólo le preocupaba alcanzar la piedra. Casi había llegado.

Alguien le empujó. Varias chicas le sujetaron por los brazos, impidiendo que se cayera. De repente divisó por encima de las cabezas de la multitud a un muchacho vestido con grises harapos, que gesticulaba frenéticamente. Gritaba, pero con aquel estrépito Dolf no podía oír lo que decía. ¡Horrorizado, Dolf advirtió que el muchacho estaba encima de su piedra! Los niños pasaban, miraban y señalaban sonriendo al tipo vestido de gris. Algunos se mofaban de él. Dolf pugnó por evitar la muchedumbre que lo arrastraba.

—¡Dejadme pasar! —gritó por encima del océano de cabezas—. ¡Quitaos! ¡Tengo que ponerme allí!

El muchacho que estaba sobre la piedra danzaba y gesticulaba. Estaba dando un espectáculo. La marea de niños lo aplaudía y algunos se agarraron las manos y formaron una barrera entre Dolf y el muchacho. Dolf golpeó aterrado en todas las direcciones. Algunos niños retrocedieron gritando. Al llegar a la piedra, Dolf miró hacia abajo y vio que estaba vacía. Donde habían estado los círculos sólo quedaba una pequeña muesca. Dio un salto y se colocó sobre la piedra. Se quedó inmóvil. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba a punto de salírsele del pecho. Con la garganta crispada por el miedo, comenzó a contar para no pensar. *«Uno, dos, tres…* ¿Qué habría sido del muchacho que momentos antes se encontraba encima de la piedra?… *veintitrés, veinticuatro…* ¡Seguro que saltó!… *veintiocho, veintinueve…* Los niños gritaron porque les empujé, no porque… *treinta y cinco, treinta y seis…* Dentro de un minuto oiré un estruendo y estaré de nuevo en el laboratorio del doctor Simiak… *cuarenta y ocho, cuarenta y nueve…* Estoy seguro de que saltó. No he llegado tarde».

No se atrevía a mirar el reloj. No se atrevía a moverse. Todavía se atrevía menos a admitir lo que sus ojos habían visto: en medio de su danza, el chico del siglo XIII había desaparecido.

Pero, por más que trataba de convencerse a sí mismo de lo contrario, Dolf sabía muy bien que el muchacho había sido transportado. Para él, Dolf Hefting, ya era demasiado tarde.

Y en aquel momento recordó la advertencia del doctor Simiak:

—Si fracasa el experimento o no estás en el sitio adecuado en el momento oportuno, te quedarás vagando por la Edad Media durante el resto de tu vida.

Haciendo acopio de valor, Dolf respiró hondo, abrió los ojos y miró su reloj: eran las cinco y seis minutos. Permaneció sobre la piedra, esperando contra toda esperanza. Los minutos transcurrieron lentamente sin que nada sucediera.

«Estoy perdido —se dijo a sí mismo—. ¡He perdido mi oportunidad, mi única oportunidad!».

Poco a poco fue superando el trauma de pavor y decepción. Examinó la ligera muesca sobre la que se alzaba. Comprendió cómo se había producido.

El doctor Simiak, para evitar cualquier riesgo, habría cargado al máximo el transmisor de materia. La máquina habría quedado inutilizada para varios meses…

Extenuado y desesperado, Dolf se derrumbó sobre la piedra y miró sin verlos a los niños que seguían pasando. Ahora avanzaban más despacio y había grandes claros entre las filas. Estos rezagados, casi todos muy pequeños, de rostros macilentos y sucios, vestidos con harapos, estaban también agotados; incapaces de cantar, bromear o reír, pasaban en silencio. Mientras Dolf observaba pasaron más niños, sin energías para hablar. A su lado un niño tropezó y cayó. Quizá no tendría más de seis años. Otro niño, un poco más alto, le ayudó a ponerse en pie y lo arrastró consigo. Entonces apareció un chico de más edad, que caminaba dando grandes zancadas. Vestía espléndidamente y calzaba botas de cuero. De su cinturón recamado de plata colgaba una daga. Su apariencia era realmente majestuosa. Llevaba con cada mano un niño pequeño y derrengado. Animaba a los dos a seguir adelante.

¿De dónde venían todos aquellos chicos? ¿Adónde se dirigían? ¿Qué significaba aquella inacabable procesión? Una niña pequeña cayó al suelo frente a él. Se quedó inmóvil. Esta vez no hubo manos que la ayudaran. Caminando, caminando, caminando, más pies desnudos tropezaron con ella. Dolf no pudo resistirlo. Saltó y corrió hacia ella. La puso en pie y contempló su cara, horrorizado. Sus ojos, pequeños y cerrados, estaban hundidos en las órbitas. Las mejillas eran puro hueso. ¿Seguía siquiera con vida?

Dolf examinó desesperado a la niña inconsciente que tenía en sus brazos.

Y entonces vio que Leonardo se dirigía hacia él, seguido de su fiel mula.

—Está muñéndose —dijo Dolf con ansiedad.

Leonardo cogió la delgadísima muñeca y la dejó caer de nuevo.

—Está muerta —repuso tristemente.

Lentamente, Dolf dejó que la niña se deslizara entre sus brazos. Le corrían lágrimas por las mejillas.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando aquí? ¿Adónde van todos estos chicos?

Leonardo no le contestó. Arrastró la niña hasta la orilla del camino y la colocó entre la maleza. Juntó las manos sobre el pecho, hizo la señal de la cruz sobre aquel cuerpecito, murmuró una oración y empezó a cubrir el cadáver con piedras. Dolf se arrodilló a su lado para ayudarle. A sus espaldas resonaban los pasos de más chicos. ¿Nunca se terminaría aquello?

Leonardo se puso en pie.

—Se está haciendo tarde. Es mejor que vayamos a la ciudad, aunque me temo que esta noche tendrán las puertas cerradas.

Dolf se estaba acostumbrando a aquel lenguaje y empezaba a entenderlo bastante bien. Pero sus preguntas no habían tenido respuesta.

—¿Quiénes son… esos chicos? —insistió.

Leonardo movió la cabeza. También él estaba visiblemente afectado.

—¿Esos niños? He oído hablar de ellos. Es la Cruzada de los Niños.

—¿Qué?

—Van camino de Tierra Santa, para liberar a Jerusalén de los sarracenos.

Dolf abrió la boca, sorprendido.

—¿Esos… esos críos?

Leonardo asintió.

—¿Y van a luchar contra los turcos? —preguntó Dolf atónito.

Leonardo seguía contemplando el montón de piedras bajo el que había sepultado a la niña.

—¿Cómo piensan hacer eso? —preguntó Dolf olvidándose de sus propios apuros y su desesperación—. Algunos sólo tienen seis o siete años… ¿Qué clase de cruzada es ésa?

Dolf no sabía si Leonardo lo escuchaba, pero al cabo de un rato obtuvo una respuesta.

—Es la Cruzada de los Niños. En Francia hubo una vez algo parecido, pero no eran tantos.

—No lo entiendo —tartamudeó Dolf.

—Tampoco yo. Cuando me lo dijeron me negué a creerlo; pero ahora lo he visto con mis propios ojos.

—¡No! —gritó Dolf—. No puede ser cierto; es una pesadilla. Pronto me despertaré. ¡Una cruzada de niños! Es ridículo. Impensable. Las cruzadas son para los hombres; para caballeros con armaduras. ¡No para niños!

Leonardo guardó silencio. Cogió la mula del ronzal y se puso en marcha. Dolf lo siguió, aterrado súbitamente ante la perspectiva de quedarse abandonado a sus fuerzas en aquel mundo incomprensible. Adelantaron a un niño que pugnaba por caminar y cuyos pies descalzos sangraban. Leonardo no dijo nada, pero levantándolo con cuidado lo colocó sobre la mula. Un momento más tarde colocó tras el chico a una niña que encontró sollozando al borde del camino. Dolf no hablaba, pero sentía su corazón henchido y cálido como si las ardientes lágrimas que trataba de contener se agolparan en su pecho. Observó el rostro hosco e inmutable de su compañero, pero rápidamente apartó la vista. Creyó distinguir al otro lado del camino otro chico muerto con los ojos muy abiertos. A partir de entonces apenas se atrevió a mirar a ningún lado.

Silenciosamente bajaron hasta Espira, donde tañían las campanas. Y hallaron cerradas las puertas.

3
La tormenta

EL SONIDO de las campanas reunió en las calles a la población de Espira. Muchos corrieron a las murallas preguntándose ansiosamente qué peligro se aproximaba. No tardó en llegarles la respuesta. Los que habían conseguido un lugar propicio en las murallas distinguieron el río de niños que corría hacia la ciudad… ¡Ese era el peligro!

—¡Son los niños! Los niños en camino a Jerusalén —gritaron a los demás—. ¡Millares de ladrones y saqueadores!

Algunas mujeres pidieron que se abrieran las puertas y se permitiera a los niños entrar en la ciudad. Pero los regidores se negaron, afirmando que pocas ciudades de Alemania les habían dejado pasar. Eran demasiados. La mayoría de los pequeños estarían muertos de hambre y, si llegaban a pisar las calles, cogerían todo lo que pudieran. Al fin y al cabo estaban convencidos de que Dios les perdonaría sus pecados, puesto que iban a liberar a Jerusalén. Sería mejor, advirtieron los regidores, que las familias de la ciudad guardaran en sus casas a sus propios hijos. Era sabido que el ejército infantil de Nicolás atraía poderosamente a todos los chicos. Hasta hijos de caballeros y nobles habían escapado de sus castillos para unirse a la Cruzada de los Niños. Pero, añadían los regidores, la inmensa mayoría eran vagabundos y huérfanos que tenían la desfachatez de robar a ciudadanos honrados. ¿Acaso no había sido siervo el propio joven Nicolás, su jefe? Y no era más que un pastor estúpido y analfabeto que afirmaba haber tenido visiones y oído voces de ángeles.

—Oh, sí —dijo burlonamente un regidor—. Visiones de riqueza y llamadas del oro; eso es lo que ha visto.

—¡Éso es una blasfemia! —gritó un hombre entre la multitud—. Nicolás es un muchacho santo, el elegido de Dios.

Obviamente, la opinión de la ciudad se hallaba profundamente dividida; pero a la mayoría de sus habitantes les preocupaban sobre todo sus propiedades; por eso insistieron en que se mantuvieran cerradas las puertas. Y así se hizo.

Algunas personas compasivas subieron a las murallas y contemplaron el paso de los niños. Les arrojaron pedazos de pan, que fueron recibidos con alaridos. Los niños pugnaban con uñas y dientes por apoderarse de aquellos pedazos. En su frenética lucha pisotearon y destrozaron gran parte del pan. Los más pequeños y los más débiles no consiguieron nada.

Un poco más tarde, los habitantes de Espira vieron cómo los niños levantaban un enorme campamento junto al río, no lejos de la ciudad. Allí los exhaustos muchachos podían calmar su sed y capturar algunos peces. Y centenares de niños se lanzaron al agua.

En la plaza de la ciudad, frente a la catedral, un airado sacerdote predicaba un apasionado sermón.

—¡Ay de nosotros, ciudadanos de Espira! ¡Dios castigará la dureza de nuestro corazón! —gritó—. Esos niños son instrumento de su voluntad, y nosotros les hemos cerrado cruelmente las puertas. Nuestra conducta los empuja a robar y a saquear. Si se llevan de las pocilgas cerdos que no les pertenecen, nosotros somos los responsables. Nosotros, los despiadados ciudadanos de Espira, hemos cargado a esos niños con el más terrible de los pecados. ¡Hemos ofendido a Dios! Está escrito que debemos dar comida al hambriento, bebida al sediento y vestido al desnudo. ¿Pero qué hemos hecho? Hemos cerrado las puertas e ignorado el santo mandamiento de Dios. ¡Ay de todos vosotros, impíos! Dios será vengado…

Pero el miedo a que miles de manos ávidas agotaran sus provisiones se impuso a la piedad de los burgueses, y las puertas permanecieron cerradas a cal y canto. Sonó el toque de queda, se apagaron los hogares y los habitantes de Espira se fueron a la cama.

Al caer la tarde, Leonardo y Dolf llegaron a la ciudad y no pudieron entrar.

—Al parecer niegan la entrada a todo el mundo, incluso a unos pacíficos viajeros que nada tienen que ver con este absurdo ejército de niños —dijo el estudiante, descorazonado.

—Con esos dos sobre la mula nadie creería que no tenemos nada que ver con la Cruzada —dijo Dolf en broma, señalando a los dos niños que daban cabezadas sobre el animal—. Creo que deberíamos buscar algún sitio para pasar la noche.

Leonardo miró sorprendido a su nuevo amigo.

—¿Acaso pretendes dormir en cualquier lugar junto al camino? —preguntó con acento de incredulidad.

—¿Por qué no? La noche es cálida.

Leonardo meneó la cabeza con energía.

—Amigo, nos cortarían el cuello antes de que pudiéramos cerrar los ojos. Creo que otra vez estás confundido, Rudolf. No puedo imaginar cómo has conseguido llegar vivo desde Holanda hasta aquí. Eres muy despreocupado.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Dolf desvalido.

Leonardo señaló la orilla del río.

—Dejaremos allí a estos dos y pasaremos la noche en el campamento. Creo que entre los niños estaremos relativamente seguros.

—Yo no quiero dormir entre los niños —dijo Dolf horrorizado—. No puedo soportar su miseria.

Al parecer, Leonardo no lo entendió bien.

—Su gran número nos proporciona una protección que no tendrás si acampáramos solos —replicó.

Dolf accedió de mala gana. Bajo un cielo gris se pusieron en camino hacia el campamento de los niños. Dolf tenía sed, pero cuando llegaron al río y vio a todos los niños andando por la orilla, refrescando sus pies en el agua, lavándose y bebiendo, se sintió horrorizado.

—¡Están bebiendo agua del río! —exclamó.

—Claro —replicó lacónicamente el estudiante.

También él se acercó al agua, tirando de su mula. El animal bajó al instante la cabeza y comenzó a beber. El estudiante se arrodilló, llenó su

bota, refrescó su cara y bebió a placer.

Dolf decidió que podía darse un baño: se quitó la ropa y se quedo en *slip*. Colocó sus prendas bajo un matorral y se aproximó a la orilla del agua. En torno a él, jugaban, reían y chapoteaban niños desnudos. Sus cuerpos delgados y blancos relucían bajo un cielo cada vez más oscuro. Entonces Dolf, para gran sorpresa suya, advirtió que el agua estaba limpia. Metido en ella hasta las caderas seguía viéndose los pies. De repente atrajo su atención el desesperado grito de un niño que se había aventurado demasiado lejos y estaba siendo arrastrado por la corriente. Era evidente que no sabía nadar y que sería incapaz de volver a la orilla. Dolf titubeó un segundo; después se lanzó al agua y nadó hacia donde estaba el chico. Lo asió por los cabellos, cuidando de que no lo aferrase con sus manos, y pugnó por volver a la orilla. Lo depositó sobre la hierba e inmediatamente volvió al río en respuesta a los gritos de otro chico que se estaba ahogando. Un muchacho apareció de repente nadando a su lado y en un abrir y cerrar de ojos salvó al chico. Dolf le sonrió, pero antes de regresar a la orilla oyó nuevos gritos. ¿No había nadie que cuidara de aquellos atolondrados?

Más tarde, Dolf no recordaba a cuántos había salvado. Tal vez a seis, y no había sido el único en la tarea. Finalmente los chicos se alejaron para secarse junto a las hogueras y asar peces o pedazos de cerdos robados. Molieron trigo e hicieron unas tortas calientes pero muy duras. Poco a poco se tranquilizaron. Muchos, completamente exhaustos, se quedaron dormidos mientras comían. Otros les arrebataron los pedazos de torta que aún tenían en las manos. Algunos peleaban por los lugares más cómodos para dormir… Los más fuertes conseguían más comida y las «camas» más blandas. Dolf descubrió a Leonardo sentado junto a una hoguera; estaba dando pan y carne a sus dos protegidos y a varios niños más. Ni él ni Dolf comieron nada.

Dolf tenía muchas preguntas que hacerle, pero estaba agotado. Como Leonardo, se tumbó junto al fuego. La mula estaba entre los dos y el estudiante asía el ronzal con una mano.

—Estos pequeños salvajes son capaces de robarla y matarla mientras dormimos —murmuró a modo de explicación.

Cuando sonó el toque de queda en Espira, los niños reaccionaron arrojando arena a los fuegos para que las llamas fueran más bajas. Pronto todo el mundo dormía profundamente. Dolf; enrolló su chaqueta, la colocó bajo su cabeza y trató también de dormir.

Pero sus preocupaciones y aquel extraño entorno lo mantuvieron despierto. Con un doloroso *shock* Dolf recordó que doce horas antes estaba viviendo en el siglo XX, que era un muchacho a quien habían permitido visitar el laboratorio porque tenía la suerte de que su padre fuera un viejo amigo del doctor Simiak. Aquella mañana había sentido en su cara el frío del invierno. Y apenas nueve horas antes se hallaba junto a la máquina del tiempo, suplicando a los dos científicos.

Ahora estaba tendido en la fría y dura orilla del Rin. La hierba le cosquilleaba en el cuello, el hombro le seguía doliendo, tenía el estómago contraído por el hambre y se hallaba rodeado por millares de niños que soñaban con Jerusalén. Pensó en su madre. Sabía que se sentiría muy afligida.

De repente se acordó del muchacho que había sido transportado al siglo XX en su lugar. «Al menos —pensó—, no soy el único perdido en una época que no es la suya. El se sentirá tan extrañado y desarraigado como yo aquí». Por curioso que parezca, con este pensamiento se sintió más aliviado y se quedó dormido tratando de imaginar las reacciones del chico ante el extraño siglo XX.

En la oscuridad de la noche estalló una terrible tormenta. Un gran trueno puso en pie a muchos niños. A la brillante luz de los relámpagos que se sucedían uno tras otro, el río parecía arder. También Dolf se despertó sorprendido y se sentó. Un momento después caía sobre él una tromba de agua. La última de las hogueras se apagó. Los niños chillaban y murmuraban oraciones asustados. Unas cuantas voces vacilantes iniciaron una canción que se ahogó entre el fragor de los truenos, la caída de la lluvia y los aullidos del viento. Dolf cogió su chaqueta, pero cuando logró estirarla estaba ya empapado. Oyó cómo Leonardo se esforzaba por tranquilizar a su medrosa mula. Los niños se arremolinaban, levantando sus rostros hacia el cielo enfurecido. Al parecer, la tormenta se había detenido

en el río y descargaba sobre el campamento con tanta furia como si estuviera anunciando el fin del mundo. Una niña de unos diez años se acercó temblando a Dolf. Sólo llevaba unos andrajos. Dolf se quitó la chaqueta y le cubrió con ella las espaldas. La niña suspiró aliviada y buscó la protección de sus brazos.

La tormenta no afectaba sólo al campamento de los niños, sino también a la ciudad de Espira. Un rayo alcanzó la torre de una pequeña iglesia, y la aguja y el armazón de las campanas, que eran de madera, comenzaron a arder. A pesar de la intensa lluvia, el viento avivaba las llamas. Sobre los tejados de bálago y madera de las casas próximas caían maderos envueltos en llamas. Era inminente un desastre. Los habitantes de Espira salieron de sus casas llevando baldes en sus manos. Formaron una larga cadena que unía el fuego con el puerto fluvial y comenzaron a pasarse los baldes de madera.

Desde su campamento, los niños contemplaban atónitos la ciudad en llamas. También Leonardo y Dolf contemplaban el fantasmagórico espectáculo del incendio nocturno.

—Toda la ciudad estará en llamas dentro de un minuto —dijo Dolf. Pero el estudiante movió la cabeza y respondió:

—No con este tiempo.

De hecho, la mayoría de las casas estaban tan empapadas que las chispas se apagaban en cuanto llegaban a los tejados. Los baldes de agua se vaciaban sin cesar en el mar de llamas que formaban la iglesia y las casas que la circundaban. El agua se evaporaba con un siseo, y el vapor se mezclaba con las nubes de humo formando una especie de cortina que envolvía a la ciudad. El infernal espectáculo era iluminado constantemente por los relámpagos y por las antorchas encendidas con que los habitantes recorrían las murallas y las calles de la ciudad. Los niños estaban ahora en silencio dentro del campamento. El estremecedor espectáculo les había hecho olvidar su miedo. Quizá tenían también la sensación de que los habitantes de Espira estaban siendo castigados por la dureza de corazón que habían mostrado hacia ellos. Observaban en silencio cómo las llamas se levantaban por encima de las murallas formando lenguas de fuego,

desaparecían y volvían a arder en otra parte. En medio del fragor de la tormenta y los truenos podían oír el redoble de las campanas. Cada iglesia tenía su campanario, y todas las campanas lanzaban sus gritos de ayuda a través de los campos y bosques circundantes.

Por fin cedió la furia de la tormenta. La lluvia disminuyó, empezaron a abrirse las nubes y aparecieron algunas estrellas. Por un momento, una media luna, baja sobre el río, iluminó la campiña y luego se ocultó. Dolf advirtió que este guiño de la luna había tranquilizado a los niños. La chica que tenía en sus brazos se agitó y murmuró algo. Ya no tenía miedo, sino que se sentía segura, caliente y protegida. Dolf recordó por un momento que nunca había tenido una hermana pequeña; pero al instante lo olvidó. Se preguntó si debía ayudar a la ciudad; pero las piernas, embutidas en los empapados vaqueros, le pesaban como si fueran de plomo. Además, ¿qué le importaban a él los habitantes de Espira?

—Ahora me alegro de que no nos admitieran la noche pasada —murmuró a su lado Leonardo.

También por su mente había cruzado ese pensamiento. Si hubieran pernoctado en la ciudad, tal vez lo habrían hecho en una posada que ahora era pasto dé las llamas. En cambio, al raso, en campo abierto, habían estado seguros. Es cierto que sentían frío y estaban calados hasta los huesos; pero sobre el campamento no había caído ningún rayo. Oyó a su alrededor un murmullo de oraciones. A la débil luz del amanecer vio cómo se santiguaba Leonardo. En lo más profundo de su ser sintió un vago deseo de hacer lo mismo para expresar su gratitud. Y ese sentimiento le causó sorpresa, pues en su familia no había ningún contacto con la religión.

Un sol turbio saludó el día y cobró fuerza gradualmente. El fuego de la ciudad parecía controlado. Todavía se alzaban sobre la población columnas de humo procedentes de las brasas; pero el peligro mayor había pasado ya y los fatigados habitantes apagaban las últimas ascuas.

El clérigo del día anterior tronaba de nuevo en la plaza de la catedral.

—¡Ciudadanos de Espira! ¿No os dije que temierais la ira del cielo si negabais auxilios a los niños? No hicisteis caso de mi advertencia, y lo habéis pagado. Dios, que en su gran piedad tanto perdona, no podía permitir

que la crueldad que revelasteis con sus niños quedara sin venganza. Envió el fuego de su ira para destruir esta ciudad pecadora. Diréis: «Ah, pero no ha sido destruida». ¿Y cuál creéis que puede ser la causa? ¡Han sido los niños, ciudadanos! ¡Han sido esos niños que están ahí fuera en los campos, esos niños llamados por Dios para liberar de los paganos a Tierra Santa, han sido esos piadosos niños! Se han apiadado de vosotros, habitantes de Espira. Han rogado a Dios para que os perdone, y Dios ha sido misericordioso. Ha retirado su fuego y ha enviado su lluvia bienhechora. Debéis la supervivencia de esta ciudad a las oraciones de esos niños. ¡Los mismos a quienes negasteis comida y techo! ¡Arrepentíos, ciudadanos! Debéis purgar vuestros pecados y mostrar a Dios que no sois enteramente siervos de Satán. Arrepentíos y manifestad vuestra gratitud. Llevad vuestras ofrendas a esos niños, porque sin ellos habríais perdido todos vuestros bienes.

Con la vergüenza pintada en sus rostros y las cabezas bajas, las personas que escuchaban el sermón se dirigieron hacia sus casas.

El campamento de los niños hervía de actividad. Los peregrinos se afanaban en secar sus ropas y recoger sus escasas pertenencias, dispersadas por la tormenta. Algunos se arreglaban la cabellera con rústicos peines de madera y con cepillos. Se lavaban la cara y llenaban de agua del Rin sus vacíos estómagos. Mientras atendían a estas humildes tareas diseminados por los campos, parecían casi alegres. Desde luego estaban satisfechos de haber sobrevivido aquella noche. Además les entusiasmaba la perspectiva de que cada paso que dieran les acercaba a Jerusalén, la resplandeciente Ciudad Blanca de sus sueños. Su llegada significaría el final de los sarracenos que aullaban ante sus puertas y que serían abrasados por el aliento de Dios. Una Ciudad Blanca vacía —la más rica, más bella y más sagrada del mundo— les daría la bienvenida. Allí serían siempre felices. Les estaba reservada…

—Tengo hambre —dijo Dolf a Leonardo, que limpiaba la suciedad de su mula con un puñado de hierbas.

—Creo —replicó tranquilamente Leonardo, describiendo con su brazo un gran arco que abarcó todo el campamento— que ellos también están

hambrientos.

Avergonzado de sí mismo, Dolf guardó silencio. La niña que había buscado su protección durante la noche lo miraba ahora con los ojos muy abiertos y expectantes. Lo seguía como una sombra. Dolf se había desnudado para secar sus ropas al sol, y la niña se despojó también de su andrajoso y húmedo vestido. Debajo no llevaba más que una harapienta camiseta. Se rascó, dijo algo que él no entendió y se dirigió al río.

De repente, Dolf se sintió preocupado de que pudiera pasarle algo y fue tras de ella. Temía que se aventurara demasiado lejos, donde ya cubría. Pero su preocupación era infundada, porque la niña se limitó a arrodillarse junto a un arroyuelo, se quitó la camiseta y lavó meticulosamente su ropa. Después se metió en las aguas claras del río, pero no pasó del lugar en el que el agua le llegaba a la cintura. Allí se bañó y se lavó el pelo. Dolf había aprendido en la escuela que los hombres de la Edad Media iban siempre sucios, no se preocupaban de la higiene y, por eso, sufrían las más terribles enfermedades. Ahora podía comprobar que eso no era exacto.

La niña salió a la orilla, se puso la camiseta, todavía húmeda, y sonrió, satisfecha de que el muchacho la hubiera seguido. Fue entonces cuando Dolf se fijó en su cara enmarcada por cabellos rojizos que aún goteaban. La niña era realmente bonita. El muchacho le dio la mano, la levantó y le sonrió. Miró directamente a sus ojos grises, que por la delgadez de su cara parecían aún más grandes. Advirtió que su frente era despejada y su barbilla redonda y sintió una extraña conmoción. ¿Quién podría ser? ¿Cómo se había visto mezclada en la Cruzada de los Niños? Cogió su húmedo vestido, lo estiró y lo extendió sobre la hierba. La niña se sentó tranquilamente a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—María —respondió ella con voz dulce y clara.

—¿De dónde eres?

Lo miró extrañada. Había entendido la primera pregunta; pero evidentemente no había sido capaz de comprender la segunda. Dolf probó de nuevo y esta vez le replicó sonriente:

—De Colonia.

¡De manera que era una niña de ciudad! Indudablemente habría crecido a la sombra de las altas murallas y entre el ruido de la construcción de la catedral. Porque él sabía que la catedral de Colonia, después tan famosa, aún no estaba concluida.

Dolf no siguió preguntando. Un estudiante del siglo XX jamás podría entender lo que la había impulsado a sumarse a aquella aventura.

—Vamos —le dijo poniéndose en pie. Pero ella se negó a moverse y lo agarró para que se sentara.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Tu nombre —dijo.

La niña tenía razón. El no podía ir haciendo preguntas sin que también le preguntaran. Suspiró. Arrodillándose y señalando su pecho, repuso:

—Rudolf Hefting, de Amsterdam —dijo.

La niña palideció, y sus ojos grises reflejaron miedo y asombro.

—Rudolf… —se echó hacia atrás mientras que sus labios temblaban.

—No tengas miedo —le dijo Dolf apresuradamente.

—Un noble… —murmuró tímidamente.

De repente Dolf lo entendió. La niña creía sin duda que se encontraba ante el hijo de un caballero o ante un paje huido. Dolf negó vehemente con la cabeza.

—Mi padre es un científico, un… estudioso.

¿Lo habría entendido? Parecía que sí, pues inmediatamente preguntó:

—¿Y sabes leer y escribir?

El asintió.

—¿Dónde está Amsterdam?

—Muy lejos, en Holanda.

Al parecer, sabía dónde se hallaba Holanda. Alzó una mano y la pasó por el pelo de él.

—¿Te dejó venir tu padre o te escapaste?

—Mi padre ignora dónde estoy —replicó Dolf.

María pareció satisfecha con su contestación. Lo miró con admiración, se levantó y tiró de él hacia el campamento. Leonardo había terminado de

dar de comer a su mula; María se estaba poniendo el vestido, que ya estaba casi seco.

—¿Nos vamos? —preguntó el estudiante.

—¿A dónde? —le replicó Dolf, que también se estaba vistiendo.

—¡A Bolonia!

Dolf vaciló un momento. Pero antes de que pudiera recobrarse, María, excitada, lo cogió por el brazo y señaló hacia la ciudad. Los tres se quedaron atónitos.

Las puertas se habían abierto de par en par y por ellas cruzaban centenares de hombres, mujeres y niños cargados con cestos, platos y paquetes. Avanzaban rápidos hacia el campamento, donde los niños los aguardaban en silencio. Entonces, Dolf advirtió cómo emergía de la acampada un muchacho envuelto en una larga capa blanca y calzado con fuertes botas. Lo seguían dos frailes vestidos con hábitos oscuros. Los tres se acercaron a la multitud que salía de la ciudad. Al parecer intercambiaron algunas palabras con los que iban al frente. Después, el muchacho vestido de blanco hizo un gesto como si estuviera bendiciendo a los hombres y mujeres de Espira cargados con sus paquetes. Aceptó una hogaza, se hizo a un lado y volvió su rostro a los sorprendidos niños. Su voz atiplada se oyó con toda claridad:

—Niños, esto es un don de Dios. Dadle gracias por su merced.

Todos los niños se arrodillaron y dirigieron al cielo una plegaria de acción de gracias.

—Han decidido traernos comida —observó Leonardo fríamente.

Los ciudadanos se dispersaron por el campamento y distribuyeron generosamente los alimentos. María cogió ávidamente una torta aún caliente y le hincó el diente con entusiasmo. Dolf y Leonardo compartieron un gallo asado, y Dolf tuvo la sensación que nunca había probado nada tan delicioso.

¿Por qué el pueblo de Espira, que tanto había penado durante la noche, había cambiado de conducta con respecto a los niños? Su caridad de ahora contrastaba tanto con su dureza de corazón de la tarde anterior que Dolf no podía entenderlo.

Leonardo señaló las ruinas de la torre incendiada.

—Les ha dado miedo —dijo despectivamente. Y se metió una hogaza en el morral.

Los niños se mostraban ahora de buen humor. Comenzaron a abandonar el campamento en grupos y cruzaron juntos las murallas de la ciudad para seguir el antiguo camino militar que discurría hacia el sur a lo largo del río. Dolf los siguió con la mirada.

—¿Qué va a ser de mí? —se preguntó desesperado.

¿Debía permanecer en las proximidades de Espira, cerca de la piedra? Era la única posibilidad de regresar a su propio siglo. ¿Pero cómo sabría el doctor Simiak que él se encontraba allí esperando a que estuviera a punto el transmisor? La puesta a punto podía durar dos meses. ¿Lograría mantenerse con vida durante tanto tiempo?

Los chicos desfilaban junto a él, cantando alegremente. La hierba crujía bajo sus pies descalzos. Leonardo distinguió a una niña con un tobillo tan hinchado que apenas podía andar y la puso sobre la muía.

—Creo —dijo Leonardo con aire de indiferencia— que por el momento viajaré con los niños. Siguen el mismo camino que yo. Y, aunque tardaré más tiempo, estaré más seguro.

Dolf apenas advirtió de lo que hablaba su amigo porque en aquel momento comprendió que tenía que tomar una decisión de la que dependía todo su futuro. Había dejado que lo trasladaran a la Edad Media con la romántica esperanza de asistir a un torneo. Un error de cálculo lo había situado en medio de la Cruzada de los Niños. Contempló a la niña lesionada que se hallaba sobre la mula de Leonardo y los innumerables pies descalzos que pasaban junto a él. De repente supo la respuesta. No podía abandonar a aquellos niños. Era más fuerte, sabía más y era más hábil que cualquiera de ellos. María lo necesitaba. Entre los fanáticos peregrinos había al menos un millar que padecía grandes sufrimientos. Pensó en los niños que había rescatado del río. Se preguntó qué sentía Leonardo. Con seguridad, también él se había unido a la marcha porque consideraba que los niños necesitaban ayuda.

—Iré contigo —dijo Dolf a Leonardo.

Ya no podía volverse atrás. Con esas dos palabras había renunciado a la posibilidad que le ofrecía la piedra de Espira y había optado por la Edad Media. Había roto el último lazo que lo unía con su mundo.

—Muy bien —respondió complacido Leonardo.

María introdujo su manita en la de Dolf y se pusieron en camino. Hacia Jerusalén.

4
El rey de Jerusalén

EL GRAN ejército de los niños avanzó lentamente por la ribera del Rin, siguiendo el antiguo camino militar en dirección a Basilas. Leonardo, María y Dolf iban en la retaguardia. Dolf sospechaba que Leonardo se rezagaba intencionadamente para recoger a los niños que caían y llevarlos algunas horas en su mula. Había descargado al animal y él y Dolf se habían echado al hombro sus pertenencias. Durante gran parte del tiempo, el fiel animal llevó a tres o cuatro niños pequeños. Dos de ellos estaban muy enfermos. No cantaban, se negaban a comer el pan que les ofrecía Dolf y miraban hacia adelante con ojos febriles.

Dolf había dejado de hacer preguntas. El rítmico y fatigoso andar por aquel camino áspero y con aquel tiempo cálido y los monótonos cantos le hacían sentirse pesado y amodorrado. La atmósfera no era tan húmeda como el día anterior, pero Dolf sudaba con sus ropas de invierno. Se ató la chaqueta a la espalda. Una hora después se quitó el jersey, pero su pálida piel corría el peligro de quemarse con el cálido sol de junio. Por eso, el muchacho volvió a ponerse el jersey a pesar del calor. La lesión del hombro parecía mejorar y sus pies, calzados con sólidos zapatos, no sentían el efecto de las asperezas del camino. Le sorprendía ver a los demás pisar descalzos las punzantes piedras.

Dolf sólo conocía a María. El resto de los niños era para él una masa anónima. A veces divisaba por un momento al joven majestuosamente ataviado que ya había llamado su atención el día anterior. Este se movía con rapidez entre las filas de niños y, en ocasiones, su atiplada voz resonaba por encima de los cánticos. Cada vez que lo veía, Dolf pensaba que se trataba

de un cretino petulante. Pero luego se olvidaba de él, pues estaba preocupado por los dos niños que cabalgaban en silencio sobre los lomos de la muía.

De repente, el ejército se detuvo. En la lejanía resonaban las campanas de una iglesia. Los niños se arrodillaron sobre la hierba de la orilla del camino y comenzaron a rezar como si hubieran recibido una orden secreta. También María y Leonardo empezaron a rezar. Dolf decidió seguir su ejemplo porque no quería llamar la atención. Echó una mirada al reloj y comprobó que eran las doce y veinte. Al parecer, las campanas tocaban a mediodía e indicaban el comienzo de un descanso. María estaba arrodillada delante de él, y Dolf podía distinguir las plantas de sus pies. Sobre la encallecida piel había una costra de suciedad y sangre. El muchacho no era capaz de imaginar cómo podía andar así; quizá había ido descalza toda su vida.

Tras la oración, los niños acamparon sobre la hierba y se comieron el resto de sus provisiones. Los que no habían guardado nada se sentaron tranquilamente ahorrando energías para las horas que les quedaban de camino. De pronto, Dolf distinguió a uno de los frailes que había visto aceptar los víveres de los habitantes de Espira. Con su oscuro hábito y sus sandalias recorría ahora las filas con gesto impasible. Sus penetrantes ojos oscuros se paseaban por los rostros de los niños.

Dolf pensó que parecía un general revistando a sus tropas y supuso que era uno de los dirigentes. Pero ¿dónde estaba el día anterior cuando aquel niño cayó muerto al suelo?

De nuevo se despertó la curiosidad de Dolf. Deseaba ardientemente desvelar el misterio que se ocultaba tras la Cruzada de los Niños. Tan pronto como reanudaron el camino empezó a hacer más preguntas a María.

—¿Cuándo salisteis de Colonia?

Tuvo que repetir la pregunta tres veces para que ella entendiera qué quería decir. Por fin la niña respondió sonriendo.

—Hablas de una forma muy extraña.

—Sí, pero recuerda que soy de otro país.

—Claro, supongo que es por eso.

El dialecto de Colonia que hablaba María se parecía más al holandés de Dolf que el bajo alemán medieval de Leonardo; pero la niña pronunciaba las palabras con una especie de graznido, al que aún no se había acostumbrado Dolf.

—¿Cuándo salisteis de Colonia?

—Diez días antes de Pentecostés.

—¿Por qué os pusisteis en marcha?

—Nicolás trajo el mensaje. Habló en la plaza de la catedral. Oh, fue magnífico. Nadie pudo resistirse.

—¿Nicolás?

Había oído mencionar antes aquel hombre.

María señaló a la cabeza de la columna de nidios.

Nicolás oyó la voz de los ángeles de Dios —añadió entusiasmada—; y ellos le revelaron la voluntad divina.

—¿Y le dijeron que organizara un ejército de niños? —preguntó Dolf incrédulo.

María asintió.

—Fue un milagro —exclamó—. ¡Un milagro! ¡Yo lo vi!

—¿El qué? ¿Cuándo los ángeles hablaron a Nicolás?

—No, después, cuando Nicolás habló en la plaza de la iglesia, en Colonia.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Todos tomamos la cruz y lo seguimos. Eramos muchos, algunos de la ciudad y otros del campo. Era magnífico.

—¿Y no es tan magnífico ahora? —inquirió Dolf.

La niña lo miró perpleja.

—¿Lo sigues encontrando magnífico? —repitió—. ¿No estás decepcionada? ¿No te arrepientes de haber abandonado tu casa?

Al parecer, ella sólo entendió la última pregunta.

—Yo no tengo casa.

—¿No tienes casa en Colonia?

—No. Soy huérfana.

—¿No tienes padre, parientes?

María negó con la cabeza.

—¿Y tu madre?

—Murió.

Así que era una huérfana que no pertenecía a nadie.

—¿Qué le dijeron los ángeles a Nicolás? —preguntó Dolf.

—Que Dios quería que Nicolás reuniera a todos los niños que pudiera. Pero debían ser niños que conservaran la inocencia. Luego Dios nos guiaría a Tierra Santa. Primero por las montañas y luego por el mar. Cuando lleguemos, Nicolás extenderá sus manos y el océano se dividirá. Así podremos ir andando hasta Tierra Santa sin ahogarnos ni mojarnos. Nicolás nos conducirá hasta Jerusalén y…

—¡Pero en Jerusalén están los turcos!

—Dios nos ha enviado. El nos protegerá. Cegará a los sarracenos y enviará el rayo para quemarlos. Luego hará que la tierra se los trague porque son malvados e hijos de Satanás. Permitirá que vivamos en la bella Ciudad Blanca y nunca volveremos a sentir frío ni hambre. Y seremos siempre felices y plantaremos flores en el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, cuidaremos de los Santos Lugares, atenderemos a los peregrinos, los alimentaremos y…

María seguía hablando, pero Dolf ya no la escuchaba. Era claro que repetía lo que le habían dicho una y otra vez. Dolf se estremeció. ¿Cómo podían creer aquellos chicos tonterías tan manifiestas? ¿De dónde había sacado Nicolás aquella idea absurda? ¿Era un loco?

—¿Quiénes son esos frailes? —preguntó airado.

—Son Dom Anselmus y Dom Augustus. Llegaron a Colonia con Nicolás. Nos dijeron que era el mensajero de Dios. Nos contaron que una mañana de primavera, mientras guardaba el rebaño, Nicolás había visto en el cielo una cruz enorme y brillante de la que partían las voces de los ángeles. Tiene que ser cierto, porque ellos nos lo dijeron.

Dolf se acordó de los ojos febriles del fraile que a la hora de la comida había «revistado a sus tropas». Preguntó a María quién era.

—Ese es Dom Anselmus; pero a mí me gusta más Dom Augustus.

—¿Os cuidan bien los frailes?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién cuida de tantos miles de niños? —preguntó Dolf.

—¡Pues Dios! —respondió María, que por fin había comprendido la pregunta.

—¿De verdad? —inquirió escéptico Dolf.

—Rudolf de Amsterdam, eres un chico estúpido —replicó María con impaciencia—. ¿No viste cómo esta mañana la población de Espira nos trajo comida? Dios les ordenó que nos la trajeran.

—María, ¿crees que el mar se apartará a vuestro paso?

—Sí; Dom Anselmus nos dijo que las aguas se dividieron al paso de Moisés. Siempre se apartan al paso de un hombre santo.

«Esto es cada vez más ridículo —pensó Dolf—. Pero al fin y al cabo estoy en la Edad Media. Los hombres conocen la historia de Moisés, ante quien se separaron las aguas del mar Rojo para que pudiera conducir a los judíos a la otra orilla, mientras que las olas volvieron a unirse cuando el ejército egipcio intentó perseguirlos. Y naturalmente creen sin vacilaciones en esa leyenda. Y si eso es verdad, ¿por qué no podría repetirse semejante prodigio? Los niños siguen a Nicolás para verlo. Quieren ver cómo se separan las aguas del mar para que ellos lleguen a Tierra Santa sin mojarse los pies. ¡Cómo si no se tratara más que de un paseo de media hora! Quieren ver el milagro. Esa esperanza los sostiene y les da fuerza para recorrer a pie millares de kilómetros. ¿Soy yo aquí el único que sabe que tal cosa es imposible?».

María le tiró de la manga.

—¿Te has enfadado conmigo? —le preguntó, asustada de la sombría expresión de su rostro.

Para tranquilizarla, Dolf le pasó el brazo por sus delgados hombros.

—No contigo, querida María.

—¿Con quién estás enfadado entonces?

No sabía cómo responderle.

—¿No sería mejor dejar las cruzadas a Godotredo de Bouillon? —preguntó escuetamente.

—¡Godofredo de Bouillon está en el cielo desde hace mucho tiempo! —exclamó María.

Dolf recordó algo que había aprendido en la clase de historia: que la primera Cruzada había sido el año 1096.

—Tienes razón, María. Me confundo un poco con las fechas. En realidad quería decir Ricardo Corazón de León.

—También él está muerto; al menos eso me han dicho —repuso María entristecida.

—Pero hay otros como él: caballeros sin miedo y sin tacha, con arneses, buenos corceles, lanzas y flechas. Esos son los que deberían liberar Tierra Santa. Esta empresa no es para niños indefensos.

María lo miró con aire de reproche.

—Rudolf, eres hijo de un noble. ¿Cómo puedes hablar así?

—Mi padre no es un noble, sino un hombre de estudios —le replicó Dolf con aspereza. Luego se arrepintió de su aspereza al ver que María lloraba. Y añadió:

—No llores. María. No he querido hacerte daño.

María levantó a un niño que se había caído y que Dolf, sumido en sus pensamientos, no había visto. A medida que avanzaba el día eran más los niños que se quedaban rezagados. Dolf se preguntó cuántos morirían cada jornada.

¿Qué podía hacer para prestarles ayuda? A fin de cuentas, no podía llevar a todos sobre sus hombros. En ese momento volvió a ver al joven majestuosamente ataviado. Llevaba a un niño sobre sus espaldas y corría con él hacia adelante. Dolf pensó que aquel muchacho tenía que ser fuerte. Incluso la mula de Leonardo parecía derrengada bajo el peso de los enfermos y heridos. El propio estudiante llevaba un niño en cada brazo y apenas podía avanzar. María cuidaba de los niños que cabalgaban sobre la mula, porque estaban constantemente en peligro de caerse. Dolf se ocupaba de cuatro. Y vio a su alrededor que otros muchos niños llevaban o sujetaban a los más pequeños. Por tanto, no contemplaban con indiferencia los sufrimientos de los demás, como él había imaginado al principio. Pero

quedaban muchos postrados a lo largo del camino de los que nadie podía ocuparse. El largo y cálido día se cobraba su tributo.

La retaguardia avanzaba ahora con tanta lentitud que corría el riesgo de perder contacto con el cuerpo principal de marcha. Dolf tenía las piernas cansadas y sentía mucha sed. Su reloj le informó que eran las cuatro y media. Veinticuatro horas antes conservaba todavía algunas esperanzas de regresa a su casa. Pero había perdido la oportunidad. Ahora vivía en el año 1212 y, en la larga tarde estival, avanzaba hacia el mar por un camino pedregoso. No quería seguir pensando en lo que había podido ocurrir. Tenía que adaptarse a la época en que ahora vivía.

«Tal vez podré quedarme en Bolonia con Leonardo —pensó—. Para él soy un brillante matemático y conozco el secreto de los números árabes. Quizá pueda hacerme contable; seguramente también hacen falta contables en este siglo. Del cualquier manera, tengo que aprender a vivir en la Edad Media. Luego, cuando sea viejo, escribiré para las generaciones futuras mis peripecias como viajero perdido en el tiempo».

Por fin llegaron a un campo donde pudieron instalarse para pasar la noche. Los que no se hallaban exhaustos comenzaron a buscar leña. Otros, como de costumbre, se dirigieron al río en busca de peces; pero regresaron desilusionados. El terreno era pantanoso y unos enormes cañaverales impedían llegar a la orilla. Aquella noche no habría peces. Calmaron su sed en un arroyo silencioso que cruzaba el campo con dirección al río. Aunque el sol había calentado con fuerza durante todo el día, el lugar estaba húmedo, quizá por la lluvia caída durante la noche anterior. Dolf examinó el lugar y no le gustó el emplazamiento. Una nueva tormenta, y acabarían con agua hasta los tobillos. Leonardo adivinó su preocupación.

—No tienes por qué inquietarte, Rudolf. Esta noche no habrá tormenta. La atmósfera está despejada. Lo cual significa que la noche será fría, pero no lloverá.

Dolf no sabía nada del tiempo. Como la mayoría de sus contemporáneos, se había guiado en este punto por las predicciones meteorológicas de los periódicos y de la televisión. Pero confiaba en Leonardo y, abandonando su preocupación, se dispuso a buscar leña.

Tampoco fue fácil conseguirla. La escasa madera que encontraron los niños estaba demasiado húmeda o demasiado verde. Dolf recogió toda la leña que pudo encontrar. Algunos chicos eran muy diestros en la tarea de preparar y encender una hoguera, como si tuvieran años de experiencia. Pero otros apenas conocían esa técnica, y les costaba mucho conseguir un poco de fuego. Si la noche resultaba fría, poco podía importarles a Leonardo y a él. Pero ¿qué sería de María, tan escasamente vestida, y de los dos niños enfermos que habían tiritado todo el día a lomos de la mula? Dolf sospechaba que se habían enfriado durante la tormenta. Si no entraban en calor acabarían por pescar una neumonía, y para eso no había remedio a mano.

Tan pronto como prendieron una hoguera, Leonardo saco de su morral los últimos víveres que le quedaban: una bolsa de guisantes, algunas hierbas y unos mendrugos de pan. Dolf se brindó a buscar una olla para hacer una sopa.

Vagó por el inmenso campamento y vio que muchos niños estaban ya dormidos. Otros se afanaban por asar alimentos de aspecto extraño. Pero Dolf vio también niños temblando de fiebre. ¿Cuántos se habrían enfriado la noche anterior? Otros tenían los pies llagados y sangrantes, las rodillas lesionadas, la cabeza cubierta de heridas, forúnculos, hemorragias nasales, los ojos inflamados y los tobillos hinchados. Y, al parecer, nadie podía hacer algo por ellos.

Sin embargo, la mayoría estaban sanos y alegres. Bromeaban, cantaban canciones y participaban en juegos. Junto a dos de las hogueras, algunos tocaban instrumentos parecidos a la flauta. A lo lejos repicaban las campanas. En las cercanías no se divisaba ninguna aldea ni ninguna casa.

Dolf encontró a cuatro chicos sentados en torno a una hoguera que apenas daba más que humo. En el suelo había una olla de hierro. Les preguntó si podían prestársela.

—Vosotros habéis terminado ya de comer.

Pero resultó que los chicos no habían comido nada.

—Bertho acabó esta tarde el pan que nos quedaba —dijo uno tímidamente. La extraña indumentaria de Dolf les inspiró poca confianza.

—Venid con nosotros. Vamos a hacer una sopa —les dijo Dolf.

Creyó reconocer en uno de los chicos al excelente nadador de la tarde anterior. Tras cuchichear entre ellos se pusieron en pie y siguieron a Dolf hasta donde se hallaba Leonardo. María llevó agua para la sopa.

—Mira qué he conseguido —dijo Leonardo sin inquietarse porqué ahora fueran cuatro más los estómagos hambrientos que había que alimentar. Y mientras hablaba tenía sobre la palma de la mano dos huevos moteados.

—¿Dónde los has encontrado?

En el cañaveral. Hay bastantes nidos, pero pocos huevos aprovechables.

Los cuatro chicos corrieron a ver si encontraban algo, media hora más tarde regresaron con seis huevos más y un patito.

La sopa resultó un extraño condumio. Espesa, gracias a los huevos y los guisantes, y sabrosa, gracias a las hierbas. De cualquier manera estaba bastante mejor de lo que Dolf había esperado. Leonardo sacó una cuchara de madera con la que María dio un poco de sopa a los niños enfermos. La miraban como cachorros agradecidos. Luego María, Dolf, Leonardo y los chicos dieron buena cuenta del resto. Las porciones eran ínfimas, pero los entonaron.

—¡Bien! —dijo Dolf satisfecho cuando al cabo de unos minutos todos se hallaban alegremente sentados en torno del fuego. Ahora tenía tiempo para examinar más atentamente a los chicos.

Se presentaron ellos mismos. El más alto (Dolf juzgó que debía tener unos catorce años) se llamaba Frank y era hijo de un curtidor de Colonia. No estaba claro por qué se había unido al ejército de los niños. El nadador se llamaba Peter. Era un chico de baja estatura y fuerte complexión, con sólidos puños; dijo que tenía doce años. Había vivido a orillas de un lago en las posesiones del arzobispo de Colonia, al este de la ciudad. El tercero era más pequeño y se llamaba Hans. Su padre era leñador y sus conocimientos sobre los árboles y los animales parecían ilimitados. El último era Bertho, un chico alto y fuerte que se negó a hablar de su vida anterior.

—Ahora soy un cruzado y eso es todo lo que importa —dijo testarudo.

Dolf se presentó como de costumbre: Rudolf Hefting, de Amsterdam. Su nombre impresionó a los demás. Hizo un gesto con los brazos.

—Este no es un buen sitio para acampar.

Hans le dio inmediatamente la razón.

—Hubiera sido mejor ir un poco más allá —dijo señalando hacia el sur —. Allí es más alta la orilla y hay un bosque.

—¿Quién decide dónde se pasa la noche? —preguntó Dolf.

—Nicolás —respondió Frank sin titubear—. El es el jefe, aunque por lo general sigue el consejo de Dom Anselmus.

—¿Es fraile?

Los chicos asintieron. Dolf se puso en pie.

—Bien, creo que ya es hora de que charle un poco con ese Nicolás —dijo.

Bertho se sorprendió tanto al oír esto que se quedó mirando a Dolf con la boca abierta.

—¿Podéis llevarme hasta él alguno de vosotros? —preguntó Dolf.

—Tú no puedes… —comenzó a decir Bertho, tartamudeando.

—Claro que puede —lo interrumpió prestamente María—. Rudolf es de sangre noble.

Al parecer, no había forma de quitarle la idea de la cabeza. Frank se levantó.

—Vamos —dijo quedamente—. Su tienda está allí, tras aquella arboleda.

—¿Su qué? —Dolf creyó no haber entendido bien.

—Su tienda y el carromato entoldado.

—De acuerdo, tengo que ver eso.

Cruzaron juntos el campamento. Ahora dormían la mayoría de los niños. Algunos fuegos aún humeaban; otros se habían extinguido. Durante todo el día, Dolf había oído el toque de las campanas; pero tenía más confianza en su reloj sumergible, a prueba de golpes, preciso, que no necesitaba que le dieran cuerda y que ahora le señalaba que eran casi las ocho y media. Como siempre tras un cálido día, del río y de los campos se

levantaba una neblina que cubría de humedad a los niños dormidos y enturbiaba la visión.

—Es una pulsera muy bonita —dijo Frank, que había advertido cómo Dolf miraba el reloj.

—Sí. Un regalo de mi padre.

—¿De plata?

—De acero inoxidable.

—¿Acero de Damasco?

—Algo parecido.

—¿Es rico tu padre?

—Bastante —replicó Dolf un poco incómodo. En comparación con las gentes de la Edad Media, su padre era increíblemente rico. En el siglo XX era un científico medianamente retribuido.

—¿Por qué te escapaste de casa? —preguntó Frank.

—Porque me gustan las aventuras.

Frank asintió, comprendiendo la respuesta. Sin duda, él se había unido a la Cruzada de los Niños por la misma razón.

Al cabo de cierto tiempo, aquel campo de superficie irregular empezó a presentar una pendiente. Allí el terreno estaba más seco. Pasaron junto a una espesura y llegaron a un grupo reunido en torno a un fuego crepitante. Aunque ya había oscurecido, Dolf distinguió al otro lado del fuego una tienda vieja y circular. También vio dos bueyes que pastaban tranquilamente entre la maleza. Un poco más allá había un carromato de blanco toldo, guardado por unos veinte chicos, armados de garrotes. Al parecer. Nicolás no quería correr riesgos.

El grupo congregado en torno a la noguera estaba cenando, y el aroma de las viandas hizo la boca agua a Dolf y a Frank. La escasa sopa que habían tomado apenas había calmado su hambre. Sobre el fuego había varios espetones en los que se asaban aves de caza. Al parecer, los muchachos habían logrado hacerse con algunas aves acuáticas.

El grupo estaba constituido por el muchacho vestido de blanco, los dos frailes y unos ochos niños cuya exquisita indumentaria, modales corteses y

finas manos indicaban que eran de noble cuna. Entre ellos distinguió Dolf al enérgico muchacho que había visto antes.

Parecieron sorprendidos cuando los recién llegados surgieron de la neblina.

—Soy Rudolf Hefting, de Amsterdam —dijo Dolf con voz clara y enérgica.

Como en ocasiones anteriores, su nombre causó impresión. Uno de los frailes, Dom Anselmus, levantó la mano en ademán de saludo. El otro, Dom Augustus, mucho más joven, gordo y afable, hizo un gesto de asentimiento en dirección a Dolf. Nicolás hizo ademán de levantarse, pero luego cambió de idea. Los otros niños lo observaron con interés, olvidándose por un momento de su cena.

—… y estoy hambriento —prosiguió Dolf tranquilamente, señalando los espetones.

Inmediatamente, el muchacho enérgico le entregó un pedazo de carne y le hizo sitio en el círculo.

—Siéntate, Rudolf de Amsterdam; todos te damos la bienvenida.

Era evidente que este grupo de élite lo consideraba como uno de su clase; sin embargo, la indumentaria de Dolf debía de constituir para ellos un enigma. Dolf indicó por señas a Frank que se sentara, cosa que no pareció agradar a los demás, pues intercambiaron miradas de desaprobación.

—¿Quién eres? —le preguntó Dom Anselmus con gesto severo. Frank dijo de dónde era y cómo se llamaba. Dolf, convencido de que debían desaparecer las diferencias de clase entre el hijo de un ciudadano libre y los niños de la nobleza, puso rápidamente un brazo sobre los hombros de Frank y dijo:

—Es amigo mío.

Los otros callaron sorprendidos. Pero el cretino petulante alargó también a Frank un trozo de carne. De repente, Dolf descubrió que era muy simpático.

Mientras comía, Dolf miró a su alrededor. Los niños le devolvieron la mirada con una mezcla de curiosidad y malestar. Llamó su atención una muchacha bonita que vestía un traje largo de lino fino. La cruz que colgaba

de su cadena de plata estaba cuajada de piedras preciosas. El joven que se sentaba junto a ella lucía una capa de color rojo oscuro, polainas amarillas y un cinturón recamado de plata, del que pendía una daga con gemas en su empuñadura. Los vestidos de los demás niños no eran menos lujosos. El muchacho con indumentaria blanca era, naturalmente, Nicolás.

Dolf comenzó a hablar. Bajó el tono de su voz para que no resultara tan evidente su extraño acento.

—Me uní ayer a la Cruzada de los Niños. Quiero ir con vosotros a Tierra Santa para liberar a la Ciudad Blanca —dijo con objeto de convencerles de su lealtad.

Los frailes hicieron gestos de aprobación y Dom Anselmus lo miró especialmente satisfecho.

—Vengo de Holanda, donde la gente habla y se viste de modo diferente — continuó el muchacho para explicar todo lo que en él resultaba extraño (que no era poco). Los otros aceptaron su información sin hacerle preguntas. —Pero lo que he visto en este ejército de niños no me gusta— dijo Dolf, concretando. —En realidad me ha conmovido profundamente lo que he contemplado. Me preocupa el bienestar de esos chicos. Al parecer, no hay nadie que cuide de ellos. He advertido que nadie atiende a los heridos; he visto a algunos caer desplomados de agotamiento y ahogarse a otros. Padre— se volvió súbitamente hacia Dom Anselmus, —esta Cruzada está muy mal organizada y podría mejorarse considerablemente.

El fraile frunció el ceño, pero permaneció callado. Dom Augustus, por el contrario, pareció mucho más interesado. Nicolás levantó la mano.

—Nos protege Dios. Dios cuida de nosotros —dijo mecánicamente.

—Pero Dios no tomaría a mal que le ayudáramos un poco.

Las palabras brotaron de su boca antes de que pudiera detenerlas, y una oleada de espanto recorrió el círculo.

—Rudolf de Amsterdam, ¿has venido a predicarnos? —dijo Dom Anselmus en tono amenazador.

—Sí. Cuando dije que tenía hambre, me disteis inmediatamente comida. Os lo agradezco. Pero aquí hay ocho o diez mil que también tienen hambre. ¿Qué se hace por ellos?

—Dios los alimentará —respondió de nuevo Nicolás con excesiva celeridad.

Dolf se volvió hacia el pastor.

—Escúchame, Nicolás —dijo hablando despacio y en tono muy serio—. Dios te mandó que condujeras a estos niños a Tierra Santa. Los confió a tu cuidado. Tienes misión de llevar a todos sanos y salvos hasta las puertas de Jerusalén. El viaje es largo y los peligros muchos. Pero podrían evitarse numerosos sufrimientos con una mejor organización y un cierto sentido común. No puede ser voluntad de Dios que la mayoría de sus hijos mueran en el camino. Dios te ha confiado la dirección; pero dirigir significa cuidar del rebaño que se te ha confiado.

—Rudolf de Amsterdam tiene razón —dijo el muchacho majestuosamente ataviado, que estaba junto a él—. Cuando mi padre iba a la guerra, siempre se aseguraba de que sus soldados tuvieran comida durante el camino.

—Silencio, Carolus —lo interrumpió Dom Anselmus. Pero Carolus se negó a callarse.

—Usted no puede saberlo porque marcha siempre en cabeza —gritó—. Pero en la retaguardia el caos es terrible. Ya me he quejado antes de esto y me complace que ahora me apoye Rudolf de Amsterdam.

«Al menos cuento con alguien», pensó Dolf satisfecho.

—Rudolf de Amsterdam no tiene razón —estalló la fría voz de Dom Anselmus—. Esta no es una cruzada ordinaria. Nuestro propósito no es derramar sangre ni tomar Jerusalén con la fuerza de la espada. Los sarracenos huirán ante nuestra inocencia.

—Ya lo sé —replicó Dolf tranquilamente—; pero no nos hemos puesto en camino para morir de hambre, de frío o de miseria. Todos estos niños —señaló hacia la oscuridad— esperan ver Jerusalén; pero tal como van las cosas apenas una décima parte sobrevivirá hasta el final. ¿Y por qué? Porque sus dirigentes no los cuidan y sólo se ocupan de satisfacer sus propias necesidades y deseos.

Al decir esto señaló acusadoramente los restos de la cena, la tienda y el carromato. Luego continuó:

—Vosotros no vais a pie. No pasáis hambre. No cogéis frío cuando la lluvia o el viento azotan el campamento, pues estáis bien abrigados en vuestra tienda. Por eso elegís el lugar para pernoctar sin preguntaros si es idóneo para albergar a miles de niños que no tienen una tienda en que guarecerse…

—Los bueyes estaban cansados —dijo con timidez la chica que vestía lujosamente.

Nicolás trató de defenderse:

—Es una gran llanura con espacio para todos…

—… cenagosa y sin resguardo. La noche pasada, muchos chicos se acatarraron. Mañana estarán enfermos. ¿Quién los cuidará, les dará una infusión caliente y mantendrá sus hogueras?

Dolf estaba ya sobreexcitado.

—Escucha, Nicolás. Dios someterá este ejército a muchas pruebas, pero no para destruirnos. Como jefes, tenemos el deber de procurar que todos los niños sobrevivan hasta llegar a las puertas de Jerusalén. Dios nos ha encomendado esta misión a todos nosotros, no a ti solo. Esa es la voluntad de Dios y debemos hacer cuanto podamos para cumplirla. Por el momento, no merecemos la confianza que Dios ha depositado en nosotros. El desea que suframos, pero también exige que nos ayudemos unos a otros a realizar la tarea que nos ha encargado. Por eso debemos organizamos mejor. Cada cual debe explotar mejor sus posibilidades. Para gloria de Dios…

—Amén —dijo el muchacho que estaba a su lado.

Dolf se sentía un poco avergonzado de su perorata, pero era evidente que su discurso había causado una profunda impresión en los demás. El muchacho que había a su lado aplaudió, se santiguó y abrazó a Dolf.

—Eres digno hijo de tu noble padre, Rudolf —dijo entusiasmado.

Los dos frailes permanecieron sentados. Los ojos hostiles de Anselmus seguían cada movimiento de Dolf, pero una sonrisa amplia y cordial se extendió por la redonda cara de Augustus.

—Rudolf de Amsterdam, creo que nos serás de gran ayuda —le dijo cordialmente—. ¿Puedes hacerme alguna propuesta concreta?

Dolf se hallaba preparado para esta pregunta. A lo largo del día había estado reflexionando sobre la forma de mejorar las cosas.

—En primer lugar hay que dividir a los niños en grupos y asignar a cada grupo una tarea. Como son tantos, no resultará difícil.

Empezó a contar con los dedos.

—Es urgente formar un grupo que se encargue de mantener el orden. A él pertenecerán los chicos mayores. Hemos de dotarlos de algún tipo de arma, de un garrote, por ejemplo. Serán responsables de la seguridad de los niños; impedirán que estallen peleas entre ellos y los protegerán contra los ataques del exterior. También necesitamos varios grupos de cazadores, que tendrán la tarea de proporcionar diariamente carne fresca. He advertido que esta región es muy rica en caza.

—Un minuto —lo interrumpió toscamente Nicolás—. No podemos hacer eso. Sería caza furtiva.

Dolf señaló los espetones.

—¿Y dónde conseguiste esos patos silvestres?

—Los consiguió Carolus —explicó Nicolás.

El chico que estaba junto a Dolf asintió entusiasmado, señalando hacia la tienda. Junto a la entrada de ésta había un arco de fabricación casera y a su lado un carcaj.

—Soy capaz de alcanzar un ave en pleno vuelo —dijo con orgullo—. Y no necesito halcón.

—¿Y no es eso caza furtiva?

—A veces… —Nicolás se encogió de hombros.

—¿Está protegida la caza de las tierras por las que pasamos? —preguntó Dolf.

—¿Protegida? —preguntó Nicolás a su vez.

Asomaban otra vez los problemas lingüísticos.

—Los animales pertenecen a los señores de la región. Sólo ellos tienen derecho a cazarlos. No esperarás que unos niños piadosos se dediquen a robar faisanes y ciervos a un noble.

—Por mí, pueden hacerlo —murmuró Dolf. Luego se volvió hacia el arquero.

—¿Qué opinas tú, Carolus?

El muchacho parecía entusiasmado.

—¡Yo formaré el grupo de cazadores! —gritó—. Puedo enseñarles a hacer arcos y flechas. Los adiestraré en el tiro. Y cazaremos. Incluso donde esté prohibido. Rudolf de Amsterdam tiene razón: no podemos permitir que los niños se mueran de hambre.

—Un noble convertido en cazador furtivo —gritó uno de los chicos lujosamente ataviados.

—Eso no es cazar furtivamente —le replicó Carolus—. Es cumplir la voluntad del Señor.

Los demás guardaron silencio, impresionados.

—Además, yo soy el rey, tengo el sacrosanto derecho de formar un grupo de cazadores. ¿No es así, Rudolf?

Dolf no entendió las palabras del muchacho, pero asintió, porque Carolus le resultaba simpático. Y si era capaz de proporcionar víveres al ejército de los niños, había que apoyarlo. Para Dolf carecía de importancia que eso atentara contra la ley. El hambre rompe todas las leyes.

—También necesitaremos —dijo— un grupo que pesque. He visto algunos niños que nadan bien y otros que tienen redes; pero sólo podrán pertenecer a este grupo los nadadores. Para los otros sería una tarea peligrosa.

Miró a Frank.

—¿Crees que Peter podría organizar el grupo de pescadores?

—Sin duda —respondió Frank con convicción—. Es casi un pez y tiene bastantes amigos en el campamento.

—¡Magnífico! Carolus puede adiestrar a los cazadores y Peter a los pescadores. ¿Quién podría dirigir al grupo encargado de mantener el orden?

—Eso puedo hacerlo yo —dijo un muchacho de robusta apariencia—. Los chicos que están junto al carromato se hayan a mis órdenes. Creo que Rudolf tiene razón. Habría que vigilar todo el campamento, porque en ocasiones han secuestrado niños por la noche.

Dolf se estremeció. El chico que había hablado se llamaba Fredo y parecía entusiasmado con la perspectiva de formar una especie de ejército.

—También necesitaremos un equipo de enfermería. Se encargará de los lesionados y de los que caen enfermos por el camino. Y esto significa que habrá que organizar la marcha de distinta forma. A la cabeza irán vigilantes que alejen los posibles peligros. Los seguirán inmediatamente los más pequeños y los más débiles, con algunos chicos mayores que los ayuden. Podemos utilizar el carromato para transportar a los que ya no son capaces de andar. En cuanto lleguemos a una ciudad grande, buscaremos alojamiento para los enfermos y los heridos. Tras los pequeños debe marchar un grupo de muchachos robustos para atender a los rezagados. Finalmente debe haber otro grupo de vigilantes para proteger a la retaguardia. Así no habrá ya niños que se queden atrás sin que nadie lo note y mueran abandonados en cualquier sitio. ¿Qué te parece, Fredo?

—Creo que tu plan es magnífico —replicó el muchacho.

—¿Y yo tendré que ir a pie? —preguntó la chica lujosamente ataviada.

Dolf miró sus zapatos, que en realidad eran poco más que unas chinelas plateadas. Pensó que no iría muy lejos con aquel calzado.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Hilda de Marburgo.

El nombre no le dijo nada; pero le pareció distinguido.

—Si estás dispuesta a ocuparte de los enfermos, puedes ir en el carro.

Hilda asintió aliviada.

Carolus se volvió hacia Dolf.

—Yo no he ido mucho tiempo en el carro —dijo—. No me parece justo, pues el rey debe cuidar de su pueblo. Además puedo andar perfectamente.

Dolf le sonrió cordialmente; decididamente Carolus le caía bien. Cuando se conocieran mejor averiguaría por qué se consideraba rey.

—Hablas como alguien acostumbrado a dar órdenes, Rudolf de Amsterdam —era la voz de Dom Augustus—. ¿Qué extensión tienen las propiedades de tu padre? ¿Eres su primogénito?

Dolf se enderezó. A sus quince años era bastante más alto que aquellos niños de la Edad Media. Probablemente creían que tenía dieciocho. Además, parecían impresionados por su complexión y su seguridad. Dolf decidió explotar sus ventajas.

—Perdóname —dijo—; pero me causa dolor hablar de mi juventud y de mi pasado. Os ruego que no me hagáis preguntas. No puedo responderlas sin tropezar con dificultades.

El círculo de niños asintió con simpatía. También ellos preferían pensar en Jerusalén, en el centro del mundo, donde reinaba un perpetuo verano y había flores todo el año.

Dolf continuó exponiendo sus planes.

—También debemos organizar de otra forma los campamentos. Necesitaremos grupos que recojan leña, cocinen y monten guardia. Debemos reunir tantas ollas y cuencos como nos sea posible. Todos los víveres que encontremos o que nos den durante el día serán guardados hasta la noche. Luego los equipos de cocineros prepararán en grandes fuegos la comida para todo el ejército. Durante la noche, los más fuertes y los más altos se organizarán en grupos para motar guardia.

Carolus y Fredo hicieron signos de conformidad, pero Dom Anselmus protestó.

—Eso nos llevará mucho tiempo. Apenas avanzaremos, y hemos de cruzar las montañas antes de que llegue el otoño.

Dolf replicó:

—Tardaremos algunos días en organizarnos, pero una vez que todo el mundo sepa cuáles son sus obligaciones, caminaremos mejor y con más rapidez que antes.

Miró al otro fraile, que le sonreía amistosamente. Parecía un hombre simpático.

Carolus gritó:

—¡Rudolf de Amsterdam tiene razón! Un ejército necesita una buena organización. Rudolf, puedes contar conmigo.

Era claro que las palabras de Carolus poseían una considerable autoridad, pues nadie se atrevió a discutirlas. Sólo Nicolás movía abatido la cabeza y tenía aspecto sombrío.

—Todos los niños que hay allí —dijo Dolf señalando al campamento dormido— tienen algún conocimiento que puede sernos útil. Por ejemplo, en mi grupo hay un chico que se ha criado en los bosques y sabe todo

acerca de rastros. Muchachos como él serían de gran ayuda para Carolus y sus cazadores.

—¿Cómo se llama? —preguntó Carolus interesado.

—Hans. Te lo enviaré mañana. Estoy seguro de que te agradará. Pero si queremos que nuestros grupos sean capaces de proporcionar comida a todo el mundo y de protegernos debidamente hemos de dejar que, en la medida de lo posible, los chicos elijan lo que quieren hacer. Cada uno de ellos tiene algún conocimiento o alguna habilidad que se puede aprovechar en beneficio de todos.

Aquellas palabras fueron acogidas con sorpresa. En la Edad Media cada cual sabía qué puesto le correspondía. Nacía dentro de una categoría y permanecía en ella de por vida. Naturalmente, era posible progresar. La sociedad no era completamente rígida, y los que eran suficientemente listos podían mejorar de posición.

Pero dejar que cada chico *eligiera* su propia tarea y además "en beneficio de todos" era algo tan nuevo para el grupo elitista congregado en torno del fuego que todos agitaron sus cabezas dando muestras de incredulidad.

Dolf estaba convenido de lo que decía; pero, al advertir que resultaba extraño a los demás, cambió rápidamente de tema.

—Dom Anselmus ha hablado de montañas. ¿Qué ruta seguiremos hacia Tierra Santa?

Se hallaba muy familiarizado con el mapa de Europa y se preguntaba como conocían el amino aquellas gentes.

El afable Dom Augustus le respondió:

—Llegaremos al mar por Génova.

—¿Génova? —inquirió Dolf—. No lo entiendo ¿Por qué tenemos que ir a Génova?

—Dios ordenó a Nicolás llevar allí el ejército —replicó secamente el ceñudo Dom Anselmus.

Dolf se estremeció.

—¿Entonces tenemos que cruzar los Alpes?

Los frailes asintieron "¿Cómo estarían los Alpes en el siglo XIII? —se preguntó Dolf—. ¿Habría caminos?" Si, desde luego. Los romanos los habían cruzado mil años antes y también Anival con sus elefantes. Pero la idea de pasar con aquellos niños la cordillera más alta de Europa daba escalofríos. ¿No terminaría todo en un drama terrible? Dolf conocía bien los Alpes. Había estado muchas veces con sus padres en Suiza, Austria e Italia. Pero siempre en un coche cómodo, por carreteras pavimentadas, junto a las que se alineaban hoteles, restaurantes y campings. Había patrullas de policía y servicios de asistencia, de manera que el turista corría pocos riesgos. Comprendía muy bien que esta vez sería algo completamente diferente.

—Así pues, a Génova a través de los Alpes —dijo en alta voz—. ¿Y luego? De Génova a Jerusalén hay miles de kilómetros.

Conocía la respuesta, pero deseaba oírla de labios de un adulto, y así fue.

—Dios realizará un milagro —manifestó Dom Anselmus—. El mar se dividirá y podremos ir a pie hasta Tierra Santa.

Dolf se preguntó si el propio fraile lo creía verdaderamente.

Un poco antes creyó distinguir en las inmediaciones del círculo iluminado por la hoguera una borrosa figura. ¿Qué estaría haciendo allí?

—Bien; si tenemos que cruzar los Alpes, sugiero que escojamos el paso del Brennero. Es el más bajo de los puertos alpinos.

—Hemos decidido seguir el antiguo camino militar que cruza por el monte Cenis —dijo Dom Anselmus de mala gana—. Es el camino más corto. Lo conozco porque una vez pasé por allí en peregrinación a Roma.

—¡También yo conozco ese camino! —gritó Dolf horrorizado—. ¡Y es terrible! Es casi tan malo como el Gran San Bernardo.

Se produjo un silencio embarazoso. Dolf se ruborizó.

—He viajado mucho —añadió quedamente.

A su madre no le gustaba el avión. Solía decir que era una pena perderse tan espléndidos paisajes durante un viaje. En consecuencia, los Hefting siempre hacían en coche sus viajes de vacaciones y habían cruzado todos los puertos de los Alpes. El padre de Dolf consideraba aquello como un

deporte y se negaba incluso a ir por los túneles. De esta forma se veía mucho más. Como a todos los habitantes de países llanos, a Dolf le gustaban las montañas y los paisajes abruptos. Siempre había disfrutado inmensamente con aquellos viajes, pero ahora…

—¿Por qué no cambiamos de dirección en Estrasburgo? —sugirió—. Así podríamos ir por la Selva Negra, Baviera y el macizo de Karwendel para llegar a Innsbruck. El paso del Brennero empieza exactamente al otro lado. Luego iríamos directamente a Bolzano. Reconozco que es un camino más largo; pero constituye la única posibilidad de que miles de niños crucen con vida las montañas.

—No —replicó impaciente Anselmus—. No tiene sentido dar semejante rodeo. Además, el macizo de Karwendel está lleno de salteadores.

—Eso ocurre en todas las montañas —replicó Dolf inocentemente.

—¿Has estado allí? —le preguntó Carolus muy excitado.

—Sí, he pasado por todos los puertos.

Naturalmente, no lo creyeron. Dom Augustus dijo en voz baja:

—En el monte Cenis existe una famosa abadía que ofrece a los viajeros alimento y techo.

—Pero no a ocho mil a la vez —repuso Dolf—; o mejor dicho, a cuatro mil, porque estoy seguro de que antes de llegar habremos perdido la mitad.

Inesperadamente, la figura que Dolf había entrevisto en la penumbra penetró en el círculo iluminado por la hoguera. Era Leonardo. Apoyándose en su garrote dijo con voz serena:

—Perdonadme por escuchar las palabras de tan ilustre compañía. Soy Leonardo Fibonacci de Pisa, un estudiante que viaja hacia Bolonia. Apiadado de los niños, me he unido por cierto tiempo a la Cruzada. Yo también estoy familiarizado con los Alpes y con algunos de sus puertos. Puedo aseguraros que Rudolf de Amsterdam tiene razón. La del monte Cenis es una ruta imposible. Morirían millares de niños. En la cima no crece nada, ni el más pequeño y tenaz arbusto, y el frío es insoportable. Durante las noches los niños perecerían de hambre o de frío… El Brennero no es tan alto ni tan inhospitalario.

—En el Karwendel nos destrozarán los osos —anunció Anselmus fúnebremente.

—¿Osos? —preguntó Dolf asustado. Inmediatamente hubiera querido morderse la lengua, avergonzado del error que había cometido. Nicolás reaccionó en el acto:

—Parece que tu conocimiento de las montañas no es tan grande como querías hacernos creer.

Por un instante, Dolf perdió la compostura. Pero Leonardo acudió en su ayuda.

—¿Y no hay osos y lobos en las desnudas laderas del monte Cenis? —preguntó súbitamente.

Los frailes tuvieron que reconocer que efectivamente los había.

Dolf no había contado con los osos y los lobos. No podía creer que lograran pasar con vida.

Leonardo permaneció apoyando tranquilamente su peso en el garrote y mirando a los congregados. Era esbelto y poco más alto que Dolf; pero irradiaba superioridad. Dolf lo admiró cuando golpeó ligeramente el suelo con su garrote y dijo:

—Con este amigo no tengo por qué temer a los osos.

El pequeño Carolus, estallando de entusiasmo, exclamó:

—¿Cómo podemos ignorar el consejo de dos viajeros tan experimentados?

—Cállate —dijo una chica que vestía una capa azul—. Me asustan los osos y los lobos.

Mientras tanto, Dolf había recobrado su sangre fría.

—A todos nos asustan —dijo—; pero si tomamos las precauciones adecuadas y contamos con grupos de cazadores y centinelas valientes, conseguiremos mantener a distancia a esos animales salvajes.

El debate prosiguió hasta bien entrada la noche. Por fin se decidió prescindir de la ruta por el monte Cenis y seguir el camino propuesto por Leonardo y Dolf. Hilda se había quedado dormida sobre el hombro de Carolus. No tenía más de doce años y era una chica bonita, con largas y

rubias trenzas. Carolus pasó un brazo en torno a sus hombros y observó con cariño aquella dorada cabecita.

—¿Es hermana tuya? —inquirió Dolf.

—Hilda de Marburgo es hija del conde Ludwig —murmuró Carolus—. Se crió en el palacio de su tío, el arzobispo de Colonia; pero fue educada por monjas. El arzobispo le ordenó que viajara con nosotros. Y yo… —dijo Carolus con aire soñador— seré coronado rey de Jerusalén. Viviré en el palacio blanco con Hilda, mi esposa, y seremos siempre felices.

¿Qué podía responder Dolf a semejantes fantasías? Sólo se le ocurrió inclinarse ligeramente ante el pequeño rey. Carolus aceptó encantado esa muestra de respeto.

—Rudolf de Amsterdam —dijo sin levantarse para no despertar a la chica—, desde hoy eres mi primer escudero.

Con la mano que le quedaba libre tocó ligeramente un hombro de Dolf.

—Esto te da derecho a dormir en la tienda —añadió en tono de complicidad.

—Gracias, Carolus; pero prefiero dormir junto a mi hoguera. Hay varios niños y niñas que necesitan mi protección.

Carolus asintió comprensivo. Dolf se puso en pie. Con Leonardo y Frank, que estaba dormido, Dolf retornó a su hoguera. Peter seguía despierto y observaba pacientemente a los demás. Frank le relató brevemente el desarrollo del debate. Cuando Dolf se tumbó a dormir en el duro suelo junto a Leonardo, preguntó a éste:

—¿De dónde saliste de repente? ¿Nos seguiste?

—¡Oh! —murmuró Leonardo—. Simple precaución. Cuanto te vi marchar con Frank advertí en tu cara que estabas resuelto. Pensé que tu lengua podía ponerte en algún apuro y que sería mejor que yo estuviera cerca. Y a propósito, ¿qué piensas de esos dos frailes?

—Estúpidos —respondió Dolf irreflexivamente.

—No, Rudolf. No son estúpidos, sobre todo Anselmus… Son impostores.

—¿Impostores? ¿Qué quieres decir?

—Que probablemente no son verdaderos monjes. Comencé a sospecharlo ayer. Hay algo que no encaja. ¿Qué pretende con esta cruzada de niños?

—Conquistar Jerusalén.

—Sí. Eso es lo que dicen —murmuró Leonardo.

Dolf comprobó aliviado que no era el único que tenía dudas.

—¿Qué te hace pensar que no son sinceros?

—Me sorprendió que te dejaran llegar tan lejos —respondió Leonardo soñoliento—. Debería haber saltado y haberte acusado de herejía.

—¿Por qué? Les he dirigido una exhortación piadosa —protestó inocentemente Dolf.

Leonardo sonrió ante tanta inexperiencia.

—Amigo Rudolf. Jamás he oído cosas tan arriesgadas como las que has dicho esta noche. Eres una persona muy inteligente e ignoro cómo a tu edad has adquirido los conocimientos y la experiencia que posees; pero eres un hereje. En tu lugar, yo tendría más cuidado.

Dolf suspiró. Era cierto. Por más que se esforzara, no conseguía entender las ideas religiosas del si|lo XIII.

—He tratado de decirles cosas que ellos mismos predican —afirmó disculpándose.

Leonardo se incorporó y lo miró fijamente.

—¿Y realmente crees lo que has dicho allí?

El muchacho sintió cómo se enrojecían sus mejillas. Por fortuna el fuego se había apagado y el italiano no podía ver su rubor.

—Crees en eso tan poco como yo. He viajado bastante y he visto mucho mundo. Creo que Nicolás es honrado, pero está siendo engañado por esos dos tipos: de hábitos robados y caras piadosas. No son frailes. Podría asegurarlo: no han formulado ninguna objeción a lo que tú decías. Ni el fraile más estúpido te hubiera dejado seguir. ¿Y esos dos? Te han escuchado con interés. Tengo la impresión de que piensan ganar algo si consiguen que lleguen a Génova sanos y salvos el mayor número posible de niños. ¿Por qué? ¿Te lo has preguntado tú?

—Sí —replicó Dolf con presteza.

—Bueno, entonces ya sabes qué debes vigilar y por qué has de mostrarte más prudente.

Leonardo se echó para dormir, pero Dolf lo cogió de un brazo.

—¿Crees que el mar se dividirá a nuestro paso?

—¿Eh? ¿Qué dices?

—¿Crees en los milagros?

—A veces —dijo Leonardo incorporándose de nuevo—. Tú eres un milagro. En el preciso momento en que yo me hallaba en trance de perder la vida a manos de aquellos dos salteadores, apareciste, viniendo de no sé dónde. ¡Y tu increíble conocimiento de los números árabes! Luego nos vimos ambos en medio de la Cruzada de los Niños Y se produjo un nuevo milagro: el extraño que me había salvado el día de San Juan resultó ser un consejero con más sentido y más experiencia viajera que todos los demás supuestos dirigentes. ¿Y me preguntas si creo en los milagros? ¡Todo esto son milagros!

Los dos se sonrieron mutuamente.

—Buenas noches.

Cinco minutos después, los dos dormían profundamente.

5
Refriega con un jabalí

DESPUÉS de la noche en el campo encenagado, el ejército de los niños avanzó de una forma más ordenada. Cada mañana, tras las oraciones y un sermón en el que Dom Anselmus recordaba a los niños su objetivo. Dolf, Leonardo. Frank, Peter. Fredo y Carolus comenzaban por organizar los grupos. Al principio, todo resultaba un poco caótico; pero poco a poco se fue arreglando. Los enfermos, que ahora eran cuidados constantemente, descansaban en el carro. Hilda, la futura reina de Jerusalén, se encargaba de atenderlos. Y no lo hacía sólo porque prefería viajar en el vehículo. En el convento en que se había educado le habían enseñado a cuidar enfermos, y le complacía disponer de una oportunidad para practicar lo que había aprendido. Ella misma eligió a las chicas que debían ayudarla. Les enseñó a preparar infusiones, comidas para enfermos y reconstituyentes. Como es natural, no tenían vendas: pero los niños se encargaron de fabricarlas. A Dolf le sorprendió el curioso método que empleaban.

Algunas niñas recogían hierbas resistentes que trenzaban hasta formar anchas bandas. Luego las enrollaban y guardaban. Las heridas que sangraban eran cubiertas con hierbas frescas masticadas. Así, la hierba se mezclaba con saliva, contenía la hemorragia y prevenía la infección. Naturalmente, la hierba tenía que ser masticada por niños sanos. Sobre esta capa se colocaba un vendaje de hierbas. Para gran sorpresa de Dolf fueron muy pocos los casos de envenenamiento de la sangre. Al parecer, la saliva de una persona sana protegía contra la infección. Dolf comprendió muy pronto que podía confiar a Hilda de Marburgo el cuidado de los enfermos. Llevaba en la sangre la capacidad de dar órdenes y tornar decisiones.

María, cuya educación era escasa o nula, no tenía ninguna habilidad especial. Sin embargo, trataba de ser útil. Hizo amistad con una chica llamada Frida, que era hija de un siervo, se había criado en el campo y sabía mucho de bayas, hierbas y raíces comestibles. Formaron un grupo que se encargaba de proporcionar plantas nutritivas, recoger moras y buscar hierbas. Hilda apreciaba su ayuda porque necesitaba hierbas medicinales para combatir los ataques de fiebre.

Nicolás también escapó a las fatigas del camino, porque alguien tenía que conducir el carromato. Pero Dolf protestó cuando los dos frailes trataron de subir al vehículo.

—¿Cómo podéis negaros a compartir las fatigas de los niños? —les dijo gritando para que pudieran oírlo todos los que estaban cerca. Como no deseaban perder su autoridad sobre los chicos, los dos hombres se vieron obligados a ir a pie como los demás. Dom Anselmus lanzó a Dolf una mirada llena de odio, pero el muchacho no se dejó impresionar.

Fredo, que era hijo de un caballero, sabía exactamente cómo organizar el grupo de centinelas. Dolf los consideró el brazo armado de aquella Cruzada. Hubo que empezar por fabricar arcos, flechas y porras. Carolus les instruyó en el tiro y Leonardo les enseñó a emplear la porra. Ellos patrullaban el campamento por la noche. Los relevos se hacían cada dos horas. Durante el día se les veía en muy diferentes puntos de la marcha, protegiendo la vanguardia y la retaguardia y manteniendo alejados a los animales salvajes. A veces, los animales sálvales eran humanos… Irritados campesinos que temían que sus cosechas pudieran ser pisoteadas o sus granjeros saqueados; nobles arruinados que trataban de apoderarse de los niños para venderlos o para hacerles trabajar a su servicio; otros tipos desagradables que se unían a la marcha. Todos ellos eran rechazados por los jóvenes guardias.

Aunque Dolf nunca lo había pretendido, con la ayuda de Leonardo se había convertido en el jefe activo de la Cruzada de los Niños. Había aportado del siglo XX algo completamente desconocido para estos chicos: un sentido de la responsabilidad, una conciencia social. Para él, todos los hombres eran iguales No hacia distinción entre siervos y nobles, libres y

esclavos, ciudadanos y parias. Juzgaba a cada chico según sus méritos y confiaba las tareas a quienes consideraba aptos para realizarlas. Así Peter, que jamás había sido otra cosa que un siervo sin derechos, paso a jefe indiscutible del grupo de los pescadores.

Enseño a los demás a hacer redes, a advertir en los ríos corrientes peligrosas y a localizar bancos de peces… todos los de su grupo sabían nadar y eran tratados con respeto, porque proporcionaban gran parte de la alimentación.

Carolus, el jefe de los cazadores, escogió a Hans y a Bertho como principales ayudantes y adiestró a su grupo con gran entusiasmo. Conscientes de que lo que estaban haciendo podía ser interpretado corno caza furtiva —delito que en la Edad Media podía castigarse con la muerte — procuraban evitar los encuentros con las sociedades de caza aristocráticas. No siempre tenían éxito. A veces tropezaban con un airado guardamontes, con un campesino de mal talante o con un enfurecido noble. Entonces echaban a correr para salvar sus vidas o dejaban a Carolus que recurriera a todo su dominio y conocimiento de la etiqueta palaciega para explicar al irritado caballero que Dios había otorgado a los niños el derecho a alimentarse de lo que pudieran hallar en la tierra. Los cazadores adquirieron pronto destreza para realizar su tarea y, como se desplazaban todos los días y jamás cazaban dos veces en la misma finca, escapaban con éxito a las persecuciones.

Dolf, obsesionado con la idea de que en un par de semanas llegarían a las ásperas montañas, contemplaba con preocupación los pies descalzos, sangrantes y con ampollas que pasaban ante él. Comunicó sus inquietudes a Frank, hijo de un curtidor, que entendió inmediatamente lo que se esperaba de él. Cada noche se desollaba los animales cazados durante el día. Así se reunían suaves pieles de conejos, castores, liebres y ciervos. Por la tarde centenares de niños se dedicaban a raer las pieles, empapándolas y limpiándolas. Más tarde se cortaban al tamaño adecuado y se cosían. Era una tarca difícil, porque el ejército de niños contaba con pocas herramientas. Pero no faltaba capacidad de invención. Algunas chicas dedicaban todo su tiempo a hacer cordones fuertes y delgados a base de

fibras vegetales duras. También utilizaban cortezas de los arboles, reforzadas con cuero. Todos los que tenían lesiones en los pies contaron muy pronto con zapatos sólidos.

Aparte de lo que les proporcionaban proporcionaban los pescadores y los cazadores, los niños recibían comida de los habitantes de las aldeas y ciudades por las que pasaban.

Pese a las malas comunicaciones las noticias se difundían con notable rapidez en la Edad Media. Lo sucedido en Espira se supo muy pronto a más de cien kilómetros de allí. Todo el mundo estaña enterado del egoísmo que mostró al principio la población y del fuego con que la castigó Dios. Sólo la plegaria de los piadosos niños libró a la ciudad de un mal mayor, había tomado buena nota de aquellos pronto como aparecía la enorme columna de niños, ciudadanos y mercaderes se apresuraban a llegar con alimentos, dispuestos a protegerse así contra la venganza del cielo… Los guardias de Fredo se encargaban de que todo quedará a buen recaudo hasta la tarde. A mediodía solo se les permitía a los niños comer un poco de pan, y se consideraba «pecado» cualquier intento de reservarse algo.

—Porque —les explicó Dolf— todos hemos de recorrer la misma distancia y todos tenemos el mismo objetivo. Eso hace que todos seamos hermanos. Cualquiera que se apropie de más de lo que le corresponde comete un pecado contra el sagrado ejército de los niños y es indigno de ver Jerusalén.

Todos podían entender este razonamiento.

Así prosiguieron la marcha a lo largo del Rin, camino de Estrasburgo. Como es natural, algunos días resultaban más difíciles que otros. A veces, el sol se ocultaba tras negras nubes de tormenta y un viento frío barría las colinas, alborotando las aguas del Rin y haciendo peligrosa la pesca. En esos días, los niños que iban peor vestidos sufrían los efectos del frío y de la humedad y aumentaba de forma alarmante el número de enfermos. Cuando los pies se arrastraban por el barro y no era posible secar la ropa en dos días, cuando era preciso recurrir a la leña húmeda para calentar la comida, hasta los niños dudaban de que tuvieran sentido sus sufrimientos. En estas ocasiones era cuando Carolus, con sus botas de piel de ciervo, su magnífica

capa y su cinturón recamado de plata, daba toda la medida de su valor. Parecía casi cargado de electricidad. Recorría constantemente la columna y parecía hallarse en todas partes al mismo tiempo, como un perro que cubre el doble de camino que su amo. Atendía a los niños que sollozaban y temblaban, a los que tenían los pies llagados, a los cuerpecitos doblados por toses espasmódicas. Una vez prestó su capa a una niña que tenía la piel azulada por el frío. En otra ocasión, sus ágiles dedos tejieron con ramitas y largos tallos un paraguas plano bajo el que pudieron guarecerse cuatro niños azotados por la lluvia.

Algunos chicos vieron lo que hacía y copiaron su método. Dolf no pudo evitar reírse ante la visión de tantos chicos y chicas, reunidos en grupos de cuatro, sosteniendo aquellos improvisados paraguas y cantando alegres mientras sorteaban los charcos. Pero cada vez apreciaba más al pequeño Carolus. Un día frío, pero seco, el pequeño rey salió a cazar con su grupo y descubrió unas ovejas extraviadas de su rebaño. Impidió que los suyos las sacrificaran y las condujo en triunfo al campamento.

—Nos proporcionarán lana —dijo a Nicolás—. Las esquilaremos e hilaremos la lana para hacer ropas de abrigo.

—Y nos las comeremos —añadió Nicolás sin pensar.

—No —dijo rotundamente Carolus—. Las llevaremos con nosotros. Las ovejas pueden caminar muy bien.

—Exijo que sean sacrificadas —replicó Nicolás, que no esperaba otra cosa que devorar un cuarto de cordero.

La caza no había resultado aquel especialmente fructífera y estaban cruzando una región muy poco poblada. Carolus mandó llamar a Dolf. Oficialmente Nicolás era el Jefe, pero el pequeño rey tenía más fe en Rudolf de Amsterdam.

Cuando Dolf se enteró del asunto se mostró resuelto.

—Los animales deben seguir con vida —dijo en voz alta para que todos lo oyeran—. Sólo serán sacrificados si corren peligro de morir de hambre.

Nicolás no era tonto, sino sólo ignorante, porque nadie se había tomado la molestia de enseñarle otra cosa que a rezar y cuidar rebaños. Por eso temía un poco a aquel alto extranjero del norte: sabía que en poco tiempo

Rudolf de Amsterdam se había hecho con muchos amigos que parecían dispuestos a dar la vida por él. Nicolás había visto cómo una desordenada turba de chiquillos se había convertido rápidamente en un ejército bien organizado; pero no era capaz de entenderlo. ¿De dónde procedía la autoridad de aquel extranjero? ¿A que se refería cuando decía «todos para uno y uno para todos»? Nicolás, que era supersticioso, comenzó a temer. ¿Era posible que el Señor hubiera elegido a aquel joven y no a el? No debía oponerse muchas veces a Dolf. Por tanto las ovejas continuaron vivas.

Aquella misma tarde, el propio Nicolás ayudó a esquilarlas. Era un experto en la tarea, y la lana quedó en perfectas condiciones. Tras lavarla y cepillarla, la repartieron entre quienes sabían hilarla. Dolf contempló fascinado como los chicos y las chicas enrollaban la lana en torno a un palo que sujetaban con la mano izquierda. Iban separando con cuidado las fibras, una por una, y las trenzaban entre sus dedos hasta formar ásperas hebras que, para sorpresa de Dolf, eran muy resistentes. Otro chico o chica se encargaba de coger la hebra terminada y de enrollarla en otro palo hasta formar una pelota.

«No sé cómo pueden hilar así —pensó Dolf—. Yo creía que se necesitaba una rueca». Al principio no reparo en que en 1212 no se había inventado todavía semejante maquina. Con este procedimiento podían realizar el trabajo mientras caminaban.

Nicolás y los dos frailes animaban constantemente a la columna a que avanzara más deprisa, y se enojaban con cada demora. Sin embargo, el progreso era ahora mucho más considerable, porque se quedaban rezagados menos niños, los enfermos iban en el carromato y se perdía poco tiempo en la caza. Todos los cazadores eran muchachos atléticos capaces de alcanzar al cuerpo principal de la expedición cuando se detenía para acampar por la noche. Dolf había establecido la norma de que la jornada de camino acabara a las cuatro de la tarde. A los frailes no les agradó. Anselmus, sobre todo, quería que los chicos siguieran andando hasta la puesta del sol. Una vez más se impuso Dolf, sobre todo porque al caer la tarde la mayoría de los chicos se encontraban cansados y sólo pensaban en hacer frente a sus sencillas tareas, comer algo e ir a dormir. Deteniéndose antes quedaba

tiempo suficiente para pescar, levantar la tienda, cuidar de los bueyes y reunir leña.

Cuando se encendían las hogueras, llegaban ya del río los primeros peces y los cazadores acudían con carne fresca. La mayor parte de los días la cena concluía antes de las siete y los chicos aprovechaban las últimas horas de luz para hilar, curtir pieles, lavar y remendar sus ropas y fabricar armas. Dolf los animaba a bañarse, pero siempre bajo la atenta mirada de los mejores nadadores. Desde entonces no hubo más ahogados.

Pronto llegaron a Estrasburgo, donde fueron acogidos cordialmente. Recibieron asistencia y víveres y se les permitió dejar allí a los niños que se hallaban gravemente enfermos. Cruzaron el Rin por un ancho puente de madera. Ahora pensaban dirigiese hacia el este, primero a través del valle del Kinzig y luego por el Danubio, para llegar al lago de Constanza. Dom Anselmus intentó una vez más convencer a Dolf de que era mejor tomar el camino más corto, por el monte Cenis, en vez de la ruta más larga por Baviera. Pero Dolf no quiso oír hablar de eso.

—Si queremos llegar a Génova con vida, debemos seguir una ruta adecuada a las fuerzas de los niños —dijo con firmeza.

Al mismo tiempo se preguntaba por qué Anselmus tenía tanta prisa. Aún hacía calor suficiente para cruzar las barreras montañosas. Pero no le preguntó ni dijo nada. Tuvo en cuenta la advertencia de Leonardo.

A diferencia de Anselmus, Dom Augustus siempre se mostraba cordial y sabía cómo animar a los niños en los días húmedos y difíciles. Los más pequeños confiaban en él con la ciega fe de la inocencia, mientras que la mirada dura y la voz seca de Anselmus los asustaba.

«Augustus puede ser un truhán —pensó Dolf—, pero al menos resulta simpático».

Ya habían entrado en la Selva Negra. En torno a ellos se alzaban las altas cimas de montañas cubiertas de bosques, separadas por un río estrecho y de aguas claras, donde abundaban las truchas. Dolf admiró la naturaleza virgen de aquellos parajes: las aguas frías pero deliciosas, los numerosos diques de los castores y los bosques rebosantes de caza. Los animales no se mostraban huidizos y eran presa fácil de los pequeños cazadores, que se

movían cauta pero velozmente entre los espesos matorrales. Dolf nunca acompañó a Carolus, Hans y Bertho en sus expediciones cinegéticas, porque, aun comprendiendo que la caza era necesaria, no podía contemplar el sacrificio de un pequeño gamo, o ver cómo mataban a palos a un conejo.

La Selva Negra, con tantos animales salvajes, encerraba muchos peligros para los niños. Dolf se quedaba siempre en el campamento; por eso no tenía una idea exacta de los riesgos que corrían los chicos cuando salían a realizar sus tareas. El pequeño Carolus, que tenía siempre presente su noble origen y su futuro regio, afrontaba peligros que un día tenían que terminar en un desastre. En los bosques abundaban los jabalíes. Estos animales se desplazaban, en grandes piaras, por la espesura; los machos, fuertes y dotados de terribles colmillos, rodeaban a las hembras y a los cachorros para protegerlos. Los cazadores no dudaban en atacar a tales piaras. A veces pagaban su osadía con graves heridas. Una tarde, Bertho fue llevado al campamento con el muslo completamente abierto. Hilda se quedó blanca al verlo, pero no perdió tiempo y envió a buscar a Dolf.

—Necesito ayuda. Es preciso coser la herida.

Tendieron a Bertho en un catre hecho con ramas de abeto, y cuatro chicos lo sujetaron con fuerza. Sin que su mano temblara, Hilda introdujo una limpia aguja en la carne y cosió los bordes de la herida con fuertes fibras. Bertho se contrajo de dolor, pero no emitió un solo gemido. A su lado estaba Carolus llorando.

—Me ha salvado la vida —dijo entre sollozos—. El jabalí me atacó a mí; pero Bertho se interpuso. Ensartó al animal con su lanza y la lanza se se rompió.

—No te aflijas —lo consoló Dolf—. La herida no es tan grave como parece. Ha salido mucha sangre y ha sacado la suciedad. Bertho se recuperará rápidamente.

Sin embargo, después de este incidente, Dolf prohibió la caza de jabalíes.

El camino que seguía la orilla del río era poco más que un áspero sendero y a veces se estrechaba tanto que el carromato se atascaba y habían de rodear peñas y roquedos, cuidando de que no volcara y cayera al río. En

ocasiones, esos incidentes exigían horas de trabajo y una enorme paciencia. Dolf esperaba ansiosamente que llegara el día en que quedara tras ellos la última montaña.

6
El milagro del pan

POR FIN llegaron a Rottweil, ciudad situada a orillas del Neckar. Las puertas de sus murallas se cerraron al instante. Al parecer, aquí no tenían noticia de lo sucedido en Espira o, si la tenían, no estaban dispuestos a creerla. La tarde era gris y lloviznaba. Los niños necesitaban calor, alimentos y un lugar en que guarecerse. Decidieron establecer el campamento en una ligera pendiente no lejos de la ciudad. El Concejo accedió a negociar con una pequeña delegación formada por Nicolás. Dom Anselmus y Peter. Dolf había estado atareado en otro lugar del campamento, y Nicolás y Dom Anselmus partieron antes de que él pudiera intervenir. Llevaron a Peter porque Anselmus esperaba que su andrajosa indumentaria moviera a compasión.

Nicolás mostró tal falta de tacto que la negociación estaba condenada al fracaso desde el principio. Trató con altanería a los regidores y al canónigo magistral y, estimulado por Dom Anselmus, habló de su misión divina. Es posible que hubiera causado alguna impresión si Dom Anselmus no hubiera exigido amenazadoramente que alimentaran a los chicos acampados fuera de la ciudad. Al comienzo del día había prometido a los niños una tarde de abundancia, porque suponía que los habitantes de Rottweil serían generosos. Su actitud reticente le hizo mostrarse desconsiderado.

—Dios castiga a quienes niegan a los niños alimentos y ayuda —exclamó.

Pero el canónigo, tras examinarlo atentamente, se encogió de hombros.

—No estamos dispuestos a que nos engañen unos impostores. Es posible que fuerais vosotros quienes provocasteis el incendio de Espira. Si

tenéis niños gravemente enfermos, podéis traerlos a la ciudad, y nosotros los cuidaremos. Pero si creéis que la ciudad de Rottweil es suficientemente rica para alimentar a miles de chicos, estáis equivocados. Aún no hemos recogido la cosecha. Pero está bien custodiada. Si alguno de vuestros chicos trata de robar ganado o grano, ordenaremos a nuestros arqueros que lo ataquen. Es una advertencia. ¡No lo olvidéis!

Rottweil era una ciudad perfectamente amurallada que se alzaba en lo alto de una colina desde la que se dominaba todo el valle. Nicolás y Anselmus comprendieron que no era posible coger, sin más, lo que necesitaban. Por la ventana de la alta torre en que se celebraban las negociaciones podían ver los campos y los prados: había guardas por todas partes. La región era fértil, pero sufría el acoso de los salteadores que merodeaban por las colinas y a los que sólo se podía mantener a raya mediante un despliegue de fuerza.

—¿No teméis la ira de Dios? —Anselmus hizo un último esfuerzo, pero sus palabras causaron poca impresión.

—No —replicaron los padres de la ciudad. Habían observado el cielo y habían comprobado que no había riesgo de que aquella noche estallara una tormenta. Los niños se marcharían a la mañana siguiente. Y los padres de la ciudad no querían tener ningún contacto con ellos.

Peter, que hasta entonces se había mostrado silencioso y atento, hizo uso de la palabra. Con muchísimo respeto dio cuenta de que cuatro niños padecían una fiebre muy alta.

—Haré que el médico los visite —prometió el canónigo.

Tímida, pero resueltamente, Peter señaló que el magistral había prometido acoger en la ciudad a los que estuvieran gravemente enfermos. Había demasiados testigos para que pudiera volverse atrás.

—De acuerdo, traedlos aquí.

Peter se inclinó reverentemente, sin que su rostro revelara sus sentimientos. Y así la delegación partió con las manos vacías. Al oír el informe de Peter, Dolf se alegró de que al menos los enfermos pudieran quedarse en la ciudad Los cuatro niños a que se había referido Peter se hallaban gravemente enfermos, y Dolf temía por sus vidas. Sus cuerpos

ardían de fiebre y sus estómagos se negaban a retener siquiera una infusión de hierbas. Dolf ignoraba qué enfermedad tenían, pero no esperaba que sobrevivieran.

Bertho y algunos otros lesionados se negaron a abandonar el campamento. Sus heridas cicatrizaban rápidamente y podían andar de nuevo. Dolf pidió a Frank que unciera los bueyes al carromato y llevara los cuatro pacientes a la ciudad. Pero en el último momento subió también él al vehículo.

—Llévate el carromato al campamento —dijo Dolf después de entregar a los niños—. Quiero echar un vistazo a la ciudad.

—¿Por qué? —preguntó Frank sorprendido—. Rottweil no es tan grande ni tan bonita como Colonia.

—No lo dudo, pero ahora estoy aquí y no en Colonia —replicó Dolf con una sonrisa.

Dolf hablaba ya con facilidad aquella lengua que, al fin y al cabo, debía emplear todo el día. Seguro de sí mismo, empezó a dar vueltas por la Rottweil medieval. La ciudad era en buena medida como él había imaginado: calles estrechas y tortuosas, a veces con soportales. En algunos barrios, los artesanos trabajaban en la calle bajo entoldados. Eran casi las siete de la tarde, y la mayoría de los habitantes de la ciudad estaban cenando. Sin embargo, las calles estaban llenas de gente y de actividad o, al menos, así lo parecía, pues bastaban cuatro personas para bloquear las estrechas callejas.

Dolf era objeto de muchas miradas, no sólo por su indumentaria, sino también porque su rostro resultaba extraño en aquella época. Los mendigos lo cogían de la manga y le pedían una limosna. Ofrecían un aspecto lastimoso: había contrahechos, ciegos, mutilados… Dolf se estremeció y prosiguió su camino a toda prisa. No tenía nada que darles.

Vagando por aquellos lugares topó con una calle de joyeros y armeros. Observó fascinado la mercancía expuesta. El cuchillo de mesa, de acero inoxidable, que desde hacía dos semanas llevaba ceñido al cinturón, le había resultado muy útil. Pero no podía compararse en belleza con las dagas

de plata afiligranada en sus vainas de cuero. Preguntó al armero por el precio de una. Costaba veinte monedas de plata.

Dolf suspiró. No tenía un céntimo, o sí…

De repente se acordó del dinero holandés que llevaba en el pantalón. Durante quince días había olvidado su existencia. Pero ¿qué podría conseguir? Sacó el monedero, cogió dos florines y se los enseñó al armero. No le impresionaron. ¿Dos monedas de plata? Quería veinte al menos por la daga. Pero el hombre advirtió algo extraño en aquellas monedas.

—¿Qué clase de dinero es éste?

—Es de Holanda.

—No conozco el dinero holandés. Si quieres cambiarlo tendrás que ir a la calle próxima. Allí encontrarás un cambista.

Dolf siguió la dirección indicada y poco después se encontraba en el oscuro recinto del cambista. En su mente tomaba cuerpo un plan audaz. No quería comprar la daga, pero…

—Quiero cambiar estas monedas por dinero de aquí —dijo Dolf, y colocó sobre la mesa un puñado de florines. El hombre observó intrigado aquellas monedas.

—¿Qué clase de dinero es éste? Jamás vi nada semejante.

—Procede de Holanda.

—Pero no creo que pretendas decirme que es de plata —observó el hombre con desconfianza.

—Claro que no —replicó Dolf—; los alquimistas de Holanda han descubierto este metal, que es más duro y más valioso que la plata, más valioso incluso que el oro. El conde Guillermo tiene en su corte tres alquimistas que le fabrican este metal blanco. El conde ordenó que se utilizara para acuñar monedas que no pueden fundirse, doblarse ni cortarse en piezas. En el norte hay gran demanda de estas monedas. Los daneses, en especial, navegan a centenares hacia los puertos holandeses, con sus barcos cargados de pieles y piedras preciosas, que cambian por estas monedas.

¿Le creería aquel hombre? Observaba con mucha atención los florines, en especial la efigie de la reina Juliana de Holanda.

—¿Quién es ésta?

—Santa Juliana, nuestra patrona —respondió Dolf.

Las extrañas, duras e impolutas monedas brillaban a la luz de la lámpara.

—Te daré diez denarios a cambio —dijo inseguro tras llevarse una moneda a los dientes. Eran tan duras que ni siquiera el cuchillo más afilado podía marcarlas. El hombre estaba sorprendido. ¿Cómo esa paupérrima Holanda podía producir monedas tan maravillosas?

—Entonces serán cincuenta denarios por las cinco —dijo Dolf con sangre fría, aun sabiendo que no era ése el precio que le había propuesto.

—¡Estás loco!

Dolf se irguió, se llevó una mano al cuchillo de mesa y dijo secamente:

—¡No olvides que estás hablando con Rudolf Hefting, de Amsterdam!

—No, mi señor —replicó el anciano con temor—. Por favor, perdonadme… Soy pobre y por Rottweil pasan pocos comerciantes.

—Dime —dijo Dolf dando a su voz un acento de dureza—: ¿Cuántas hogazas puedo comprar en Rottweil por un denario?

—Por lo menos cincuenta, señor.

—¿Conoces a alguien que quiera cocer esta noche?

—Tal vez Gardulfo… —respondió el hombre titubeando.

—Entonces ofreceré mis monedas a Gardulfo.

El hombre puso prestamente sus manos sobre las monedas.

—Pero, señor, ¿qué sabe Gardulfo de monedas? Es un simple panadero.

—No me importa lo que sea. Quiero hogazas, muchas. Ahí fuera hay más de ocho mil niños hambrientos en torno a sus hogueras.

—¿Queréis comprar comida para esos chicos? —preguntó extrañado el cambiante—; pero ¿por qué?

—Porque no tengo el corazón tan duro como los habitantes de Rottweil. —Dolf extendió sobre la mesa el resto del dinero que guardaba en su monedero: monedas de cinco, diez y veinticinco céntimos. Al hombre le interesaron especialmente las monedas de bronce.

Dolf consiguió un total de veinte denarios. No tenía nada en qué llevar las pesadas monedas de plata. Así que cambió su monedero por una bolsa

de cuero. El monedero estaba bastante nuevo, y el cambista pareció encantado con el trueque. Dolf salió camino de la tahona de Gardulfo.

Los hornos estaban apagados desde hacía tiempo, y Gardulfo se hallaba cenando. Dolf franqueó la puerta, murmuró una bendición que había preparado mentalmente, mencionó su impresionante nombre y encargó ochocientas hogazas de las más grandes que el panadero pudiera fabricar. El panadero había de empezar inmediatamente; él, Rudolf de Amsterdam, le pagaría veinte denarios de plata.

—Pero eso no es suficiente —protestó el panadero—. Además, ¿cómo voy a hacer tantas hogazas en una sola noche? Pronto sonará el toque de queda y tendré que apagar el fuego. Por si fuera poco, sólo tengo dos aprendices y ya están en la cama. Apiadaos de mí, señor.

Gardulfo era pelirrojo, tenía los ojos verdes y pálida la piel. Sus cuatro hijos pequeños, sentados en torno a la mesa y ya soñolientos, tenían el mismo pelo e idénticos ojos verdes y soñadores. A Dolf le parecieron encantadores.

—Tengo que contar con el pan —insistió—. Fuera hay niños hambrientos que aguardan, y si no son alimentados con presteza pedirán que caiga sobre la ciudad la venganza de Dios.

—Pero, señor, nadie cree esa historia. He oído hablar del fraile y de lo que dice que pasó en Espira; pero también he oído que es un impostor.

—Alto —dijo Dolf levantando la mano—. Es posible que tengas razón, panadero Gardulfo, pero no se puede dejar que se mueran de hambre unos niños porque un truhán haya contado tan ridícula historia, ¡Mira!

Agitó la bolsa de las monedas de plata bajo las narices de los sorprendidos niños pelirrojos.

—Puedes ganarte todo esto en una noche.

El hombre miró la bolsa con avidez.

—Pero mis aprendices se quedarán dormidos mientras amasan. Han estado trabajando todo el día y el maestro del gremio prohíbe…

—Buen hombre, ya sé todo eso —dijo Dolf rápidamente (aunque no lo sabía)—. Despiértalos, a pesar de todo, y yo te ayudaré. Dime simplemente lo que hay que hacer.

Una vez más el panadero dirigió una mirada ansiosa al dinero.

—¿Dónde encontraré leña? —murmuró—. Necesitaré todo un carro.

—Dentro de una hora tendrás leña. Yo me ocuparé de eso.

Dolf lamentó haber enviado el carromato al campamento.

—Escucha, Gardulfo; te dejaré dos monedas de plata como señal de mi buena fe. Tengo que marcharme para disponer la recogida de leña antes del toque de queda. Puedes empezar a amasar. Volveré pronto.

Se guardó la bolsa y salió a toda prisa, dejando al sorprendido panadero y a su familia.

Consiguió que el centinela se comprometiera a permitir que el carromato de la leña entrara en la ciudad aunque se presentara después del toque de queda. Luego se dirigió al campamento tan deprisa como pudo y congregó a sus amigos.

—Reunid a todos los muchachos que podáis para que os ayuden. Necesitamos un carro de leña seca, porque esta noche el panadero Gardulfo cocerá pan para nosotros.

Sus palabras fueron recibidas con gritos de alegría, y Carolus echó a correr seguido de Frank, Leonardo y Fredo.

—¡A coger leña! —la orden de Fredo resonó en todo el campamento—. ¡Leña para el pan!

Aquel grito bastó para poner en movimiento a un centenar de niños. Únicamente Peter se quedó junto a Dolf.

—¿Qué pasa, Peter? ¿No vas a ayudarles?

—¿Cómo vamos a meter tanta leña en la ciudad?

—En el carro, claro.

—Eso es imposible. Hay cinco enfermos.

—Hemos dejado a los enfermos en la ciudad ésta… ¿Qué? ¿Cinco más?

Peter asintió tristemente.

—Todos pequeños, y tienen lo mismo que los otros cuatro. Dolor de garganta, manchas en la cabeza, fiebre…

«Debe ser una epidemia —pensó Dolf—. Cuatro esta mañana, cinco ahora. ¿Cuántos serán mañana? ¿De qué enfermedad se tratará? Tiene que

ser algún tipo de virus…». Escrutó el impenetrable rostro de Peter en busca de ayuda.

—¿Conoces esta enfermedad? ¿Es corriente?

Peter asintió.

—De ese mal mueren los pequeños.

—¿Sólo los pequeños?

—De ordinario, sí.

Así que era una enfermedad infantil, y probablemente una de las plagas que los medicamentos del siglo XX eran capaces de curar. ¿Qué podía hacer él en semejante situación? Era preciso aislar todos los casos sospechosos en un campamento separado; así dejaría de extenderse la epidemia.

La noticia le produjo una fuerte conmoción. No quiso preguntar más y corrió al carromato, donde Hilda y Frida limpiaban los vómitos de un paciente. Y con ese carro, que ahora estaba infectado, quería llevar a la mañana siguiente ochocientas hogazas al campamento. Dolf sintió vértigo y se apoyó en una rueda del carro. Aquella responsabilidad le pesaba demasiado. Sabía demasiado, comprendía con rapidez, y sentía una gran compasión por aquellos inocentes niños. Empezó a sollozar.

—¿No te sientes bien, hijo mío?

La voz había sonado muy cerca de sus espaldas y parecía cordial. Dolf se volvió y vio a un fraile; pero no era Anselmus ni Augustus.

—Nos hallamos amenazados por una epidemia —murmuró Dolf afligido—. ¿Puede ayudarnos, padre?

—¿Qué es lo que nos amenaza?

—Una enfermedad peligrosa y contagiosa, de la que mueren los niños pequeños.

—Muéstrame los enfermos, hijo.

Subieron juntos al carromato. Hilda los miró sorprendida.

—¿Qué sucede?

Los niños yacían sobre la paja. Deliraban y tenían las cabezas rojas e hinchadas. De sus cuerpecitos parecía brotar calor. El fraile los observó asintió y dijo apenado:

—Sí, es grave; se trata de la muerte escarlata.

—¿La… la peste? —tartamudeó Dolf. El fraile rezó en silencio, se santiguó y contempló a Dolf. Los ojos de aquel hombre reflejaban una inmensa bondad.

—No, hijo mío; no es la peste. Se trata de la muerte escarlata. Todos los niños tienen un color rojo brillante.

Dolf asintió. Le había sorprendido aquel extraño síntoma y supuso que era una consecuencia de la fiebre.

—¿Morirán?

—Eso queda en manos de Dios. Probablemente, los más fuertes sobrevivirán, y los que estén bien atendidos tendrán una posibilidad.

—Estoy haciendo lo que puedo —dijo Hilda con voz queda. Sus joyas colgaban ahora de su cuello como un haz de paja. Parecía exhausta. Dolf se preguntó cuántas horas llevaría atendiendo a esos niños que vomitaban y deliraban.

—Hilda, Frida y tú debéis quedaros en el carromato y manteneros lejos de los demás. Esta enfermedad es contagiosa.

—¿Y no la contraeremos también nosotras? —preguntó Frida asustada.

—No; creo que no —replicó el fraile—. Por lo general sólo ataca a los niños pequeños.

—Tengo que organizar las cosas inmediatamente —dijo Dolf, y saltó del carromato. Ya comenzaban a llegar los chicos con leña.

—Por favor, padre, dígales que no se acerquen aquí —le pidió Dolf.

—¿A dónde tienen que llevar la leña?

—A la ciudad, al panadero Gardulfo. Esta noche hará pan para nosotros. El centinela de la puerta occidental ha accedido a dejarnos pasar con la leña.

—Yo me ocuparé de eso.

El fraile se dirigió hacia los muchachos. Dolf vio cómo los reunía y partía con ellos en dirección a la ciudad. Aliviado, se volvió hacia Hilda.

—Hay que trasladar el carro a otro lugar. Espera aquí y no dejes subir a nadie.

Se fue a informar a Leonardo. Luego se les unió Fredo. Entonces comenzaron a marchar las cosas. El carro entoldado fue alejado del

campamento y colocado tras unos matorrales. A cierta distancia montaban guardia algunos muchachos con garrotes. Entretanto, Leonardo y Peter recorrían el campamento, examinaban a los chicos dormidos. En cuanto distinguían un rostro enrojecido u oían a alguno quejarse de dolor de garganta —tal parecía ser el primer síntoma— lo colocaban junto a una hoguera alejada, que también se hallaba estrictamente custodiada.

Tras aislar todos los casos sospechosos, Leonardo ordenó que se les administrara una fuerte infusión de hierbas. En el espacio de media hora fueron enviados al carro seis niños con síntomas inequívocos de padecer la infección.

—Tendremos que vigilar atentamente al grupo de la hoguera alejada —dijo Leonardo a Dolf.

—Encárgate de ello —replicó el muchacho—. Yo tengo que ir a la ciudad, porque he prometido al panadero que le ayudaría a hacer las hogazas.

—Espero que no tenga niños pequeños —dijo Leonardo Preocupado.

Dolf comprendió de repente que representaba un peligro para los cuatro pelirrojos de ojos verdes.

—Me desinfectaré primero —dijo.

Corrió al río, sacó todos los objetos de sus bolsillos, se desnudó y se metió en las oscuras y heladas aguas. El frío mordió sus hombros, su rostro y sus manos; pero Dolf salió de la corriente bastante aliviado. Luego metió varias veces en el agua toda su ropa, la escurrió para que se secara un poco y se vistió. Rápidamente metió sus pertenencias en los bolsillos y salió corriendo. Cuando llegó jadeante a la puerta occidental, el centinela no quería dejarle entrar.

—¿No pensabais venir con un carro? —preguntó con desconfianza—. En vez del carro han llegado cincuenta chicos con brazadas de leña.

—¿Los has dejado pasar? —preguntó Dolf angustiado.

—Sí, pero con la condición de que volvieran en cuanto entregaran la leña. Y así lo han hecho. Iba un fraile con ellos; de otro modo no los habría dejado pasar.

—Eres un buen hombre —dijo Dolf—. Me gustaría darte algo, pero… Espera un minuto.

Acababa de descubrir en un bolsillo un curioso objeto: un muñeco de plástico del tamaño del pulgar. No podía recordar cómo había adquirido algo tan inútil; pero lo sacó del bolsillo y, con un ademán ceremonioso, se lo entregó al sorprendido centinela.

—Cuídalo bien —le dijo solemnemente—. Es una imagen de… San Juan y tiene grandes poderes protectores.

El centinela lo dejó pasar.

En la ciudad oscura y silenciosa le costó trabajo encontrar la calle en que vivía Gardulfo. Por fin, casi inesperadamente, se encontró delante de la panadería. Un tenue rayo de luz se filtraba por una grieta del postigo. Dolf golpeó la puerta.

—¡Ah, sois vos! Os habéis tomado tiempo —murmuró el panadero mientras le abría la puerta.

—Lo lamento. Hemos tenido algunos problemas en el campamento —dijo Dolf, olvidando comportarse como un joven noble.

—¿Qué le ha ocurrido a vuestra ropa?

—Me he caído al río.

Meneando la cabeza como si no le creyera, Gardulfo lo introdujo en la tahona. Dolf descubrió que Frank estaba allí amasando afanosamente. También trabajaban los aprendices.

—Me he quedado para echar una mano —dijo Frank sencillamente.

Dolf sintió deseos de abrazarlo. Se quitó el húmedo jersey, que el panadero puso a secar, y comenzó a trabajar.

Amasar es un trabajo duro. Gardulfo, con sus musculosos brazos, preparaba más panes que los dos chicos juntos; pero no se quejaba. Comprendía que no estaban acostumbrados a aquel trabajo y que se hallaban tan fatigados que apenas podían tenerse de pie.

Ya bien entrada la noche comenzaron a salir del horno una tras otra las doradas hogazas. Los aprendices las apilaban fuera, junto a la puerta, porque la tahona resultaba pequeña para tanto pan. Dolf veía crecer el

montón y sólo pensaba una cosa: «Los niños tienen que comer, no pueden ponerse enfermos. ¡Tienen que comer!».

Frank estaba pálido de cansancio. Dolf no se encontraba mejor. Cuando los aprendices sacaban del horno las últimas hogazas, el panadero le preguntó:

—¿Habéis traído el dinero?

Dolf le entregó, en silencio, la bolsa y vio cómo se le encendían los ojos. Quizá había pagado demasiado, pero no le importaba: ahora podría desayunar el ejército de los niños.

—Pensáis llevaros el pan con el carro, ¿no es cierto? —preguntó Gardulfo.

En aquel momento apareció su esposa con tortas y leche caliente. Los muchachos estaban demasiado cansados para comer; sólo ansiaban descansar; pero hicieron un esfuerzo y se tomaron la leche y las tortas.

—¿El carro? —tartamudeó Dolf, comprendiendo de repente lo que el panadero le había preguntado—. No… se ha averiado. Frank…

—Lo he comprendido —dijo Frank bostezando—. Iré al campamento y enviaré portadores.

Una hora más tarde entraron en la ciudad unos cien niños para recoger las hogazas. Orgullosos de haber sido capaces de superar sus dificultades sin la ayuda de la población de Rottweil, recorrieron las calles con las cabezas erguidas. Los pocos habitantes que a esas horas había en las calles se detenían y los contemplaban maravillados. ¿Había hecho Dios un milagro? Pronto circuló un rumor por la ciudad. Durante la noche un ángel había bajado del cielo y había cocido centenares de hogazas para los niños…

Dolf no acompañó a los chicos. Tenía que hacer aún una gestión. A punto de derrumbarse de fatiga se dirigió al hospital y dijo al hermano lego que los cuatro enfermos que había llevado el día anterior tenían la muerte escarlata. El hombre se estremeció. Uno de los niños había muerto durante la noche; de los otros tres, dos parecían encontrarse algo mejor, mientras que el tercero llegaría hasta la tarde.

—Lo único que los puede sanar es una atención esmerada —dijo Dolf— y por favor, mantenedlos alejados de todos los demás, en especial de los padres de los niños pequeños.

—¿Por qué has traído la enfermedad a nuestra ciudad? hijo mío.

—Porque ayer no sabíamos qué enfermedad tenían. Ahora hay en el campamento muchos enfermos, pero no os cargaremos con ellos.

El hermano lego movió la cabeza apenado.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿No se hallan los niños bajo la protección divina?

Dolf estaba demasiado cansado para discutir esa pregunta. Casi mecánicamente respondió:

—También nosotros tenemos que pasar por pruebas.

Y se marchó tambaleándose. Una vez fuera de la ciudad se topó con Leonardo, que lo aguardaba con su mula. El estudiante lo cogió y lo puso sobre los lomos del animal, donde Dolf se quedó dormido.

7
La muerte escarlata

DOLF se despertó al sentir un tirón en la manga. Durante unos segundos no supo dónde se hallaba. El sol estaba en lo alto del cielo. A su alrededor, todo estaba sorprendentemente tranquilo Leonardo se inclinaba sobre él.

—Nos vamos.

El campamento estaba casi vacío. En la lejanía, un trecho más allá de Rottweil, resonaban los cantos de los niños, que ya estaban en camino. Sólo quedaba el carromato con los vigilantes de la retaguardia. Al borde del campamento aguardaban diez soldados a caballo, que vestían cotas de malla.

—¡No podemos viajar! —gritó Dolf, recordando de repente la situación.

—Tenemos que irnos —replicó abatido Leonardo—. Te he dejado dormir mientras ha sido posible. El Concejo nos ha ordenado abandonar la comarca antes del mediodía.

Dolf se puso en pie envarado. Le dolía todo el cuerpo, se quitó el jersey y dejó que le aliviaran los cálidos rayos del sol.

Sin más comentarios reunió todas las cosas. María le cogió una mano y tiró de él. Leonardo, Frank y Peter los siguieron, mientras Fredo conducía los bueyes que tiraban del carromato formaban en línea los chicos encargados de la vigilancia.

Dolf dirigió una mirada preocupada al vehículo.

—¿Cuántos casos nuevos? —preguntó con miedo.

—Creo que veinticuatro; todos pequeños —respondió María en voz baja.

Dolf se repitió la cifra a sí mismo. Trataba de comprender que significaba aquello. Veinticuatro niños muy enfermos en un carromato bamboleante. ¿No tenían corazón los habitantes de Rottweil?

Pero entonces comprendió que sólo trataban de proteger a sus propios niños. Aunque estaba indignado, en el fondo no podía tomar a mal que los habitantes de Rottweil quisieran desembarazarse del apestado ejército de niños. Miró a su alrededor y observó que los seguían los diez soldados.

Tras un largo y cálido día sin descansar llegaron a orillas de un lago. Dolf supuso que era el lago de Constanza. Establecieron su campamento sobre una pequeña colina de la ribera y comenzaron la batalla contra la muerte escarlata.

Primero, Dolf dividió a los niños en grupos. Estos grupos fueron conducidos al lago. Allí se ordenó a los niños que se bañaran a conciencia, bajo la vigilancia de los mejores nadadores, y lavaran sus ropas.

Dolf procuró que no estuvieran juntos los niños pequeños y confió cada uno de ellos a un grupo de diez chicos mayores. Hasta entonces sólo habían descubierto un caso sospechoso en los chicos de más de ocho años. De hecho, parecía que los mayores estaban inmunizados. La diseminación de los pequeños por el campamento tenía por objeto limitar los contactos entre ellos y reducir el peligro de contagio. Se les obligó a beber continuamente la infusión de hierbas. Dolf ignoraba si fortalecía su resistencia, pero esperaba que fuera así.

Acordonaron como hospital un rincón del enorme campamento. Para entonces había ochenta pacientes que yacían unos junto a otros, delirando y gravemente enfermos. Se hallaban cubiertos con todo lo que los enfermeros y enfermeras pudieron reunir. Carolus, el extraordinario y pequeño rey de Jerusalén, ideó una forma de tejer mantas con hierbas y paja. Cuando moría un niño se quemaban inmediatamente su manta y su yacija. Los cuencos de los enfermos estaban cuidadosamente separados de los de los sanos y se lavaban a fondo con agua hirviendo y arena después de cada comida. No escaseaba el agua, y más de cien chicos y chicas pasaban el día recogiendo leña, mientras otros se dedicaban a tejer mantas y colchas. El grupo de pescadores y el de cazadores consagraban todo el día a su tarea.

En el momento álgido de la epidemia, tres días después de la llegada al lago, murieron treinta niños en veinticuatro horas y se presentaron cuarenta y dos casos nuevos. Dolf ordenó que a unos kilómetros de distancia se cavara una fosa profunda que sirviera de tumba colectiva. En torno a ella ardían hogueras día y noche para ahuyentar a los animales salvajes y a los temerosos campesinos de la vecindad.

Al cuarto día murieron dieciocho, entre ellos un chico de unos catorce años, y se registraron doce casos nuevos.

El carromato sólo se empleaba para trasladar a los muertos a la fosa. Los sepultureros eran voluntarios y estaban bajo la dirección de Peter. El grupo de pescadores podía prescindir de él. Por alguna razón se sentía fascinado por la enfermedad.

Vagaba alrededor del hospital dispuesto a retirar los cadáveres y a quemar las yacijas. Al cabo de cierto tiempo, dejó de entrar en la parte del campamento reservada a los sanos.

El quinto día hubo seis muertos y siete casos nuevos; el sexto, un caso nuevo y siete fallecimientos; el séptimo no se registraron casos nuevos, pero murieron quince niños.

La muerte era en la Edad Media una constante compañera del hombre. Era temida, pero también deseada, porque significaba el paso de una existencia terrena a otra espiritual. Quienes creían no haber cometido pecados demasiado graves morían tranquilamente porque esperaban que el cielo se apiadaría de ellos. Se creía que los niños que morían iban directamente al reino de los cielos, porque Dios ama la inocencia, y los niños son inocentes por definición.

Los niños del campamento parecían serenos y tranquilos, pese a que la muerte rondaba a su alrededor. Los que no estaban enfermos, jugaban, reían y se divertían. Les resultaba agradable la estancia junto al gran lago. Trabajaban mucho cuando se les pedía; pero en cuanto terminaban sus obligaciones volvían a ser unos niños despreocupados.

Los casos de enfermedad se comunicaban lacónicamente. Un chico mayor se acercaba a Hilda con un niño pequeño y le decía: «A Verónica le duele la garganta». «El pequeño Peter llama constantemente a su madre.

Creo que tiene fiebre». Y el chico mayor daba media vuelta y dejaba al enfermo al cuidado de Hilda. Cuando enfermaba uno, había que trasladarlo al campamento de contagiados. Allí moriría o se curaría. Pero la vida seguía adelante.

Hilda sufría más que nadie. Tenía las mejillas demacradas y profundas arrugas alrededor de los ojos. Pero parecía incansable. Daba instrucciones a las demás chicas, como hacía en casa su madre. Recorría las filas de enfermos como una verdadera reina, y no se le escapaba ningún detalle. Aquí había un niño sucio y era preciso limpiarlo; más allá había vomitado otro; un tercero se había caído en la yacija en pleno delirio y había que levantarlo; otro pedía un sacerdote. Hilda se preocupaba de todo con seriedad y responsabilidad. Carolus estaba orgulloso de ella. También Frida prestaba una ayuda preciosa con sus infusiones para bajar la fiebre. Fredo dirigía como un general el grupo encargado de mantener el orden y hacía asimismo un buen trabajo. Frank y sus ayudantes fabricaban cada día veinte pares de zapatos. Y Leonardo, que ayudaba en todo a Dolf, encontraba tiempo para entretener con juegos, cuentos y enseñanzas a los niños que se aburrían.

Al cabo de unos ocho días, Dolf creyó entrever la victoria sobre la muerte escarlata. No se habían registrado casos nuevos durante dos días. Aún quedaban setenta y ocho pacientes en el campamento de los enfermos, pero la mayoría estaban recuperándose. Dolf exhaló un suspiro de alivio. En una semana, o tal vez en dos, podrían reanudar la marcha.

Aquella misma tarde fue invitado a visitar a Nicolás en su tienda. Estaba muy cansado, pero decidió ir porque quería averiguar por qué quería verlo el zagal. Tal vez pensaba darle las gracias por haber evitado un desastre.

Dolf sentía poca estima por Nicolás; pero no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Leonardo. Para los niños, Nicolás era un santo. Su magnífica y blanca indumentaria, su clara voz, con la que había conversado con los ángeles, y sus piadosos ojos, que habían contemplado visiones, hacían que los niños lo consideraran como una persona digna de veneración.

En Dolf veían más bien un poderoso jefe, duro, pero justo. Sus órdenes y peticiones se podían seguir sin más, porque era muy prudente. Confiaban

en él porque había hecho su marcha más llevadera. Pero Nicolás era mucho más que un buen guía: era un elegido del cielo.

Dolf fue recibido en la tienda por Nicolás y los dos frailes.

—Siéntate —le dijo Nicolás afablemente. Dolf se sentó en el suelo y aguardó a que Nicolás diera el primer paso.

—Ya quedan pocos enfermos —empezó Anselmus.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Gracias a Dios —replicó Dolf—. Y la mayoría está recuperándose. Creo que en el plazo de una semana podremos podernos en marcha.

—Partiremos mañana —dijo fríamente Anselmus.

—¿Cómo?

—Ya nos hemos retrasado bastante.

Los ojos de Dolf llamearon airados.

—¿Y qué pretendéis hacer con los niños que hay en el campamento de los enfermos? ¿Queréis abandonarlos?

—Claro que no. Algunos morirán esta noche. Los demás podrán ir en el carromato.

—Eso es imposible —replicó Dolf—. Hasta ahora podíamos dejar en las ciudades a los que caían enfermos; pero se trataba de enfermos corrientes con dolores de estómago o un enfriamiento grave. Con esta enfermedad no podemos alojarlos en ningún sitio. Es una epidemia que nadie quiere contraer. Lo sabéis tan bien como yo.

Anselmus palideció de rabia.

—Tenemos que partir —dijo Nicolás—. Anoche se me apareció un ángel. Dios está irritado por nuestra tardanza. Jerusalén nos espera.

—Jerusalén tiene cuatro mil años y puede esperar una semana más —replicó Dolf.

Nicolás lo miró horrorizado. Dolf trató de no perder el control de sí mismo.

—No podemos perder el tiempo buscando refugio para los enfermos. Los llevaremos con nosotros —repuso Anselmus dando la cuestión por zanjada.

Era demasiado para Dolf. Con voz quebrada por la furia estalló:

—¿Sabes? ¡Me gustaría que cayeras enfermo y que supieras lo que es pasar días enteros tendido en un carro que se bambolea mientras los huesos te duelen y la cabeza te arde!

—Esas palabras son un pecado, Rudolf de Amsterdam —tronó el fraile.

—Pero mi pecado no es tan grave como vuestro plan de exponer los niños enfermos a sufrimientos innecesarios.

—¿Quién eres tú para atreverte a decirme eso?

—Lo que yo sea es cosa mía —respondió Dolf—; pero una cosa es segura: pretendéis que los niños lleguen a Génova con la mayor rapidez posible. Yo no sé qué van a hacer allí. Pero estoy seguro de que les espera la mayor decepción de sus vidas.

Dolf no podía haber hablado con mayor claridad. Anselmus temblaba de ira. Nicolás murmuro:

—En Génova Dios hará un milagro.

—¿Qué clase de milagro? —preguntó Dolf, alzando la voz—. ¡Ah, sí! Ya sé; dividirá el mar. ¿Crees realmente eso?

—Dios me lo prometió —protestó Nicolás.

Dolf contestó con una carcajada seca y sarcástica.

—Si el milagro no sucede, los niños te harán pedazos —gruñó.

Nicolás palideció y empezó a temblar.

—Rudolf de Amsterdam, tus palabras son como dagas en nuestros corazones —repuso Anselmus cambiando de tono—. ¿Por qué trabajas tanto por los niños si no crees en la misión de Nicolás?

—¡Porque no puedo detenerlos, precisamente por eso! —gritó Dolf, perdiendo ya todo control de sí mismo—. Vosotros…, vosotros habéis engañado a esos chicos con un cuento de hadas más bello que todos los que conocen. Pero te aseguro que si estos ocho mil niños se quedan vagando llorosos por Génova, porque se les ha frustrado la mayor ilusión de su vida, te ajustaré las cuentas. ¡Te lo juro!

Al decir estas palabras se puso en pie, salió a toda prisa de la tienda y se encontró con Leonardo.

—Creo que otra vez necesitas protección. ¿Verdad?

Dolf lo miró toscamente, todavía fuera de sí. Pero Leonardo no se inmutó y le dijo sonriente:

—He oído que nos vamos mañana.

—¡Tendrán que pasar sobre mi cadáver! —bramó Dolf al tiempo que se dirigía al campamento de los enfermos. Había advertido que de la hoguera de Peter se alzaba una columna de humo y que estaban unciendo los bueyes al carromato.

—¿Cuántos? —preguntó secamente a Peter cuando llegó a donde éste se hallaba.

El joven pescador atizó el fuego y replicó de mala gana:

—Tres.

«Así que quedan quince casos graves», pensó Dolf. Para entonces estaba ya tan habituado al espectáculo de la muerte que los nuevos fallecimientos no le causaron ninguna impresión. Además el futuro se le antojaba turbio. Dentro de unos días no serían tres, sino treinta… o trescientos.

Conocía Nicolás y Anselmus lo suficiente para saber que esta vez frailes seguirían adelante con su plan de reanudar la marcha a la mañana siguiente. ¿Por qué tanta prisa? Obsesionado por sus pensamientos miró a Peter. Su ira se debilitaba gradualmente y era reemplazada por el miedo, la inquietud y una profunda tristeza.

—Peter, ¿anhelas llegar a Jerusalén? —le preguntó de repente.

—Todos lo anhelamos.

Así era Peter; siempre respondía con monosílabos y evasivas. Pero a Dolf le agradaba. No sólo tenía aptitud para mandar, sino que además era inteligente. En unas semanas se había convertido en un muchacho de mente aguda y alerta y había descubierto la libertad.

—¿Por qué te escapaste de casa, Peter?

El chico levantó la cabeza.

—¿No habrías hecho tú lo mismo, Rudolf de Amsterdam, si hubieras recibido más palos que comida y si hubieras sabido que en Jerusalén siempre brilla el sol y nadie tiene que trabajar?

—¿No tenías hermanos y hermanas dispuestos a unirse a la Cruzada?

Peter se mordió los labios.

—Yo era el mayor. Tenía seis hermanos y hermanas; pero hace unos años se murieron tres de la muerte escarlata. Yo caí enfermo, pero sobreviví.

Eso explicaba por qué había reconocido tan pronto la enfermedad. Quizá explicaba también la atracción que ejercía sobre él el campamento de los enfermos.

De repente cruzó un pensamiento por la mente de Dolf.

—¡Peter! ¿Sabías tú que aquellos niños padecían esa enfermedad cuando rogaste a los ciudadanos de Rottweil que los acogieran?

—Claro que lo sabía. Los había visto. ¿No recuerdas?

—Pero… Peter, ¿cómo pudiste hacer tal cosa? ¿Por qué no me lo dijiste en aquel momento?

Una vez más Peter se quedó mirando al fuego, al que acercó un poco de paja.

—Los habitantes de Rottweil fueron muy tacaños: no nos dieron ni un cuenco de gachas.

Dolf tenía la sensación de que se le hundía el suelo bajo los pies.

—Y estábamos en aquella enorme sala del Concejo —prosiguió Peter con voz queda e inexpresiva—. Nos recibieron allí adrede, para que pudiéramos contemplar sus tierras de labor, sus prados y sus enormes rebaños. Y estaba claro que al otro lado de las colinas había más campos fértiles. ¡Oh, sí! Son ricos los habitantes de Rottweil. Tienen una espléndida ciudad, y muchas casas son de piedra. Cuentan con canteras en las montañas y sacan oro del río, plata de las colinas, hierro de las minas del norte… Y, sin embargo, dijeron a Nicolás que sus campos y sus rebaños estaban vigilados y que atacarían sin piedad a cualquier niño que merodeara por allí. Rudolf de Amsterdam, yo estaba presente y tuve que escuchar todo eso.

—Sí —murmuró Dolf, sintiendo cómo desaparecía de su rostro el color.

—Luego —continuó Peter en el mismo tono—, Dom Anselmus amenazó a los regidores con la ira de Dios. Les narró lo sucedido en Espira,

pero se rieron de él. Yo sabía por qué se reían. Aquella noche no había riesgo de tormentas.

—Y te acordaste de los enfermos —dijo Dolf horrorizado— y los llevaste a una ciudad sana en que viven muchos niños.

—Fue la voluntad de Dios —masculló Peter—. El me inspiró las palabras.

—¡Oh, Peter!…

El joven pastor no dijo nada. Lanzaba puñados de arena al montón de cenizas formado por los lechos de tres enfermos que él había quemado. Dolf se puso en pie y lo miró apenado. ¡Cuánto odio podía albergar un muchacho! ¡Qué oscuros recovecos ocultos en las piadosas almas de estos seres de la Edad Media! ¡Con qué facilidad declinaban la responsabilidad de sus acciones! Era Dios quien gobernaba el mundo, no ellos. Sin titubear atribuían a Dios o al diablo sus más profundas emociones, sus deseos de venganza o sus ilusiones. Dolf trató de entenderlo de pero no logró comprender esa forma de pensar. Temblando todavía miró al muchacho que cada día arriesgaba su vida para proporcionar a los niños alimentos. Él había salvado de morir ahogados a incontables había ahorrado esfuerzos para que el viaje resultara menos molesto.

Dolf suspiró y se alejó. Recorrió las yacijas del campamento de enfermos, pero no dijo nada a Hilda ni al fraile arrodillado junto a un niño moribundo. Al día siguiente partirían. Al día siguiente se verían frustrados todos sus esfuerzos de la última semana por la absurda prisa de Anselmus. Era imposible hacer entrar en razón a un hombre como aquél.

El fraile arrodillado se levantó y se inclinó sobre la yacija las manos del pequeño muerto y puso entre ella s un crucifijo hecho con dos palos. Le cerró suavemente los ojos que aún tenía abiertos y dio media vuelta.

De repente, Dolf advirtió que el fraile estaba mirándolo. Volvió la cara hacia aquel hombre y fue acogido por la mirada de dos ojos claros y azules.

—¿Vos? —tartamudeó Dolf, recordando al fraile que lo había consolado la noche en que identificaron la enfermedad.

—Si, hijo mío.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—A pie, como los demás.

—¿Desde Rottweil?

El fraile miró al muchacho con expresión amable.

—No, hijo mío. Os he acompañado durante las dos últimas semanas.

Dolf se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo es posible que no os haya visto?

—Quizá soy una de esas personas que pasan inadvertidas. —Dijo el fraile sonriendo.

—¿Quién sois?

—Dom Thaddeus. Del monasterio de Haslach.

—¿Dónde está eso?

—Al este de Estrasburgo. Pasasteis junto al monasterio.

Dolf recordó que había visto varias abadías en las altas montañas de la Selva Negra. El fraile debía proceder de alguna de ellas, pero Dolf sólo lo había visto una vez a las afueras cuando aquel hombre extraño apareció sencillamente a su lado y le quito una parte de sus preocupaciones.

Agotado y lleno de preocupaciones, Dolf sintió un deseo irreprimible de compartir sus cuitas con aquel hombre bondadoso. Tal vez encontraría en él un aliado en su conflicto con Anselmus y Nicolás.

—Dom Thaddeus, ¿podéis dedicarme un rato?

—Claro, hijo mío.

Caminaron hasta la linde del campamento de los enfermos y se sentaron sobre una peña.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Dolf señaló las cuatro filas de yacijas de paja.

—Padre, yo conozco la causa de esta horrible enfermedad. Unos animales minúsculos, enviados por Satanás, asaltan a estos niños. Son tan pequeños que los ojos humanos no pueden verlos; pero son muy numerosos, porque el poder del demonio es grande.

Dolf trataba de expresarse de acuerdo con las ideas de la época.

—Dom Thaddeus, esos animales son muy peligrosos. Penetran por las gargantas de los niños sin que éstos lo adviertan, llegan a la sangre y destruyen la salud de los pequeños. No podemos capturarlos ni matarlos,

porque son demasiado pequeños. La única forma de combatirlos es procurar que no lleguen a los niños. Es posible mantenerlos alejados con grandes cantidades de agua limpia, fuego y humo. Cuando atacan a un niño pueden suceder dos cosas: si el niño es fuerte y está sano, su cuerpo puede resistir el ataque. Sin duda enfermará, porque tiene la garganta inflamada y los minúsculos animales trabajan en su sangre; pero si la sangre estaba antes limpia y sana, las legiones diabólicas se ahogan en ella, y el niño se recupera poco a poco. En cambio, los niños que se hallan debilitados por el hambre y el exceso de fatiga o por otras enfermedades no tienen fuerza suficiente para resistir el ataque. ¿Entendéis lo que quiero decir, Dom Thaddeus?

El fraile asintió en silencio. Dolf respiró hondo y prosiguió:

—Tan pronto como muere una de sus víctimas, estos satánicos animales tratan de asaltar a otro niño. Para evitarlo he ordenado instalar a los enfermos en un campamento separado y quemar inmediatamente los camastros de los muertos, pues están infectados por los pequeños demonios. También he ordenado que los sanos se bañen con frecuencia, coman bien y beban una fuerte infusión de hierbas, para que estén fuertes y puedan resistir el ataque. Se trata de una batalla, Dom Thaddeus, una batalla larga y encarnizada, porque el diablo no se rinde fácilmente. Y casi la habíamos ganado ya, pues en los dos últimos días no ha habido casos nuevos y la mayoría de los enfermos están mejorando.

—Sí, Dios ha destruido a esas diabólicas hordas —admitió Dom Thaddeus.

Dolf trató de no perder la paciencia.

—Claro, padre; debemos dar gracias a Dios por ello. Nos ha ayudado en la lucha. Nos ha calentado con los rayos del sol y nos ha enviado noches benignas porque se ha compadecido de los niños enfermos que pasaban la noche al raso. Nos ha proporcionado alimentos, leña y agua limpia para que pudiéramos afrentar mejor la lucha. Ha iluminado nuestra mente para que advirtiéramos que es mejor tener a los niños enfermos separados de los sanos. Pero las legiones diabólicas no han sido aún exterminadas. Los animales que hemos derrotado esperan una nueva oportunidad para

atacarnos. El demonio se proponía aniquilar a todo el ejército de los niños, y los animales están irritados porque no lo han conseguido. También el diablo está enfadado y planea un nuevo ataque. Por eso ha sugerido a Nicolás y a los otros dos frailes que ya es hora de reemprender la marcha. Eso constituiría una gran desgracia, pues los niños enfermos volverían a unirse con los sanos, y los animales podrían propagarse otra vez. No podemos permitir que ocurra tal cosa. ¿Me entendéis?

—Hijo mío, Dios es infinitamente más poderoso que el diablo. Si desea que no partamos, nos lo impedirá.

«Eso no me sirve de nada», pensó Dolf desalentado. Sin embargo, preguntó:

—¿Creéis que mis medidas han sido acertadas?

—Sí, hijo mío. He visto que tus disposiciones han sido eficaces. Me alegra que Dios te haya dado conocimientos y sentido común para combatir ese mal. Pero deberías confiar más en la dirección de Dios. El vela por nosotros.

—Sí —replicó Dolf—; pero sólo cuando nos mostramos dignos de que lo haga.

El fraile miró asombrado al muchacho. Dolf prosiguió con timidez:

—Dios es bueno; pero su paciencia tiene un límite cuando los hombres sen demasiado necios para comprender lo que quiere de ellos. Quien es tan necio como para lanzarse al agua sin saber nadar, se ahoga. El Señor no lo salva porque se deja tentar de esa forma tan estúpida.

—Tú vienes del norte. ¿No es cierto? ¿Te enseñaron allí eso? —pregunto el fraile con desconfianza.

—Sí, padre; y sé que sería una necedad imperdonable partir mañana.

Dom Thaddeus meneó la cabeza aturdido.

—Eres un muchacho extraño, Rudolf —murmuró.

—Sí, lo sé; pero eso no importa ahora. Lo que yo quiero es que esos niños no vayan derechos al desastre. No quiero que mueran a centenares. Quiero que todos lleguen sanos a Jerusalén. Por eso tengo que luchar no sólo contra las legiones de animales diabólicos, sino también con la temeridad de Dom Anselmus. Y os pido que me ayudéis.

Don Thaddeus puso una mano sobre los hombros del muchacho.

—Hijo mío, si todo lo que me has dicho es cierto, Dios impedirá que partamos. Ten confianza.

En ese momento se oyó una llamada de Hilda y Dom Thaddeus se levantó. Dolf lo miró decepcionado.

«Es un buen hombre —se dijo a sí mismo—, pero no creo que sirva de mucha ayuda».

Había llegado la hora de la cena. Los últimos niños regresaban de su baño diario parloteando y riendo. El olor del guiso se extendió por el campamento y llegó a la nariz de Dolf. Súbitamente sintió mucha hambre. Fatigado, se levantó y caminó hacia su sector, donde María se ocupaba de distribuir las raciones. Leonardo no aparecía por ningún sitio.

Habían acabado de cenar cuando por fin apareció el estudiante; se sentó y devoró su ración.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Dolf.

—Sirviendo en la tienda a nuestros jóvenes señores y amos —replicó Leonardo con aire de indiferencia.

—¿Por qué tú? Tienen muchos servidores.

—Sí; pero todos estaban ocupados, preparando la partida de mañana.

Dolf se sintió repentinamente abrumado por el peso de sus preocupaciones. Para consternación de María y de los demás, rompió a llorar. No advirtió que el estudiante hizo a María un guiño de complicidad. Se tendió disgustado, dando la espalda al fuego, y cerró los ojos. «No me importa lo que hagan. Si no atienden al sentido común, es cosa suya. Yo he hecho lo que he podido».

8
El hereje

PERO no partieron a la mañana siguiente. Al amanecer hubo una gran conmoción en la tienda. Anselmus y Augustus se retorcían de dolor de estómago en el suelo. Llamaron a Dom Thaddeus, pero no pudo hacer otra cosa que rezar por sus hermanos.

—Llamad a Rudolf de Amsterdam —aconsejó—; el muchacho sabe mucho de enfermedades.

Apenas despierto, Dolf caminó vacilante hasta la tienda y contempló sorprendido a los dos frailes, que respiraban con dificultad. Tenían la cara verde y la boca contraída de dolor. ¿Qué les sucedía?

Anselmus, sobre todo, se encontraba muy mal. Entre gruñidos les informó que tenía un nudo en el estómago y sentía cuchilladas en los intestinos. Su frente estaba perlada de gotas de sudor y era evidente que en sus cuarenta años de vida no había sufrido un dolor semejante. Dolf, aunque odiaba a aquel hombre, casi se compadeció de él. Nicolás se hallaba de pie y observaba la escena con gesto de desamparo. Carolus estaba arrodillado junto a los frailes enfermos.

—¿Qué les sucede? —preguntó mirando a Dolf.

—No lo sé. Les habrá sentado mal algo de lo que cenaron.

—No es posible. Todos cenamos lo mismo: pescado cocido, perdices asadas y un cuenco de infusión de hierbas. Si fuera la comida, estaríamos malos todos.

Dolf colocó una mano sobre la húmeda frente de Anselmus y le dijo para consolarlo:

—No temáis, padre. No os abandonaremos ni os exigiremos que hagáis a pie la marcha de hoy. Vos y Dom Augustas podéis ir en el carro con los demás enfermos.

—Tenemos que aplazar la partida —gritó Nicolás.

—¿Por qué? —preguntó Dolf con gesto impenetrable—. Yo creía que teníais mucha prisa. Los dos frailes y tú queríais a toda costa que partiéramos hoy ¿O me equivoco?

Nicolás lo miró desconcertado.

—Rudolf, están muy enfermos. No podrán terminar el viaje con vida.

—No serán los únicos —respondió fríamente Dolf—. Muchos de los niños enfermos tampoco terminarán con vida el viaje.

—No, no —gritó Nicolás—. No quiero que partamos. Ahora no.

—De acuerdo. Tú eres quien decide —dijo Dolf con gesto resignado y ocultando su alegría anterior—. Haremos que los lleven al campamento de los enfermos.

Augustus encontró fuerzas para protestar.

—Déjanos aquí —suplicó—. Los dolores de vientre no son contagiosos.

Al oír esta observación, Dolf sintió otra vez pánico. En su cabeza daba vueltas una palabra: cólera. ¿No comenzaba el cólera con dolores de vientre? Dom Thaddeus acudió en su ayuda.

—Tal vez sea contagioso —opinó—. Sería mejor para todos que los enfermos no tengan contacto con los sanos.

—¿Y quién cuidará de ellos? —preguntó Carolus indignado.

—Yo —respondió Dolf resuelto.

Colocaron dos yacijas a cierta distancia del campamento de los enfermos. Allí estaban echados los dos frailes, que seguían retorciéndose de dolor. Dolf los atendió toda la jornada. Los retortijones no sólo provocaban dolor, sino también diarrea. Dolf tuvo que lavar los sucios hábitos en una charca próxima. Venció su repugnancia y procuró no pensar más en el cólera. De todos modos, hubiera preferido quemar tales hábitos.

Durante la mañana acudió a verle Leonardo, y Dolf supo que no había razón para preocuparse.

—Es mejor que te alejes de aquí —le dijo Dolf cuando se acercó—. Todavía no sabemos de qué se trata.

El estudiante sonrió despreocupadamente, se acercó y se inclinó sobre los enfermos.

—¡Es bastante serio! —murmuró sin esforzarse por ocultar su satisfacción.

Dolf, que no había observado la mirada de Leonardo, se lo llevó a su lado con preocupación.

—¿Puede ser el cólera, Leonardo?

El italiano lo miró socarronamente.

—No es el cólera, amigo mío. Te doy mi palabra, y tampoco es una enfermedad contagiosa. Dentro de una semana los dos estarán perfectamente bien, te lo aseguro.

—¿Cómo puedes estar tan…?

Leonardo se encogió de hombros.

—Bah, simplemente lo sé y basta.

—Eres un miserable —murmuró Dolf sofocando su alegría—. Les echaste algo en la cena, ¿verdad? Algo que bastará para que estén enfermos unos días. Leonardo, no puedo aprobar tu proceder; pero te estaré agradecido el resto de mi vida.

—Como quieras —dijo el estudiante con una sonrisa.

En el campamento de los enfermos había ahora setenta pacientes que se recuperaban con rapidez de la fiebre escarlata. Para el resto no había esperanza, y murieron al poco tiempo. No se presentaron nuevos casos, y Dolf supo que habían ganado la batalla. Ordenó que rellenaran la fosa y la cubrieran con piedras. Volvieron a hacer allí grandes hogueras, que ardieron durante veinticuatro horas. Al día siguiente, los niños levantaron sobre el montón de piedras una cruz de madera. Fue una ceremonia en la que participaron muchos miles de niños sanos, al igual que Nicolás y los tres frailes. El zagal se dirigió a los congregados:

—Niños, Dios ha sido misericordioso. Nos ha librado de la muerte escarlata. Además ha salvado las vidas de los dos santos varones que me envió para dirigir esta Cruzada. Por todo esto debemos darle las gracias.

Mañana podremos reanudar nuestra marcha, y pronto llegaremos a las altas montañas. Una vez que las crucemos descenderemos hasta el mar, donde Dios hará su milagro. Vamos a rezar.

Habían transcurrido casi dos semanas. Aun así Dolf separó de los otros a todos los niños que acababan de recobrarse y se aseguró de que recibieran una alimentación suplementaria para que recuperaran sus fuerzas. Pero no por eso acabaron sus preocupaciones. Apenas habían superado una crisis cuando ya se presentaba otra. Ahora Nicolás se negaba resueltamente a prescindir del carromato.

—No podemos seguir sin el carromato —protestó cuando Dolf le indicó que había que tirarlo al lago o quemarlo.

—Hay que destruirlo —insistió Dolf—. Ha transportado a enfermos y cadáveres y constituye un gran peligro para todos nosotros.

—Eso es una tontería —dijo Nicolás—. Me lo regaló el arzobispo de Colonia. Si dices que es un peligro para nosotros, cargas tu conciencia con un pecado grave.

Anselmus y Augustus se pusieron de parte de Nicolás, y la irritación de Dolf creció.

—¿Qué sabéis vosotros de eso? —bramó.

—¿Por qué te comportas siempre como si fueras nuestro amo, Rudolf de Amsterdam? —gritó Nicolás—. Tratas siempre de oponerte a nosotros y de dar órdenes. ¿Quién te confirió ese derecho?

—Nadie —le replicó Dolf—; pero si seguimos usando el carro, antes de una semana morirán varios centenares. ¿Es eso lo que queréis?

Dom Thaddeus puso al muchacho una mano en el hombro para apaciguarlo.

—Confía en Dios, hijo mío. El cuida de nosotros.

—No os comprendo —gritó Dolf desesperado—. No sabéis qué está en juego aquí. El carro encierra un grave peligro. Ya no es un regalo del arzobispo, sino un vehículo del diablo. Si queréis que esta Cruzada acabe en un desastre, seguid adelante. Pero no me culpéis a mí.

Dolf salió furioso de la tienda.

Aquella misma noche ardió misteriosamente el carromato. Sólo quedó de él un montón de cenizas, unas ruedas carbonizadas y unos ejes retorcidos. Los centinelas afirmaron que no habían visto a ningún sospechoso cerca del carro.

—¿Estáis seguros de que no visteis a nadie? —les preguntó Anselmus desconfiado—. ¿Estáis seguros de que no anduvieron por allí Rudolf de Amsterdam ni Leonardo, el hijo del mercader?

—Nadie —replicaron los chicos—. Dom Thaddeus bendijo el carromato inmediatamente después de las oraciones de la tarde. Fuera de el, no vino nadie.

Fredo ardía de indignación.

—¿No creeréis que mis muchachos mienten? —preguntó con acento hostil.

Ante semejante actitud, Dom Anselmus hubo de reconocer que el fuego era otra prueba que les había enviado un poder superior. Se iba apoderando de él un miedo supersticioso. Siempre que se oponía a los deseos de Rudolf de Amsterdam, ocurría algo…

Cuando Dolf oyó las noticias disimuló su alivio. Pero comenzó a mirar a Dom Thaddeus con otros ojos.

Caminaron durante días por la orilla septentrional del lago; luego cruzaron una región cuajada de colinas, que gradualmente se hicieron más abruptas hasta convertirse en montes. A su derecha podían distinguir las cumbres montañosas que se alzaban hasta el cielo. De momento, no pensaban cruzarlas, sino que se dirigían hacia el este a través de anchos valles fluviales y bosques enormes. La región se hallaba poco poblada porque los inviernos eran muy duros. Incluso entonces, en medio del verano, el tiempo resultaba imprevisible. A días claros y soleados seguían otros de intensas lluvias, noches de heladas y nieblas frías.

Dolf no podía apartar sus ojos de la barrera montañosa que les cerraba el camino hacia el sur. Un día tendrían que atravesarla. ¿Cómo lograr que ocho mil niños desprevenidos cruzaran una cordillera de varios kilómetros de anchura en la que merodeaban muchos animales salvajes? ¿Cómo alimentar a los niños si casi no había más que coníferas y musgo? Todo lo

que habían sufrido hasta entonces era una niñería en comparación con lo que les esperaba en las montañas.

Sumido en estos pensamientos, y sin consultar a nadie, Dolf ordenó dedicar unos días a los preparativos antes de entrar en el estrecho valle que conducía al macizo de Karwendel. Una vez más, Anselmus se opuso con todas sus fuerzas a la demora.

—Tenemos que reunir provisiones —le dijo Dolf secamente—. ¿No queréis que los niños crucen sanos los puertos y lleguen a la Lombardía?

Nicolás se puso, como siempre, del lado de Anselmus y aseguró que Dios los protegería; Dolf le increpó acremente.

—Cállate, estúpido. No has visto en tu vida más que prados y rebaños de ovejas. Yo conozco las montañas y sé lo que nos espera.

Apoyado por Leonardo y por todos sus amigos se puso inmediatamente a trabajar. Acamparon en un amplio prado, cerca de un pequeño lago de aguas cristalinas. Dolf ordenó a Peter y a sus pescadores que fueran al lago provistos de redes y no dejaran en él ni un pez.

Mientras tanto, el campamento se transformó en un ahumadero. Por todas partes surgían nubes de humo y grandes llamas, alimentados por una leña húmeda y resinosa. Cuando llegaron los peces al campamento, los limpiaron, los ensartaron en largas varas y los ahumaron. También secaron o ahumaron, tras cortarla en largas tiras, la carne que reunieron los cazadores. Con las ternillas, los huesos y la grasa hicieron una sopa espesa y sustanciosa. Durante tres días, casi no comieron otra cosa.

Con gran disgusto de los labradores de las proximidades se cometieron algunas depredaciones. Y fueron innecesarias: la cosecha prometía ser buena y era preferible recurrir a la caridad. Dom Thaddeus, acompañado por cincuenta muchachos del servicio de vigilancia, visitó a los labradores en sus granjas y a los caballeros en sus castillos. Todos habían oído hablar del ejército de niños y de los milagros que habían ocurrido a su paso. Más por miedo que por piedad, la gente se hallaba dispuesta a entregarles una pequeña proporción de su cosecha.

Reunieron en el campamento varios sacos de mijo, centeno y cebada. Con herramientas improvisadas, los niños molieron el grano y lo cocieron

para hacer tortas secas y duras. Las provisiones aumentaban rápidamente, y Dolf esperaba que no se estropearan antes de cruzar las montañas.

Mientras tanto, surgían diariamente entre los niños pequeños dramas. Uno de ellos concernía a Simón. Dolf lo encontró llorando a lágrima viva y rodeado de un grupo de niñas que trataban de consolarlo.

Dolf supuso que Simón tendría unos siete años porque le faltaban algunos incisivos. En el siglo de Dolf habría sido un niño que iría feliz y contento a la escuela elemental. Pero aquí era un cruzado en camino hacia Génova y expuesto a todos los peligros del camino. Las niñas rogaron a Rudolf de Amsterdam que les ayudase.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dolf al tiempo que se arrodillaba junto al angustiado niño. Era difícil entender lo que decía; pero Dolf consiguió entender algunas cosas entre sollozos. Así se enteró de que algunos de los chicos mayores se habían burlado de él, diciéndole que cuando cruzaran las montañas sería devorado por enormes osos.

—¿Qué chicos fueron? —preguntó Dolf irritado—. Haré que los castiguen.

Los sollozos disminuyeron, y el niño miró a Dolf. Con la cara cubierta de lágrimas y el pelo revuelto, tenía un aspecto lastimoso.

—¿Y los osos? —protestó con la implacable lógica de los niños.

Estaba de acuerdo en que fueran castigados pero no veía cómo ese castigo podía impedir que los osos se dieran un banquete a costa suya. Acorralado, Dolf trató de reflexionar. De nada serviría negar la existencia de las fieras. Tampoco lo tranquilizaría una vaga promesa de seguridad. Además, Dolf advirtió que las niñas compartían el miedo del pequeño.

No sabía qué responder y miró perplejo a su alrededor. Entonces divisó a Leonardo.

—Ven un minuto —le dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Leonardo apoyándose en su garrote y observando a los niños—. ¿Hay algo que vaya mal?

—Leonardo, ¿te importaría repetir a estos niños lo que dijiste en la tienda de Nicolás? Ya sabes, la tarde en que decididlos ir por el paso del Brennero.

—¿Qué dije?

—Algo sobre los osos. ¿No recuerdas?

—Ah, sí. —Leonardo se echó a reír. Blandió un instante su enorme garrote y luego golpeó ligeramente el suelo con el palo, al tiempo que bajaba la voz para decir casi en un susurro:

—A este amigo mío le entusiasman los osos…

Sus palabras produjeron gran impresión. Los niños miraron al garrote y luego a Leonardo, que a sus ojos era fuerte, alto y robusto, y cuyo semblante irradiaba tanta tranquilidad que exhalaron un suspiro de alivio.

—…y si nos topamos con un oso —prosiguió Leonardo con aire de complicidad y dando a su voz un acento dramático—, le daré tal golpe en la cabeza que quedará muerto antes de caer al suelo. Le quitaré la piel y te haré con ella un abrigo, Simón. Así podrás entrar en la Ciudad Santa con la piel de un oso, como si fueras un rey.

El pequeño Simón, aún lloroso, se echó a reír. Empezó a gesticular rápidamente con sus brazos.

—¡Ah, ah, ah!, aquí viene el oso. Te mataremos, oso feo, te mataremos.

—Así es —repuso Leonardo—. Eso es precisamente lo que haremos.

Simón echó a correr, todavía gritando.

—¡Ah, ah, ah!, yo soy el oso, el gran oso pardo. Os voy a comer.

Con su imaginación infantil podía verse ya entrando en Jerusalén cubierto con una piel de oso, mientras que los sarracenos huían ante él.

Frank y su grupo de curtidores trabajaban con más afán que nunca. El cuchillo de acero inoxidable de Dolf resultaba muy útil para cortar el cuero. Los pescadores, que por pasar mucho tiempo en el agua tenían blandas las plantas de los pies, recibieron botas cortas de piel de ciervo. Y lucían con orgullo ese distintivo de su «oficio». Los zapatos de Dolf, que tenían duras suelas de plástico, se iban desgastando, y pronto tendría que acostumbrarse a las pantuflas de piel de conejo. Con la lana proporcionada por las ovejas se tejieron treinta esclavinas, una de las cuales le cayó en suerte a María.

La víspera de su partida hacia las montañas, Dolf cometió un error que provocó otro estallido de rabia por parte de Anselmus y Nicolás.

Propuso sacrificar los dos bueyes.

—Son unos animales soberbios —dijo a Nicolás—; pero no podrán recorrer la ruta de las montañas. Podríamos ahumar su carne esta noche. Nos es absolutamente necesaria.

—¡Los bueyes! —gritó Nicolás—. Tú no pondrás la mano en mis bueyes.

Anselmus añadió enfurecido:

—Rudolf, no tienes derecho a tomar semejante decisión sobre algo que es un regalo del arzobispo de Colonia.

—No; tienes razón —repuso Dolf serenamente—. Pero yo no he tomado ninguna decisión; sólo he hecho una sugerencia. Sé que pertenecen a Nicolás; pero él debe saber que los bueyes no pueden trepar por las montañas como cabras montesas. Constituirán una rémora para nosotros.

Algunos niños advirtieron que había otra disputa entre los jefes y Rudolf de Amsterdam. Dejaron lo que estaban haciendo y se reunieron en torno a ellos. Dolf señaló a la entrada de la garganta que se alzaba oscura y amenazadora sobre las cabezas de los niños.

—¿Cómo piensas que podrás llevarlos por allí, Nicolás? —le preguntó.

Nicolás dio rienda suelta a su furor.

—Rudolf de Amsterdam, no eres más que un agitador y siempre estás desafiándome. ¿Por qué? ¿Quién es aquí el jefe? ¿Tú o yo? Dices que quieres ayudar a los niños a que lleguen a Jerusalén tan pronto como sea posible; pero no haces más que provocar demoras y suscitar desconfianzas.

—Es verdad —añadió Anselmus—. Apareciste un día de repente, como si no vinieras de ninguna parte. Eres un extraño y has tratado de usurparnos el mando. Vuélvete por donde viniste. ¡No te necesitamos!

Dolf miró a su alrededor y descubrió una multitud de niños contemplando tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

Se irguió, sabiendo que su estatura los impresionaba siempre. No llevaba más ropa que sus harapientos vaqueros. El sol había bronceado su piel y la dura faena había endurecido sus músculos. Su cara, antes tersa y aniñada, había adquirido líneas nuevas y duras.

—No; vosotros no me necesitáis. Eso está claro —dijo sarcásticamente —. Pero ¿qué habéis hecho para preparar el viaje de mañana? ¿Habéis

reunido provisiones? ¿Habéis aconsejado a los niños que tomen algunas precauciones? La respuesta a estas preguntas es sencilla… no. Rezar; sí, habéis rezado mucho. Pero ¿habéis pensado alguna vez en lo que nos queda de camino? ¿Habéis tomado alguna cautela ante lo que nos pueda suceder? No, ni una. Sólo yo me he encargado de eso.

La multitud que los rodeaba crecía, y los recién llegados eran informados entre susurros de lo que estaba sucediendo. Algunos se alejaban temerosos, pero la mayoría se apretujaba cada vez más para no perderse una sola palabra. Eran sobre todo niños pequeños, porque los mayores estaban en el lago o habían ido de caza. Frank había ido con sus curtidores a la ciudad para limpiar las pieles. Los del servicio de vigilancia cortaban leña a un kilómetro de distancia. Todo el mundo tenía una misión y la llevaba a cabo con energía. Sólo estaban en el campamento los cocineros y los muy pequeños, y to-dos ellos se hallaban ahora congregados para presenciar la disputa.

—Los niños nunca te han necesitado, Rudolf de Amsterdam —dijo Nicolás con tono de superioridad—. Dios vela sobre nosotros. El nos alimentará y nos proporcionará fuerzas para superar todas nuestras pruebas.

Los niños congregados asentían piadosamente con las manos juntas. Dolf replicó engallado.

—Mas Dios también espera que nos ayudemos a nosotros mismos y que seamos capaces de reflexionar.

—Hablas como un hereje —gruñó Anselmus.

Al fin se había pronunciado la palabra que había estado durante varias semanas en la punta de muchas lenguas.

Dolf respondió temerariamente:

—No tratéis de amenazarme, Dom Anselmus. No lo vais a conseguir. Sólo tengo una tarea: rectificar los errores que cometéis y que son mortales para los niños. Dios sabe cuánto tiempo y energía he consagrado a esa misión.

Nicolás profirió un grito de protesta, le resultaba insoportable la actitud de Rudolf. Anselmus levantó el brazo en un gesto de anatema.

—Rudolf de Amsterdam, eres un enviado del infierno. Intentas conducirnos por falsos senderos e impedir que cumplamos la voluntad de Dios.

Los niños retrocedieron horrorizados, y Dolf creyó leer en sus rostros una pregunta aterradora: ¿es Dolf un siervo del demonio?

Entonces comprendió que se hallaba en peligro. Una palabra de Nicolás o de Anselmus, y los niños lo harían pedazos ¿Dónde estaba Leonardo con su garrote? ¿Dónde estaba Carolus? ¿Dónde todos sus amigos y ayudantes?

De repente recordó la imagen de la Virgen que colgaba de su cuello; cogió la medalla y la besó.

—La Madre de Dios me protege, Dom Anselmus —dijo amenazador—. No podéis injuriarme impunemente.

—No blasfemes, Rudolf. ¿No vendiste a un cambista de Rottweil monedas acuñadas por el demonio?

«¿Cómo se habrá enterado? —se preguntó Dolf—. ¿Habrá hecho que me vigilen constantemente? Debe de tener agentes que le informan de todo».

—¿Y no incendiaste el carromato durante la noche con procedimientos mágicos? —prosiguió el fraile en tono áspero—. ¿Y no tienes un cuchillo que no se oxida porque ha sido forjado en las mazmorras del infierno?

«Ahora resulta que procedo del infierno porque tengo un cuchillo de acero inoxidable», pensó Dolf. En otras circunstancias se hubiera reído de semejante ocurrencia. Pero ahora tenía miedo, aunque no lo manifestaba.

—Eres un hereje, un diabólico hereje, y mientras estés con nosotros nos perseguirá la desgracia —concluyó Dom Anselmus gritando.

Los niños murmuraban. Nicolás estaba callado y pálido, pero sus ojos brillaban. Por fin había sido desenmascarado aquel extranjero llegado del norte qué le había quitado prestigio.

Dolf también callaba. Comprendía que no podía igualar al fraile en un debate religioso porque no entendía la mitad de lo que decía. Además sabía que cuanto más tiempo guardara silencio más probable era que Anselmus dijera algo que él no pudiera refutar.

En aquel momento surgieron entre los niños algunas voces inseguras.

—Rudolf de Amsterdam no es un hereje.

—Rudolf salvó a mi hermanito.

—Rudolf lleva al cuello la medalla de la Virgen, y yo lo he visto rezar.

Pero eran pocas las voces que lo defendían, y pronto quedaron ahogadas por los murmullos y gruñidos del resto. Sin embargo, Dolf las oyó y eso le infundió valor. No todos los niños estaban contra él…, al menos de momento.

Anselmus también las escuchó y esbozó una sonrisa sarcástica. Decidió redoblar sus acusaciones.

—Vistes ropas que ninguno de nosotros ha visto en su vida. Cuando apareciste hablabas un lenguaje que ningún oído humano había escuchado nunca. Cuando otros caen enfermos, tú te conservas sano. Cuando otros se hallan exhaustos, a ti todavía te quedan fuerzas. Y cuando todo el mundo duerme —la voz de Anselmus se elevó hasta adquirir casi un tono de histeria—, te deslizas fuera del campamento y acudes al lugar de tus citas para realizar sacrificios en honor de tu amo: ¡Satanás! Te he seguido, Rudolf de Amsterdam. Te he espiado y he contemplado cosas terribles que no puedo decir aquí, delante de niños inocentes.

Dolf no parecía afectado. Su adversario había recurrido a la mentira, y eso era indicio seguro de debilidad. «De acuerdo pensó—; es hora de replicar a este tipo».

—Dom Anselmus, hay varios testigos de que el canónigo de Rottweil os llamó impostor y falso sacerdote. Entonces no supisteis qué responder. ¿Por qué?

—¿Esperas que responda a semejantes acusaciones? —replicó Anselmus claramente afectado.

—No; pero ¿he de hacerlo yo? Yo no llevo hábito ni vestiduras blancas y no tengo tiempo para arrodillarme y rezar ante la menor dificultad. Pero eso no significa que sea un hereje y menos aún un siervo de Satanás. ¿Os atrevéis a negar que fui yo quien trajo pan a los niños cuando los inhumanos habitantes de Rottweil estaban dispuestos a que murieran de hambre? ¿Os atrevéis a negar que fui yo quien dispuso que sus pies llagados fueran envueltos en pieles de conejo? ¿Hay alguno entre estos niños, a los

que tratas de impresionar con tus arteras palabras, que pueda acusarme de crueldad, egoísmo o de dureza de corazón?

Se volvió hacia la multitud.

—Niños, ¿os he pegado, os he insultado, os he dado alguna vez una patada?

—Nunca —gritaron algunos—. Rudolf nos ha cuidado como un señor bondadoso.

Un niño pequeño surgió entre la muchedumbre y se colocó al lado de Dolf, cogiéndole la mano.

—Rudolf es un héroe —dijo con voz clara.

Era Simón. Se había asustado al oír hablar de los osos del Karwendel, pero no le amedrentaban el fraile ni el sagrado pastor.

La intrusión de Simónen la disputa hizo que la situación evolucionara en favor de Dolf.

Los niños aguardaron ansiosamente el siguiente ataque de Dom Anselmus. Pero no se produjo. Fue Nicolás el que gritó con voz estridente:

—¡Si Rudolf de Amsterdam sigue entre nosotros, nunca llegaremos al mar!

Esta observación fue acogida con murmullos, y la situación volvió a ser inquietante para Dolf.

—Si toleramos a este hijo del diablo, Dios nos abandonará —prosiguió Nicolás, alzando aún más la voz—. ¡Dios nos ha hecho ya una advertencia! nos envió la muerte escarlata. También nos envió el mal tiempo y otras dificultades. Y seguirá enviándonos calamidades mientras Rudolf de Amsterdam trate de evitar que lleguemos a Tierra Santa.

Los murmullos aumentaron en intensidad y la multitud se adelantó amenazadoramente.

«Tengo que ganar tiempo —pensó Dolf desesperado—. Si las cosas siguen así Nicolás incitará a los niños a que me linchen».

—¡Alto! —dijo a voces; y levantando los brazos se dirigió a los airados niños con una mirada autoritaria—. Estas acusaciones son graves. Nicolás y Dom Anselmus tienen derecho a acusarme de herejía y de prácticas demoníacas; pero no tienen derecho a condenarme sin proceso. No basta

con acusar a alguien. Hay que presentar pruebas. Exijo un proceso en el que estén presentes todos los niños. Prometo someterme a la sentencia final, sea cual fuere. No trataré de escapar. Pero exijo que se me juzgue con justicia y esta misma tarde. Nada temo, porque un inocente nada tiene que temer. Dios lo protegerá, y yo soy inocente. Esto es todo lo que tengo que decir.

Con estas palabras, Dolf dio la espalda a Nicolás y se dirigió hacia el círculo de niños, que inmediatamente retrocedieron para dejarlo pasar. Sin mirar hacia atrás se encaminó hacia su hoguera y se sentó junto a las frías cenizas.

—¡Vigiladlo! —oyó decir a Nicolás con su voz chillona—. Esta noche lo juzgaremos.

—Bueno —pensó Dolf con alivio—. Eso significa que dispongo de varias horas para prepararme.

Los chicos se desperdigaron, y unos veinte, armados con palos, formaron un círculo alrededor de Dolf. Este trató de ignorarlos y de disimular el miedo que tenía.

¿Hasta qué punto era grave para aquellas gentes una acusación de herejía? ¿Hasta qué grado podía contar con sus amigos y con la gratitud de los niños? Cada vez le parecía más probable que lo abandonarían y lo condenarían a morir en la hoguera.

¡Pobre Dolf! Si hubiera conocido un poco mejor la mentalidad medieval no se habría sentido tan preocupado. Habría sabido que podía contar con la inquebrantable lealtad de sus amigos, una lealtad que mantendrían a pesar de las supersticiones y los miedos y aun con peligro de sus propias vidas. Pero Dolf era un muchacho del siglo XX, época en que imperaban el oportunismo y la perfidia, se violaba con facilidad una palabra dada o un juramento solemne y se apreciaba poco la amistad y la solidaridad.

Tras él se alzaban los muros de roca y las dentadas cumbres de los Alpes, una barrera de amenazadora negrura que ocultaba espantosos precipicios y rugientes cascadas. Por la mañana, los niños comenzarían la ascensión de la cordillera; pero esa misma tarde se decidiría si iba a ser su jefe Rudolf de Amsterdam. Dolf estaba sentado con la cabeza inclinada, embargado por un sentimiento desconocido y extraño que forzaba a sus

labios a murmurar estas palabras: «Ayúdame, Salvador de los pobres y los oprimidos, ayúdame…».

Dom Thaddeus se hallaba junto al lago viendo pescar a los chicos. Era uno de sus pasatiempos favoritos. Disfrutaba contemplando cómo los cuerpos juveniles y vigorosos arrastraban las redes. Sonreía al escuchar los gritos de júbilo cuando aparecían las redes repletas de peces. Y también sonreía al oír los murmullos de desilusión que se producían cuando se rompía una red y escapaba su plateada carga. Para él, toda la belleza de la naturaleza era prueba del ilimitado amor de Dios.

Dom Thaddeus amaba a aquellos niños; por eso se unió con ellos, resuelto a ayudarles siempre que pudiera. Poco después de unirse a la columna en la Selva Negra reparó en un muchacho cuya talla y maneras imperiosas indicaban un origen noble. Al principio, Thaddeus pensó que sería Nicolás, el zagal, y sintió que su corazón estaba con él. Pasó algún tiempo antes de que descubriera su error.

A Nicolás se le reconocía a distancia por su impoluta indumentaria, su devota mirada y una dignidad afectada que no le cuadraba. Thaddeus quedó muy decepcionado cuando hizo este descubrimiento. ¿Quién era entonces aquel muchacho extraño? Durante los tres días que tardaron en llegar a la ciudad de Rottweil, el fraile advirtió muchas contradicciones. El joven Rudolf, que sin duda era hijo de un noble, no dormía en la tienda con los otros chicos de noble cuna. Rara vez se dirigía a Nicolás y a los dos frailes, pero cuando les hablaba era siempre para discutir. Thaddeus supo que aquel misterioso muchacho procedía del norte, se había unido a los niños en el camino y había dejado sentir inmediatamente su presencia. Apenas hablaba latín pero parecía un erudito, un doctor prodigioso que había viajado mucho; y era valiente, pero nunca iba a cazar o a pescar; no participaba en tareas como cocer panes, curtir pieles o tejer mantas. Sin embargo, siempre estaba ocupado y aparecía en todos los momentos en que los niños necesitaban consejo o ayuda. Era el organizador y el que tomaba las decisiones, y los chicos le obedecían sin titubear. Dom Thaddeus jamás había visto nada semejante en un chico tan joven. Pero ¿qué edad tendría

Rudolf? Tenía cara de un niño, cuerpo de un adulto y sabiduría de ermitaño…

Sólo cuando lo halló sollozando en el carromato a las afueras de Rottweil comprendió Dom Thaddeus que era un niño. ¿Lloraba por sí mismo? No, lloraba por la amenaza que la muerte escarlata representaba para los niños y porque podía prever la tremenda aflicción que sufrirían. Le sorprendió la energía con que Rudolf combatió la epidemia, y cuando los otros dos frailes se negaron a quemar el carromato, Dom Thaddeus comprendió que sólo cabía hacer una cosa: cumplir el deseo del muchacho. Únicamente así podrían proseguir los niños felices y sanos. Pero ¿dónde habría obtenido Rudolf de Amsterdam su conocimiento de la medicina? ¿Cómo podía saber lo que todos ignoraban, la causa de la muerte escarlata?

Sumido en sus pensamientos, Dom Thaddeus contemplaba a los niños que pescaban. Amaba a todos aquellos chiquillos de caras inocentes, voces agudas y pies incansables. Pero eso no era nada en comparación con el profundo afecto que sentía por aquel misterioso muchacho, Rudolf de Amsterdam. Y eso le preocupaba, porque temía estar cometiendo un pecado. Su deber era amar a todos los niños por igual y no a uno más que a los demás. Thaddeus, hombre inteligente pero humilde, pidió a Dios que le perdonara su preferencia.

También le preocupaba el propio Rudolf. El muchacho era increíblemente ingenuo en cosas de fe. Con su cara inocente podía decir cosas que hacían palidecer a Thaddeus. ¿Era un hereje?

En lo más íntimo de su ser, Thaddeus apreciaba poco a Nicolás y a los dos frailes que habían partido de Colonia con el ejército de los niños. Pero jamás se le hubiera ocurrido poner en tela de juicio su sagrada misión, como hacía Rudolf incluso en público. Thaddeus sabía que tenía que amar a Anselmus y a Augustus como a hermanos suyos. Pero no podía hacerlo por culpa de Rudolf y de sus insinuaciones. Y eso le hacía sufrir. Además, Thaddeus podía advertir que el conflicto entre Rudolf y Anselmus haría crisis un día, y no sabía qué partido debía tomar. Su deber era defender a la Iglesia y, por ello, a Anselmus. Pero sentía tanto afecto por el muchacho…

Los niños cargaron en la muía la pesca conseguida aquel día y, cantando, se pusieron en marcha en dirección al campamento. Al pasar, Leonardo lo saludó alegremente con la mano, pero el fraile no lo advirtió. Con la cabeza inclinada siguió observando al grupo de pescadores; era un hombre honrado a quien desgarraban las dudas.

9
El tribunal de los niños

CUANDO Carolus regresó de su expedición cinegética halló una desusada tranquilidad en el campamento. Algunos revolvían silenciosamente el contenido de las ollas, mientras otros apilaban los peces secos y ahumados y los reunían en hatillos sujetos por cuerdas de cáñamo. Hasta los más pequeños parecían sosegados. Se entretenían con sus juguetes habituales —muñecas fabricadas con pinas, palos y ramitas—; pero no gritaban ni alborotaban.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó preocupado—. Cualquiera pensaría que vais a un funeral.

Los niños lo miraron tímidamente, pero nada dijeron. Aquello le preocupó aún más. Normalmente, todo el campamento acogía con entusiasmo la vuelta de los cazadores. Dejó caer airoso el premio a los esfuerzos de aquel día y se apresuró a buscar a Rudolf. El sabría la causa de ese estado de cosas. Pero Carolus no divisó por ninguna parte la alta silueta de su amigo ni oyó su voz familiar dando órdenes. Reparó en un grupo de niños y se dirigió hacia él.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente? ¿Necesita alguien ayuda?

Los niños se apartaron, y allí estaba Dolf sentado en el suelo. Parecía rezar. Estaba inclinado hacia adelante y ni siquiera levantó la vista cuando Carolus se colocó ante él y gritó:

—¡Rudolf de Amsterdam, mira a tu rey cuando se dirige a ti! ¿Qué ha pasado?

Luego, olvidando toda su dignidad, se arrodilló, tomó las manos de Dolf en las suyas y le murmuró preocupado:

—¿No estarás enfermo, verdad? Oh, Rudolf, no nos dejes.

Dolf alzó la cabeza.

—Carolus…

—¿Qué ha pasado? ¿Han atacado el campamento? ¿Estás herido? Di algo, por favor.

—Carolus, he sido acusado. Esta noche, Dom Anselmus tratará de demostrar que soy un hereje y un siervo del diablo.

—¡Tú! ¡Mi leal servidor! ¡Mi mejor amigo! —gritó Carolus fuera de sí —. No lo permitiré. Yo, el rey de Jerusalén, lo prohibiré. ¡Es ridículo! ¿Quién te acusó? Haré que lo apresen y lo enviaré a una mazmorra. Tendrá que pedir perdón. Dime, ¿quién se ha atrevido a acusarte?

—Nicolás.

Carolus se quedó sin habla. Luego meneó la cabeza con un gesto de incredulidad.

—Tiene que tratarse de un error. A lo mejor el mentecato que te acusa se llama también Nicolás. Pero no importa. Lo arreglaré pronto, Rudolf.

Dolf negó con la cabeza.

—Sólo hay un Nicolás que se atreva a desafiarme.

—¿Nuestro Nicolás?

—¿Quién si no?

—¡Pero eso es imposible! ¡Es pura locura! ¡Jamás he oído nada tan ridículo! En cuanto vuelvo la espalda para dedicarme a otros asuntos surge la discordia entre mis caballeros… No lo permitiré.

Como una flecha salida de su arco, Carolus partió hacia la tienda para informarse. Dolf lo miró con una sonrisa. Si había alguien en el campamento a quien quisiera más que a María era Carolus, el payaso de corazón de oro. Pero Dolf sabía que, si estallaba un conflicto serio, el joven cazador carecería de fuerza. Le cuadraba bien el papel de rey: era listo, rápido, tenía imaginación, y todo el mundo lo admiraba. Pero era demasiado cómico para ser tomado en serio, un bufón bien vestido a quien Anselmus apartaría como a una mosca molesta.

Leonardo y Dom Thaddeus regresaron con los pescadores. Ahora el campamento estaba más animado porque también habían vuelto los

curtidores. La noticia de la inminencia del juicio provocó gran excitación. Frank pronunció ante su grupo un enardecido discurso, blandiendo el cuchillo que le había prestado Dolf. Peter exhortó a los pescadores a presentar inmediatamente una protesta contra la acusación.

Poco tiempo después regresó María, acompañada de vigilantes y de un grupo de niñas con sus cestos repletos de payas, nabos y hierbas, y se enteró del incidente. Quiso ir inmediatamente a ver a Dolf, pero Dom Thaddeus se lo pidió.

—Espera —le dijo con voz severa.

—¿Por qué? —gritó frenética—. ¿Cómo pueden atreverse a acusar a Rudolf de Amsterdam? Que Dios los castigue.

—¿Qué Dios castigue a Nicolás? —preguntó en tono de reproche.

María palideció y se quedó mirando al fraile.

—¡Nicolás! —gritó.

—Nicolás y Dom Anselmus son los que han formulado las acusaciones. El juicio se celebrará esta noche.

María sonrió sarcásticamente.

—No podrán probar nada. Rudolf no es un hereje.

—María… tú sabes que lo es.

—¡No me importa! —gritó golpeando el suelo con sus pies— y si Lo condenaran a la hoguera yo moriré con él.

—Vamos a rezar por él —sugirió Dom Thaddeus un tanto tembloroso.

—¡No quiero rezar! Quiero ver a Rudolf —gritó, y echó a correr.

Llevó a Dolf algo de comida, y durante las dos horas siguientes permaneció en silencio sentada a su lado mientras Leonardo recorría el campamento tratando de captar el ambiente. Muchos de los niños estaban totalmente trastornados por lo sucedido. Otros decían que siempre habían pensado que Rudolf era «extraño» y no muy piadoso; pero estuvieron conformes con Leonardo cuando éste les animó a permanecer leales a su jefe, su nuevo jefe Rudolf de Amsterdam. Sin embargo, al oír la palabra *hereje* temblaban de miedo, y se preguntaban qué podía significar ser siervo del diablo.

Dom Thaddeus se mostraba más entristecido que ningún otro habitante del campamento. Le descorazonaba la idea de que Rudolf estuviera en peligro. Pero al mismo tiempo sabía que la acusación se hallaba justificada. En medio de sus dudas llegó a la conclusión de que el choque entre Rudolf y Anselmus era inevitable, si bien él no había esperado que se produjera tan pronto. Le parecía que el conflicto había estallado en el peor momento.

Dom Thaddeus tenía razón. Anselmus había cometido un error que ahora lamentaba amargamente. Advertía que el ejército de los niños necesitaba todavía al muchacho. Los Alpes se cernían amenazadores tras el campamento, y si había alguien capaz de conducir sin peligro a los niños por los puertos de las montañas era Rudolf de Amsterdam. Anselmus deseaba que llegara con vida a Génova el mayor número posible de niños. Pero en un momento de ira se le había escapado de los labios en presencia de muchos niños la acusación de herejía y blasfemia. Ya no podía echarse atrás. No tenía más remedio que acabar con Rudolf. Recorrió enojado el campamento, seguido por incontables miradas de ojos aterrados.

Dom Anselmus eligió cuidadosamente el lugar donde se desarrollaría el juicio. A corta distancia del campamento había un campo que se inclinaba suavemente hacia el lago. Proporcionaría espacio suficiente para los espectadores. En un extremo se alzaba una gran peña.

Sobre esa peña se sentó Nicolás, resplandeciente con su vestidura blanca. A su lado se hallaba Carolus, bamboleando las piernas. Lucía sus mejores galas: la bella capa roja, el cinturón recamado de plata con la magnífica daga y la boina rematada con plumas. Dom Augustus se sentaba a su lado con aire acongojado, y Dom Anselmus se hallaba al otro flanco de Nicolás. Los demás niños aristocráticos se sentaban al pie de la peña. Tras este tribunal se habían dispuesto cien guardias en semicírculo; cada uno llevaba una antorcha, porque ya caía la noche. Los muchachos estaban en posición de firmes y tenían la mirada fija hacia adelante.

Ante la peña había un espacio despejado. Allí se hallaba Dolf, de pie y solo. A sus espaldas ocupaban el campo fila tras fila los niños, los más pequeños delante y los mayores detrás. Como el terreno era inclinado, también éstos podían seguir perfectamente el desarrollo de la escena.

Las gentes de la Edad Media gustaban de estas grandes ocasiones y de los despliegues de fuerza, y aunque estuviera en juego la vida de Rudolf de Amsterdam, al que admiraban, los niños disfrutaban participando en la ocasión. Anselmus era consciente de ese deleite y pretendía brindarles una interpretación que no dejara dudas sobre quién era el auténtico jefe.

El juicio se inició cuando Nicolás se puso en pie sobre la peña y formuló las acusaciones contra Dolf. Su clara voz llegó hasta los más alejados niños.

—Se ha comprobado que Rudolf Hefting, de Amsterdam, tiene un pacto con el demonio. Ha tratado de aniquilar el ejército de los niños con enfermedades y epidemias. El…

Dolf alzó veloz su mano y gritó:

—Ninguna de esas cosas ha sido probada, Nicolás. Has de aportar pruebas.

Tras él surgió un sordo rumor. El acusado debía mantenerse callado y no hablar más que cuando le preguntaran.

Dom Anselmus se puso en pie y vociferó:

—¿Es cierto, Rudolf, que procedes de la lejana provincia de Holanda, allá en el norte?

—Sí —replicó tranquilamente Dolf. De repente dejó de sentir temor. Aquel juicio le parecía tan extraño que no podía ser real. Era como si estuviera participando en un interesante programa de televisión y, como todo el mundo sabe, al final de semejantes aventuras el héroe siempre gana. Aquella idea le proporcionó una cierta confianza.

—¿Es cierto también que te uniste a la Cruzada en Espira y no en su comienzo en Colonia? —dijo Anselmus prosiguiendo el interrogatorio.

—Sí.

—¿Cómo llegaste a Espira?

—Estaba de viaje —repuso Dolf.

—¿Solo? —preguntó Anselmus incrédulo.

—Iba camino de Bolonia con mi buen amigo Leonardo Bonacci.

—¿Puede Leonardo, hijo del mercader Bonacci, confirmar esa declaración?

El estudiante irrumpió silenciosamente en el círculo iluminado y miró serenamente a los acusadores.

—Aquí estoy.

—¿Dónde encontraste a Rudolf de Amsterdam?

—Yo viajaba de París al sudeste cuando fui atacado por unos salteadores. Rudolf de Amsterdam me salvó la vida. Gracias a su valor puedo hallarme aquí ahora y ser testigo de su honradez, piedad e inteligencia.

Un murmullo de aprobación brotó de los niños. Apreciaban mucho a Leonardo y a su mula, que tantas veces había llevado sobre sus lomos a niños enfermos y heridos.

—Dime. ¿Por qué os unisteis a la Cruzada de los Niños? —inquirió Anselmus.

—Poco antes de llegar a Espira nos topamos con los niños. Recogimos a algunos rezagados y, por eso, no nos dejaron entrar en la ciudad. Como seguíamos el mismo camino que los niños, decidimos unirnos a ellos.

—No entiendo por qué tomasteis esa decisión —dijo mofándose el fraile.

—Yo sí —repuso Leonardo tranquilamente—. Los niños pasaban sufrimientos indecibles. Iban mal vestidos y les sangraban los pies. Vimos cómo algunos caían al borde del sendero y morían sin que nadie se ocupara de enterrarlos. Juzgamos que la dirección de aquella marcha no era buena y pensamos que podíamos ser de alguna utilidad. Desde luego hicimos bien. Pero nos limitamos a cumplir nuestro deber de cristianos.

El golpe había sido certero. Anselmus corría el peligro de convertirse de acusador en acusado. Consciente del riesgo ordenó a Leonardo que volviera a su sitio.

—Ha quedado demostrado que tanto Rudolf de Amsterdam como Leonardo de Pisa se unieron a nosotros por el camino. Bien. Muchos hicieron lo mismo, y todos fueron bien recibidos. Pero, Rudolf, ¿quién te dio el derecho de arrogarte el mando de nuestra Cruzada? ¿Quién te confirió el derecho de dar órdenes a los niños?

Dolf echó hacia atrás la cabeza.

—Nadie— dijo con voz clara. —Lo tomé por mí mismo. Pero no obligué a ningún niño a que hiciera algo que no quisiera hacer. Les permití que eligieran sus propias tareas y, por lo que a esto se refiere, tengo ocho mil testigos.

Los niños gritaron y aplaudieron con alegría. Disfrutaban con cada instante del juicio. Pero Anselmus no, y Dolf lo sabía.

—Rudolf de Amsterdam, ¿te atreves a negar que posees poderes sobrehumanos?

—Claro que lo niego —gritó Dolf—. Tengo los mismos que cualquier otro. Saldría derrotado si peleara con Bertho. En un torneo, nada tendría que hacer frente a Carolus. Peter y por lo menos veinte más nadan mejor que yo. Y si fueras suficientemente listo para poder examinarnos descubrirías que los conocimientos de Leonardo son mayores que los míos. Yo simplemente poseo sentido común y un cuerpo fuerte. ¿Desde cuando es eso un delito?

Los niños alborotaron con sus risas, pero Dolf impuso silencio alzando su mano.

—Soy fuerte y no caigo enfermo a menudo. ¿Es eso un pecado? La salud, el sentido común y la fuerza son dones de Dios por los que sólo podemos mostrar nuestra gratitud. Cada día doy gracias a Dios por tales dones.

«Al menos eso debería convencerlos de mi piedad», pensó.

Pero Anselmus se mofó de él.

—¿Das gracias a Dios? Has vivido con nosotros más de cuatro semanas, y pocos te han visto rezar. Yo mismo te he visto cruzar ante las casas del Señor sin santiguarte ni una sola vez. Rudolf de Amsterdam, aquí hay ocho mil niños que pueden atestiguar que eres un pagano.

Dolf no consideró oportuno defenderse de hechos que eran esencialmente ciertos.

Replicó con voz alta.

—No sirvo a Dicbs con manifestaciones superficiales, sino con mi corazón.

—Bien dicho, hijo mío —dijo Dom Augustus sonriéndole amistosamente.

Pero los niños habían dejado de aplaudir, y aquella circunstancia preocupaba a Dolf.

—¡Ah! Por eso no tenías tiempo para rezar —dijo Anselmus sarcásticamente—. Estabas demasiado ocupado en representar tu papel de gran señor.

Dolf se sentía furioso.

—Eso son sutilezas —estalló—. Ni a vos ni a los niños debe importaros cuántas veces me santiguo al día. Lo que interesa es si he ayudado o perjudicado a estos niños. ¡Y yo afirmo que no les he hecho daño alguno!

Se volvió y abrió los brazos.

—Niños, ¿os he azotado? ¿Os he dado golpes o patadas? ¿Os he injuriado?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaron con energía.

Por el momento, Dolf era el campeón; una vez más el héroe de los niños.

—¿Os he dado comida?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —replicó el coro.

—¿Quién cuidó a los enfermos? ¿Quién arrojó a la muerte escarlata? ¿Quién protegió a los pequeños y a los débiles?

—¡Rudolf de Amsterdam! ¡Viva Rudolf! —gritaron histéricos.

Con un suspiro de alivio, Dolf pensó: «He ganado». Pero se equivocaba.

—¡Silencio! —tronó Anselmus.

E inmediatamente enmudecieron los niños, complacidos de que la pugna no hubiera concluido.

El fraile respiró hondo y dijo en voz cortante:

—Queridos niños. Yo os diré lo que en realidad ha hecho Rudolf de Amsterdam bajo el pretexto de ayudaros. Con astucia diabólica ha tratado de apartaros del camino recto. Una y otra vez ha sido causa de demoras porque no quiere que lleguéis a Jerusalén. Ha difundido maliciosos rumores y ha alzado a sus amigos contra Nicolás. Ha negado abiertamente que Nicolás es el elegido de Dios. Ha afirmado que el mar no se dividirá ante él,

sino que la Cruzada será cubierta por las olas. Escuchadme, niños, porque yo soy quien tiene la oportunidad para aconsejaros: ¿queréis ir a Jerusalén? ¿Deseáis salvar la Ciudad Blanca que está siendo asolada por los malvados sarracenos?

—Sí —gritaron los chicos—. ¡A Jerusalén!

—¿Qué castigo merece quien trata de impedir que llevemos a cabo nuestra santa misión?

—¡Azotarlo hasta que muera! ¡Lanzarlo al lago con las manos atadas! ¡Quemarlo en la hoguera!…

Las sugerencias de torturas y los métodos de ejecución parecían inagotables. Dolf no podía entenderlo. ¿Cómo podían desear súbitamente la muerte de un amigo al que sólo un minuto antes habían aplaudido enardecidos? Sudaba copiosamente y le temblaban las piernas. Agitó los brazos con frenesí:

—¿Dónde están las pruebas? ¿Cómo he tratado yo de impedir que los niños lleguen a Jerusalén?

Pero su voz se ahogó en el griterío.

En realidad, aquel estallido de los niños no significaba gran cosa. Sencillamente estaban respondiendo a una pregunta y proclamando su opinión sobre lo que se debía hacer con quien tratara de frustrar sus deseos de llegar a Jerusalén. Su furia no se dirigía contra Rudolf, pero él no lo sabía.

—¡Probadlo! —gritó alzando su voz sobre las de los otros—. Hacer acusaciones es fácil. Pero hay que demostrarlas.

—Rudolf de Amsterdam, respóndeme sinceramente —dijo Anselmus —. ¿No cociste en una sola noche centenares de hogazas con la ayuda de Satanás?

—No las cocí con la ayuda de Satanás, sino con ayuda de Gardulfo de Rottweil. También ayudaron sus aprendices y mis amigos. Yo pagué el pan con el dinero que tenía.

—¿De dónde sacaste dinero para pagar ochocientas hogazas?

Dolf se encogió de hombros despectivamente.

—¿Qué estudiante de buena familia se pondría en camino de Holanda a Bolonia sin dinero suficiente? Mi padre es un hombre rico…

Estas palabras produjeron en los niños la impresión que esperaba Dolf.

—En Rottweil creen que el panadero Gardulfo es pagano —afirmó Anselmus—. Y tiene nombre pagano.

—Tonterías —respondió Dolf—. Gardulfo no es más pagano que vos, Dom Anselmus. Es de ascendencia irlandesa, y deberíais saber que irlanda es un baluarte de la religión cristiana. Los irlandeses fueron quienes difundieron el cristianismo por Europa y también fundaron muchas de las más espléndidas abadías. Allí inició su marcha triunfal la palabra de Dios. Y si no sabéis estas cosas, sois más ignorante de lo que yo creía.

—Rudolf de Amsterdam tiene razón —gritó una voz entre la multitud de los niños. Era la de Dom Thaddeus—. La Iglesia debe mucho a los misioneros irlandeses. Es un honor tener ascendencia irlandesa.

Dolf sonrió abiertamente.

—¿Cómo sabes que el panadero Gardulfo es de ascendencia irlandesa? —prosiguió Anselmus un poco desconcertado.

—Me lo dijo aquella noche, mientras cocíamos los panes.

El recuerdo del milagro de los panes seguía vivo en el campamento. Pocos niños se preguntaron aquella mañana de dónde procedía el suculento desayuno, pero ahora lo sabían. Se lo había proporcionado Rudolf de Amsterdam. A Rudolf se le podían encomendar tales problemas, porque siempre encontraba una solución.

—Esas hogazas estaban envenenadas —vociferó Dom Anselmus de repente—. A partir de ese momento tuvimos que luchar contra la muerte escarlata.

—Eso es mentira —replico Dolf furioso—. No fuisteis vos quien luchó contra la muerte escarlata, sino mis amigos y yo. Además, cuando conseguí los panes, había ya más de treinta enfermos. Si os hubierais preocupado un poco de los niños, lo habríais sabido. Pero puedo presentar todos los testigos que queráis. Ellos confirmarán lo que digo.

Anselmus parecía desconcertado. Pero Nicolás le echó una mano.

—¡Desgraciado! ¿Cómo te atreves a llamar mentiroso a un sacerdote? —gritó de repente.

—Me atrevo a algo más —le respondió Dolf, que ahora había perdido por completo el control de sí mismo—. Me atrevo a decir que todas sus afirmaciones y acusaciones carecen de fundamento. Son una pura mentira, y los niños lo saben muy bien. Yo no trato de impedirles que vayan a Génova. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo marcho con vosotros y quiero presenciar el milagro. Quiero estar allí cuando Nicolás extienda sus brazos y ordene al mar que se divida. ¿Quién no querría ver un milagro semejante?

—Entonces, ¿por qué tratas continuamente de retrasarnos? —insistió Anselmus.

—Porque mi honor me impide dejar atrás sin ayuda a los enfermos y a los débiles; porque no puedo permitir que los niños se mueran en el camino de hambre y miseria. Por eso. Si eso es un pecado, si es mala mi dedicación al prójimo, estoy dispuesto a cumplir la penitencia. Pero no estoy dispuesto a servir de chivo expiatorio a quienes han tomado la dirección de la Cruzada y se han mostrado incapaces de cuidar a los niños que tienen a su cargo.

Se oyó un murmullo de asentimiento. Una vez más la disputa tomaba un sesgo favorable a Dolf.

—Me estás injuriando, Rudolf de Amsterdam. Y estás injuriando a Dios.

—Eso no es cierto. ¿Cómo puede ser una injuria contra Dios cuidar de sus hijos?

De pronto, Dolf señaló a Nicolás.

—Nicolás, el pastor, es un santo. Ha oído las voces de los ángeles. Que diga si las pruebas que Don Anselmus ha presentado son suficientes para condenarme. Me someteré a su decisión.

Dolf estaba harto y trataba de forzar una decisión. Sabía que jugaba fuerte. Si Nicolás decidía apoyar a Anselmus, entonces Dolf estaba perdido. ¿Pero se atrevería el zagal? El ruido que oía a sus espaldas le indicaba que tenía de su lado a la mayoría de los niños. Nicolás no sería tan estúpido

como para no haberlo advertido también. ¿Osaría tomar una decisión impopular?

Nicolás se sentó, trastornado. Dolf tenía los ojos fijos en él; por eso no podía ver que Frank y un gran grupo de muchachos se habían adelantado hasta la primera fila. El pequeño curtidor empuñaba el famoso cuchillo de acero, cuya hoja relucía al resplandor de las antorchas. Los otros muchachos llevaban piedras de filos aguzados y las herramientas de hierro con que trabajaban el cuero. Al otro lado se había adelantado también un grupo de chicos y chicas con lanzas cortas, objetos puntiagudos y cuerdas llenas de nudos. A su cabeza se hallaban Leonardo, Peter y María. Fredo, de pie junto a los portadores de las antorchas, tenía levantada una mano como si estuviese a punto de dar una orden.

Sin embargo, reinaba un silencio absoluto. Todo el mundo aguardaba la decisión de Nicolás. El zagal podía advertir la amenaza que suponía la multitud armada. Los dos frailes apreciaron también los indicios del motín; Anselmus estaba pálido, pero Augustus seguía sentado sonriente, con las manos devotamente entrelazadas sobre su regazo, como si estuviera pidiendo a Dios que infundiera a Nicolás la sabiduría precisa para tomar una decisión justa. La tensión crecía.

En ese momento alguien decidió intervenir. Era Carolus. Mientras Nicolás sopesaba en su mente las «pruebas» que Anselmus había aportado, el pequeño aspirante al trono de Jerusalén se puso en pie de un salto. Su roja capa destacó a la luz de las antorchas y su cinturón plateado resplandeció.

—Yo protesto contra la forma en que se está desarrollando este proceso —dijo en voz alta—. Ni a Nicolás ni a los sacerdotes les incumbe administrar justicia. Eso es competencia del rey. Yo soy vuestro futuro rey, y no permitiré que en mi reino se acuse a los inocentes y se condene a muerte a los más fieles. ¡Oídme, hijos de Jerusalén! Yo declaro que Rudolf de Amsterdam no es culpable de herejía ni de blasfemia ni de ninguna otra práctica pagana. En cambio, lo declaro culpable de falta de respeto y de arrogancia. Pero éstos no son delitos graves. Constituyen pequeñas faltas que todos cometemos a veces. Por eso, Rudolf de Amsterdam, te ordeno

que te arrodilles ante este tribunal y que pidas a Dom Anselmus que te perdone las ofensas que le has hecho esta noche.

La maniobra era astuta: hubiera permitido resolver pacíficamente el conflicto y satisfacer el sentido de justicia de los niños. Dolf miró a Carolus maravillado y asintió. Dio un paso hacia adelante…

Pero el discurso de Carolus había enfurecido a Nicolás. La dignidad que poseía desde hacía seis semanas, el repentino ascenso de simple zagal a jefe de una cruzada, el hecho de que tenía dos bueyes y compartía la tienda con los chicos de noble cuna: todas estas circunstancias se le habían subido a la cabeza. Se creía la persona más importante de todo el ejército, su verdadero jefe, aquel cuya palabra debía ser obedecida sin discusión. Pensaba que Carolus le estaba arrebatando semejante prerrogativa.

—¡Cállate! —gritó, poniéndose en pie.

Sus blancas vestiduras se agitaron y, a la temblorosa luz de las teas, parecieron manchadas de sangre.

—Aún no ha llegado tu hora, Carolus. Serás rey cuando yo te lleve a Jerusalén. ¡Hasta entonces, esta Cruzada es mía! Y yo afirmo que Rudolf de Amsterdam es culpable. Ha firmado un pacto con el diablo y ofrece sacrificios secretos en honor de su abominable amo. Se ha disfrazado de muchacho, se ha vestido como uno de nosotros y da la impresión de que quiere ayudarnos. Pero en realidad no ha hecho nada más que detener nuestra marcha. ¡Es culpable, culpable, culpable! ¡Tres veces culpable! Y yo, Nicolás, enviado de los ángeles, condeno a muerte al hereje, Rudolf de Amsterdam.

El clamor que se levantó a sus espaldas hizo que Dolf se volviera rápidamente, pues creía que los niños se arrojarían sobre él en cualquier momento. Pero sólo vio a sus amigos, que blandían amenazadoramente sus armas. Es cierto que algunos niños hubieran querido ejecutar la sentencia sin demora. Pero otros titubeaban inseguros y muchos protestaban a grandes voces. De repente los niños empezaron a gritar y a pegarse unos con otros. Por encima de aquel escándalo pudo oírse la voz de Fredo:

—¡Protegedlo!

Leonardo, con ojos llameantes, blandió su garrote y gritó:

—¡Mueran los traidores! ¡Defended a Rudolf!

En aquel momento, Dolf comprendió que el conflicto podía degenerar en baño de sangre.

—¡Hacedlo pedazos! —chillaba Dom Anselmus.

—¡No lo toquéis! ¡Niños, rescatad a vuestro protector! —gritó otra voz.

Los niños ya habían comenzado a pelear entre si. Dolf les gritaba, pero no podía conseguir que se detuvieran. Leonardo, enarbolando su enorme garrote, se lanzó hacia un grupo de chicos que pugnaban por apoderarse de Dolf.

—¡No! —gritó Dolf.

Entonces apareció súbitamente Dom Thaddeus con los brazos en alto. Con voz muy alta ordenó:

—¡Deteneos! ¡Silencio! ¡Silencio! No lo toquéis. Rudolf es inocente. Yo os lo demostraré.

Repitió sus palabras una y otra vez tratando de hacerse oír medio de aquella conmoción. Los niños, deseosos de saber que les diría Thaddeus, comenzaron a tranquilizarse. Los guardias separaron a los que aún se peleaban y recogieron a que habían caído al suelo.

—¡Tranquilizaos! ¡Os va a hablar Dom Thaddeus!

El monje benedictino estaba de pie, no lejos de Dolf y dentro del círculo fantasmagóricamente iluminado, con los brazos todavía levantados. Pidió a Leonardo, Frank y Peter retrocedieran, cosa que hicieron los dos a regañadientes, luego tomó a Dolf de la mano y lo condujo a la peña. Anselmus gritó:

—¿No habéis oído la sentencia de Nicolás, Dom Thaddeus? La sentencia ha sido pronunciada y ya no queda más le ejecutarla. ¿Por qué os entrometéis ahora?

Dom Thaddeus lanzó hacia atrás su capuchón y la luz brilló sobre su cabeza rapada.

—¡Pobres y desorientados cruzados! —dijo lenta y sonoramente—. ¡Estáis locos! ¡Verdaderamente locos! ¿No sois capaces de reconocer a un enviado de Dios? Eso es precisamente Rudolf de Amsterdam. Ha sido enviado por el cielo para garantizar que el ejército de los niños llegue con

toda felicidad a Tierra Santa. Cuando Dios vio que Nicolás era incapaz de alizar solo la tarea de alimentar y proteger a tantos niños envió a otro jefe, a Rudolf. El debía ocuparse sólo del bienes material de los niños. ¿Acaso Rudolf de Amsterdam no ha cumplido con su deber diligentemente y con un corazón hechizado de amor? Cuando el diablo, irritado ante la inocencia de los niños, envió a sus perversos agentes para acosarnos con muerte escarlata, Rudolf los rechazó. Rudolf nos trajo pan. Y nos proporcionó salud, valor y fortaleza. Y vos, hermano Anselmus, y tú Nicolás, osáis acusar de herejía a este elegido, ¿no os da vergüenza? Habéis incitado a los niños a asesinar al mismo a quien deben sus vidas. ¿Es así cómo se da gracias a otros por sus mercedes? Temo por el destino de vuestra alma, Anselmus, y por el de la tuya, Nicolás.

Dom Anselmus temblaba de rabia.

—Hermano Thaddeus, vuestras palabras son dagas en nuestros corazones. No os engañéis. ¿Cómo puede ser enviado de Dios un hereje?

—Hermano Anselmus, Dios lleva a cabo sus designios por muchos caminos.

—Eso son excusas, hermano Thaddeus. Vos nos reprocháis que no hayamos reconocido a Rudolf de Amsterdam como enviado del cielo. Pero ¿cómo podríamos haberle reconocido? ¿Por su piedad? No tiene ninguna. ¿Por su hermosura? La hermosura es algo con que nos ofusca el diablo.

Los niños, que ahora estaban muy quietos, trataron de acercarse. Habían olvidado su pelea y se sentían cautivados por el hechizo que representaba para ellos una pugna entre dos frailes.

—Dom Thaddeus —interrumpió Nicolás con vehemencia—, eso es una simple suposición. Y lo hacéis para proteger a Rudolf de Amsterdam; pero no tenéis pruebas.

—Oh, sí. Claro que las tengo —exclamó Dom Thaddeus con la misma resolución—. Vosotros os habéis limitado a acusar y no habéis podido presentar ninguna prueba. Pero yo sí tengo una prueba.

—¡Enséñanosla! —gritó ásperamente Dom Anselmus. Y miró las manos de Dom Thaddeus como si esperara encontrar en ellas un pergamino con el sello y la firma de Dios.

—He aquí la prueba —dijo el fraile con voz grave.

Tomó la mano izquierda de Dolf y, alzando la manga de su jersey, mostró… una cicatriz.

De pequeño, Dolf había sido mordido por un perro. Los dientes del animal se clavaron en tres puntos de su antebrazo y, aunque la herida curó muy pronto, Dolf conservaba las cicatrices: tres puntitos desiguales en la cara interna del antebrazo. Era una señal anodina, y a Dolf le asombraba que la cicatriz de la mordedura de un perro pudiera demostrar su inocencia. Se quedó mirando con sorpresa a su propio brazo.

—Este es el signo que Dios le otorgó cuando nos lo envió, la señal de la Santísima Trinidad. ¿Quién de vosotros, estúpidos, se atreverá a dudar todavía? ¿No podéis reconocer el signo de Dios?

Los niños se agolparon para examinar el brazo de Dolf. Se arrodillaron y besaron las manos del muchacho y, sobre todo, su cicatriz. Incluso Nicolás bajó de la peña y, apartando a los niños, dijo:

—Muéstramela.

Rudolf estaba aturdido. Le parecía absurdo que tres puntitos blancos pudieran impresionar tanto a los niños. Pero comprendió que gracias a eso se había salvado.

—¡Abrid camino! —ordenó Nicolás.

Los niños retrocedieron un poco. Ahora estaban frente a frente los dos elegidos: Nicolás, el conductor de la Cruzada de los Niños, y Rudolf, que había aparecido inesperadamente dos semanas antes.

Nicolás cogió la muñeca de Dolf y observó durante largo rato los tres puntitos blancos. Había visto semejantes cicatrices en personas que habían sobrevivido milagrosamente a los ataques de un]obo. ¿Habría combatido Rudolf en los fríos bosques del norte con un lobo hasta darle muerte antes de unirse a la Cruzada? ¿Podía ser tan fuerte? Nicolás recordó todas las amenazas que su rival había proferido en la tienda y que siempre se habían cumplido. Maldijo a los dos frailes, e inmediatamente cayeron enfermos. Maldijo el carromato, y se incendió la misma noche. Rudolf de Amsterdam parecía poseer un poder muy superior al suyo. No podía permitirse tener semejante enemigo y, como les parecía imposible acabar con el muchacho

(¿y quién se atrevería ahora a levantar la mano contra Rudolf?), prefería contarlo entre sus amigos. Soltó el brazo de Dolf silenciosamente y se arrodilló.

Un gran grito de júbilo estalló entre los niños. Anselmus miró hacia abajo desde la altura en que se encontraba. Se mordió nervioso los labios. El hecho de que Nicolás se hallara literalmente de rodillas ante Rudolf constituía para el fraile una derrota muy seria.

A Dolf le pareció excesiva la reacción de Nicolás. No le agradaba el zagal, pero tampoco quería verlo humillado. Rápidamente levantó al muchacho.

—Ponte en pie, Nicolás —dijo con voz clara—. No debes arrodillarte delante de mí. A partir de ahora seremos amigos.

Y los dos muchachos se abrazaron.

Los niños estaban entusiasmados. Reían, bailaban y se besaban. Quienes unos momentos antes se habían peleado, eran ahora los mejores amigos y habían olvidado su rivalidad. Algunos chicos fuertes cogieron a Dolf y lo llevaron a hombros por el campamento. María los seguía sollozando de satisfacción.

Pasó mucho tiempo antes de que la calma retornara al campamento. Salió la luna y brillaron las estrellas. En las soñolientas caras de los niños se dibujaban sonrisas de satisfacción. Al día siguiente se enfrentarían con las montañas; pero ¿qué obstáculo podía detenerlos si los conducía Rudolf de Amsterdam y llevaban a sus espaldas fardos de provisiones? Dolf, aún fatigado, era incapaz de dormir: se hallaba demasiado excitado por los acontecimientos de aquella noche. Advirtió que Leonardo le tocaba un brazo. ¿Lo consideraría ahora el estudiante como un enviado de los cielos? Esperaba que no. Lo oyó sonreír quedamente.

—¿Fue un perro o un lobo? —murmuró Leonardo.

—Un perro —respondió Dolf en voz baja—. Yo tenía cuatro años…

—Me apuesto a que chillaste mucho —dijo burlonamente Leonardo en el mismo tono de voz.

—Supongo que sí. Fue hace tanto tiempo que apenas me acuerdo.

Hubo un breve silencio; luego Dolf sintió que Leonardo le susurraba al oído:

—Nicolás no es tonto. Ha sido pastor y reconoció tus cicatrices con la misma facilidad que yo.

—¿Tú crees? —preguntó Dolf sorprendido.

—Y Anselmus…

—¿Qué quieres decir?

—Que se dieron cuenta del truco de Dom Thaddeus. Tienes que seguir mostrándote precavido, Rudolf, aunque por el momento estás seguro. Cuentas con muchos amigos y no permitiremos que te suceda nada, pero…

—Leonardo —repuso Dolf con semblante sereno— nada deseo menos que las disensiones entre los niños. Me encantó el truco de Dom Thaddeus porque ahora todos estamos unidos de nuevo.

—En este caso vas a sentirte desilusionado —murmuro Leonardo—. Espera hasta mañana…

—¿Qué va a pasar?

—Espera y verás. Pero te aseguro que Anselmus prepara una sorpresa.

Durante un rato Dolf reflexionó sin éxito sobre el significado de la alusión. Pero sus pensamientos volaron hacia las montañas, cuyas oscuras sombras se proyectaban ahora sobre el campamento. En algún lugar, al otro lado de las cumbres, se había desencadenado una tormenta.

Para Dolf, los Alpes eran un gran ejército al que había que atacar y vencer. Pero en el fondo tenía mucho miedo.

—¡Mañana! —pensó—. Que el cielo nos proteja.

10
El Karwendel

NO COSTO mucho levantar el campamento a la mañana siguiente porque ya era una cuestión rutinaria. En menos de media hora, los chicos se dividieron en grupos. Todos los niños excepto los más pequeños, cargaron con paquetes de previsiones, con sus propias ropas y con las mantas enrolladas de paja. Dolf se puso la chaqueta. Ya no cerraba bien, pero era impermeable y estaba forrada de lana; todavía podía prestarle un buen servicio en las montañas.

En un extremo del campamento estalló una conmoción. Leonardo, seguido de Dolf y de María, corrió a ver qué sucedía.

Allí estaba Fredo, rodeado de un grupo formado por chicos de todas las edades. Dolf reconoció a muchos de los del servicio de vigilancia, a algunos cazadores y pescadores e incluso a varios curtidores. Frente a Fredo se hallaba Anselmus, gesticulando con los brazos.

—Estás loco, Fredo. No puedes hacerlo. Allí, en el norte, solo hay tierras despobladas.

—No me importa —replicó Fredo obstinadamente—. Notos no vamos. Esas tierras despobladas no serán tan malas como las montañas.

—¿Qué pasa? —preguntó Dolf.

Fredo se volvió hacia él.

—Ya no creemos en esta causa; hace tiempo que no creemos. Los campesinos de aquí me han dicho que el mar no está al otro lado de estas montañas. Los primeros cruzados nunca vinieron por aquí. Este no es el camino de Jerusalén.

—Pero es el camino mas fácil para llegar a Génova —respondió Anselmus, aterrorizado ante la idea de perder de golpe a tantos niños fuertes y bien alimentados.

—¿Queréis volver a casa? —preguntó Dolf esperanzado. No era la primera vez que algunos niños se acobardaban y volvían a casa. Nadie sabia si lo habían logrado, pues no se había vuelto a tener noticias de ellos. Pero ahora no se trataba de un par de niños a los que se les hacía demasiado largo el viaje. Eran varios centenares. Se trataba de un motín en toda regla.

Dolf no trató de hacerles cambiar de parecer. Al contrario, se sentía feliz de que aquellos niños hubieran tomado una decisión y tuvieran coraje para llevarla adelante.

—¿A dónde pretendéis ir entonces? —vociferó el fraile exasperado—. Moriréis miserablemente en algún despoblado.

—No lo creo —replicó Fredo seguro de sí—. Somos capaces de cuidar ce nosotros.

Dolf asintió.

—Hacia el norte se extiende el bosque de Baviera —dijo—. Y más allá está Bohemia. Allí las montañas no son muy altas y se hallan cubiertas de espesos bosques. No estarán muy pobladas. Si os establecéis allí podréis manteneros.

—Adelante, anímalos —siseó Anselmus.

Luego, en tono más persuasivo, añadió:

—Fredo, ¿cómo puedes abandonar a los chicos del servicio de vigilancia?

—Que escojan otro jefe —respondió Fredo.

—Os harán pedazos las fieras en los bosques —insistió Anselmus.

—Tenemos armas.

Sin añadir una palabra, Fredo se dio la vuelta e hizo señas a sus seguidores. Dolf saludó alegremente a la larga fila que se desplazaba en dirección opuesta. Confiaba en Fredo, hijo de un caballero empobrecido, porque era fuerte, valiente y prudente. Anselmus gruñó y pareció que iba a decir algo a Dolf; pero cambió de idea y se marchó.

Cuando regresaron a su hoguera, Dolf preguntó a Leonardo:

—¿Te referías a esto anoche?

El estudiante asintió.

—Se estaba cociendo algo parecido desde hace tiempo. La confianza en Nicolás y en Anselmus se ha debilitado.

Dolf sugirió a Leonardo que ocupara el puesto de Fredo, pero el estudiante no se mostró precisamente entusiasmado.

—Yo voy a Bolonia, no a Génova ni a Jerusalén —dijo.

La verdad era que no deseaba asumir una obligación específica por terror a que le coartara la libertad de que disfrutaba.

Pero Dolf, tan obstinado como siempre, insistió y Leonardo accedió. Reunió a los vigilantes y les comunicó que Fredo había decidido no seguir adelante y que a partir de entonces estarían a sus órdenes. El anunció fue recibido con gritos de júbilo, porque los chicos estaban entusiasmados con Leonardo y aún más con su garrote.

Nicolás dio la orden de iniciar la marcha, y más de siete mil niños se pusieron en camino. Cruzaron el arroyo y se dirigieron directamente hacia la barrera montañosa.

Leonardo y algunos de los vigilantes marchaban en vanguardia, mientras que Dolf, Frank y María caminaban en la retaguardia. La ruta que seguían no era más que un camino de herradura y, en el mejor de los casos, sólo podían avanzar en línea dos o tres chicos. Cuanto más se remontaba el toroso sendero, más deseaba Dolf que los chicos se mantuvieran juntos y que los mayores ayudaran a los pequeños a trepar por las rocas caídas. También era importante proseguir por aquella ladera, porque la otra estaba cortada a pico hasta arroyo.

El día era lluvioso. Lo que al principio de la mañana era llovizna se convirtió en aguacero. El agua y la angostura del sendero hacían el camino aún más duro para los animales. Dos horas después de penetrar en la garganta, uno de los bueyes se rompió una pata y hubo de ser sacrificado. Dolf se sintió transido de lástima ante los mugidos del indefenso animal que, a pesar de la fractura, se resistía a los toscos cuchillos y hachas con que los chicos trataban de matarlo. Al final se extinguieron sus mugidos, y

procedieron a desollarlo. Una vez terminada esta tarea, el animal descuartizado, y los fardos de las provisiones se tornaron aún más pesados.

Nicolás contempló aquellos trabajos en silencio, demasiado orgulloso para reconocer que había errado cuando se opuso a que los bueyes fueran sacrificados.

Reanudaron la marcha. En aquel punto, la garganta se estrechaba aún más, el arroyó saltaba entre las rocas, enviando corrientes de espuma sobre los matorrales y el musgo; el sendero se hallaba frecuentemente interceptado por grandes peñascos caídos de la ladera. Muchas veces, los que iban al frente podían empujar estas rocas hasta el precipicio. Pero en ocasiones no era posible moverlas, y los niños tenían que pasar por encima. Muchos comenzaron a tiritar como consecuencia la incesante lluvia. Pero lo que más minaba sus fuerzas era la lenta ascensión. Cada pocos minutos, toda la fila debía detenerse, mientras los que marchaban al frente despejaban el sendero de algún obstáculo. Los que caminaban detrás se impacientaban y querían adelantarse para saber qué pasaba. Los niños perdían pie constantemente y se herían en los agudos guijarros, en los matorrales espinosos o en las ramas puntiagudas. Tenían los brazos, las piernas e incluso los rostros cubiertos de cortes y arañazos.

La columna tenía varios kilómetros de longitud, y los jefes no podían hallarse en todos los lugares al mismo tiempo. Leonardo, en la vanguardia, ignoraba totalmente lo que sucedía tras él. Su garrote servía a menudo de palanca para mover rocas y arrojarlas al abismo. Contaba con la ayuda de un muchacho robusto llamado Wilhelm, propietario de un hacha con la que cortaba las ramas que obstruían el camino.

Tras la vanguardia iban niños y más niños, valientes y cobardes, fuertes y débiles, chicos y chicas, unos riendo y otros llorando. Pero todos se ayudaban unos a otros, se animaban, señalaban las cascadas del otro lado de la garganta o daban voces de aviso cuando topaban con piedras sueltas que cerraban el camino o con raíces ocultas entre las rocas.

Nicolás, Anselmus y Augustus iban en medio de la columna y animaban a los niños a caminar más deprisa.

—Tenemos que dejar atrás la garganta antes de que caiga la noche —gritaba Anselmus—. Aprisa, niños; aquí no podemos pasar la noche.

Los niños lo sabían sin que nadie se lo dijera. Lo que ignoraban era la longitud de la garganta. De momento no podían ver el final.

Cuanto más andaban, más altas parecían las montañas por las que ascendía el sendero.

Hacia mediodía se produjo un corte en el centro de la columna, exactamente por donde iba Nicolás conduciendo al buey que le quedaba. Al animal le costaba mucho seguir por aquel peligroso sendero. Algunos niños lo azuzaban con palos. El buey mugía temeroso y, en ocasiones, se negaba a andar. Las ovejas encontraban menos dificultades; pero, acosadas por el hambre, se detenían frecuentemente para ramonear las hojas de los matorrales.

Dolf estaba impresionado por la visión del desfiladero. En su siglo lo cruzaba una espléndida carretera asfaltada. Pero ahora sólo había un camino de cabras que se desviaba ante cada saliente de la ladera y, a veces, desaparecía por completo.

Las montañas eran terriblemente abruptas. Las faldas estaban cubiertas de matorrales enmarañados y ocasionalmente de algún árbol. Pero en la parte superior de las laderas sólo había roca dura, despeñaderos, grietas irregulares y arroyos que caían formando cascadas. Como es natural, no se veía ningún ser humano. Dolf vio varios animales —rebecos— que se desplazaban por los riscos de más arriba. Había también aves rapaces, Dolf nunca las había visto tan grandes. Volaban describiendo círculos sobre la estrecha garganta. Recordando los grabados que había contemplado en libros antiguos se preguntó si no serían águilas doradas. En el siglo XX se habían extinguido casi por completo, pero en el siglo XIII eran las señoras de los Alpes.

Carolus no pudo resistir la tentación de lanzar una flecha a las rapaces, pero la saeta se quedó a medio camino y cayó sin fuerza al arroyo.

—Ahorra tus flechas —le dijo Dolf—. Las necesitarás.

El fardo que llevaba a las espaldas era muy pesado y esperaba que sus zapatos soportaran la marcha. María caminaba a su lado con ligereza. Su

fardo, que principalmente contenía tortas, pesaba mucho menos. Dolf se había asegurado de que obtuviera un buen par de botas de piel de ciervo y estaba muy graciosa con el chaquetón de lana cruda. Al parecer no la molestaba la lluvia ni el frío viento que aullaba en torno a ella. Saltaba fácilmente sobre las piedras y trepaba con soltura por los peñascos. Dolf pensó que la mayoría de los niños parecían ahora más sanos que cuando los vio por vez primera. Se habían fortalecido con alimentos ricos en proteínas, y las fatigas habían endurecido sus músculos, al tiempo que su anhelo de llegar a Jerusalén sostenía su moral. Sin embargo, aquella caminata a lo largo de la garganta representaba para muchos una tortura. Nacidos en las llanuras o en tierras de colinas bajas y suaves, no estaban preparados para las abruptas pendientes de las montañas. Señalaban con miedo hacia las rapaces que volaban sobre sus cabeza, y chillaban siempre que había que arrojar un peñasco por el arroyo.

Inesperadamente, a unos cincuenta metros de Dolf y María se puso en movimiento una pendiente removida por las lluvias y enterró a sus espaldas una parte del sendero. Dolf y Thaddeus, que acudió rápidamente a prestar ayuda, lograron rescatar con vida a cuatro niños sepultados bajo la masa de lodo y piedras. Tras larga búsqueda encontraron también a un niño muerto. Cansados y deprimidos, reemprendieron la marcha.

La garganta sólo tenía diez kilómetros de longitud, pero la columna invirtió todo el día en el recorrido. Luego, para gran alivio de los niños, desembocaron en un amplio valle, donde, derrengados y deprimidos, se apresuraron a montar el campamento.

Había espacio suficiente para todos porque las montañas, aunque seguían siendo inmensamente altas y se elevaban todavía más hacia el sur, dejaban un vasto terreno libre. Aquí las laderas no eran tan abruptas y estaban cubiertas de bosques. Cuando Dolf salió por fin de la garganta con la retaguardia, los fuegos ya brillaban en el campamento. También estaba montada la tienda de Nicolás.

Dolf ordenó inmediatamente que los equipos de cocineros prepararan grandes ollas de sopa con la carne fresca del buey sacrificado: le preocupaba que se echara a perder. Y descubrió que era casi imposible

conseguir que los niños se movieran. Todas sus energías se habían agotado en la terrible travesía del desfiladero. Sin preocuparse de la comida ni de nada, muchos se habían dejado caer en el suelo y trataban de dormir. Dolf y Leonardo, aunque también se hallaban muy cansados, trataron de lograr un poco de orden. Pusieron en pie a todos los que eran capaces de trabajar y, en la medida en que les fue posible, obligaron a comer a los niños.

—Tienen que comer, quieran o no —gritaba Dolf a sus ayudantes. Estos sacudían rudamente a niños medio dormidos para obligarles a que se bebieran la sopa y tragaran los pedazos de carne medio cocida. Ni siquiera tenían energías para resistirse. Hilda y sus ayudantes recorrieron los fuegos del campamento vendando brazos y distribuyendo infusiones de hierbas entre todos los que tosían. Pero se les hizo de noche.

Con una antorcha en la mano, Dolf inspeccionó las guardias y le inquietó lo que halló. Muchos vigilantes de la primera guardia se habían quedado dormidos y no podían cuidar de los fuegos que debían mantener alejadas a las fieras. Abandonar a siete mil niños sin protección era tentar al destino. Dolf corrió en todas direcciones: despertaba a los muchachos y las muchachas tirándoles de los brazos y les preguntaba:

—¿Quién tiene la primera guaria? ¿Por qué estabais dormidos?

Su instinto se había aguzado en aquellas semanas de vida al aire libre y advertía que el lugar era peligroso. De las laderas llegaban sonidos espeluznantes. En la lejanía aullaban los lobos, que se congregaban para sus cacerías nocturnas. Los bosques rebosaban de aullidos de gatos monteses, de linces y de aves sorprendidas en su sueño por las comadrejas. Dolf se sintió súbitamente abrumado por la crueldad de la naturaleza y comprendió que en este mundo sólo podían sobrevivir los fuertes, los astutos y los despabilados. ¿No se aplicaba eso a los inocentes niños que estaban a su cuidado? Porque ahora se sentía completamente responsable de la Cruzada de los Niños. Y se culpaba de cada accidente y de cada muerte.

Y la carga de aquel día había sido pesada. A lo largo de los tortuosos kilómetros de la garganta sólo había tenido un pensamiento: conseguir que todos los chicos la cruzaran sanos y salvos. Pero delante de él había un niño

arrastrado por el aluvión. ¿Cuántos habían llegados sanos y salvos al final de la garganta? Lo ignoraba.

Dolf sabía que tampoco Leonardo dormía. Se topó con Peter, Frank, Wilhelm y Bertho, cuyas espaldas tiritaban mientras calentaban sus manos con tizones.

¿Y dónde estaba Nicolás? Como es natura, durmiendo tranquilamente en su tienda, rodeado por los frailes y los pequeños nobles. Nicolás ponía enteramente su confianza en Dios y así se libraba de preocupaciones. Pero Dolf no podía comportarse así; su escepticismo era demasiado profundo. Era un realista que había sido criado a base de advertencias:

—Ten cuidado al cruzar la calle…

—No vayas con extraños, aunque te hagan muchas promesas…

—No te acerques a los cables de la electricidad…

—No juegues con las cerillas…

Mil advertencias de peligro que ahora le mantenían despierto.

El campamento estaba cubierto de huesos medio roídos y de carne sin comer. Los fardos de provisiones aparecían deshechos por todas partes, ¿Es que estos niños estúpidos eran incapaces de comprender que sus vidas dependían de aquellas provisiones? Dando un suspiro, Dolf reunió las provisiones en una pila y puso al cuidado de todo a un muchacho soñoliento. Indudablemente se quedaría dormido en cuanto Dolf se diera media vuelta. Era imposible resistir semejante fatiga.

Los lobos habían desaparecido, al parecer alejados por las flechas y las antorchas. Sin embargo, Dolf no conseguía librarse de la sensación de un gran peligro. No era capaz de imaginar qué podía ser; pero presentía que iba a suceder algo; algo totalmente inesperado y contra lo que no existía protección.

—Vete a dormir, hijo mío, Dios vela sobre nosotros.

Naturalmente, la voz era la de Dom Thaddeus, porque tampoco él dormía nunca en la tienda y sentía como Dolf el peso de la responsabilidad. Pero el fraile poseía urna gran fe en la providencia; por eso no tenía tantas preocupaciones. ¿Cómo podía estar tan tranquilo aquel hombre? También él había visto caer al torrente a niños incapaces de valerse por sí mismos.

«Ese estúpido fraile y sus máximas piadosas», murmuró Dolf. El muchacho sabía que no era justo. Pero ¿quién puede ser justo cuando está exhausto? Sin darse cuenta había descrito un círculo completo y se encontraba ante su hoguera.

María le tendió una mano.

—Rudolf…

Se dejó caer al suelo. Apoyó la cabeza en las rodillas de María. Una manita oscura acarició su frente y Dolf se sumió en un profundo sueño.

11
Secuestro

AL DESPERTAR, Dolf se encontró con una sorpresa desagradable. Oyó gritos y se levantó. Al principio no lograba comprender lo que veía. Todo el campamento estaba agitado. Muchos niños gritaban asustados y corrían presa del pánico. En medio del campamento había unos diez o quince caballeros cabalgando sobre sus caballos. Llevaban cotas de malla y pantalones estrechos e iban armados de lanzas y espadas. Sus caballos estaban cubiertos de espuma. Los jinetes gritaban y blandían sus lanzas con gesto amenazador, por lo que los niños huían de ellos. María se agarró a Dolf sollozando. El muchacho miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Leonardo? Inmediatamente descubrió al estudiante, al que seguían diez muchachos con garrotes. Pero ¿qué hubieran podido hacer contra unos jinetes bien armados? Dolf corrió tras ellos hacia la tienda.

—Ocúltate en los matorrales —dijo Dolf a María—. Es una incursión. No te dejes ver.

Corrió hacia la tienda, junto a la cual se habían detenido los recién llegados.

Allí estaban Nicolás, los tres frailes, Leonardo con sus ayudantes y los chicos de noble cuna. Carolus tenía tensado el arco, pero la flecha apuntaba hacia el suelo. Sus ojos brillaban de ira. Nicolás se mantenía erguido y procuraba conservar su dignidad. Pero le temblaban las rodillas.

Hablaba el jefe de la banda.

—Cincuenta —le oyó decir Dolf—. Treinta chicos y veinte chicas.

—Dios os castigará por esto —replicó Nicolás con voz estridente.

Dolf se abrió paso hasta colocarse junto al zagal, y preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

—Este vale. Nos lo llevaremos para empezar el lote —gritó uno de los jinetes. Se acercó a él y le palpó los músculos del brazo. Dolf se desembarazó de aquella mano y retrocedió un paso.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué quieren estos jinetes?

Leonardo le respondió con gesto sombrío:

—Son hombres del conde Romhild de Scharnitz. El conde nos exige un peaje para cruzar el valle.

—Y muy alto —le interrumpió airado Dom Anselmus.

—Pagadle —dijo Dolf desdeñosamente.

—¿Con qué? —preguntó Leonardo.

—¿Qué peaje exige vuestro señor? —preguntó Dolf al capitán. Estaba pensando pagar con el buey. El jinete se rió; pero su risa tenía tonos siniestros.

—Cincuenta chicos, cincuenta de los más fuertes y altos.

El hombre había comprendido que Dolf, aunque no llevaba daga ni vestiduras blancas, era el verdadero jefe.

—¿Cincuenta niños…?

Las palabras se le clavaron a Dolf en la garganta. No podía creerlo. ¿Cómo podía pensar aquel hombre que los frailes iban a enviar cincuenta niños al cautiverio?

—Eso es inaceptable —dijo con vehemencia—. Pon otro precio. Podemos dar un buey y tres ovejas…

Nicolás empujó a Dolf a un lado y le gritó:

—Quieto, Rudolf de Amsterdam. No te corresponde a ti tomar decisiones. Esta es mi Cruzada.

Se volvió hacia los jinetes.

—Dios no perdonará este insulto a su ejército de niños. Vamos a Jerusalén para liberar la Ciudad Santa de los sarracenos, y Dios no permitirá que nadie nos estorbe.

El jinete respondió con una carcajada sarcástica:

—Si te niegas a entregarnos los cincuenta chicos, nos los llevaremos y haremos una matanza que no podréis olvidar. ¡Tú y tu florido séquito seréis

nuestras primeras víctimas!

Involuntariamente, Nicolás retrocedió un paso, pero Carolus gritó.

—Inténtalo.

Levantó su arco; mas Dolf le hizo bajar el brazo al instante. Había advertido que no se podía jugar con aquellos truhanes.

—Son niños libres, capitán —dijo con desesperación—. No puedes hacerlos esclavos. Sería contrario a todas las leyes.

Ahora reían y se burlaban todos los jinetes. Sabían que en el valle de Scharnitz no había otra ley que la del conde Romhild.

—¡Esta es nuestra ley! —tronó el capitán, arrojando su lanza contra él.

La lanza habría atravesado al muchacho si Dom Thaddeus no lo hubiera empujado con fuerza hacia atrás. El arma no lo alcanzó por muy poco.

—¡Alto! —gritó Dom Anselmus—. Podéis quedaros con cincuenta niños; pero no pongáis vuestras manos en éstos: son de sangre noble.

Dolf trataba de ponerse en pie, pero no lo lograba porque Dom Thaddeus se había sentado sobre él y lo sujetaba.

—Quieto —murmuró—. No podemos prescindir de ti ahora.

El muchacho estaba casi cubierto por el hábito del fraile.

—No queremos hijos de nobles —oyó Dolf decir al capitán—. El conde Romhild no desea tener dificultades. Quiere trabajadores fuertes, capaces de realizar tareas pesadas. Pero seremos nosotros quienes los escojamos. ¡Vamos, capturadlos!

La protesta de Dolf quedó sofocada. No podía ver nada y casi se ahogaba. Los jinetes se alejaron al galope, y los niños comenzaron de nuevo a chillar. Dolf pudo escuchar las voces de Leonardo, que advertía a los niños y les aconsejaba que se ocultaran. Pero ¿cómo podían ocultarse tantos niños en un campo abierto? Durante el medio minuto siguiente no oyó nada, porque Dom Thaddeus, con un golpe de experto, lo había dejado inconsciente. Después, el fraile lo metió rápidamente en la tienda y lo cubrió con un montón de pieles. Se sentó sobre el montón y se puso a rezar por los pobres niños que caerían en manos del conde de Scharnitz.

En el campamento reinaba el pánico. Al principio, los niños apenas entendían lo que estaba sucediendo. Los jinetes galopaban y cogían a los

chicos y chicas de mejor aspecto. Los capturados luchaban furiosamente con piernas y brazos, mientras que los otros escapaban gritando. Algunos miembros de los grupos de vigilancia trataron de atacar a los jinetes; pero sus improvisadas y toscas armas de nada servían contra las cotas de malla. Finalmente, los jinetes reunieron a cincuenta chicos y los ataron con cuerdas gruesas y ásperas. Entre ellos estaban Peter y Frank. Una hora después había concluido el drama. Los jinetes partieron con sus prisioneros. Dolf salió de la tienda con un fuerte dolor de cabeza. Cuando vio desaparecer al grupo en la lejanía rompió a llorar.

—Deberías alegrarte de que hemos podido salvarte —le dijo Dom Anselmus lacónicamente.

—Vos hubierais preferido que me hubieran llevado a mí también —replicó Dolf.

Pero el fraile meneó su morena cabeza.

—No, Rudolf de Amsterdam; tu momento no ha llegado aún. Te aguarda un destino diferente.

Dolf no se detuvo a reflexionar sobre el significado de estas misteriosas palabras. Junto con Leonardo se apresuró a poner un poco de orden en aquel campamento sumido en la confusión. Muchos niños seguían llorando y temblando de miedo. Al cabo de un tiempo reunieron sus pertenencias, sujetaron los fardos a las espaldas y se dispusieron a proseguir el viaje. Dolf recorría el campamento y trataba de calcular las dimensiones de la tragedia. ¿Dónde estaba Frank? ¿Y María…? ¡Cielos, María…!

—Tranquilízate —le dijo Leonardo cogiéndolo de un brazo.

—¿Dónde está María?

—Está a salvo. No creerás que iba a permitir que se la llevaran…

—¿Dónde está?

María salió, aún temblorosa, de un matorral y abrazó a Dolf.

—Pensé que también te habrían llevado a ti, pues buscaban a los más fuertes —dijo entre sollozos.

Pero, ahora que sabía que María se había salvado, Dolf no tenía tiempo para lamentaciones.

—Sí, sí. Estoy bien. Dom Thaddeus volvió a salvarme.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Peter?

Carolus llegó sin aliento. También por su rostro corrían lágrimas.

—¡Rudolf! ¡Rudolf! ¡Se han llevado a Bertho!

Poco a poco se perfilaba la magnitud del desastre: se habían llevado a Bertho, a Frank y a Peter. Y también a Wilhelm, Carl, Ludwig y Frida. La única compensación era que los chicos habían matado a uno de los jinetes.

Dolf contempló en silenció cómo, por orden de Anselmus, despojaban de su cota de malla al caballero muerto, que inmediatamente reclamó Nicolás para sí. Con su blanca capa empezaba a parecer un auténtico cruzado. El y Anselmus estaban preocupados nuevo por el retraso e incitaban a los niños a partir deprisa. En esta ocasión apenas protestó nadie.

Dolf era el único que no daba muestras de querer unirse a la columna. Inmóvil junto a las cenizas de su hoguera, trataba de aceptar la pérdida. Los jinetes habían elegido bien. Era claro que no se habían limitado a desembarazar al ejército de cincuenta bocas que alimentar; le habían roto la espina dorsal.

Y uno de los capturados era Peter, que en pocas semanas había aprendido lo que significaba ser libre. En ese tiempo había mostrado valor, perspicacia y fortaleza. Era un amigo por el que Dolf sentía un gran respeto. Ahora volvería a ser siervo.

¿Y qué decir de Bertho? Por lo menos en tres ocasiones había salvado la vida del atolondrado Carolus y aún tenía las cicatrices de su encuentro con el jabalí. Y Frida, la encantadora y dulce Frida, con sus grandes conocimientos sobre las hierbas medicinales.

—Tenemos que salvarlos —dijo lentamente Dolf.

Leonardo sonrió burlonamente.

—Olvídate de eso. Lo único que podemos hacer es ponernos en camino y rezar para que no vuelvan a visitarnos los esbirros del conde Romhild.

—Tenemos que salvarlos —repitió Dolf como en sueños—. ¿A dónde crees que se los habrán llevado?

Leonardo señaló vagamente hacia el valle.

—Al castillo, a algún lugar de allí. Como muchos otros, se alzará sobre una alta peña, inaccesible e inexpugnable. Tienes que aceptar la situación, Rudolf. No puedes liberarlos. No sería posible ni siquiera con un ejército aguerrido. El conde Romhild no deja que se le escapen sus presas.

—¿Quién es? ¿Lo conoces?

—No; pero puedo imaginármelo. Vive en este amplio valle, junto al estrecho paso hacia Innsbruck. Probablemente ayer nos vio alguno de sus espías cuando entrábamos en el valle. Nos dejaron avanzar y esta mañana nos han atacado. El conde será un salteador: ajustará rápidamente las cuentas a quienes no quieran pagar el peaje del paso del valle. Dentro de cuatro años, Peter y Frank serán también caballeros armados, detendrán a viajeros pacíficos y les quitarán el dinero del viaje. ¿Para qué otra cosa podría necesitarlos el conde Romhild?

—Para ponerlos a trabajar-murmuró María.

—También para eso, desde luego. Un barón de ese género nunca tiene suficientes siervos y soldados. Unos muchachos fuertes, con escasa conciencia y paganos por naturaleza, como Peter…

—No —dijo Dolf—. Peter nunca sería un salteador; no le va. Y Frank menos aún.

—No tienen opción. Si se resisten, el conde los hará entrar en razón con hierros candentes. Y si siguen negándose los ejecutará.

—Por eso tenemos que liberarlos —insistió Dolf.

—Pero ¿cómo? ¡No será mediante la fuerza! No pensarás lanzar a todo el ejército de niños contra el castillo de Romhild. Creía que tenías más sentido común, Rudolf.

A Dolf, que estaba ya trastornado, le irritó el tono burlón de Leonardo.

—¿Por qué no podemos lanzarnos contra el castillo? ¿Acaso no piensan los niños atacar a los sarracenos?

—Sí, pero es diferente. Se supone que los turcos huirán aterrorizados al ver a los niños. No sé si lo harán o no. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el conde Romhild no huirá ante un ejército de niños.

—Pero el castillo terminará por rendirse al número —repuso Dolf obstinadamente.

—Claro. Pero ¿quieres sacrificar a dos mil para rescatar a cincuenta?

Carolus se hallaba a su lado, cada vez más nervioso.

—Yo no tengo miedo —gritó.

—No es ésa la cuestión —repuso tranquilamente Leonardo—. De lo que se trata es de determinar si es posible, y tú sabes tan bien como yo que no lo es.

Dolf se enderezó y echó hacia adelante el mentón.

—Sin embargo, tenemos que rescatar a Frank, a Bertho, a Peter, a Frida y a todos los demás.

Ahora pasaban junto a ellos los niños. Nicolás y Anselmus iban en cabeza. Dolf no les prestó atención. Tenía la mirada clavada en el suelo y reflexionaba. Tampoco advirtió que Leonardo lo observaba atentamente.

—María —dijo el estudiante en voz baja—. Hemos vuelto a las andadas. A Rudolf de Amsterdam se le ha metido una cosa en la cabeza, y ni el mismo demonio sería capaz de sacársela. ¡Rudolf, despiértate de una vez!

—Debemos liberarlos —insistió Dolf con terquedad.

—Rudolf tiene razón —intervino Carolus—. Bertho, Frida y Peter quieren ver Jerusalén. Se les ha prometido. No podemos dejarlos en la estacada.

—Utilizad vuestra razón —gritó Leonardo desesperado—. Si ponéis en práctica vuestros planes, serán siete mil los niños que no vean Jerusalén.

—Sólo diecisiete —murmuró Dolf.

—¿Cómo?

—Diecisiete; un número indivisible y diabólico, un número primo. Romhild y sus hombres sabrán contar hasta diecisiete.

—¿Qué quieres decir cuando hablas de un número primo?

—Calma —respondió Dolf—. Primero tengo que pensar. En mi tiempo, en mi país, tenemos un proverbio que dice: el que no tiene fuerza debe emplear el ingenio. Nosotros somos débiles, y yo aborrezco las guerras y el derramamiento de sangre. Pero tengo un plan. Es fantástico y peligroso. Por eso tengo que meditarlo antes un poco.

—Puedes contar conmigo —afirmó Carolus sin titubear—. ¿Cómo piensas sacarlos del castillo, Rudolf?

—Todavía no estoy completamente seguro, pero te lo diré en cuanto tenga elaborado el plan.

Integrados en la retaguardia siguieron al ejército de niños en su silencioso caminar a través del valle. El cielo estaba cubierto, pero ya no hacía frío. Dolf miró hacia arriba y rezó para que saliera el sol. En el plan que estaba preparando no había sitio para la lluvia.

Varias horas más tarde llegaron a la vista del castillo de Romhild de Scharnitz. Como Leonardo había supuesto, se trataba de una fortaleza inexpugnable que se alzaba sobre una abrupta ladera y que sólo resultaba accesible por la parte posterior, donde la pronunciada pendiente de la montaña estaba cubierta por bosques. Los niños miraron con miedo al castillo y apresuraron el paso, aunque se hallaba muy lejos, al otro lado del valle.

—No parece muy atrayente, ¿verdad? —preguntó Leonardo con ironía.

La interminable columna de niños, de muchos metros de anchura y de varios kilómetros de longitud, podría verse desde las torres. Los piños se hallarían indefensos, totalmente indefensos, si volvían a cargar los jinetes. Deseaban cruzar el valle cuanto antes. Muchos de ellos, atemorizados, empezaron a correr. Anselmus no podía menos de sentirse satisfecho.

Dolf estudió a distancia la fortaleza y echó de menos unos prismáticos. ¿Qué distribución tendría un castillo como aquél? ¿Cómo se podría penetrar en una fortaleza medieval construida para resistir meses de asedio y emplazada de manera que resultara inexpugnable? ¡Carolus! El lo sabría. Probablemente sabía todo lo que es preciso conocer acerca de los castillos.

Dolf lo halló caminando de la mano de Hilda. El arco y el carcaj a sus espaldas, parecían ridículamente pequeños, y el muchacho tenía un semblante triste. Sin duda añoraba la compañía de Bertho.

—Carolus, tengo que hablar contigo.

—¿Has pensado en algo? —le preguntó Carolus, cuyo rostro pareció iluminarse. Soltó inmediatamente la mano de Hilda—. ¿En qué consiste? ¿Qué tenemos que hacer? Si va a haber pelea quiero estar allí.

—No vamos a pelear; y no te pongas nervioso —repuso Dolf riéndose —. Tramaremos algo, pero es preciso proceder con el mayor secreto.

—¡Una conspiración! —los ojos de Carolus brillaban de excitación—. ¿Contra el conde?

—Silencio.

Dolf le tiró de la manga y se sentaron juntos al borde del camino. Mientras la columna proseguía su marcha, Dolf le dijo:

—Escucha. Conozco un medio de rescatar a los prisioneros del castillo esta noche o la próxima madrugada.

—¿Cómo?

—Silencio. Nadie debe saberlo. Voy a recurrir a un truco.

Carolus asintió entusiasmado.

—Yo tengo que tomar parte. ¿Cuál es el plan?

Dolf le habló durante media hora. Cuando terminó, Carolus estaba todavía más excitado.

—¡Es una idea maravillosa! —exclamó a modo de comentario—. Supongo que quieres que te consiga todo lo necesario.

—Sí, pero repítemelo primero.

Contando con los dedos, Carolus dijo:

—Diecisiete cuernos, diecisiete correas y diecisiete faldones de hierbas, plumas, grasa y carbón vegetal; ah, y diecisiete pares de zapatos con el pelo hacia fuera. Los cuernos ya los tenemos porque, vaciados, constituyen unas excelentes vasijas para beber.

—Organiza un grupo que haga las demás cosas, pero no les digas de qué se trata. Sencillamente diles que estás inventando algo —le dijo Dolf.

—Pero ¿por qué tenemos que ser exactamente diecisiete? —preguntó Carolus.

Dolf titubeó. Eso era algo que podía explicar a Leonardo, pero no a este pequeño rey, para quien las progresiones aritméticas constituían un verdadero misterio.

—Si se molestan en contarnos les hará más impresión. Diecisiete es un número mágico.

—El número del diablo es trece —repujo Carolus.

—Sí, pero tan pocos resultaría peligroso. Diecisiete es el número más adecuado, puedes creerme.

—Pero ¿saben eso en el castillo de Scharnitz?

—Seguro que el capellán lo sabrá.

—Bien.

Mientras hablaban, a Dolf se le había ocurrido algo más. Se metió las manos en los bolsillos y halló la preciosa caja de cerillas que había guardado con tanto cuidado durante las últimas semanas.

—Excrementos de pájaro —dijo para sí mismo.

—¿Qué?

—Esos excrementos de pájaro, secos y blancuzcos que se ven en todas las peñas. Recogeré algunos esta tarde. Y carbón vegetal bien seco. Tú, Carolus, prepararás el resto de los disfraces. Escoge también a quince chicos que no se asusten fácilmente. Debes preguntarles si están dispuestos a liberar del castillo a sus amigos, y han de tener derecho a negarse porque no podemos ocultarles que van a arriesgar sus vidas. Pero, acepten o no, no les digas una palabra del plan.

—Conozco por lo menos a treinta dispuestos a participar.

—Sí, pero bastan quince. Con nosotros dos seremos diecisiete, ni uno más ni uno menos.

—Como si fuera martes de carnaval —dijo riendo Carolus.

—Mi querido amigo, no se trata de una broma. Es algo muy serio. Quizá muramos todos.

—¿Me tomas por un cobarde? —preguntó Carolus enfurecido.

—Claro que no. Eres el rey más valiente que he conocido. Pero ahora tenemos que averiguar la disposición de ese castillo. Incluso desde aquí se advierte que la ladera es demasiado abrupta para poder escalarla. ¿Qué crees que habrá detrás, donde la pendiente está cubierta por los bosques?

—Un foso —replicó Carolus al instante.

—¿Con un puente levadizo?

—Sí. Lo he visto.

La vista de Carolus era muy aguda. Además sabía calibrar los puntos fuertes y débiles de un castillo.

—Si el puente levadizo está en la parte posterior —murmuró Dolf pensando en voz alta—, eso significa que sólo podremos atacar cuando el puente esté tendido. ¿A qué hora de la mañana lo bajan?

—Muy pronto, poco después del amanecer. Pero habrá por lo menos dos guardias.

—Sí. ¿Y qué hay tras del puente?

—La puerta, claro. Una puerta grande y pesada que no podremos perforar.

—No será necesario. Nos abrirán la puerta. Puedes estar seguro de eso —prometió Dolf con mucha más seguridad de la que realmente sentía—. ¿Y qué hay detrás de la puerta? ¿Un pasadizo?

—No lo sé. A lo mejor hay un pasillo abovedado que acabe en una segunda puerta o un rastrillo de hierro. Pero lo levantarían cuando abran la puerta exterior, si es que no sospechan nada.

—Por eso debemos procurar que sólo los diecisiete conozcan el plan. ¿Qué hay más allá de las puertas?

—El patio de armas. Oye, Rudolf, ¿es que no has estado nunca dentro de un castillo?

—Sí, pero en mi país no hay laderas de centenares de metros de altura sobre las que alzarlos. Es un terreno todo llano y pantanoso. Cuando en nuestra parte del mundo construyen una fortaleza excavan un foso alrededor y hacen unos muros muy gruesos.

—Romhild no necesita muros gruesos, pues el precipicio le proporciona protección.

—Así que un patio de armas —murmuró Dolf—. Espero que sea grande y que se halle rodeado de construcciones. ¿Están las viviendas en el lado opuesto al de la puerta?

Carolus hizo pantalla con la mano y escrutó el lejano castillo.

—Sí, puedo ver catorce ventanas que dan al valle. Ahí deben estar las viviendas. A izquierda y a derecha hay unas construcciones, y allí está la capilla. Puedes ver muy bien la torre. Si te pones de espaldas al bosque a la entrada del castillo, las cuadras y los almacenes quedarían a tu izquierda y la capilla y la armería a la derecha.

—¿Dónde estarán nuestros amigos?

—En una de las construcciones exteriores. Pero desde luego no con los caballos. Los salteadores suelen cuidar mucho de sus corceles y no se arriesgan a ponerlos junto a los prisioneros.

—¿Cuántos chicos fueron secuestrados esta mañana?

—Hans dice que más de cincuenta.

—Yo también lo creo. Pregunta a Hans si quiere participar en el golpe de esta noche.

—Ah, sí.

Dolf se le quedó mirando.

—¿Para qué querría Romhild a los chicos? Todo el valle parece pertenecerle. ¿Piensas que es rico?

Carolus asintió con firmeza.

—Sí; si hace pagar peaje a todos los viajeros, tiene que ser bastante rico. Pero sus tierras no son muy fértiles y probablemente sufrirá escasez de víveres en el invierno.

—¿Cómo sabes eso?

Carolus señaló al valle y a las montañas circundantes.

—Hay mucho terreno baldío. ¿Observaste esta mañana a los jinetes, Rudolf? Algunos de ellos tenían la cara muy picada.

—¿Muy qué?

—Picada; probablemente han tenido una epidemia de viruela hace poco.

—¿Y qué tiene que ver una epidemia de viruela con el secuestro de los chicos?

—Está muy claro. Los campos no han sido cultivados. El camino se halla en mal estado porque no ha sido reparado. Los albergues de allá arriba parecen deshabitados. Todo eso es consecuencia de la enfermedad. Yo diría que Romhild perdió al menos la mitad de sus siervos y que necesita desesperadamente nuevos brazos.

Para entonces habían cruzado junto a ellos los últimos niños, y Dom Thaddeus, que caminaba precisamente al fina, se les quedó mirando sorprendido.

—¿Os habéis hecho daño?

Los dos chicos se pusieron de pie.

—No, no ha pasado nada. Estábamos descansando y charlando —explicó Dolf.

A Dom Thaddeus le pareció sospechoso que los dos chicos más vigorosos de la Cruzada necesitaran descansar en plena marcha.

—¿No estaréis enfermos?

—Dom Thaddeus, ¿queréis bendecirnos? —preguntó de repente Carolus—. Necesitaremos vuestra bendición.

El fraile los bendijo; pero antes de que pudiera preguntarles nada ya se habían ido. Les siguió con la mirada, moviendo la cabeza.

Con objeto de poner la mayor distancia posible entre el castillo y los cruzados, sus jefes habían decidido prescindir del descanso del mediodía. Pero hacia las cuatro de la tarde muchos niños se quejaban de fatiga. Finalmente no pudieron proseguir la marcha y hubo que buscar un lugar para acampar. Por una vez Dolf no participó en estas actividades, sino que fue en busca de Carolus.

—¿Está todo dispuesto?

—Sí, los cuernos, los faldones y los zapatos. Lo he envuelto todo en mi capa y lo tengo guardado entre matorrales.

—Bien. ¿Y qué me dices de los voluntarios?

—Están dispuestos. Quince, todos bien armados y capaces de cualquier cosa.

—Asegúrate de que no os vean salir del campamento y esperadme entre la maleza. Todavía me queda algo que hacer; pero contamos con tres horas de luz y podemos utilizarlas bien. Recuerda que nadie debe vernos partir. ¿Saben los chicos lo que se espera de ellos? ¿No estarán cansados?

—No he elegido niños pequeños —replicó Carolus enfadado.

Dolf fue a buscar a Leonardo, que estaba atendiendo a su mula.

—Escucha, amigo mío. Esta noche tengo que hacer algo inaplazable y dejaré a María a tu cargo. Por favor, atiéndela y asegúrate de que no me sigue. Y… eh… si yo no regresara, ¿querrías cuidar de ella, Leonardo?

—¿Qué vas a hacer, Rudolf?

—No puedo decírtelo; pero, por favor, prométeme…

El estudiante se echó a reír con su acostumbrado talante burlón.

—¿Te veremos regresar pronto con cincuenta niños? —le susurró con aire de complicidad.

Dolf enrojeció.

—Chist… ¿Cómo te has enterado?

—No te preocupes; no sé nada. Imagino que prefieres guardar el plan en secreto y puedo callarme. Pero te conozco, Rudolf. Una vez que se te mete una idea en la cabeza la pones en práctica aunque tengas en contra todas las probabilidades.

Dolf suspiró y miró tímidamente a su amigo, que asintió con expresión cordial.

—Vete en paz, Rudolf, y haz lo que creas que debes hacer. No te pediré que me dejes acompañarte.

—No, por favor, no lo hagas —murmuró Dolf, emocionado por la comprensión de Leonardo—. Alguien debe quedarse para cuidar de los niños.

—Esta noche rezaré por ti —le prometió Leonardo con una seriedad desacostumbrada.

Se abrazaron. Dolf no se atrevió a despedirse de María.

Se escabulló mientras preparaban la cena. Llevaba dos sacos: uno lleno de tortas duras y otro con varias cosas que podían serle útiles en su incursión contra el castillo de Scharnitz.

Entre la maleza descubrió a Carolus y a los quince resueltos y bien armados voluntarios. Se dirigió a ellos en voz baja:

—Lamento deciros que esta noche tendréis que recorrer un largo camino sin tiempo para descansar. Nadie debe vernos: pero, por fortuna, se hará de noche dentro de tres horas. Cuando lleguemos a la fortaleza, tendremos que dirigirnos a su extremo más alejado y acercarnos al castillo desde el bosque. Esperaremos ocultos entre los árboles hasta la mañana: para entonces habremos de estar dispuestos al ataque. Será una aventura peligrosa, y cualquiera que sienta temor puede retirarse ahora; hallaremos a alguien que lo reemplace. Mientras caminamos os hablaré de los detalles. ¿Queréis venir?

—Sí, todos —replicó uno—. Algunos de nuestros mejores amigos están prisioneros en ese castillo y no podemos abandonarlos.

A Dolf le impresionó su lealtad. Hacía sólo unos días se habían pronunciado en favor de él, y ahora, una vez más, estaban dispuestos a correr los peores peligros en aras de la amistad.

—Bien. Entonces, nos vamos.

En silencio siguieron a Dolf hasta el lugar en que por la tarde habían estado hablando Carolus y él. Ninguno mostraba signos de temor. Habían caminado durante semanas, dormido bajo las estrellas, luchado con animales salvajes, vadeado rápidas corrientes y arriesgado frecuentemente sus vidas. Los habían endurecido el viento y la lluvia, el frío nocturno y el sol ardiente y el aroma de la libertad. Carolus los había elegido cuidadosamente. Cada uno de ellos era un atleta.

El pequeño rey abría camino, como un general a la cabeza de su ejército. Dolf cerraba la marcha y miraba frecuentemente a su alrededor para asegurarse de que no los seguían.

Desde que oyó por primera vez que la columna debía cruzar los Alpes, se había opuesto a ese plan. Sus sueños habían estado poblados de manadas de lobos, de osos, de abismos traicioneros, de montañas cubiertas de nieve, de aludes y de otras calamidades… Pero jamás había pensado que tendría que rescatar de una fortaleza inexpugnable a sus amigos secuestrados.

12
El ataque de los demonios

LA FORTALEZA de Scharnitz se alzaba alta y oscura sobre el sombrío valle. El deseo de Dolf se había visto cumplido; no llovía. Parecía incluso que iba a aclarar un poco la negra noche.

No había movimiento alguno en las míseras chozas de siervos diseminadas por debajo de la abrupta ladera sobre la que había sido construida la fortaleza. Se veían centinelas que patrullaban en las cresterías, y las luces de las ventanas indicaban la posibilidad de que el conde Romhild y su familia celebraran una fiesta en el salón principal.

Uno tras otro, los chicos se fueron acercando al castillo. Empleaban todos los recursos posibles —matorrales, rocas sueltas y montecillos— para no ser vistos. Tardaron bastante tiempo en encontrar un estrecho puente de madera. Por él cruzaron agachados un pequeño río que les cerraba el paso. Al otro lado discurría un camino ancho, de profundas rodadas, que remontaba la pendiente y penetraba en el bosque. Carolus creyó preferible no seguirlo. Pensaba que la pista, con muchas curvas y revueltas, los llevaría a la parte posterior del castillo. No podían correr el riesgo de toparse con alguien. Cruzaron a intervalos los campos ondulados de la ladera y esperaron que nadie los hubiera visto. Por fin llegaron a la linde del bosque, donde su profunda negrura y los extraños ruidos nocturnos les hicieron titubear un instante. A la derecha, y muy por encima de sus cabezas, se cernía la sombra enorme del castillo. No había nada más que silencio, un silencio sofocante, hasta que en algún lugar del bosque oyeron el ulular de una lechuza.

Los chicos se reunieron en torno a Dolf.

—Ahora debemos estar muy juntos —murmuró—. Cogeos de la mano para que nadie se pierda. Son las diez y media. Atacaremos a las cinco de la mañana. Tenemos tiempo para ascender, descansar un poco y prepararnos. Vamos.

Treparon por el empinado y oscuro bosque, que estaba sembrado de piedras. Al cabo de un rato, la luna se abrió paso entre las nubes y les facilitó la ascensión.

—¿Qué sucedería si nos topáramos con un oso? —susurró Mateo al oído de Dolf.

—Los osos no cazan de noche, a diferencia de los lobos. Pero no es probable que ataquen a un grupo numeroso; son animales bastante listos y, por lo general, huyen de los seres humanos.

Muchas veces, Dolf no sabía si lo que decía era cierto o falso; pero con frecuencia hacía afirmaciones para tranquilizarse él y para tranquilizar a los demás.

Por fin llegaron a la altura del castillo. Allí se tropezaron de nuevo con el camino de carros. Parecía muy usado. Dieron un rodeo y luego se dirigieron en línea recta hacia una meseta desde la que se distinguía abajo la oscura masa del castillo.

—Aquí descansaremos —decidió Dolf—. Al amanecer bajaremos hasta el puente levadizo.

Ocultaron los fardos en la maleza. Se dispersaron entre las hierbas altas, los helechos y las flores, se tumbaron y cerraron los ojos; estaban derrengados. Tres se quedaron de guardia y serían relevados una hora más tarde. Dolf se reservó la última guardia para hacer los últimos preparativos. Hasta entonces durmió profundamente sin preocuparse de más. Durante la tarde había estudiado cien veces su plan desde todos los ángulos posibles. Sencillamente *tenía* que funcionar; de no ser así morirían. No había alternativa. ¿Para qué preocuparse, pues? Los niños habían quedado bajo la protección de Leonardo. Si Dolf fracasaba, Leonardo ocuparía su puesto.

Lo despertó Carolus.

—Ya es hora —murmuró ahogando un bostezo.

Se había puesto la luna y la oscuridad era total. Forzando la vista, Dolf pudo distinguir las siluetas de los centinelas despertando a los relevos. Lenta y cuidadosamente se arrastró hasta un lugar desde donde pudiera observar el castillo sin ser advertido. El bosque era un hervidero de ruidos, pero ya no le asustaban. Esperó durante lo que le pareció una eternidad hasta que aparecieron por el este los primeros y tenues indicios del amanecer.

Entonces se puso a trabajar. Sacó de su fardo dos cuencos de madera, un bramante bien engrasado, varios trozos de carbón vegetal y dos puñados de excrementos secos de pájaros.

Machacó en un cuenco los excrementos y el carbón hasta convertirlos en polvillo. Luego sacó de su bolsillo la preciosa caja de cerillas. Seguía casi llena.

No conocía realmente la fórmula de la pólvora y, desde luego, no Sabía cuáles eran las proporciones correctas. Todo lo que sabía era que podía fabricarse con salitres, carbón vegetal y azufre. Con seguridad, los excrementos de aves contendrían suficiente salitre, las cabezas de las cerillas proporcionarían el azufre y a los chicos nunca les había faltado el carbón vegetal. Podía tener éxito…

Aunque la bomba no estallara, apestaría y provocaría mucho humo. Mientras el día clareaba, trabajó afanosamente a lo largo de una media hora. Mezcló con el polvillo las cabezas de las cerillas y luego cubrió el primer cuenco con el segundo y los ató con fuerza, dejando asomar entre ambos el extremo del bramante engrasado. Ocultó el resultado de sus manipulaciones entre la maleza, preguntándose si realmente se trataría de una bomba. Había dejado dos cerillas en la caja.

—Arriba, chicos; ya es hora de partir.

Aunque se sentían envarados y cansados, el pensamiento de que estaban a punto de iniciar la gran empresa aceleró la sangre en sus venas.

Sacaron de los fardos los equipos para el ataque. Había diecisiete correas, a cada una de las cuales se había cosido un cuerno. Se desnudaron por completo y ocultaron sus ropas entre la maleza. Luego se pusieron los faldones de hierbas. La mañana era fría, y los chicos tiritaban. Les

castañeteaban los dientes, pero no les importaba gran cosa. ¡Pronto entrarían en calor! Se ciñeron las correas a la cabeza. Ahora los cuernos apuntaban amenazadores hacia arriba. Ennegrecieron sus rostros con carbón vegetal y grasa; finalmente desordenaron sus cabellos y se pusieron algunas plumas entre las greñas.

Dolf inspeccionó con mirada crítica a sus dieciséis compañeros. Lo único que les quedaba por hacer era tiznarse el cuerpo. En un principio, Dolf pensó que se pintaran completamente de negro; pero luego tuvo una idea mejor para obtener un aspecto aún más horripilante. Tomó la pintura que habían fabricado y pintó largas líneas sobre sus pechos y espaldas. La luz era ahora suficiente para que se vieran unos a otros. Tenían una apariencia verdaderamente aterradora: diecisiete diablos rayados con cuernos, pies peludos y dientes brillantes.

Dolf asintió satisfecho, tomó su «bomba» y les hizo señas de que lo siguieran. Descendieron hasta que llegaron al nivel de la fortaleza. Allí podían ver bien la grieta que separaba al castillo de la montaña. Aún no habían bajado el puente. Entre el bosque en pendiente el foso había un campo abierto de unos cien metros de anchura. Desde allí no se podía llegar al castillo por sorpresa. Se detuvieron en la linde del bosque, manteniéndose ocultos entre los matorrales. Arrastrándose sobre el estómago, Dolf avanzó un poco más allá, esperando que no lo vieran desde las torres. Colocó la bomba en el suelo y retrocedió hasta el matorral, desenrollando la mecha.

—Oíd —les susurró—, dentro de poco encenderé esa mecha y al rato oiréis un gran estruendo. No os asustéis. Se desprenderá un humo fétido; pero tampoco eso debe asustaros. Podréis avanzar por medio sin que os pase nada. ¿Entendido? Todos los chicos asintieron, aunque en realidad habían entendido muy poco. Tensos y temblorosos observaban el puente aún alzado y la pesada puerta cerrada. Estaban ansiosos por empezar, y Dolf confiaba que no tuvieran que aguardar mucho.

Al poco rato oyeron relinchos de caballos, el ruido de cascos y unas voces de mando. Con un sonoro rechinar y entrechocar de cadenas, el puente descendió y quedó horizontal con un sonido metálico. Por la puerta entreabierta aparecieron dos hombres armados, que miraron a su alrededor

durante unos instantes. Luego gritaron algo a los de dentro y se hicieron a un lado. Las puertas se abrieron de par en par, y siete soldados a caballo se lanzaron al galope desde él patio de armas, aceleraron sobre el puente y desaparecieron por el camino que descendía hacia el valle.

El puente continuó bajado, y la puerta quedó ligeramente abierta, de manera que pudieran entrar y salir los que iban a pie. Unas cuantas mujeres salieron, hablaron con los guardias durante un rato y luego desaparecieron. Los dos soldados continuaron montando la guardia a los lados de la puerta. Había empezado el día en el castillo de Scharnitz.

Aguardar más tiempo sólo serviría para que aumentara la tensión y para arruinar el efecto de la aparición de los diecisiete diablos. Dolf oyó a los muchachos murmurar sus oraciones. Brilló una cerilla y se encendió la mecha.

—Preparados… —murmuró—. El ruido se producirá en cualquier momento. En cuanto lo oigáis, echad a correr hacia adelante. Que no os sorprenda. Parece magia, eso es lo que quiero que parezca.

Observó cómo las chispitas progresaban lentamente por el terreno rocoso hacia la pólvora. Apretando el dorso de su mano contra la boca empezó a emitir un amedrentador aullido.

Los dos guardias se pusieron en pie asustados y escrutaron la linde del bosque. Los muchachos contenían la respiración.

La llamita estaba empezando a trepar mesa arriba, muy cerca ya de la bomba…

—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh!

El siniestro ruido procedía de la maleza. Los guardias, perplejos, se miraron uno a otro; luego miraron hacia el bosque y…

—¡Buuuuuuuuum!

¡Había estallado! Por el aire se alzó una nube de humo sucio, oscuro y fétido. Durante un instante los chicos siguieron clavados en el suelo; pero Dolf les gritó:

—¡Adelante!

Saltaron al frente y corrieron entre la humareda.

Para los sorprendidos guardias, aquella visión era era aterradora: gemidos que helaban las venas, seguidos de un ruido horrísono, nubes de humo negro que se enroscaban en el aire y luego una serie de figuras diabólicas. Pequeñas, a rayas, con cuernos. Aullaban y corrían. Los soldados se quedaron tan paralizados por el miedo que los diablos llegaron al puente y se dirigieron a ellos antes de que reaccionaran. Los demonios venían a arrastralos al infierno. Gritaron, dieron media vuelta, empujaron la puerta y huyeron al patio de armas.

—¡Sálvanos, santa Madre de Dios! ¡Sálvanos!

Tras de ellos iban diecisiete aterradores diablos, que aullaban y chillaban. El más alto, que iba a tenía un aspecto lívido, blandía un cuchillo de aspecto terrible. Los hombres, mujeres y niños que había en el patio de armas corrieron despavoridos. Cubos, platos, sillas de montar y cinturones cayeron al suelo, mientras los moradores del castillo huían en todas direcciones, perseguidos por los demonios. Una mujer se hincó de rodillas y fue pisoteada por tres demonios. Un barbudo guerrero, alto, giró súbitamente y echó mano a su espada. Pero el demonio saltó sobre él, traspasándole la mano con su resplandeciente cuchillo. El hombre cayó de espaldas lanzando un grito, y el diablo saltó sobre su pecho.

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Salvadme!

Sintió contra la oreja un pie peludo y casi murió de horror.

—¿Dónde están los prisioneros? —le espetó el diablo en la cara—. Queremos a los cincuenta niños sagrados, queremos su sangre inocente.

El demonio saltó a un lado y arrastró al soldado por su cota de malla.

—Tráeme a los niños sagrados. ¡Rápido o serás arrojado al más profundo de los pozos del infierno, maldito pecador!

Arrastrándose, el hombre trató de escapar de quien lo atormentaba. Todo el patio de armas estaba sumido en el caos. Pequeñas y negras manos pellizcaban, empujaban y arañaban a seres que se desgañitaban a gritos y apenas eran capaces de defenderse. Se abrieron algunas de las ventanas que daban al patio. Por ellas asomaron rostros pálidos y aterrados que se retiraron apresuradamente. En la galería de madera apareció el conde de Scharnitz.

—Los niños, queremos a los niños sagrados —gritó Dolf, y su grito fue repetido por los otros diablos, que continuaban persiguiendo enloquecidos a quienes habían sido sorprendidos en el patio de armas.

—Dadles los niños —rugió el conde, quien temía que las legiones de Satanás se apoderaran de su castillo. No le resultaba difícil comprender que a los demonios les interesaran más las almas de niños inocentes que las pecadoras como él.

—¡Dadles los niños! ¡Aprisa! —tronó la voz de la galería.

Abrieron de par en par una puerta de dos hojas y surgieron los niños cautivos, exactamente cincuenta y dos. Vieron a los diablos que pretendían asirlos y se sintieron despavoridos. Gritaron tanto como quienes los habían capturado. Pero Dolf se adelantó rápidamente y murmuró al oído de Frank:

—No te preocupes, soy yo, Dolf. Haz que los otros se calmen.

Sólo entonces reconoció el curtidor a su amigo.

Carolus tiraba del brazo de Bertho.

—¡Vamos! ¡Es Un truco!

Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que todos los niños se convencieran de que los demonios no eran auténticos y dejaran de oponer resistencia.

Los diablos agruparon a los prisioneros y los empujaron hacia la puerta, hacia el puente y hacia el bosque. Los moradores del castillo los vieron marchar todavía con miedo, pero ya algo aliviados. El pavimentado patio de armas se hallaba en un estado de profunda confusión: un cuchillo roto, machas de sangre, plumas de faisán y otros objetos que los criados habían abandonado en su pánico.

Los cincuenta y dos prisioneros fueron conducidos rápidamente al bosque y alejados del castillo todo lo posible. Sólo se detuvieron para que los diablos recogieran las ropas que habían ocultado. Algunos de los chicos rescatados no habían comprendido todavía que su liberación se había basado en una hábil maniobra de engaño y caminaban delante de los demonios llorando y rezando. Frank iba de uno a otro, tratando de tranquilizarlos. Pero los diablos tenían un aspecto tan terrible que los más miedosos apenas podían creer que se trataba de sus amigos.

Carolus, entusiasmado por el éxito de la aventura, caminaba alegremente junto a su amigo Bertho.

—Rudolf y yo concebimos el plan, y yo preparé los disfraces. ¿Estás satisfecho, Bertho?

Como es natural, los cincuenta y dos chicos rescatados se hallaban locos de alegría. Abrazaron a sus salvadores y mostraron deseos de unirse inmediatamente a la Cruzada. Pero Dolf se opuso.

—De momento nos ocultaremos en el bosque para que nadie nos vea. Romhild y sus amigos deben creer que os hemos llevado directamente a los infiernos. Pero si nos ven cruzar el valle comprenderán que los hemos engañado.

En consecuencia se ocultaron en la espesura y mataron el hambre con bayas y con las tortas secas que llevaba la partida de rescate. Al anochecer empezaron a bajar de la montaña. Y ya amanecía cuando llegaron adonde había estado el campamento la tarde anterior. Allí se ocultaron en la maleza para dormir unas horas.

Se hallaban ya a más de diez kilómetros del castillo. Por eso se aventuraron a proseguir el camino durante la tarde, esperando alcanzar a la Cruzada antes de que cayera la noche.

Los diablos vestían de nuevo sus propias ropas. Pero no habían logrado quitarse la grasa negra que cubría sus cuerpos. Se frotaron con puñados de hierba seca, pero aun así parecían deshollinadores.

Ya avanzada la noche divisaron a lo lejos las hogueras. El ejército de los niños estaba acampado al pie de unas escarpadas montañas. Era la última parte del macizo de Karwendel.

Tambaleándose por el cansancio y cubiertos de suciedad llegaron por fin al campamento. Carolus, que apenas podía tenerse en pie, corrió a la tienda, le quitó a Anselmus un trozo de carne y se quedó dormido sin pronunciar una palabra. Hilda, que lo había estado buscando durante dos días, rompió a llorar de alegría. Le limpió la cara con un paño húmedo; pero él no se enteró. Bertho, Wilhem y Cari se dejaron caer en cuanto llegaron a la primera hoguera y tendieron sus manos hacia el espetón, pidiendo comida.

El retorno de los secuestrados produjo gran conmoción, pero todas las preguntas quedaron sin respuesta. Ni salvadores ni salvados dijeron una palabra. ¡Sólo querían comer y dormir…! ¡Sólo dormir!

Dolf, Peter y Frank oyeron los rebuznos de la mula y encontraron a Leonardo y a María. Se arrojaron al suelo y pidieron agua. Rebosante de júbilo, María tomó la negra mano de Dolf y la besó. Leonardo no dijo nada. Abrazó a Peter y a Frank y luego miró a Rudolf de Amsterdam con ojos emocionados. Dolf ya se había quitado de sus doloridos pies los zapatos de piel de conejo cuando el estudiante recuperó el uso de su voz.

—Así que lograste…, —dijo con emoción.

A Dolf ya no le quedaban fuerzas para narrar lo sucedido. A pesar de su suciedad se echó inmediatamente a dormir Oyó muy lejana la voz de Leonardo:

—Ya te dábamos por perdido…

Después no supo más. Soñó con su madre y con el cuarto de baño de su casa. La ducha no funcionaba bien y por muchas vueltas que daba al grifo del agua caliente, siempre salía agua fría, finos chorros de agua fría.

En el extremo meridional de un valle en las montañas de Karwendel llovía a mares.

13
Los Alpes

EL EJERCITO caminaba por las montañas de Karwendel en una fila larga y serpenteante. Iban por estrechos senderos y por caminos que apenas merecían ese nombre; junto a rápidas corrientes de agua entre derrumbaderos y gargantas; a través de espesos bosques y entre matorrales espinosos y sobre pendientes escurridizas y agudos guijarros. Cada vez hacía más frío. Y no dejaba de llover.

Las rocas parecían lamentarse y sollozar. Ellos sólo oían a su alrededor el sonido del agua, murmurando y gorgoteando. Cuando el camino era llano se hundían en el barro hasta los tobillos. Los fardos que llevaban a sus espaldas absorbían el agua y pesaban cada vez más. Los zapatos les llagaban los pies. Tenían las manos, las ropas y el pelo cubiertos de barro. Durante el día, la única manera de combatir el hambre era mascar tortas duras; era casi imposible hallar leña seca para hacer fuego. Encender una hoguera y conseguir que no se apagara era una tarea que requería mucho ingenio y más suerte. Por la noche, cuando el fuego resultaba esencial, cortaban grandes troncos, pero sólo ardía bien la parte del centro, rica en resina. La leña estaba empapada, y no había ramas secas para avivar las llamas; las chispas de sus pedernales se extinguían bajo el aguacero. Pero seguían subiendo, siempre tiritando de frío y exhaustos. Su voluntad de continuar sólo se mantenía gracias a la esperanza de que al otro lado mejoraría el clima. Dolf no supo cuántos niños perecieron durante los tres interminables días que necesitaron para llegar a la cumbre. Había arriesgado su vida para rescatar a cincuenta y dos chicos de las mazmorras del conde Romhild de Scharnitz, pero no podía hacer nada para salvar a aquellos

infortunados. La neumonía, las fieras, las serpientes y los aludes eran sus constantes enemigos. Sobre sus cabezas se cernían aves de presa. Un niño pequeño se quedó rezagado y fue atacado por un águila. Bertho, que caminaba con los vigilantes en la retaguardia, mató al águila. Pero el niño tenía heridas tan graves que murió aquella misma noche. Bertho sufrió otra herida. Aquel mismo día gris, poco después del ocaso, Leonardo distinguió, un poco más arriba de donde se hallaban, un campo más o menos llano que podría servir para instalar el campamento. Wilhelm partió para explorar las cavernas y cuevas de las laderas próximas: pensaba que podían servir para albergar a los enfermos. Al entrar en una de ellas se topó con un enorme oso pardo. El animal, mucho más alto que Wilhelm, se sostenía sobre sus patas traseras, gruñía y lanzaba zarpazos al aire. Algunos niños que habían seguido a Wilhelm vieron al animal y comenzaron a gritar. El oso se asustó ante tantos gritos y olores extraños. Se asentó sobre las cuatro patas y se lanzó al ataque.

Súbitamente apareció Leonardo, jadeante. Al oír los gritos había trepado ladera arriba. El animal gruñía inclinado sobre Wilhelm, que yacía derribado en el suelo. Leonardo sabía qué se esperaba de él. Blandió con todas sus fuerzas el garrote y lo dejó caer sobre la cabeza del oso. El animal retrocedió aullando por el golpe. Luego, casi ciego de furia y de dolor, giró sobre sí mismo y cargó contra un grupo de niños, que se dispersaron en todas direcciones. Bertho y Carolus lanzaron sus flechas contra el oso; pero no lograron perforar su dura piel. Leonardo persiguió a la bestia a cierta distancia, y el atormentado animal remontó un repecho, gruñendo y rugiendo, y desapareció tras unas peñas.

Cuando Leonardo regresó halló a Wilhelm muerto por un zarpazo del asustado animal. Otros tres niños habían resultado ligeramente heridos. De boca en boca pasaron las nuevas de la heroica hazaña de Leonardo, que solo y sin más arma que su garrote había hecho huir a un oso tan grande como una casa. Ya era un héroe.

El resto de la noche transcurrió pacíficamente. El oso no regresó y las hogueras y los atentos vigilantes mantuvieron a distancia a los lobos. Pero

Leonardo no pudo dormir. Recorrió el campamento despertando a los guardias que dormitaban y vigilando con ojo atento lo que pudiera ocurrir.

Al rayar el día se pusieron en marcha. Bebieron agua de los torrentes y de los arroyos de la montaña. Bajaba parda de limo y sabía a tierra, a animales muertos y a plantas podridas. El pescado ahumado se estaba tornando mohoso, las tortas se hallaban empapadas y desmenuzadas, y la carne seca olía. La lluvia constante, el penetrante viento y el cansancio de la larga subida habían embotado los sentidos de los niños hasta el punto de que caminaban como autómatas.

Rezaban fervientemente para que volviera la luz y el calor del sol; pero llovía cada vez más. Pidieron protección a la Santísima Virgen, y vieron caer despeñado a un cazador. El terreno era demasiado duro y rocoso para abrir una fosa; por eso cubrieron el cadáver con pedruscos, aunque sabían que su trabajo no tenía sentido: pronto acudirían los animales salvajes, retirarían las piedras y devorarían el cadáver del cazador.

Continuaron la ascensión. La lluvia se transformó en una llovizna que los empapaba y helaba. Y ahora habían de enfrentarse con la niebla; cuanto más subían, más densa era. Se alzaba de las laderas boscosas que se extendían a sus pies. A veces impedía ver a la persona que caminaba delante. Los pequeños eran su presa más fácil: perdían pie al andar, caían en simas o se quedaban rezagados.

Pero lo peor era la gripe. Los niños estornudaban y tosían. Escrutaban con ojos febriles las masas de piedra que parecían surgir misteriosamente de la niebla para desaparecer de la misma manera. Pese a todo, seguían avanzando y subiendo, animados por su determinación de liberar Jerusalén. Poco antes de llegar a la cumbre perdieron al segundo buey, que cayó por una traicionera grieta. La sima era demasiado profunda y peligrosa para pensar en llegar hasta el desvalido animal, que quedó allí mugiendo lastimeramente. En vano le lanzó Bertho algunas flechas con la esperanza de matarlo. Dolf pensó que las fieras de las montañas pondrían pronto fin a sus sufrimientos.

Llegaron al puerto al final de la tarde del tercer día. Todavía había niebla. El valle que se extendía bajo ellos se hallaba cubierto por una espesa

capa de nueves, de suerte que apenas pudieron advertir que se hallaban en la cumbre. El viento había amainado y ya no se llovía. El hecho de que ahora descendían era su única prueba de que habían superado una vertiente de la montaña.

Pero el descenso se cobró también su precio. El resbaladizo sendero zigzagueaba por la ladera de la montaña. Apenas podía ver a la distancia de su propio brazo, y las revueltas eran siempre inesperadas. Con frecuencia un niño se caía, rodaba unos metros y se estrellaba contra el tronco de un árbol, donde se quedaba magullado y lloroso hasta que uno de los más fuertes lo hallaba y lo llevaba al sendero. Muchos de los chicos y chicas mayores llevaban a niños que estaban lesionados o enfermos o simplemente sollozaban. Ya no eran unos cruzados que cantaban y rezaban, sino bestias de carga.

Anocheció mucho antes que otras veces y tuvieron que acampar en una ladera boscosa, porque era lo único que ofrecía aquella vertiente del Karwendel. Los fuegos que consiguieron encender tras muchas fatigas arrojaban gran cantidad de humo y apenas les daban calor. Dolf, que había prestado su chaqueta a otro niño, estaba empapado y tiritando junto a la hoguera. Pensó con rencor en Nicolás, en los chicos nobles y en los dos frailes, que se encontraban bien secos en la tienda. Le costó mucho trabajo vencer la tentación de correr a la tienda y sacar por los cabellos a todos aquellos privilegiados. Pero ¿qué derecho tenía él a tal cosa? La tienda era el símbolo de su categoría. A los demás niños, tan empapados, helados y faltos de sueño como él, jamás se les ocurría quejarse de esta desigualdad. Formaba parte de su visión del mundo.

Dolf pensó que jamás dejaría de admirar la fuerza y la resistencia que mostraban aquellos chicos. Helado y exhausto como se hallaba, sintió crecer dentro de sí el calor cuando entendió plenamente el significado de la Cruzada de los Niños. Por vez primera en sus miserables existencias, estos niños habían sido capaces de hacer algo por sí mismos. Sólo esto había bastado para levantar un ejército de huérfanos y siervos. Y tenían una resolución tan firme que no permitirían que nada ni nadie les apartara de su objetivo. Dolf se sintió orgulloso de ellos, orgulloso de su valor y de su

capacidad para imponerse a los sufrimientos. Ahora comprendía qué lo había impulsado a acudir en su ayuda: la merecían.

A la tarde siguiente llegaron al pie de la montaña y levantaron el campamento en un ancho valle. Habían cruzado el primer puerto de los Alpes.

A pesar de los sufrimientos, el campamento rebosaba alegría. Todos conocían las dos heroicas hazañas: la expedición al castillo de Scharnitz y la lucha de Leonardo con el oso. Las dos excitaron tanto la fantasía de los niños que comenzaron a surgir leyendas pintorescas. Los pequeños cruzados apenas podían hablar de otra cosa. El garrote de Leonardo se convirtió para ellos en el arma de un gigante.

El valle del Inn era ancho, bastante llano y fértil. A cierta distancia se alzaba majestuosa la ciudad de Innsbruck. Pero al otro lado de Innsbruck los esperaban las elevadas montañas que les cerraban el paso a la Lombardía. Al día siguiente llegaron a la ciudad. Los habitantes de Innsbruck los recibieron hospitalariamente. Por primera vez en mucho tiempo, los pequeños pudieron comer verdura y beber leche. El sol había roto las nubes e iluminaba el valle con sus rayos.

Los niños pusieron sus vestidos a secar y frotaron el cuero de sus zapatos, endurecido por la humedad, para hacerlo más flexible. Un médico cuidó y entablilló, de forma bastante primitiva, las articulaciones rotas. Y el obispo salió de su residencia para bendecir al ejército de los niños. Vendieron a un carnicero, a cambio de jamón y embutidos, las tres ovejas que habían sobrevivido milagrosamente el paso del Karwendel. Los niños se restablecieron y recobraron el optimismo. Las montañas les habían infligido un golpe terrible. Pero la espina dorsal de los niños no se había roto. Todos contemplaban con confianza el paso del Brennero.

En un momento en que vagaba por el campamento, Dolf se encontró con Carolus.

—¿Cómo estás? —le preguntó cordialmente.

El rey le sonrió con alegría, y Dolf recordó de repente algo que deseaba preguntarle desde hacía tiempo.

—Carolus, ¿cómo te nombraron rey de Jerusalén? ¿Te eligieron los chicos?

—¿Los chicos? Claro que no. —Carolus se irguió con elegancia—. Fui designado por el conde de Marburgo. Todo un honor, ya puedes figurártelo. Yo era el más joven de sus cuatro pajes. Los otros palidecieron de envidia.

Dolf se sentó e indicó a Carolus que tomara asiento a su lado.

—Tú no huiste de tu casa como Fredo.

—Como comprenderás, yo no podía hacer una cosa semejante. Había jurado lealtad a mi señor, el conde de Marburgo. El me encargó que cuidara de su hija, Hilda. Y como Hilda iba a ser reina de Jerusalén…

—Un momento —le interrumpió Dolf, recordando de repente algo—. Así que te envió el conde de Marburgo, quien también permitió que viniera su hija… con la autorización del arzobispo, si recuerdo bien.

—Sí, el arzobispo nos dio su bendición y nos confió a los cuidados de Nicolás.

—Pero ¿no hay ya un rey de Jerusalén? No me refiero a un sarraceno, sino a un noble cristiano que reivindica ese título.

—Ah, claro; pero eso no significa nada mientras la ciudad esté en manos de los turcos. En cualquier caso se trata de un título heredado. Yo seré el auténtico rey.

—¿Y quién es el rey nominal de Jerusalén?

—No estoy muy seguro, porque ha habido muchos. Supongo que será algún noble francés.

Lo que sorprendió a Dolf cuando oyó aquello fue que adultos influyentes como el conde de Marburgo, el arzobispo de Colonia y quién sabe cuántos otros creyeran que la Cruzada de los Niños iba a tener éxito, y se mostraran dispuestos a embarcar en esa empresa a los chicos más allegados a ellos. Al parecer, el arzobispo había sido el primer organizador y había contado con la ayuda de Anselmus y Augustus. El dio a Nicolás un carromato, dos bueyes y una tienda. Y el conde de Marburgo se había mostrado alegremente dispuesto a enviar a su hija y a uno de sus pajes… ¿Tenía algún sentido todo aquello?

—En la tienda hay mal ambiente estos días —dijo Carolus de repente —. Anselmus y Augustus discuten continuamente porque Anselmus quiere que nos demos más prisa; le obsesiona el tiempo transcurrido. Pero Augustus consideró que los chicos necesitan descansar.

A Dolf le sorprendieron aquellos pormenores. Carolus prosiguió apasionadamente:

—Nicolás les ha pedido que se pongan de acuerdo. Cree que sería un mal ejemplo para los niños ver discutir a dos frailes. Augustus es muy agradable. ¿No te parece? Creo que es un buen hombre.

—¿Cómo?

—Naturalmente, también lo es Anselmus —añadió Carolus precipitadamente, como si no deseara que Dolf advirtiera por quién se inclinaban sus preferencias—. Muy piadoso y muy estricto; pero eso es necesario, porque hay muchos niños y de otra manera no obedecerían a nadie. Claro que los niños también respetan a Dom Augustus y más aún a Dom Thaddeus, y ninguno de los dos se muestra severo.

—¿Sobre qué discuten? —preguntó Dolf.

—No estoy muy seguro…; acerca de un tal Boglio o de alguno otro. Augustus sostiene que Boglio esperará. Pero a Anselmus parece preocuparle que ese Boglio, o quien sea, no les aguarde. ¿Puedes entender algo de eso?

—No —respondió Dolf—; pero procuraré enterarme de algo más.

Era la primera vez que oía el nombre de Boglio, indudablemente italiano. Dolf se preguntó qué planes tendrían los frailes para cuando llegaran a Génova.

Por fin se pusieron en marcha. Comenzaron de nuevo a escalar montañas escarpadas por senderos tortuosos, El fuerte sol había reducido el barro a un polvo que se levantaba al paso de miles de pies, obstruía las narices de los caminantes y les irritaba las gargantas y los ojos. Subían y subían, acosados por los insectos y tropezando en piedras aguzadas; unas veces se abrasaban a leí luz del sol y otras tiritaban a la sombra. Ascendían paso a paso, pero eran pasos lentos y cortos y requerían una gran energía.

Cuando estaban a unos cuatrocientos metros por encima del valle pudieran ver las laderas bajas cubiertas de bosques y, más abajo, la hospitalaria ciudad de Innsbruck.

Al cabo de un rato doblaron una revuelta, y la ciudad desapareció de su vista. Ahora los rodeaban hoscas montañas: altos roquedales, bosques que rebosaban de animales salvajes, torrentes que caían en cascada, objetos antiquísimos, matorrales de espino, manchas de musgo y zorros, halcones y rebecos, truchas en los rápidos y cobayas entre las rocas. El paisaje abrumaba por su belleza. Cruzaron junto a torrentes ensordecedores y lagos quietos. Una vez se toparon con un pastor y su rebaño de ovejas. Al día siguiente, seis salteadores huyeron alarmados ante el volumen del ejército de niños. También encontraron a algunos montañeses que, asustados por la larga fila de chicos, les lanzaron piedras. Los cazadores replicaron con sus arcos para mostrar que eran capaces de defenderse por sí mismos, y los montañeses se alejaron.

Dejaron atrás barrancos, desfiladeros, tajos y campos cubiertos de flores. Se abrieron paso entre rocas desprendidas, vacilaron entre las raíces de los árboles, sufrieron mordeduras de serpientes, desgarraron sus ropas y perdieron sus zapatos. Se alimentaron de tortas mohosas, de cecina semipodrida y de carne fresca de rebeco y de cabras montesas. Bebieron agua helada, que les provocó dolores de estómago.

Carolus y los cazadores y Peter y los pescadores hicieron cuanto pudieron por conseguir provisiones. Dolf se maravillaba ante el número de aves que veía. Se cernían sobre los barrancos cubiertos de niebla. Los bosques abundaban en aves y no sólo en los árboles. Picoteaban por el suelo, y les chicos las capturaban con cepos, con flechas o simplemente con la mano. A Dolf le dolió ver la sonrisa de Carolus cuando retorcía el cuello de una paloma; pero aquello significaba que esa noche un niño tendría algo que comer.

Tras alcanzar una altísima cumbre descendieron a otro valle regado por un río espumoso. En ocasiones, cruzar una corriente de agua exigía muchas horas. Los chicos mayores formaban una cadena para que pasaran los pequeños. Aunque los ríos no eran nunca profundos, el agua bajaba con

fuerza tan increíble que batía sus piernas y hacía difícil mantenerse en pie sobre cantos resbaladizo. Un par de veces se rompió la cadena, y algunos chicos fueran arrastrados por las aguas.

Así cruzaron el Brennero. Frente a todas las dificultades, el ejército de los niños no sufrió demasiadas pérdidas. Pero apenas hubo un niño que saliera sin chichones y moraduras. E incluso las magníficas vestiduras de los hijos de nobles perdieron su esplendor. El hábito de Augustus estaba hecho jirones. Nicolás, muy aficionado a la miel, había sufrido la picadura de una abeja y tenía hinchado el ojo derecho. Por fin habían llegado a una región más baja, donde encontraron un río cuyo curso pudieron seguir. Las montañas se habían cobrado su tributo entre los débiles e indefensos; en cambio, habían dado a los supervivientes un cuerpo sano, unos músculos de acero y un corazón rebosante de libertad y felicidad.

A las puertas de la ciudad de Bolzano, iluminada por el resplandor del sol, llegaron siete mil criaturas endurecidas, curtidas por la intemperie, semisalvajes y cubiertas de harapos. Siete mil niños que habían cruzado un infierno, pero que ahora cantaban felices.

¡Los habitantes de Bolzano se maravillaron al verlos!

14
La batalla del valle del Po

PARA LOS niños, Bolzano era sencillamente otro lugar de descanso. Como de costumbre, los ciudadanos ofrecieron albergue a los que se hallaban enfermos o agotados. El campamento se encontraba fuera de la ciudad, y los niños disfrutaban del sol y de las cálidas noches. Además tenían muchos alimentos, en especial fruta.

Como es natural, Anselmus tenía prisa, pues Génova estaba todavía lejos. Pero esta vez los niños no se dejaron atemorizar. Hacía ya mucho tiempo que estaban en camino hacia Jerusalén, y una demora de unos días no podía tener ninguna importancia. Habían cruzado las montañas y ahora se encontraban en un mundo nuevo, un mundo lleno de sol, luz y flores, en el que los hombres se dedicaban pacíficamente a sus trabajos. Se sentían a gusto y creían, con razón, que se habían ganado unos días de descanso. Las distancias eran algo que superaba la capacidad de su imaginación. Lo único que sabían era que al otro lado de las montañas estaba el mar, y que el mar los dejaría pasar. No solían reflexionar sobre las dificultades que les esperaban todavía. Dejaban que otros decidieran lo habían hecho ya sus padres: las órdenes se cumplían sin meditar. Cuando uno hacía lo que le exigían estaba seguro. Así, seguían siempre a sus jefes, lo mismo si los llevaban por las montañas que si los conducían por los valles.

La mayoría de ellos no había conocido otra cosa: las desgracias y la miseria habían constituido su sino, tanto si habían vagabundeado por una ciudad como si habían arrastrado su mísera existencia por los campos.

Pero no todos eran así. Muchos podían reconocer las ventajas de la libertad, y para ellos el viaje había sido una revelación. Esos niños habían

empezado a transformarse en seres humanos capaces e imaginativos. Amaban la Cruzada, pese a sus dificultades, peligros e incomodidades. Habían empezado a interesarse por su organización y a experimentar un cierto sentimiento de responsabilidad por sus propios grupos. Chicos que no habían sido más que mendigos analfabetos empezaban a estudiar por iniciativa propia la vida de las plantas y de los animales. Otros consagraban sus ocios a tallar la madera, a tejer cestos o a fabricar utensilios, de los que siempre había estado escaso el ejército. Hacían telares primitivos, tejían prendas con fibras vegetales y confeccionaban camisas.

Hasta el día siguiente no supo Dolf por qué los habitantes de Bolzano se mostraban tan dispuestos a ayudarlos. Fue Leonardo quien le brindó la información.

—Corren por la ciudad los rumores más extraordinarios, y las gentes los creen. Dicen que cuando el ejército de los niños salió de Colonia estaba formado por treinta mil chicos. ¡Treinta mil! ¿Dé donde pueden haber sacado esa cifra tan absurda?

—¿Cuánto es treinta mil? —preguntó María.

—Un número increíblemente grande, querida. No hay tantos niños en toda Colonia. Los habitantes de Bolzano creen que hemos perdido en el camino unos veinte mil y que hemos dejado tras nosotros un rastro de chicos muertos. Por eso nos acogen tan bien, como a supervivientes.

—¿Quién ha inventado la fábula de los treinta mil chicos? —preguntó Rudolf.

—No lo sé; pero ha tomado cuerpo. Pronto acabaremos creyéndola nosotros mismos.

—Nunca hemos contado los niños —murmuró Dolf.

—No; pero no es preciso contar para advertir la diferencia entre ocho y treinta mil. Cuando los encontramos en Espira no podían ser muchos más de ocho mil.

—Sin embargo, las pérdidas han sido graves —dijo el muchacho tristemente.

—No fueron tan grandes —replicó Leonardo—. De los ocho mil, por lo menos han llegado a Lombardía siete mil. Y no olvides que con Fredo se

fueron unos ochocientos. Además, no todos han muerto en el camino. ¿Cuántos hemos dejado en ciudades y pueblos? Creo que podremos sentirnos satisfechos de nuestro trabajo.

—Pero seguimos siendo muchos, ¿verdad? —preguntó María preocupada—. ¿Somos todavía suficientes para conquistar Jerusalén?

—¿Conquistar? Los sarracenos se echarán a correr gritando en cuanto os vean —dijo Leonardo con voz cargada de sarcasmo.

—Tú no crees en eso —repuso María en tono ofendido.

—¿Sigues creyéndolo tú? —preguntó secamente Dolf.

La niña inclinó la cabeza.

—No lo sé —murmuró con tristeza—. A veces pienso…

«Cielos —pensó Dolf—, empieza a pensar».

—¿Sí? —preguntaron al mismo tiempo él y Leonardo.

—A veces pienso que algo no encaja. ¿Por qué está tan lejos el mar? Nadie nos dijo eso antes de partir. Creo que ni siquiera Nicolás lo sabía. ¿Y por qué murieron tantos niños? ¡Dios tenía que protegernos!

—A ti te ha protegido —replicó Leonardo rápidamente.

María miró recelosa al estudiante.

—No; fuisteis Rudolf y tú —¡se estaba convirtiendo en una hereje!—. ¿Y huirán realmente de nosotros los sarracenos? Contra los auténticos cruzados lucharon valerosamente y muchas veces vencieron.

—Creo que la niña está progresando. ¿No te parece, Rudolf? —dijo Leonardo riéndose—. Pero tienes razón, María. Aquí hay algo que no encaja.

Dolf escuchó complacido la conversación. Si María estaba empezando a dudar, cabía suponer que no era la única. «¿Qué harían los niños —se preguntó— cuando al cabo de unas semanas no se produjera el milagro de la división de las aguas del mar?».

Siguieron el curso del Isarco, que los llevó una vez más a las montañas. Aunque el tiempo era muy caluroso y la calzada militar que corría junto a la orilla se hallaba en mal estado, al menos las montañas eran ahora más bajas y no estaban tan próximas. Pasaron junto a huertos repletos de manzanas maduras y cruzaron anchos valles. Se encontraron con otros viajeros, con

salteadores, peregrinos, aldeanos hostiles, simpáticos campesinos y burgueses suspicaces. Cada día les proporcionó nuevas aventuras, dolores y sufrimientos, esperanzas y felicidad. Pasaron junto a profundos barrancos y cruzaron hermosos valles y colinas que descendían a nuevos valles. Al cabo de una semana alcanzaron un magnífico lago entre las montañas.

Corrieron alegremente hasta el agua y empezaron a lavarse, a pescar y a nadar. Durante diez días no habían conocido la lluvia ni la niebla, y los Alpes quedaban a sus espaldas. Las colinas con las que ahora se enfrentaban eran fértiles y abundaban en animales salvajes. El lago les proporcionó peces y aves acuáticas.

A Dolf le sorprendió la belleza y las excelencias de aquella región, escasamente poblada. El lago Garda, que él recordaba de las vacaciones con sus padres, era muy diferente. En el siglo XX se trataba de una zona comercializada con hoteles, *campings* y de tiendas de *souvenirs*. Dolf apenas podía dar crédito a lo que veía: grullas, ibis y espátulas. En lo alto de los muros del castillo había nidos de cigüeñas y cisnes silvestres en los cañaverales de la orilla. Por la tarde, la superficie del agua se cubría casi enteramente de diversas aves que se alimentaban de peces o descansaban tras un largo vuelo. Los chicos idearon artificios, unos ingeniosos y otros ridículos, para cazar aves: redes, palos con púas, flechas con un largo bramante atado a su extremo y lanzas aguzadas. Despoblaron el lago, pero no les quedaba otro remedio si no querían morir de hambre. Carolus, en especial, pasó allí los mejores momentos de su vida. Las posibilidades que ofrecía la pródiga naturaleza estimularon su imaginación. Recogió incluso grandes raspas de pescado y enseñó a los niños a hacer con ellas peines, cepillos y agujas.

Bajo el ardiente sol, su piel había cobrado un tono cobrizo y ya no les preocupaba la indumentaria, pero necesitaban desesperadamente alguna protección para sus cabezas. Al cabo de unos días, casi todos se tocaban con los más extraños sombreros de paja o hierbas entretejidas, a menudo adornados con flores. Días después de abandonar el lago llegaron a la ciudad de Brescia, cuyos aterrados ciudadanos cerraron las puertas y pidieron a los niños que salieran de la región tan pronto como les fuera

posible. Sin quejarse, los niños accedieron y tomaron rumbo al sur, camino de Génova…

—¿Dónde está el mar? ¿Llegaremos hoy al mar? —preguntaban constantemente.

Pero sólo veían una llanura vasta y, al parecer, inacabable: la llanura del río Po.

—Sólo nos falta cruzar estas tierras bajas y unas colinas. Luego veréis el mar —prometió Dom Anselmus. Los niños se le quedaron mirando con asombro e incredulidad.

—¿A qué distancia está? ¿Se halla muy lejos todavía?

Dolf sabía que la distancia era enorme; pero prefirió guardar el secreto. Había determinado que cuanto más insatisfechos se mostraran los chicos, más fácil les sería advertir que los estaban engañando.

En la llanura del Po murieron más niños, y con cada muerte crecía el espíritu de rebelión. Las causas eran ahora la insolación, la deshidratación o la mordedura de una serpiente. Todavía estaban lejos del río, que corría de oeste a este, y el agua era escasa. La mayoría de las tierras no estaban cultivadas, y una zona que sería más tarde el granero de Italia era ahora poco más que una árida llanura. Los habitantes de esta región atormentada por la sequía no se mostraban muy cordiales. Los lombardos, cuyas granjas habían sido tantas veces destruidas por los emperadores germánicos, tenían buenas razones para recelar de un ejército de habla alemana. Durante siglos, Lombardía había sido el campo de batalla de Europa, y no habían pasado veinte años desde que Federico Barbarroja devastó la región. Ahora se enfrentaban con una invasión de chicos alemanes.

—Somos pacíficos cruzados —dijo Nicolás; pero nadie dio crédito a sus palabras. Los cruzados no podían ser tan curtidos, salvajes y desobedientes. Los niños no ofrecían un aspecto normal y menos aún sacro. No era probable que los sarracenos huyeran ante esa turba indisciplinada. ¡Dios mío, cuánta inocencia! Era una muchedumbre de rufianes impertinentes que saqueaban granjas y luchaban como soldados veteranos. No conocían el miedo ni la vergüenza. Las chicas no eran mejores que los chicos.

Era una banda merodeadora de ladrones que nada respetaban y que caían sobre las tierras como langostas y se comían todo lo que podían encontrar. Irrumpían en casas y graneros empuñando armas y exigiendo comida.

Todo esto era cierto. El difícil recorrido por las montañas había endurecido a los niños. La actitud fría de la población los irritaba. Querían comida. Necesitaban agua, y cuando no se la daban la tomaban por su cuenta. ¿Necesitaban todavía chicos que los protegieran? Ahora sabían protegerse a sí mismos. ¿Necesitaban aún cazadores? Ahora todos llevaban armas y sabían utilizarlas. ¿Qué podían hacer los pescadores en unas tierras donde no había agua? También ellos cazaban o robaban…

En dos meses, los piadosos niños que habían salido de Colonia con las manos en actitud orante, cantando himnos y rezando, se habían convertido en una banda de implacables ladrones y de soldados seguros de sí mismos que a nada temían. Las dudas y la creciente insubordinación hicieron lo demás. Tal vez no llegarían a Jerusalén, tal vez Dios había cambiado de opinión. ¡Pero ellos tenían que comer! Anselmus no hacía nada por detener la relajación de la disciplina. Augustus era el mismo siempre: un hombre afable que amaba a los chicos y al que éstos siempre podían acudir con sus quejas. Incluso parecía divertirle la manera en que trataban a los campesinos. Nicolás no se interesaba por lo que sucedía a su alrededor. Se hallaba obsesionado por la idea de ir a Jerusalén y de realizar su sagrada misión; lo que sucediera en el camino no le preocupaba. Dolf, Leonardo y Dom Thaddeus hacían todo lo que estaba en su mano por mantener a los chicos bajo control, pero eran desdeñados. A estas alturas del viaje, los chicos habían comprendido que, lejos de ser Dios quien les proporcionaba comida, debían conseguirla ellos, y eso era lo que hacían.

Pero poco a poco crecía la irritación de los habitantes de la región. Y esa irritación conduciría a una batalla entre los enfurecidos campesinos y el ejército de los niños.

Tras caminar varios días por tierras cálidas y abrasadas, llegaron al pequeño río Oglio. Gritando de alegría, se lanzaron al agua para aliviar sus resecas gargantas y templar sus ardorosos cuerpos. Bebieron hasta que

empezaron a sentir dolores de estómago. Aunque eran las primeras cuatro horas de la tarde, se negaron a continuar y comenzaron a acampar en las sombras que les brindaba un bosquecillo. Anselmus gritó y bramó sin éxito. Los chicos preferían pasar el resto del día y toda la noche entre los árboles y cerca del agua clara y fresca. Dolf, sonriendo interiormente ante las muestras de rebelión de los chicos, les ayudó a reunir leña y hierbas secas para hacer fuego. Se alejó un tanto. De repente escuchó un ruido y levantó la cabeza para escuchar. Trepó rápidamente a un árbol y oteó el horizonte, sobre el que se recortaba entre la colina el vago perfil de la torre de una iglesia. Pero no fue aquello lo que llamó su atención. Entre las altas y amarillentas hierbas avanzaban docenas de hombres armados de horcas, garrotes, cuchillos y pedazos de hierro mohoso…

Dolf no perdió tiempo. Se deslizó del árbol y corrió hacia el campamento.

—¡Coged vuestras armas! ¡Nos van a atacar! ¡Llevad a los pequeños al centro del campamento!

Tropezó con Frank.

—¡Mi cuchillo! ¡Tengo que encontrar mi cuchillo! ¡Reúne a los vigilantes y a los cazadores! ¡Rápido! ¡Estamos a punto de ser atacados por un ejército de campesinos!

La alarma puso en acción a todo el campamento. Los vigilantes tomaron posiciones para repeler el ataque. Los niños más pequeños y los enfermos imposibilitados fueron reunidos en el centro del campamento, donde se dedicaron a fabricar flechas. Los demás chicos y chicas cogieron todo lo que podía servir para defenderse: cuchillos enmohecidos y mellados, garrotes y tizones.

Apenas habían concluido sus preparativos cuando los campesinos atacaron, enarbolando sus armas y tratando de empujar al ejército de los niños hacia el río y fuera de su territorio. Pero los chicos se mantuvieron sobre el terreno y repelieron el ataque, lanzando palos encendidos contra los atacantes. A los puñetazos y las toscas armas de los campesinos respondieron con sus propios puños y con garrotes. Algunos atacantes consiguieron abrirse camino tras la primera línea de los enfurecidos

defensores; pero chocaron con una segunda linea, apresuradamente constituida, que los recibió con flechas y piedras, a garrotazos, con dientes y uñas. Los chicos irrumpían entre los campesinos, arrancándoles sus horcas. Semejantes armas eran terribles en manos de chicos de doce años endurecidos por semanas de inimaginables sufrimientos y dotados de rápidos reflejos.

Los lombardos se vieron sorprendidos por la violencia y la dureza de la defensa. Eran inferiores en número, y la proporción de combatientes llegó a ser de diez a uno. Hasta los más pequeños se lanzaron a la lucha, arrojando tizones a los rostros de los asaltantes y quemándolos el pelo y las cejas. Los campesinos dieron media vuelta y huyeron gritando.

Dolf contempló horrorizado la carnicería. Naturalmente habría estado dispuesto a luchar en defensa de su vida si alguien lo hubiera atacado; pero acaudillar una batalla era algo que no le iba. Peter pasó a su lado corriendo y le arrebató el cuchillo de la mano. ¿Para qué? ¿Para cortar cuellos de seres humanos?

—¡Devuélvemelo! —le gritó Dolf.

Pero el antiguo siervo había desaparecido ya entre los arboles. Dolf se sintió inseguro sin un arma y cogió una piedra. Al levantarse se quedó petrificado.

Desde la linde del bosque en que se encontraba observó que toda la llanura ardía. Los campesinos huían ante el muro de fuego, pero éste había prendido ya en algunos árboles resecos. Todo el campamento se hallaba en peligro. Dolf retrocedió corriendo.

—¡Al otro lado! ¡Todo el mundo a la otra orilla! —gritó.

Asió a un niño herido y lo arrastró hasta el agua. Del bosque brotaban chicos que corrían hasta el río para vadearlo y ponerse a buen recaudo al otro lado. Varios arriesgaron sus vidas para desmontar la tienda de Nicolás y llevarla consigo. Dolf trató desesperadamente de encontrar por aquel lado a chicos que estuvieran tan gravemente heridos como para no poder huir del bosque en llamas. Pero el fuego se extendía con tal rapidez que hubo de saltar sobre matojos ardiendo antes de alcanzar el río. En unos minutos, el

campo de batalla se había convertido en un océano de llamas. No quedaba rastro de los campesinos.

Era imposible saber cuántos chicos habían muerto en la batalla y cuántos ahogados o quemados. Los caídos en la lucha con los campesinos no pudieron ser recogidos y fueron pasto del fuego. El bosquecillo quedó reducido a un par de tocones humeantes.

Los chicos acamparon en la otra orilla del rio. Dolf encontró a María y a Leonardo con Peter, Frank y Carolus, cuya magnífica indumentaria aparecía chamuscada y ennegrecida. Distinguió a lo lejos a Nicolás, a los tres frailes, a Frida y a Hilda, y lanzó un suspiro de alivio al ver que todos se habían salvado.

Aquella noche Leonardo dobló la guardia, pero los lugareños no volvieron. Habían recibido una dura lección.

Al día siguiente, Dolf y otros muchachos recorrieron el campo de batalla y los calcinados alrededores. Cavaron una profunda fosa para los muertos, completamente irreconocibles. Contaron veintiséis cadáveres de adultos y treinta y dos de niños.

Mientras tanto, al otro lado del río, los chicos formaban grupos para proseguir su camino. Dolf regresó cuando estaban desmontando la tienda. Carolus, el pequeño rey, sollozaba incapaz de dominarse.

—Hans ha desaparecido. No he podido hallarlo en ninguna parte.

Dolf consoló a su afligido amigo. También él estaba entristecido por la estúpida muerte del valiente muchacho, un verdadero amigo y un cazador que no conocía el miedo.

Tristes pero impertérritos se pusieron en marcha y atravesaron anchas y cálidas llanuras. Aterrados campesinos y mujeres los vieron avanzar con hosco talante. Eran presa de tábanos y avispas. Cazaban todo lo que se movía y prometía ser comestible. Constituían un tropel de casi siete mil sucios y salvajes seres humanos en ruta hacia Tierra Santa.

15
La última voluntad del rey

FRANQUEARON el río Po por la ciudad de Cremona y, tras caminar varios días por aquellas tierras llanas, llegaron a las estribaciones de los Apeninos. La perspectiva de otra cordillera estuvo a punto de provocar un motín entre los chicos. Sólo con grandes dificultades logró Anselmus convencerlos de que éste era verdaderamente el único obstáculo que habrían de superar antes de llegar a Génova.

—¡Por favor, niños, creedme! —gritó a la descontenta muchedumbre—. El mar se halla al otro lado de estas montañas. Lo que aquí veis no es una verdadera cordillera, y podremos franquearla en cinco días. Porque dentro de cinco días estaremos en Génova, y allí veréis cómo las aguas del mar se separan ante Nicolás. Os juro por lo más sagrado del mundo que lo que digo es verdad. Casi hemos llegado. No perdáis la esperanza, queridos niños; vuestra perseverancia será premiada.

Pero los chicos se mostraban recelosos.

—Estamos perdidos —replicaron—. Este no es el camino de Jerusalén. Hemos estado dando vueltas y ahora volvemos otra vez a las montañas.

—No —gritó Anselmus desesperadamente—. Estas montañas no son los Alpes. Son los Apeninos, y no son tan altos ni tan fríos como las montañas del norte. Lo sé. Yo nací aquí…; bueno, quiero decir que he vivido aquí muchos años. Preguntad a Rudolf de Amsterdam, si confiáis en él más que en mí. Él ha estado aquí y conoce las ciudades y las comarcas de estos contornos. No es culpa mía ni de Dom Augustus que el viaje haya sido tan largo. Quien insistió en que diéramos un rodeo fue Rudolf de

Amsterdam. No tenéis derecho a irritaros con nosotros. Si queréis quejaros de lo dilatado y peligroso del viaje, quejaos a Rudolf de Amsterdam.

Los chicos titubearon. No querían que Rudolf de Amsterdam tuviera que dar razones de su conducta. Augustus dio un paso adelante y les habló:

—Tened paciencia, queridos niños. Rudolf obró bien al convencernos de que siguiéramos el camino más largo. Al fin y al cabo no tenemos prisa. En esta región el tiempo es cálido.

Anselmus lo empujó disimuladamente; pero Augustus prosiguió imperturbable.

—No es tan difícil como parece escalar estas montañas. Pero si no queréis seguir adelante, nada impide que nos volvamos a casa.

—¿Te has vuelto loco? —le susurró Anselmus.

Pero Augustus no le prestó atención, y alzando la voz prosiguió su perorata:

—¿Quién quiere volver a casa?

Lo dijo en un tono que parecía indicar que esperaba que los siete mil respondieran «yo». Pero no fue así. ¿Volver cuando ya estaban tan cerca de Génova? ¿Volver cuando dentro de muy pocos días se hallarían junto al mar para ser testigos del gran milagro?

Discutieron algún tiempo entre ellos; luego uno decidió preguntar a Rudolf de Amsterdam si los Apeninos eran realmente el último obstáculo antes de llegar al mar. Pero ¿dónde estaba Rudolf?

Todavía lo buscaban cuando se presentó Frank, corriendo sin aliento.

—¡Escuchad! —les gritó—. Ha sucedido algo terrible.

Y desapareció de su vista. Varios centenares de chicos cogieron sus armas y corrieron tras él. Tal vez estaba siendo atacada la retaguardia.

Frank los condujo hacia una espesura situada a un kilómetro de distancia. Allí, los chicos descubrieron la causa de su agitación.

Tendido en el suelo sobre su magnífica capa roja, Carolus gemía de dolor. Un pequeño grupo de muchachos, entre los que se hallaba Dolf, lo rodeaban con visible preocupación.

—Carolus está enfermo.

La noticia corrió de boca en boca, y el espíritu de rebeldía dejó paso a la congoja.

Dom Thaddeus se abrió paso entre la muchedumbre y se inclinó sobre el muchacho crispado por el dolor. El pequeño rey sufría terribles dolores. Dom Thaddeus le tomó el pulso. Era muy rápido.

Dolf se esforzó por imaginar qué podría sucederle. En un principio creyó que la causa de sus dolores podría ser alguna baya venenosa o algún alimento en mal estado; pero en los pocos momentos en que Carolus estuvo consciente murmuró que hacía dos días que no había probado bocado.

No cabía pensar en transportarlo. Las montañas tendrían que esperar. Los chicos empezaron a montar el campamento y Carolus fue trasladado a la tienda. Dolf no permitió que entrara nadie, excepto Hilda, Leonardo y naturalmente, Dom Thaddeus. Al cabo de cierto tiempo mandó llamar a María, porque no cabía contar con Hilda. Había sido insustituible cuando se trataba de poner remedio a las heridas más horrorosas o de limpiar las de menor importancia; pero los sufrimientos de su futuro esposo le habían hecho perder los nervios. No hacía otra cosa que sollozar.

Como es natural, todo el mundo esperaba que Rudolf de Amsterdam practicara en Carolus otra de sus milagrosas curaciones. Pero Dolf no sabía qué hacer. No tenía idea de la causa de aquel mal. Una indigestión no suele causar dolores tan agudos. Palpó suavemente el vientre de Carolus hasta que localizó el punto de donde procedían los dolores. Luego se le impuso poco a poco la increíble realidad. ¡Apendicitis!

En la época de Dolf la apendicitis era una afección de escasa importancia que podía remediarse mediante una rápida operación. En unos días, el paciente se sentiría a sus anchas y podría levantarse. Pero en ese tiempo una operación sería totalmente imposible. Dolf se preguntó cuál sería el grado de inflamación. ¿Habría aún una oportunidad? ¡No! En la Edad Media, la apendicitis era una enfermedad irremediable.

—María —susurró—, necesito paños empapados en agua fría. Rápido.

A corta distancia del campamento corría el pequeño río Trebia, y María regresó muy pronto con lienzos limpios y un jarro de agua. Dolf empapó los paños y los colocó sobre el estómago de Carolus, cambiándolos cada pocos

minutos. Había preparado una infusión de hierbas, que ya se había entibiado, y trató de hablar a Carolus, que deliraba.

—¿Desde cuándo tienes esos dolores, Carolus? —le preguntó una y otra vez, rezando para que no fuera demasiado tarde.

Carolus no le respondió, pero Hilda pudo informarle:

—No ha comido nada desde que salimos de Cremona. A veces se quejaba y decía que le había sentado mal el calor…

Dolf se quedó perplejo. Así que Carolus había caminado durante cuarenta y ocho horas con fuertes dolores y un ataque agudo de apendicitis y no se lo había dicho a nadie. Un rey tenía que ser capaz de soportar los sufrimientos. Hacía apenas una hora que había caído redondo al suelo y ya nada cabía hacer. Serían inútiles el reposo y el agua fría y probablemente moriría antes de que amaneciera el día siguiente. Dolf se echó a llorar, cubriéndose la cara con las manos. Leonardo y María se miraron. Advirtieron en la desesperación de Dolf el destino de Carolus. María, rezando en voz baja, siguió cambiándole los paños.

Cada vez que el pequeño rey recobraba el conocimiento. Sus ojos buscaban a Dom Thaddeus, que hacía cuanto estaba en su mano para consolar al muchacho. En una ocasión, Carolus murmuró:

—Bertho, montero mayor.

A poco abrió los ojos y dijo:

—Rudolf de Amsterdam, mi heredero, te ordeno…

Y una vez más se sumió en el delirio.

Dolf palideció. Comprendió que los otros habían oído también aquellas palabras. Cuando alzó la vista, sus ojos se encontraron con los de Nicolás, que se hallaba de pie a la entrada de la tienda. El zagal no dijo nada, pero la expresión de su rostro reflejaba lo que estaba pensando.

Pasaron la noche en vela junto al agonizante. Al romper el día, el pequeño rey de Jerusalén se despidió de sus súbditos. Dolf permaneció inmóvil como una estatua, mientras Dom Thaddeus le cerraba los párpados sobre los ojos sin vida y juntaba sobre el pecho las manos crispadas. Vio cómo tendían la capa sobre el cadáver y cómo María retiraba en silencio las toallas y los jarros mientras que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Oyó a Hilda rezar y a Augustus sollozar. Pero no fue realmente consciente de nada de esto. Aún era incapaz de entender la verdad. Jamás había experimentado una sensación tan profunda de pérdida. Él había vencido a la muerte escarlata, dominado el hambre mientras cruzaban los Alpes, rescatado a unos chicos del castillo de Scharnitz y derrotado a los campesinos de la llanura del Po. En todas estas ocasiones habían muerto chicos; pero Dolf siempre había considerado tales hechos como victorias sobre un mundo cruel e implacable. Esta vez, en cambio, había perdido. Había sido incapaz de salvar la vida del chico al que más quería. Se sentía anonadado por el dolor. Salió de la tienda y caminó para estar solo.

Dom Thaddeus abandonó el lugar con la cabeza inclinada. Fuera había centenares de niños que habían aguardado toda la noche, rezando vigilantes. El fraile les dijo que Dios había llamado a su lado a su siervo Carolus y que aquella tarde tendría lugar el entierro. Mencionó asimismo la última voluntad de Carolus: que Rudolf de Amsterdam fuera su heredero. Las noticias corrieron por el campamento como el fuego por el bosque. Carolus, revestido de sus mejores galas, fue colocado en unas parihuelas ante la tienda. Los chicos pasaron ante él en larga fila y le rindieron el último homenaje. Arrojaron flores a su cabeza y a sus pies y, sollozantes, siguieron adelante para dejar paso a los que venían detrás. Fue una procesión fúnebre que se prolongó durante casi todo el día. Nadie pensó en comer, bañarse, cazar o pescar. Había muerto un rey, en todo el sentido de la palabra, y los chicos deseaban expresar el amor que por él sentían, honrarlo y manifestar su tristeza.

El pequeño rey fue enterrado a la caída de la tarde. Como no disponían de un féretro, envolvieron a Carolus en su roja capa. Cubierto de flores, lo llevaron a una fosa abierta junto a un viejo árbol. Cuando el cadáver fue bajado con cuerdas, todo el ejército entonó un himno. Dolf, el nuevo rey, tuvo el privilegio de arrojar a la tumba el primer puñado de tierra. Aquello era todo lo que podía hacer. Luego fueron cayendo sobre el cadáver otras paladas de tierra. El túmulo quedó cubierto de flores y de plantas del entorno. Por orden de Bertho, algunos chicos habían hecho una cruz de madera noble y pulida. Con el cuchillo de Dolf, Leonardo grabó un lema

sobre ella. Dom Thaddeus ofició en el entierro. Fue un funeral digno de un rey. La noche descendió sobre los campos, y los chicos, muchos aún sollozando, se fueron a dormir. Otros rezaban. Observaron tímidamente a Rudolf de Amsterdam: pero él se negó con firmeza a ocupar su puesto en la tienda de los hijos de noble cuna. Y cuando Dom Thaddeus le recordó la última voluntad de Carolus, respondió con énfasis:

—Rey o no, mi puesto está entre los chicos.

No sentía el menor deseo de verse rey de siete mil chicos engañados.

—Que elijan ellos un rey. Yo no tengo aptitudes para ese cargo.

Pero los chicos no podían entender la negativa de Dolf a cumplir la última voluntad de Carolus. Y todavía entendían menos por qué debían ellos elegir un rey.

Para aliviar sus evidentes preocupaciones. Dolf les prometió finalmente:

—De acuerdo, seré vuestro rey; pero no ahora. Por el momento soy un cruzado como cualquiera de vosotros. Cuando lleguemos a Jerusalén aceptaré reinar sobre vosotros.

Y con eso quedaron contentos.

La muerte de Carolus produjo un impacto tan grande que la disciplina retornó al ejército. Dom Anselmus llevaba una especie de diario del viaje y calculó que llegarían a Génova hacia mediados de agosto. Era tres semanas más tarde de lo que él había pensado, pero quizá no demasiado tarde, una vez más acució a los chicos a que aceleraran la marcha. Estos, ansiosos de finalizar la caminata, accedieron a sus deseos.

Con este espíritu llegaron a las montañas. Aquella región árida y seca estaba escasamente poblada. Los chicos consiguieron suficientes provisiones con la caza, la pesca y recogiendo bayas. Bertho demostró ser tan buen jefe de cazadores como había sido Carolus y, por añadidura, mucho más precavido. Los pocos montañeses que por allí había eran gentes que vivían de la caza furtiva, de la imposición de peajes o del robo. Pero no inquietaron a los chicos. Su gran número, sus canciones y su incesante caminar disuadían a los salteadores. Además, bajo la dirección de Leonardo, la defensa se hallaba mejor organizada. Se preocupaba constantemente de que los vigilantes cumplieran estrictamente sus

obligaciones. A veces parecía tener tanta prisa por llegar a la costa como Dom Anselmus y Nicolás. Dom Augustus empezó a comportarse de una forma muy curiosa. Se negó a dormir en la tienda y caminaba en la retaguardia como si estuviera abrumado de preocupaciones.

—Rudolf —le murmuró una noche—, cuidate en Génova.

Por más que Dolf lo importunó, Dom Augustus no dijo una palabra más. Al parecer, no sólo estaba afectado por la muerte de Carolus, sino que tenía miedo. Dolf no sabía a qué atribuir semejante cambio.

16
¡Por fin, el mar!

MAÑANA veremos Génova. ¡Mañana llegaremos al mar!

Las palabras saltaron de niño a niño, y el ejército aceleró la marcha. Nicolás, tan impaciente como cualquier otro, marchaba al frente. Como de costumbre vestía su blanca indumentaria, pero se ceñía con un cinturón recamado del que colgaba una magnífica daga metida en una funda con incrustaciones de plata. Era el cinturón de Carolus. Dolf creía que todas las pertenencias de Carolus habían sido enterradas con él; pero, al parecer, Nicolás no había podido resistir la tentación de reclamar para sí aquella presa. Dolf consideraba tal comportamiento bastante infantil, pero no le preocupó. Por impresionante que fuera su apariencia, Nicolás nunca sería un verdadero jefe. Aunque le llovieran joyas y oro, jamás sería otra cosa que una marioneta de Dom Anselmus, incapaz de pensar por sí mismo y carente de verdadera dignidad.

Sin embargo, Dolf ignoraba que en la Edad Media la apariencia externa era muy importante, y que él mismo había perdido ascendiente entre los chicos por permitir que Nicolás luciera las insignias de la realeza.

—¡Génova! ¡Mañana estaremos en Génova!

La atmósfera estaba electrizada. Todos creían que podrían ver Jerusalén desde la playa de Génova. Casi habían llegado. Sólo tenían que aguardar a que se dividieran las aguas del mar y, gritando de alegría, irrumpirían en la Ciudad Santa. ¡Cómo correrían los sarracenos! El pequeño Simón no dejaba de hablar. Se sentía tan fuerte como un oso y capaz de enfrentarse él solo a diez paganos.

De repente, el ejército de los niños se detuvo. Habían llegado al primer puesto de los centinelas de la ciudad. Estaban frente a una amenazadora torre de piedra en la que vigilaban unos arqueros. El camino se hallaba cerrado por una barrera, tras la cual aguardaban caballeros y piqueros. Génova se alzaba junto al mar abierto, pero las montañas del interior estaban repletas de ladrones y salteadores. Génova era la ciudad mejor fortificada del Mediterráneo. Resultaba imposible aproximarse a sus puertas sin ser advertido. Ignorantes de que la vanguardia había sido detenida, los impacientes chicos que venían detrás empujaban con todas sus fuerzas. A Leonardo le costó mucho trabajo dominarlos.

Con Dolf se abrió paso hacia adelante, donde Dom Anselmus y Nicolás parlamentaban con los cabos. A Dolf le sorprendió advertir que Anselmus hablaba muy bien el toscano. A lo largo del viaje, Leonardo le había dado lecciones de italiano, pero su conocimiento no le bastaba para seguir la conversación. Leonardo le tradujo la conversación.

—La ciudad ya estaba enterada de que llegábamos. El duque no permitirá que los chicos franqueen las murallas, pero les dejará llegar al mar por un camino diferente. Así alcanzaremos la playa que hay al sur de Génova.

A los chicos les encantaron estas noticias, porque lo único que querían era llegar al mar. Pero Dom Anselmus estaba irritado y lo demostró.

—Génova se acordará de esto… —dijo, y añadió mucho más.

Los amenazó con la ira del cielo y chalaneó como un viajante que trata de vender algo que nadie quiere. Pero los soldados se mostraron inflexibles. Nadie pondría trabas en el camino de los chicos hasta el mar; pero éstos no pasarían por la ciudad. Génova no los quería.

Dom Augustus, que también se había adelantado, seguía comportándose de una forma extraña. Sollozando, abrazó al cabo.

—Dios te premiará por esto, buen hombre. Rezaré todos los días por tu alma.

En respuesta a estas palabras, Anselmus le dio un puñetazo en las costillas, pero Augustus no pareció darse cuenta.

—No necesitamos ir a la ciudad —exclamó, volviéndose hacia los chicos—. Iremos a la playa y seremos felices.

A Dolf le sorprendieron semejantes manifestaciones de alegría, y otro tanto le sucedió a Nicolás.

Las negociaciones concluyeron sin que se apartara la fila de soldados, y todos comprendieron que había que dar un rodeo. Algunos caballeros se encargaron de acompañarlos para mostrarles el camino. Era poco después de mediodía, y el sol apretaba. Remontaron la colina y abajo vieron… ¡el mar! A lo lejos, a su derecha, en un amplio valle, se extendía Génova, resplandeciente al sol. Desde aquella altura, la ciudad parecía una joya que un gigante había arrancado de la roca y dejado deslizar entre sus dedos. Como facetas de un diamante, relucían infinitas torres. Y entre ellas se extendía un mar de tejados. Sobre casas y torres destacaba la cúpula de la catedral, aún medio oculta por los andamios.

Rodeado de miles de chicos, Dolf contempló esta poderosa fortaleza, el puerto más rico y mejor defendido de la Europa de 1212. Era una ciudad de contradicciones: magníficas iglesias y puercas posadas, palacios y tugurios, almacenes y vertederos. Por otro lado se trataba de una ciudad de enigmas, intrigas y muertes misteriosas, que al mismo tiempo albergaba tesoros artísticos de todo el mundo. Una ciudad espléndida y rica con todas las lacras de la pobreza.

Más allá de la población se extendía el mar. Un mar que parecía no tener límites. Era el Mediterráneo, que en el siglo de Dolf constituía una atracción irresistible para los veraneantes del norte. Pero en esta época representaba un verdadero peligro.

Los chicos se habían quedado callados. Apenas prestaban atención a la imponente ciudad del valle. Sus ojos buscaban el mar, aquel azul, bellísimo e inacabable mar. Eran pocos los que habían visto el mar. La mayoría no sabía de antemano con qué se iba a topar. Se sentían abrumados por aquella realidad. Contemplaron con la boca abierta la inmensa masa de agua. Poco después llegarían a la playa, Nicolás extendería sus brazos y las aguas se dividirían ante ellos. Pero ahora que lo tenían delante de sus ojos y podían ver que parecía extenderse hasta el fin del mundo empezaron a

experimentar un vago sentimiento de duda. ¿Cómo podría dividirse tanta agua?

Muchos de los pequeños creían que la ciudad que había a sus pies era Jerusalén. Habían caminado tanto que no podían admitir que el mundo fuese aún más grande. Dieron gritos de alegría y empujaron a los que iban delante, deseosos de bajar a contemplar cómo huían los sarracenos. Los mayores lograron dominarlos, aunque también a ellos les mordía la impaciencia. Querían ver el milagro prometido y contemplar cómo aquellas aguas inmensas se separaban ante el zagal. Aullando y gritando de entusiasmo, todo el ejército se lanzó hacia adelante por la ladera de la colina en dirección a la playa.

Las rocas desperdigadas de la costa se cubrieron de chicos que corrieron por la playa hasta que encontraron un espacio llano, a la sombra de los abetos, donde establecieron el campamento. Muchos trataron de llegar a la ciudad, pero fueron detenidos por los soldados, los cuales les hicieron volver sobre sus pasos. Era claro que Génova no quería saber nada del ejército de los niños: pero esta actitud no desanimó a los pequeños. Contemplaban anhelantes el horizonte, más allá del cual tenía que estar Jerusalén, la resplandeciente ciudad de sus sueños. Observaron hambrientos la costa, y se volvieron suplicantes hacia Nicolás, Leonardo y Rudolf. No había nada que comer.

—¡Mañana realizará Nicolás el milagro! —gritó Anselmus—. Vamos a levantar su tienda. Nicolás tiene que prepararse para el milagro ayunando y rezando.

Pese a su impaciencia, los niños comprendieron aquellas palabras. Los milagros no podían sobrevenir de cualquier manera; era preciso prepararse para ellos. Montaron la tienda bajo las largas ramas de unos abetos, y Nicolás se retiró en silencio a su interior. A nadie se le permitió entrar, ni siquiera a los chicos de sangre noble. Dolf casi llegó a apiadarse del pobre zagal, porque, obviamente, éste creía que se produciría el milagro. Nicolás estaba predestinado al fracaso y Dolf se compadeció de él. Pero lo que más temía Dolf era la reacción de los chicos cuando advirtieran que no se producía el milagro.

Dom Augustus daba vueltas por el campamento como una gallina que no sabe dónde poner el huevo. Estaba tan excitado que Dolf lo notó. Sollozaba constantemente, abrazaba a los chicos y acariciaba sus cabellos, al tiempo que repetía:

—Dios os protegerá, queridos niños.

Dolf creyó que se había vuelto loco.

—Cálmate, hermano; de lo contrario los chicos pensarán que les va a ocurrir algo malo —le dijo, intentando tranquilizarlo, su hermano en religión.

—¿Y no es así…?

Augustus empezó a temblar, pero Anselmus le gritó:

—¡Cállate! Ocúpate de que los chicos se pongan a trabajar. Yo tengo que ir a la ciudad. Todavía estamos a tiempo.

—¡No! ¡No! —gimió Augustus, cayendo súbitamente de rodillas sobre el suelo. Alzó sus manos suplicantes al otro fraile.

—¡No lo hagas! ¡Anselmus, no |o hagas! ¡Te lo suplico!

Por suerte, Dolf pasaba por allí y se detuvo sorprendido ante aquella extraña escena.

Anselmus lanzó una patada al otro fraile, que estuvo a punto de caer al suelo.

—Levántate, estúpido. ¿Ya no te acuerdas de la plata que nos espera?

En aquel momento reparó en Dolf y se calló asustado.

—¿Qué haces aquí? ¡Fuera! Nada tienen que ver contigo los asuntos de los hombres consagrados. Tendrías que estar buscando comida para los chicos.

Dolf no dijo nada. Dio media vuelta y se alejó. Su cerebro trabajaba aprisa. Acababa de comprender que podía enterarse de las verdaderas intenciones de Anselmus. Bastaba abordar adecuadamente a Augustus. Era evidente que Augustus ya no quería participar en…

¿En qué? ¿Qué trataba de impedir que hiciera Anselmus? ¿Por qué se mostraba tan preocupado e inquieto por los chicos? Augustus sabía por qué quería Anselmus ir a Génova y había suplicado a su cetrino compañero que no lo hiciera…; pero que no hiciera ¿qué?

«Tendrías que estar buscando comida para los chicos…».

Sí, ésa era su tarea, y había reaccionado automáticamente ante las palabras de Anselmus.

Pero sabía que ahora los niños podían cuidar de sí mismos. Ya había centenares de chicos y de chicas en el agua con redes y armas arrojadizas. Les sorprendió la tibieza del mar. Su temperatura parecía una bienvenida tras la frialdad de los torrentes y ríos en los que habían pescado a lo largo del camino. Quisieron beber el agua, pero rápidamente la escupieron asqueados de su salinidad. ¿Cómo se podía pescar algo en unas aguas tan cálidas y saladas? ¡Pero se podía! Había grandes bancos de peces y variedades que jamás habían visto.

Se desperdigaron entre las peñas y pescaron en las charcas. Capturaron langostas, cangrejos y otros mariscos; pero no sabían qué hacer con aquellos bichos. Dolf les enseñó a limpiarlos y prepararlos y les convenció de que, bien guisados, los pulpitos, las sardinas y las transparentes gambas resultarían muy sabrosos. Llenos de entusiasmo, los niños se lanzaron sobre la insólita presa, aunque a veces retrocedían asustados por la visión de las agudas mandíbulas, las ventosas y los extraños ojos de aquellas viscosas criaturas del mar. «Esta noche habrá sopa de pescado —pensó Dolf contento—. Por fin tenemos algo apetitoso».

Muchos pescadores sufrieron mordeduras y pinchazos en los pies producidos por las langostas y los cangrejos. Las chicas a cargo de los lesionados tuvieron mucho trabajo aquella noche. Pero con la experiencia se aprende rápidamente, y los chicos más que nadie. Se mostraron más precavidos y pronto descubrieron cuáles eran los mejores medios para capturar mariscos sin daño y cuáles eran las mejores charcas entre las rocas próximas al mar. Peter disfrutó inmensamente con aquella tarea.

Los cazadores tampoco estuvieron ociosos, y las colinas boscosas que rodeaban Génova fueron objeto de su depredación. Aquí, los bosques no abundaban tanto en animales salvajes como en el norte; y aunque allí estaba prohibida la caza, sin embargo el hambre les hizo desdeñar los peligros. ¡Por añadidura, a menos de un kilómetro de la tienda descubrieron un manantial de agua dulce!

Los genoveses no se mostraron hostiles a los niños, salvo en lo que respecta a vedarles la entrada en la ciudad. Pero tampoco pensaron en prestarles la menor ayuda. Al parecer, no entendían por qué habían ido los niños a Génova. «Tampoco yo lo entiendo —pensó Dolf—. ¿Por qué Génova? Se halla lejos del camino lógico».

Dolf decidió buscar a Augustus. Lo encontró rezando junto a un matorral a corta distancia del campamento. Se sentó junto a él y lo cogió amablemente del brazo.

—Dom Augustus…

—¡Déjame solo! —replicó el fraile entre sollozos.

Se caló la capucha del hábito y se ocultó la cara entre las manos.

—¿Estás enfermo, Dom Augustus?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Del mar…

Dolf pensó que estaba empezando a entender la angustia de Augustus. Si Nicolás no conseguía dominar el mar, nadie sabía qué podría suceder y los jefes de la Cruzada se verían forzados a admitir que habían engañado a los chicos.

—Yo también tengo miedo, Dom Augustus —reconoció Dolf preocupado—. Dudo como vos. En realidad no creo que el milagro se vaya a producir.

El fraile levantó la cabeza y miró sorprendido al muchacho.

—No se trata de eso —murmuró.

—¿Creéis en el milagro?

Augustus meneó la cabeza.

—Las naves —susurró—. No puedo dejar de pensar en los pobres niños que metieron en Marsella en aquellas naves.

Dolf no sabía de qué le estaba hablando.

—¿Qué niños?

—Los niños franceses, hace cinco semanas.

Dolf seguía sin entender.

—Cuando el mar no separó sus aguas ante ellos, los llevaron a bordo de cinco naves —murmuró el fraile—. De esas cinco, tres zozobraron en una tempestad. Se dice que las otras dos lograron llegar a la costa de Túnez, donde los chicos…

Se calló abrumado por la tristeza.

—Dom Augustus, no entiendo nada de lo que decís. ¿Quiénes eran esos chicos y qué hacían en las naves?

—Los barcos los aguardaban en Marsella.

—Sí. Pero ¿por qué?

De repente Dolf recordó que Leonardo le había hablado de otra cruzada de niños en Francia. Era muy semejante a ésta y había partido al mismo tiempo.

—Dom Augustus, ¿no podéis ser más explícito? ¿Qué les sucedió a esos chicos y por qué fueron a Marsella?

—Era una trampa. Iban conducidos por dos hombres y por un zagal. Los chicos creían que se dirigían a Tierra Santa y que Esteban, el pastor, ordenaría al mar que dividiera sus aguas ante ellos. Pero el mar no se dividió, y los chicos se sintieron terriblemente decepcionados. Hacía ya una semana que aguardaban los cinco barcos, y los jefes dijeron a los niños que no se desesperaran, porque las naves los conducirían a Tierra Santa.

—¿Y por qué fueron a Túnez?

—¿No lo entiendes, Rudolf? Los chicos fueron llevados a los mercados de esclavos de África del Norte. Esa había sido la intención desde el principio.

—¿Cómo?

Transcurrieron unos minutos antes de que Dolf comprendiera toda la magnitud de lo que se le decía; pero lentamente captó las dimensiones de la traición.

—Así que los niños… iban destinados… ¡Pero eso es terrible! Y tratáis de decirme, Dom Augustus, que también estos chicos…, que hay naves en el puerto de Génova para llevarnos a África, donde nos venderán como esclavos. ¿Es eso lo que queréis decir?

El hombre asintió con los ojos bajos y sumido en la vergüenza.

—Así que… por eso teníamos que venir a Génova… Gran Dios, eso…

Dom Augustus, sentado y silencioso, se obstinaba en no alzar la cabeza.

—¿Tratáis de decirme —murmuró Dolf horrorizado— que también aquí, en Génova, hay barcos que esperan llevarse a los niños a África, cuando ellos piensan que irán a Palestina?

El hombre afirmó con la cabeza.

—¿Y tú… tú vas a dejar que eso suceda?

—¡No! —gritó el fraile—. No puedo, no. Le he suplicado a Anselmus, pero no ha querido oírme. Está resuelto a no perder sus bolsas de plata.

—Es decir, que todo estaba planeado —casi escupió con ira sus palabras —. Sabía desde el principio que los niños eran engañados con ese cuento de hadas. E imaginaba que tras todo ello había una misteriosa traición. Dom Augustus, ¿desde hace cuándo la sabéis?

El hombre no respondió.

—Lo supiste siempre, ¿verdad? ¿Ya en Colonia? —pregunto Dolf aún incrédulo. Pero el fraile no respondía—. ¿Tú… tú lo planeaste?

—¡No! No fui yo. Ni Anselmus. Pero nosotros lo pusimos en práctica.

—¿Quién fue, entonces? ¿Quién concibió ese plan de reunir a miles de niños y embaucarlos con falsas promesas para conducirlos a la esclavitud? ¿Quién?

Augustus se encogió de hombros.

—¿Quizá Anselmus?

Un nuevo silencio.

—Por favor, Dom Augustus, decidme algo. ¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé —murmuró el hombre, desesperado—. Hemos llegado con retraso. Ruego a Dios que sea demasiado tarde y que las naves hayan partido ya.

—¿Demasiado tarde?

—Estamos a mediados de agosto y deberíamos haber llegado a Génova hace un mes.

—Por eso tenía Anselmus tanta prisa. Por eso nos acuciaba a que corriéramos más y se desesperaba ante cualquier demora.

Augustus asintió.

Dolf no podía aún comprender la enormidad de todo aquello. Le parecía increíble que existiera alguien dispuesto a vender como esclavos en África del Norte a miles de niños inocentes.

—Jerusalén no está en el norte de África —añadió lentamente.

—Lo sé yo, lo sabe Anselmus y lo sabes tú. Pero los chicos nada sospechan.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué una cosa semejante? —preguntó Dolf desesperado.

—Nos prometieron mucho dinero. Cuando llegáramos a Génova recibiríamos un denario por cada chico fuerte y sano.

—Caramba, no está mal —comentó Dolf sin poder evitarlo.

Para entonces ya sabía apreciar el valor de la plata en el siglo XIII.

—¡Siete mil denarios! ¡Eso es una fortuna!

Augustus asintió. Luego empezó a temblar como si estuviera helado.

—Pero ya no lo quiero —susurró—. No puedo aceptarlo. ¡Son tan inocentes todos esos chicos! No sospechan nada y anhelan llegar a Jerusalén. Rudolf, he llegado a quererlos.

Dolf asintió. Pero cuanto más meditaba, mayor horror sentía. Se imaginaba a María en los mercados de esclavos de Túnez, y a Hilda, Frida y Bertho, a Peter, Frank y Cari… Era impensable.

—Hay que impedirlo, Dom Augustus.

El hombre se humilló.

—No me llames Dom. No merezco ese tratamiento.

—¿No sois monje?

—No, ahora no… Oh, Rudolf, hubo un tiempo en que yo tenía buen corazón y quise ser un hombre de Dios. Pero fui demasiado débil y me expulsaron del monasterio por indigno. Fue una época terrible. Carecía de futuro y de ocupación. Me hice un vagabundo y tuve que robar para vivir. En Génova conocí a Anselmus, que se hallaba más o menos como yo. Pero era más listo… y tenía menos escrúpulos. Frecuentaba la compañía de los peores villanos, piratas y contrabandistas… Un nombre llamado Boglio, al que él conocía, nos pidió ayuda. No sé a quién se le ocurrió el plan; pero

Boglio nos aseguró que en Túnez se pagaban muy bien los chicos fuertes y rubios del norte. A los árabes les gustan.

Dolf tembló de indignación, pero trató de dominar la cólera que le producían aquellas palabras. Deseó saltar sobre Augustus y asirlo por el cuello…, pero logró no perder la calma.

—¿Y tú aceptaste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía otra alternativa. Además, no me pareció demasiado grave la cosa.

—¿Qué no te pareció grave engañar a unos chicos y enviarlos a la esclavitud? —preguntó Dolf lleno de perplejidad.

Una vez más Augustus inclinó la cabeza.

—Se dice que los árabes son amos humanitarios y que sus esclavos viven bien con tal que acepten su condición. ¿Y qué clase de chicos encontraríamos? Huérfanos y miserables, siervos indómitos que se hubieran dado a la fuga. Vagabundos que vivieran de timos, de la mendicidad y del robo, todos los cuales morirían jóvenes, bien en el patíbulo o bien por los rigores invernales. Casi me parecía una acción cristiana reunirlos y venderlos. Así irían a un país cálido, donde las gentes son ricas y civilizadas y donde su vida sería mucho mejor de lo que hubieran podido imaginar…

—¡Pero como esclavos!… —exclamó Dolf.

—Sí.

—… y además de infieles.

Augustus asintió avergonzado.

—¿Y por qué tenían que ser del norte?

—Porque a los paganos les gustan rubios y de tez pálida. Además aquí, en el sur… Los caballeros de la Lombardía y la Toscana nunca se han interesado mucho por las cruzadas. A los italianos les encanta ganar dinero con los cruzados, pero no unirse a ellos. En el norte, por el contrario, el ir a las cruzadas es casi una tradición y continúa vivo, en especial entre las personas sencillas, el deso de liberar Jerusalén. Los nobles ya no se muestran tan entusiasmados, pero es fácil seducir a los chicos con esa idea. Anselmus y yo procedemos de la Lombardia, pero hablamos bien el alemán. En consecuencia, nos dirigimos a los estados germanos para ver

cuántos chicos podíamos reunir. Su número fue mucho mayor del que habíamos esperados: eran demasiados para las seis naves que aguadaban.

—¡Qué infamia! —murmuró Dolf—. Abusasteis de su confianza y de su devoción. Los engañasteis on el mito de la resplandeciente Ciudad Blanca. Y todo el tiempo sabíais… ¿Cómo pudiste hacerlo, Augustus? ¡Estos chicos maravillosos que tan valientemente han superado todas las dificultades, que… que por fin han descubierto el significado de la libertad…! ¡Queríais venderlos como esclavos!

—Ahora no podría hacerlo —susurró el hombre, abatido—. Los quiero demasiado… Ah, Rudolf. Tú no lo entiendes. Los considero míos. Los he visto defenderse contra los animales salvajes, contra los salteadores, contra las inclemencias del tiempo… Los he visto ayudarse unos a otros. Rudolf, ayúdame tú ahora. No deben convertirse en esclavos. No son criaturas inútiles; todos son maravillosos seres humanos. Es preciso salvarlos.

—Tienes razón; pero ¿cómo?

Dolf se sumió en una profunda reflexión. Había advertido que el arrepentimiento de Augustus era sincero. Deseaba alegrarse de que aquel hombre hubiera sido incapaz de seguir adelante con tan monstruoso plan, pero su cólera era demasiado grande para eso.

—Tenemos que detenerlos —añadió Augustus, quien, aliviado del peso de su secreto, había recobrado cierta confianza—. Tenemos que evitar que los lleven a los barcos.

—¿Siguen aquí las naves? ¿Nos han esperado al fin y al cabo? —preguntó Dolf bruscamente.

—No estoy seguro. Anselmus ha ido ésta tarde a la ciudad en busca de Boglio. Rezo para que sea demasiado tarde; pero no estoy seguro…

Súbitamente, Dolf tuvo un pensamiento.

—¡Nicolás! —gritó—. ¿Sabe Nicolás por qué han sido traídos aquí los chicos?

—No. Cree en la Cruzada.

—¿Y cómo conseguisteis engañarlo y hacerle creer que era un santo capaz de realizar milagros?

—¡Ah! Fue muy fácil. A finales del invierno, Anselmus y yo cruzamos las montañas y nos dirigimos al norte. Buscarnos un zagal de robusta apariencia y lo embaucamos con «milagros». Una noche hicimos una cruz de madera, le prendimos fuego y la alzamos en el aire sobre una colina, de forma que pudiéramos verla sin ser observados. El se arrodilló y alzó sus manos al cielo. Rápidamente bajamos la cruz y la apagamos. Luego Anselmus hizo bocina con sus manos y dijo con voz hueca y profunda: «Dios te llama, hijo mío». Todavía no conocíamos su nombre. Recurrimos a muchos trucos más. Aquella misma noche, mientras dormía —al raso porque no tenía casa—, nos arrastramos hasta donde él estaba, y Anselmus comenzó a murmurarle al oído toda clase de cosas. Le dijo que estaba oyendo la voz de un ángel que le ordenaba conducir a Tierra Santa un ejército de niños. Se despertó a medias y siguió escuchando, paralizado por el terror y la sorpresa. Aunque te parezca increíble, jamás dudó de su sagrada misión. Por fin habíamos hallado la persona.

—¿Por fin?

—Sí; ya habíamos ensayado el truco en dos ocasiones. En la primera, el muchacho corrió chillando hacia una ciénaga y se ahogó. El de la segunda también echó a correr, pero fue directamente al párroco de su pueblo y le contó todo. Así que hubimos de renunciar. Pero Nicolás creyó inmediatamente que había sido elegido por Dios. Debe tener una elevada opinión de sí mismo.

—Claro que la tiene —reconoció Dolf—. ¿Y qué pasó después?

—Seguimos engañándolo durante tres noches con el fuego mágico y las voces de seres invisibles. Luego advertimos que, creyéndose un elegido de Dios, empezaba a descuidar su rebaño. Nos acercamos a él abiertamente en mitad de un camino, vistiendo, como es lógico, nuestros hábitos. Nos arrodillamos ante él en señal de veneración y le dijimos que en una visión se nos había revelado que él era el elegido para conducir a Tierra Santa un ejército de inocentes, y que nosotros habíamos sido designados para ayudarle.

—¿Y cayó en la trampa?

—¿Cómo?

—¿Os creyó inmediatamente?

—Sí. Los tres abandonamos la comarca y fuimos a Colonia. Por el camino. Nicolás dedicaba todo su tiempo a la predicación. Pronto reunimos un numeroso séquito. Cuando llegamos a Colonia teníamos ya centenares de niños, y Nicolás era aún más diligente. Predicaba diariamente en la plaza que hay frente a la catedral, y los niños acudían a reunirse con nosotros. Dos semanas antes del domingo de Pentecostés salimos de Colonia. Todavía se nos unieron chicos de la comarca circundante. Estando en Colonia, Anselmus y Nicolás fueron llamados por el arzobispo. Me alegró no estar presente en la audiencia. Todavía no sé cómo lograron convencer al arzobispo del carácter sacro de su misión. Pero Anselmus es astuto. El resultado fue que el arzobispo nos dio un carromato, dos bueyes blancos y una tienda. Como sabes, incluso envió con nosotros a su sobrina Hilda y a Carolus para que la cuidara. Anselmus se mostró muy preocupado cuando a la hora de partir se nos unieron más chicos de sangre noble. Sabía que a nadie le preocuparía no volver a saber nada de vagabundos y huérfanos; pero si llegaba a conocerse que habían sido vendidos como esclavos hijos de la nobleza tendríamos graves problemas.

—Temía la venganza de sus padres, ¿no es cierto?

—Sí, pero por fortuna no eran muchos y fueron tratados con gran respeto.

—Lo sé —repuso Dolf con acritud.

—Por eso me alegró que Fredo se marchara antes de iniciar la ascensión de las montañas. La otra dificultad estribaba en que nunca creímos que siguieran a Nicolás tantos niños; así nuestro caminar fue más lento. Además surgió el problema de alimentarlos. Y luego llegasteis Leonardo y tú. Aquello cambió todo. Al principio creímos que eras hijo de un noble porque te mostrabas muy seguro de ti mismo. Nos reprochaste que no cuidábamos de los chicos, y tenías razón. Yo estaba avergonzado y empezaba a cansarme de todo aquel proyecto. Me pareciste enviado por el cielo porque nos enseñaste a organizamos mejor. Así murieron menos chicos. Pero, aun así, no confié en ti enteramente.

—¿Qué quieres decir?

—Que te preocupabas tanto del bienestar de los chicos que sospeché que Anselmus y tú pretendíais lo mismo.

—¿Quieres decir que me tomaste por un mercader de esclavos? —preguntó Dolf lívido de rabia.

—En algunas ocasiones, pero jamás estuve seguro. Le pregunté a Anselmus. Este evadió mis preguntas, pero advertí que te odiaba y trataba de utilizarte como a Nicolás.

Dolf se esforzaba por entender los retorcidos pensamientos de la mente de Augustus; pero no era fácil.

—Pensé que eras un siervo del diablo —añadió Augustus en un susurro —. Aquel plan odioso sólo podía haber sido obra del demonio, y tú ayudabas verdaderamente a Anselmus haciendo que los niños siguieran con vida… Cada vez que había una demora me sentía encantado, porque cuanto más tiempo nos costara llegar a Génova, más probabilidades había de que los chicos pudieran escapar a su destino. Luego descubrí que tú tampoco querías que se dieran más prisa, y de nuevo me sentí inseguro. Cuando sobrevino la muerte escarlata juzgué que debía ser un signo del cielo: Dios no quería que llegáramos a Génova. Pero ¿qué hiciste tú? ¡Venciste al mal! Ya no entendía nada.

—Deberías haberme dicho todo esto hace mucho tiempo, Augustus.

—Sí, ahora lo comprendo; pero no me atrevía. Tenía miedo de Anselmus. Si hubiera descubierto que yo ya no quería que los chicos fueran a parar a la esclavitud, me habría arrojado desde una montaña. Pero tampoco tenía entera confianza en ti… Recé durante todo el viaje para que se produjera un milagro, algo que nos obligara a dar la vuelta. Cada calamidad era una alegría para mí. Pero los chicos no renunciaban a su esperanza. Estaban resueltos a ver el mar y el milagro que Nicolás les había prometido. Oh, Rudolf, ¿qué podemos hacer ahora?

—Advertir a los chicos e impedir que Anselmus se ponga en contacto con los corsarios.

—Ya le supliqué que no lo hiciera.

—A un hombre como Anselmus no se le debe suplicar. La única manera de impedir semejante villanía es matarlo —dijo Dolf toscamente.

—Tienes razón, Rudolf. Anselmus es despiadado.

—Ya es hora de que también tome él un poco de su propia medicina —repuso Dolf encolerizado.

—Pero ¿qué puedes hacer? Si intentas decir a los chicos lo que Anselmus proyecta realizar, no te creerán. Y si Anselmus descubre que estás al tanto de sus planes te asesinará.

—Y a ti —añadió Dolf.

Augustus se puso a temblar.

—Ya es demasiado tarde —murmuró el muchacho súbitamente—. Anselmus ha ido a la ciudad…

—¿Sabes? —le interrumpió Augustus—. Aguarda con ansiedad el momento en que te subas a bordo de una de esas naves. La idea de que tú, con toda tu fuerza e inteligencia, seas vendido en un mercado tunecino de esclavos lo llena de una cruel alegría.

Dolf abrió la boca, pero prefirió no decir nada. Augustus tenía razón. Empujado por el deseo de proteger a María y a los demás, Dolf se habría ido con ellos sin sospechar nada.

—¡Por el cielo! —gruñó—. ¡Yo haré que ese malvado Anselmus pague por todo esto!

—Sí, hazlo, Rudolf. Eres fuerte e inteligente. Y no tienes miedo.

—¿Y tú sigues temiendo?

Augustus volvió la cabeza avergonzado.

—Sí —murmuró—. Estoy asustado. Soy un pecador y no quiero morir todavía, porque me condenaría.

—Augustus, ¿por qué ahora confías en mí de repente?

—No de repente…; hace ya tiempo que confío en ti. Vi cómo te odiaba Anselmus y cómo trató de acabar contigo ante el tribunal de los niños. Entonces supe que no eras cómplice suyo, sino su mayor enemigo.

—¿Y por qué no me dijiste lo que pretendía Anselmus?

—No me atreví…; pensaba…, esperaba… que Dios intervendría. Creía que no nos dejaría llegar a Génova. Pero…

—¡Pero hemos llegado!

El hombre calló, abatido.

—¡Si me hubieses dicho antes todo esto! Si me hubieras hablado, quizás Carolus seguiría aún con vida —dijo Dolf, y de repente rompió a llorar.

—Sí —tornó a murmurar angustiado aquel hombre—. Pero no me atrevía. Estaba asustado… soy un cobarde, Rudolf. Tú, en cambio, tienes valor. Debes quitarme esta carga. Soy demasiado débil. ¡Tienes que detener a los chicos! No pueden subir a las naves. Sería su ruina, Rudolf…

—Claro que los detendré —exclamó Dolf.

—¿Qué piensas hacer?

En realidad, Dolf no tenía ninguna idea. ¿Decírselo a los chicos? Sería muy sencillo. Pero ¿le creerían? Estaban demasiado ilusionados con el sueño de la Ciudad Blanca. Trató de ordenar sus pensamientos, pero no lo consiguió. La confesión de Augustus había constituido un choque para él. Pero no había tiempo que perder. Probablemente, Anselmus estaba ya con sus compinches preparando el embarque de los chicos.

¿Cómo se prepara el embarque de miles de chicos que están aguardando un milagro y que probablemente estallarán de furia cuando al día siguiente no se materialice el milagro?

—Augustus, ¿qué pretende hacer Anselmus mañana? ¿Estará allí cuando Nicolás trate de *realizar* su milagro?

—No. Aparecerá cuando los niños contemplen las aguas decepcionados, hecho añicos su sueño de ver a Jerusalén. Entonces les comunicará de repente la noticia de que Dios ha realizado un milagro distinto y les ha proporcionado naves.

—Exacto. Y los chicos irrumpirán en las naves sin dudar, cantando de alegría. ¿No es así?

—Sí, algo parecido.

Dolf lanzó un profundo suspiro. ¿Cómo podía él disuadir a siete mil chicos histéricos? Pero no estaba solo. Augustus tendría que ayudarle. Y precisaría la asistencia de todos sus amigos.

—Augustus, ¿puedo contar contigo? ¿Puedes sobreponerte al miedo a Anselmus y ayudarme a detener a los chicos, aunque sólo sea para salvar tu propia alma?

—Rudolf, yo… sí.

—De acuerdo. Entonces lo primero que tienes que hacer es hablar con Dom Thaddeus y contarle todo; todo, recuérdalo. Es un hombre bueno y sabio. No tiene la menor sospecha de esta malvada conjuración y posee una considerable influencia sobre los chicos. Quizá conozca alguna forma de detenerlos.

Augustus volvió a temblar; a Dolf le sorprendió que aquel individuo tuviera más miedo al cordial Dom Thaddeus que al enfurecido Rudolf de Amsterdam.

—No te demores, Augustus —el muchacho se puso en pie de un salto —. No hay tiempo que perder. Hemos de actuar inmediatamente.

—Dom Thaddeus me maldecirá —murmuró el hombre pálido de miedo.

—No. Te perdonará de todo corazón —le aseguró Dolf cogiéndolo del brazo y obligándole a caminar.

Hallaron a Dom Thaddeus en un rincón del campamento, donde Hilda cuidaba a los enfermos. Dolf dejó a los dos hombres y fue en busca de Leonardo. Anochecía y se encendían las hogueras. Dolf encontró a sus amigos cenando.

Cogió un puñado de gambas cocidas y se dirigió a Leonardo.

—Tengo que hablar contigo inmediatamente.

Sin concederse un respiro, Dolf repitió lo que le había dicho Augustus. Leonardo lo escuchó en silencio.

—Tenemos que hacer algo —concluyó Dolf desesperadamente—. ¿Cómo podríamos explicar a los niños que han sido engañados?

Leonardo reflexionó. También él estaba intrigado, pero no perdió el control de sí mismo.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó serenamente.

—Impedir que los chicos suban a las naves.

—Sí, claro.

—Pero ¿cómo? —preguntó Dolf desesperado.

—¡Oh! Es muy sencillo. Ninguna nave puede dejar el puerto de Génova si lo prohíbe el duque.

—¿El… el duque?

—Sí, el duque de Génova. Es un hombre muy poderoso —replicó Leonardo—. Escucha, tú quédate aquí. El momento crucial será mañana y debes preparar a los vigilantes. Yo iré a la ciudad con Hilda de Marburgo.

—¿Qué pretendes hacer en la ciudad? ¿Y por qué con Hilda?

—¡Rudolf! Utiliza tu cabeza, por favor. Soy Leonardo Fibonacci de Pisa, hijo de un rico mercader. Mi padre tiene relaciones muy influyentes en Génova. Conseguiré cartas de recomendación que me permitirán entrar en el palacio del duque. Contaré todo al duque. A él no le preocupará el futuro de unos niños alemanes sin hogar; pero no permitirá que sean vendidos como esclavos los hijos de la nobleza cristiana. Por eso debe venir conmigo Hilda, para demostrar que no se trata de un ejército de desharrapados.

—¿Crees que conseguirás ver al duque?

—Tengo que verlo, sea como sea. Pero hay algo más. Hemos de informar inmediatamente al obispo de Génova. Todos los chicos son cristianos, y el obispo no puede tolerar que sean vendidos a infieles. ¿Lo sabe ya Dom Thaddeus?

—Le he dicho a Augustus que se lo contara.

—Bien. Entonces lo mejor será que Hilda y yo vayamos a ver al duque, y que Dom Thaddeus informe al obispo.

—¿No es demasiado tarde para entrar en la ciudad? No os dejarán pasar.

—A mí no me detiene nadie —repuso Leonardo serenamente.

Dolf le estrechó la mano agradecido.

—¿Qué haría yo sin ti, amigo mío? —añadió emocionado.

—Sí. Eso mismo me pregunto yo a veces —replicó el estudiante desenfadadamente. Se alejó hacia una hoguera y se inclinó sobre la soñolienta María.

—He de dejarte por unos días, querida. Cuida de Rudolf y piensa en mí de vez en cuando.

—Leonardo, ¿qué vas a hacer? —preguntó la chica sorprendida.

—Salvarte, querida.

Le dio un beso, desató la mula y desapareció. María corrió hacia Dolf.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué se marcha Leonardo? ¿Se va definitivamente a Bolonia?

—No, aún no, María. Volverá pronto —le dijo Dolf para tranquilizarla. Pero no estaba muy seguro de que volviera.

Dolf miró a su alrededor. El campamento estaba tranquilo. Los chicos comían, reían y hablaban de su futuro. El tenía que ponerlos en guardia, pero aún no sabía cómo.

—¿No quieres cenar? —le preguntó María preocupada.

Dolf tragó algunos bocados abstraído y lanzó un suspiro. Había viajado durante semanas y ahora todo se iba a decidir en unas horas. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo revelar la noticia a los chicos?

—¿Puedes decirme qué está pasando? —le preguntó María.

Dolf la miró. Después observó a Peter, a Frank, a Bertho y a Cari. Pensó en Frida y en todos los otros pequeños pero valientes jefes. ¡Y de repente supo la respuesta!

—Sí —dijo—. Celebraremos consejo.

17
Consejo en la playa

DOLF pidió a Peter y a Frank que convocaran a los jefes de las diversas secciones de vigilantes. En muy poco tiempo se vio rodeado por unos cien chicos y chicas.

—Escuchadme —les dijo—. Tenemos que celebrar consejo; pero no aquí. Vámonos a la playa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Bertho.

—No. Pero está a punto de pasar, y tenemos que estar preparados.

Dolf condujo al grupo hasta un arroyuelo que corría entre las rocas. Allí no podían escucharlos. Hacía ya tiempo que se había puesto el sol; pero aún no había oscurecido por completo. La luna se alzó sobre las copas de los pinos e iluminó las aguas con sus rayos plateados.

Los chicos se reunieron en torno a Dolf y a María y miraron expectantes a su jefe.

—Ya sabéis que Nicolás está en la tienda, ayunando y rezando. Se prepara para el milagro —empezó a decir Dolf, que aún no sabía cómo comunicar a los niños la mala noticia. Estos asintieron entusiasmados—. Porque Nicolás cree —añadió con tanta lentitud como si estuviera explicando una lección en la escuela— que el mar se dividirá ante él tan pronto como… tan pronto como ordene que…

Todos asintieron de nuevo entusiasmados.

—¿Creéis que sucederá eso?

—Así nos lo prometieron —replicó Frank con voz queda.

—Sí; lo sé. Pero hay un problema.

Ahora lo miraban preocupados.

—Jerusalén —prosiguió empezando a sudar— no está al otro lado de este mar. Se halla a más de trescientas leguas hacia el este, allí —dijo señalando vagamente en aquella dirección.

—No lo entiendo —repuso Frida acongojada.

—Pronto lo entenderás —prometió Dolf—. Amigos míos, os ruego que me creáis. Hace tiempo, un hombre anciano y sabio me enseñó cómo está distribuido el mundo y dónde se hallan los países y las ciudades. Al otro lado de este mar se encuentra África, donde todos son infieles.

—¿África?

Al parecer habían oído alguna vez el nombre.

—¿La región de donde vienen los leones? —preguntó Peter con acento de incredulidad.

—Sí, África. El país de los animales salvajes. Es también un país donde no acogen muy bien a los cristianos.

—No tememos a los infieles. Les haremos huir —gritó Cari.

—Quizá. Pero nosotros íbamos a atacar a los turcos en Tierra Santa, no a los mahometanos de Túnez, en la costa septentrional de África. Con éstos no tenemos nada que ver.

—¿No son los mismos? —preguntó Frida.

—No, en manera alguna. Sabéis que el mundo es enorme, ¿verdad? Hemos tardado muchas semanas en llegar a Génova. Sin embargo, aún no estamos a mitad de camino de Jerusalén.

—Jerusalén se halla al otro lado del mar —añadió Peter con obstinación.

—No, Peter. Para llegar a Jerusalén hay que cruzar el mar, pero no por aquí. Al otro lado de este mar se halla África, Por eso me he preguntado durante semanas por qué Anselmus nos traía por aquí. No lo entendía. Pero ahora ya lo sé.

—Nos dijeron que el mar se dividiría en Génova —dijo un vigilante fornido cuyo nombre no conocía Dolf—. Porque eso fue lo que Dios les prometió. ¿Cómo puedes negar eso?

Había llegado el momento de decirlo.

—Dom Anselmus os ha engañado.

Se produjo una consternación general y hubo murmullos de indignación.

—Porque —Dolf prosiguió sin pausa— Anselmus no es sacerdote. Tampoco es fraile. Es un aventurero, un truhán.

—¡Sabe leer! —gritó Frida.

—Sí, ha recibido una buena educación. Quería ser sacerdote. Pero se desvió y fue expulsado de la escuela.

—Rudolf de Amsterdam, ¿tratas de decirnos que Nicolás no es santo? —dijo alguien a sus espaldas con voz amenazadora.

—¡Nicolás ha oído las voces de los ángeles y ha visto una cruz en llamas! —gritó otro.

—Sí, lo sé. Nicolás no ha mentido. Ha sido engañado como todos nosotros.

—¡Dios no engaña a nadie! —exclamó Frank.

—Dios no, pero Anselmus sí. Si me escucháis un momento, os contaré cómo se desarrolló todo. La cruz en llamas que vio Nicolás era una cruz de madera normal, hecha por Anselmus, que fue también quien le prendió fuego. El llevó esa cruz a una colina para que Nicolás creyera que había tenido una visión. Nicolás no sabía que lo estaba engañando un villano.

Los niños estaban petrificados.

—Y las voces de los ángeles —prosiguió Dolf— fueron también un engaño. Anselmus necesitaba poder presentar a un zagal como santo. Quería que Nicolás se convenciera de que era un elegido del cielo. Por eso le susurró palabras piadosas mientras dormía. Y Nicolás creyó que había oído voces de ángeles.

—¿Cómo te has enterado de todo esto? —preguntaron algunos con cierto recelo.

—Eso os lo diré luego. Todavía no he terminado mi relato.

—No entiendo nada —dijo María de repente—. Dices que Anselmus engañó a Nicolás. Bien. Anselmus me resulta antipático y lo creo capaz de eso. Pero ¿por qué lo ha hecho? No habrá sido sólo por diversión.

—No, no. Tienes razón. Anselmus es lombardo, y ya habéis podido comprobar que los lombardos no son de fiar.

En su interior, Dolf se avergonzó de recurrir a una argumentación tan absurda. Pero tenía que conseguir que los niños le creyeran y eso le obligaba a apelar a sus sentimientos. Todos recordaban la batalla del río Oglio, en la que habían perdido la vida más de treinta muchachos valientes. Dolf vio que los chicos y las chicas asentían sin reservas.

—Son una canalla —oyó decir a uno.

—Ahora escuchad atentamente. Anselmus concibió un plan astuto. Viajó por los estados alemanes buscando chicos para los mercados de esclavos de África del Norte. Sabía que ningún chico lo seguiría si le decía que lo iba a llevar a África y para venderlo a los infieles. Por eso inventó una sarta de mentiras sobre la peregrinación a Jerusalén y el pastor elegido. Pensó que si lograba encontrar a un muchacho que se creyera enviado por Dios, nadie descubriría el engaño. ¿Comprendéis ahora?

El grupo necesitó tiempo para digerir todo aquello. Dolf prosiguió:

—¡Oíd! Anselmus quería traeros a Génova porque tiene amigos que lo aguardan aquí, seis capitanes piratas con sus naves vacías. No son suficientes para transportar a siete mil chicos, ni siquiera hacinados. Pero eso no le preocupa a Anselmus. Seleccionará a los más sanos y los de mejor apariencia y los meterá en las naves. A los demás los dejará abandonados a su suerte.

—Pero si el mar se divide no necesitaremos nave alguna —dijo Cari.

—No. Pero ¿se dividirá el mar? Así lo cree Nicolás, pero Anselmus no opina lo mismo. Sabe que eso no sucederá y que mañana sufriréis una profunda decepción. Porque no fue Dios quien hizo las promesas a Nicolás; fueron dos falsos frailes, dos villanos que pretendían conducir a la esclavitud a miles de chicos. ¿Creéis que Dios va a separar las aguas del mar para que podáis ir a pie a los mercados de esclavos? Porque eso es todo lo que hallaréis al otro lado del mar. Allí no está Tierra Santa, allí no está Jerusalén rebosante de sarracenos atemorizados. Allí sólo hay una costa árida y cálida con ciudades pobladas por árabes dispuestos a pagar mucha plata por esclavos del norte.

—Pero nosotros no hemos visto nave alguna —señaló Frank dubitativo.

—No. Creo que están en el puerto. Escuchad, hemos sufrido diversas demoras a lo largo del camino que nos ha traído a Génova. Hemos tardado más de lo que calculaba Anselmus. ¿No recordáis lo que le preocupaba que nos retrasáramos? Le angustiaba la posibilidad de que las naves no esperasen. Creedme, amigos míos, conozco sus planes. Mañana, cuando el mar permanezca inmutable a los pies de Nicolás, Anselmus vendrá a vosotros y os dirá: «Queridos niños. Dios ha escuchado las oraciones de los genoveses, que tienen su sustento en el mar, y no ha permitido que sus aguas se separaran. Pero en su gran misericordia ha realizado otro milagro: nos ha enviado naves que os llevarán a Tierra Santa. Os están esperando. ¡Seguidme!». ¿Y qué haréis? Correréis, gritando de alegría, llegaréis a las naves y os haréis a la mar. Por fortuna, amigos míos, aún no es demasiado tarde. ¡Todavía tenemos tiempo de impedir que el santo ejército suba a las naves!

—Rudolf de Amsterdam, estás mintiendo —gritó un muchacho de elevada estatura—. Mañana se secará el mar. Nicolás nos lo ha prometido, y Nicolás no miente.

—Amigo. Desearía que fuese verdad —replicó Dolf—. También a mí me gustaría ver ese milagro: pero te juro por lo más sagrado que eso no sucederá, porque Nicolás ha sido engañado por Anselmus.

Para reforzar el efecto de sus palabras sacó de debajo del jersey la medalla de la Virgen y la besó. Un murmullo de aprobación saludó ese gesto.

—Pero ¿cómo has averiguado todo eso, Rudolf? —preguntó María con acento indignado.

—¿Y desde cuándo lo sabes? —preguntó Peter velozmente.

—Desde hace unas horas y, por lo que se refiere a la primera pregunta, olvidáis que Anselmus no estaba solo cuando engañó a Nicolás con falsos milagros y visiones; había otro hombre, su compañero en el delito.

—¡Dom Augustus! —exclamó Frank, comprendiendo de repente.

—Precisamente. Y Augustus no es tan malvado como Anselmus. Es cierto que al principio participó en esos criminales manejos. Pero luego se arrepintió. Cuando murió Carolus, su corazón quedó destrozado. Esta tarde

me lo ha dicho todo. No podía soportar la idea de que los chicos se convirtieran en esclavos de infieles. Por eso me lo ha dicho. Luego ha ido a repetir su confesión a Dom Thaddeus.

—¿También es un mentiroso Dom Thaddeus? —preguntó Frank dubitativo.

—No, Dom Thaddeus sabía de este sórdido asunto tan poco como cualquiera de nosotros.

—¿Dónde están? —gritó una chica histérica de cólera—. Les voy a cortar la cabeza.

—Calma, Martha. Ya no están aquí —repuso Dolf—. Tan pronto como Dom Thaddeus se ha enterado de la monstruosa conspiración, ha marchado a informar al obispo de Génova. Leonardo ha ido también a la ciudad con Hilda de Marburgo. Quieren que los reciba el duque. ¿Y sabéis dónde está ahora Anselmus? Yo os lo diré: está en el puerto. Lo veréis aparecer mañana por la tarde, seguido de un grupo de piratas y diciéndoos que no desesperéis… Cree que su abominable plan todavía es un secreto. Ignora que Augustus ha confesado y nos ha revelado sus intenciones.

—¿Dónde está Augustus? —inquirió airadamente Frida.

—Sí, que nos lo diga él —asintió Frank.

Peter también se puso en pie.

—¿Dónde está?

—Id a buscarlo. Tiene que estar en el campamento —dijo Dolf—; pero no le hagáis daño. Recordad que con su confesión ha tratado de salvaros. Realmente os quiere mucho.

—Pero nos ha hecho venir en vano a Génova —replicó Peter con amargura—. ¿Y qué hizo cuando murieron en la ruta centenares de chicos? Permitió que siguiéramos caminando por las montañas y las llanuras abrasadoras. Y durante todo ese tiempo sabía lo que nos aguardaba en Génova y no dijo una palabra.

—Pero ahora ha hablado, Peter. Y aún hay tiempo.

Los chicos murmuraban y debatían la cuestión entre ellos. Algunos no podían creer aún que hubieran sido tan profundamente engañados. Frida, Frank y Peter fueron en busca de Augustus. Mientras tanto, los chicos

acribillaban a preguntas a Dolf, que pacientemente trataba de responderles. Con conchas de la playa hizo sobre una peña una especie de mapa para demostrarles que frente a Génova estaba África y que Jerusalén se hallaba mucho más al este. Media hora más tarde, los otros regresaron sujetando a Augustus de una mano. Al ver al centenar de chicos y sus rostros amenazadores y encolerizados, retrocedió con miedo.

—No temas, Augustus —dijo Dolf—. Están dispuestos a escucharte. Cuéntales lo que me has dicho esta tarde. Respetan a un pecador arrepentido.

Les contó todo con frases entrecortadas: su oscuro pasado, su desesperación y su anhelo de riquezas. Describió cómo habían engañado a Nicolás. Les explicó cómo había crecido su amor por los niños y, con él sus sentimientos de culpabilidad. Los chicos estaban fascinados. Aunque ahora sabían que un hombre en quien habían confiado era un verdadero villano, no se sentían capaces de odiarlo. Había sido bueno con ellos: los había consolado cuando se hallaban tristes y les había ayudado cuando lo necesitaban. Además, su sincero y profundo arrepentimiento los predispuso al perdón. También hablaba en favor de él el hecho de que hubiera sido incapaz de proseguir con su engaño. En este hombre, el amor se había impuesto al mal, y esa victoria impresionó a los chicos.

Cuando Augustus concluyó su confesión, los niños estaban por fin convencidos de que Dolf decía la verdad.

—Así que ahora lo creéis… —dijo Dolf con alivio—. Entonces escuchad atentamente. Mañana es el día decisivo. Nicolás nada sabe de esto, pues la tienda está vigilada y nadie puede entrar. Además, no nos creería si le dijéramos que ha sido engañado por Anselmus; pero mañana lo averiguará por sí mismo. El mar no se dividirá. ¿Qué sucederá entonces? Los chicos se sentirán al principio decepcionados; después se enfurecerán. Tratarán quizá de asesinar a Nicolás; pero debemos impedirlo, porque él no es culpable. Quizá se rebelen; pero hemos de dominarlos. Por encima de todo hemos de evitar que sean atraídos hacia las naves. He aquí lo que tenemos que hacer: debemos preparar a los chicos cuando falle el milagro: tenemos que proteger a Nicolás cuando no se opere el prodigio; cuando

Anselmus aparezca diciendo que aguardan las naves tenemos que lograr que calle inmediatamente.

El debate prosiguió casi hasta la medianoche. Cuando la luna desapareció por fin, la reunión se disolvió. Los chicos miraron con temor hacia la blanca tienda en que se hallaba recluido Nicolás. Luego, profundamente entristecidos, se acurrucaron junto a sus hogueras y se durmieron.

Dolf sentía temor. Comenzó a afilar su cuchillo y deseó que estuviera allí Leonardo. Se preguntaba si sería capaz de dominar a los fieros vigilantes sin la ayuda de su amigo. No había manera de saberlo. Ni siquiera estaba plenamente seguro de que los chicos confiaran en él.

«Y no me sorprendería —se le ocurrió de repente— que mañana, cuando falle el milagro, Nicolás trate de culparme de todo el desastre».

Abrumado por el temor y las preocupaciones, se quedó dormido.

18
El ajuste de cuentas

EL SOL de la mañana ascendió sobre las colinas de la ciudad, derramó sus rayos dorados sobre el mar y besó a los niños dormidos. Los niños se desperezaron alegremente, recordaron que aquel era el gran día, el día del milagro, y se levantaron felices. Sólo unos pocos acudieron a pescar. Los pequeños, sobre todo, iban de un lado a otro impacientes y preguntaban sin cesar: «¿Aún no es mediodía?». Miraban ansiosamente hacia la tienda impenetrable, preguntándose qué estaría haciendo Nicolás. ¿Rezaría? ¿Dormiría? Lo ignoraban. A la puerta montaban guardia cinco chicos armados de garrotes y no dejaban pasar a nadie. El zagal no aparecería hasta el mediodía. Había que tener paciencia hasta entonces.

Mientras tanto, Dolf y los suyos comenzaron su tarea de preparar a los esperanzados chicos para la desilusión que habían de experimentar. Como es natural, nadie quería creerlos. Los vigilantes se llevaban a un grupo de chicos y empezaban a murmurarles la historia; pero la reacción era siempre una completa incredulidad. Aquello les resultaba tan inverosímil que acudieron directamente a Rudolf de Amsterdam, quejándose llorosos de que otra vez se burlaban de ellos los mayores. Pero Dolf no pudo consolarlos y los envió a Augustus, que se hallaba sentado junto a la entrada del recinto de los enfermos con aire entristecido. Pero tampoco él era capaz de consolarlos.

A medida que avanzaba la mañana iba creciendo la tensión. Los vigilantes mejor armados se habían situado junto a la playa. Sus caras aparecían hoscas, y los niños que ya se habían congregado apartaban tímidamente de ellos sus miradas. Algunos creyeron oír el rugido de los

cielos. De hecho, tierra adentro había estallado una tormenta. Pero sobre ellos el cielo aparecía azul, sin el menor indicio de lluvia. Dolf miró su reloj: eran las once y media. Hacía ya tiempo que ignoraba si el reloj marchaba bien: pero a menudo oía tañer las campanas indicando una hora que no era la suya. Sin embargo, la medición del tiempo en la Edad Media era aún primitiva y corría a cargo de frailes que carecían de instrumentos sensibles y que a menudo sólo eran capaces de hacer suposiciones. Normalmente no le importaba que el reloj le señalara una hora únicamente aproximada; pero en aquellos momentos, mientras la tensión aumentaba a cada minuto, echaba de menos la segura precisión del siglo XX.

Bajó a la playa con María y ambos se subieron a una peña que avanzaba hacia el mar y desde la que se dominaba una amplia perspectiva. No sentía deseos de estar entre los chicos cuando Nicolás hiciera su vano intento de ordenar a las aguas del mar que se separaran. Además, antes le había regocijado la idea de asistir al espectáculo. Pero ahora, cuando se aproximaba el momento, estaba un poco aturdido. Presentía que Nicolás conseguiría cargar sobre él las culpas del fracaso.

Anselmus no aparecía por ninguna parte. Dolf no sabía a ciencia cierta si debía alegrarse de tal circunstancia. Si Anselmus llegaba, advertiría inmediatamente que sus planes habían sido descubiertos. Si no llegaba, ¿cómo iba a probar Dolf que era culpable? No es fácil luchar contra un enemigo invisible.

Mientras tanto, en la playa crecía la excitación. Juzgando por el sol, los chicos podían advertir que estaba ya cerca el mediodía. En cualquier momento comenzarían a sonar las campanas de Génova. La multitud había dejado un sendero despejado desde la tienda a la playa. A la orilla del mar, los niños luchaban entre sí por reservarse los mejores puestos. Muchos habían subido a las cimas de los montículos circundantes, desde donde oirían poco, pero verían todo. El campamento se hallaba casi desierto bajo los árboles.

Dolf observaba atentamente a los millares de chicos que apretados unos contra otros, aguardaban el momento de la verdad. Contempló los impenetrables rostros de los vigilantes y admiró su serenidad. También le

llamó la atención el nerviosismo de los pequeños, que se habían metido en el agua hasta los tobillos. El exuberante Simón gritaba más alto que nadie:

—¡Los sarracenos van a echar a correr! ¡Ah, cómo van a correr!

Nada quebrantaba su fe. Se creería todo lo que le produjera suficiente excitación.

—Allí están —dijo María de repente.

Dolf miró en la dirección que le indicaba y distinguió a cierta distancia del campamento el oscuro hábito de Anselmus. Iba acompañado de tres tipos barbudos. El corazón de Dolf comenzó a latir con fuerza. ¡Había llegado el villano! Al parecer, no sabía nada de las revelaciones de Augustus. Probablemente, los tres hombres eran piratas. Su presencia inquietó a Dolf considerablemente.

Tal vez Leonardo no había logrado una audiencia con el duque. Quizá Dom Thaddeus no había podido convencer al obispo. ¿Qué les habría sucedido a sus amigos? Ahora los necesitaba.

Sólo el tiempo podría proporcionar respuesta a esa pregunta. ¿Y qué hora era? El reloj de Dolf señalaba ya las doce y diez. A cada minuto aumentaba la impaciencia de los niños. Algunos pequeños, incapaces de resistir los empujones y vaivenes de la muchedumbre, habían caído de cabeza al agua y lloraban. Dos vigilantes los sacaron sin muchos miramientos. El murmullo de miles de voces era como el zumbido de un furioso enjambre de abejas desatado sobre la playa. Y de repente, allá lejos, empezaron a sonar las campanas. Inmediatamente se hizo un profundo silencio en la playa. Todas las cabezas se volvieron en la misma dirección: hacia la tienda bajo los árboles.

Se entreabrieron los cortinajes de la entrada y apareció Nicolás. Su apariencia era magnífica. Llevaba la cota de malla y, sobre ella, sus vestiduras blancas. Se ceñía con el cinturón de Carolus. Sus largos y rubios cabellos, cuidadosamente peinados, brillaban al sol.

—El arcángel Gabriel —susurró María.

Y ése era verdaderamente su aspecto.

Parecía haber adelgazado en las últimas veinticuatro horas. Con rostro pálido y tenso, la mirada perdida, comenzó a caminar hacia la playa entre

las murallas vivas que formaban los niños. Le seguían en silencio los cinco muchachos que habían guardado la tienda. Y tras ellos cerraban filas los mudos chicos. Dolf advirtió que el silencio no era sólo de expectación, sino también de duda.

Dolf vio cómo Nicolás se dirigía al mar sin prestar atención a lo que lo rodeaba. Caminaba con las manos juntas a la altura del pecho y la cabeza inclinada. Las campanas habían dejado de tañer. El único sonido era el golpear de las olas contra las rocas. Cuando llegó a la orilla del mar, Nicolás no se detuvo, sino que prosiguió hasta que sus pies descalzos fueron cubiertos por las aguas y la fimbria de su vestidura flotó sobre las crestas de las pequeñas ondas. Entonces se paró.

«¿Qué pasará por su mente en estos momentos?», se preguntó Dolf. Trató de imaginarse en el lugar del zagal, tal como estaba allí de pie frente al mar.

Entonces…

Nicolás levantó los brazos.

—Oh, poderoso mar, te ordeno que te retires ante los hijos de Dios.

Un silencio profundo. Los siete mil niños contuvieron la respiración. Se sentían hechizados por la sencillez de las palabras y el tono de profunda convicción con que fueron expresadas. Era una intensa experiencia la imagen de aquel muchacho y su voz resonando sobre las olas.

Pero el mar siguió como estaba: era una enorme superficie de agua sobre la que brillaban los rayos del sol.

—Mi Señor y Protector, te suplico que hagas que el mar se divida ante tus sagrados hijos que han acudido para liberar Jerusalén.

El profundo silencio sólo fue roto por las olas que azotaban los peñascos, por el agua al retirarse de los guijarros y por el suave susurro de los chicos que expulsaban el aire de sus pulmones.

Pero de nuevo, nada; sólo el ancho, enorme, inquieto océano.

El zagal continuó de pie frente al mar, con los brazos levantados y los ojos fijos en la superficie de agua. Resplandecía la pulida cota de malla, y un soplo de viento agitó el mar e hinchó sus vestiduras. Aquella brisa reavivó la esperanza en los corazones de los niños. ¡Ahora sucedería!

Nicolás se irguió aún más, como si tratara de tocar el cielo azul con las puntas de sus dedos.

—¡Retírate, oh poderoso mar! ¡Retírate ante los hijos de Dios! Déjanos pasar. ¡Es la voluntad de Dios!

El agua se extendía en la distancia, inacabable, profunda y azul. Lejos de la costa, el sol iluminaba las blancas y espumeantes crestas de las olas.

Un gran navío abandonaba el puerto de Génova. Las gaviotas volaban a ras del agua, buceaban en busca de peces; luego se levantaban chillando hacia el cielo azul…

De repente, Nicolás giró sobre sí mismo y chilló:

—¡Rezad, vamos rezad!

Algunos niños trataron de arrodillarse; pero apenas les quedaba espacio. La mayoría, sin embargo, permaneció de pie. No unieron sus manos, ni dirigieron su mirada a las alturas. Tensos, mudos e inmóviles observaban a Nicolás.

—¡Rezad! —les pidió desesperadamente.

Nicolás se volvió de nuevo hacia el mar y ordenó a las olas que abrieran un camino para la Cruzada de los Niños. Chilló con la voz quebrada de desesperación. Se recogió las vestimentas y empezó a avanzar, levantando las piernas como si tratara de caminar sobre el agua. Ya le llegaba a la cintura cuando uno de sus pies descalzos pisó un erizo de mar.

Toda la costa estaba infestada de aquellas terribles criaturas. Cuando se pisaba una de ellas, sus finas agujas se quebraban y permanecían clavadas en el pie. Frida había dedicado buena parte del día anterior a extraer espinas de los torturados pies de docenas de niños. Desde entonces, la mayoría de los chicos fueron a bañarse con los zapatos puestos. Pero Nicolás iba descalzo, y ahora el mar que había tratado de dominar le daba su dolorosa respuesta: ¡No!

Tropezó y volvió a la playa, donde hubo de enfrentarse con los encolerizados rostros de los chicos. Miró a sus ojos y advirtió la amenaza. Rápida y desesperadamente se volvió hacia el mar. Sentía un terrible dolor en el pie, y el mar no le obedecía. El muchacho, que sólo unos minutos antes era para muchos una encarnación del arcángel Gabriel, aparecía ahora

ante ellos como lo que era realmente: un siervo lujosamente vestido pero carente de dignidad.

Una vez más alzó sus manos y gritó sus órdenes al mar. Parecía un general que trata de poner en fuga al enemigo; un mago que intenta arrojar los espíritus malignos al reino de las sombras. Era un pobre zagal que había creído poder ser santo y alterar las leyes de la naturaleza.

El mar lo ignoraba. Golpeaba sin descanso contra sus pies. Se reía de él.

Luego los chicos estallaron. Rudolf de Amsterdam tenía razón. El milagro había fallado. Habían sido engañados, les habían hecho recorrer centenares de leguas con peligros mortales, pasar frío, calor, hambre y calamidades. ¡Y todo por nada! No se pararon a pensar que Nicolás había sido tan burlado como ellos.

El zagal buscó un sitio por donde escapar como un animal acorralado. Aullando y chillando, los niños se lanzaron enfurecidos contra él. Indudablemente, lo habrían hecho pedazos si no hubieran aparecido inmediatamente los vigilantes, apartando a los histéricos niños.

—¡Lo van a matar! —gritó María.

Pero Dolf ya estaba en acción. Saltó de la roca y se abrió camino entre los chicos. Con toda la fuerza de que era capaz cruzó entre la rabiosa muchedumbre. Los vigilantes, por su parte, se dirigieron hacia el centro del hervidero infantil para proteger a Nicolás, quien pudo salvar la vida gracias a la cota de malla.

Estaba tendido sobre los guijarros de la playa; tenía desgarradas las vestiduras y varias heridas en la cabeza. Cuando Dolf se arrodilló junto a el, sintió inmediatamente la presencia de María. Esta levantó tiernamente la cabeza de Nicolás y la apoyó en su regazo. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Alzó los ojos y gritó a los chicos:

—¡Deberíais avergonzaros de lo que habéis hecho!

Lavó la cara ensangrentada con agua del mar. Al sentir el escozor de la sal, Nicolás abrió los ojos.

—¡Dios me ha abandonado! —murmuró con infinita tristeza.

—Dios no nos ha abandonado —tronó en respuesta una profunda voz.

Allí estaba Anselmus. Tras él había tres hombres de mala catadura.

—Queridos niños. Dios no ha dividido el mar —dijo con tono meloso, pero con voz suficientemente alta para que todos le oyeran—. Sin embargo, no nos ha abandonado, sino que ha enviado una flota de naves para que lleguéis sobre las aguas a Tierra Santa.

Dolf saltó hacia adelante. Sus ojos llameaban.

—Mientes —gritó.

Brotaron murmullos entre los chicos.

—Y yo te digo, Rudolf de Amsterdam, que no eres digno de poner los pies en las naves que Dios en su misericordia no^s ha enviado…

—¡Naves de esclavos, querrás decir! —Dolf escupió sus palabras ante la sorpresa del otro—. No temas, ninguno de estos chicos pisará esas naves. ¡Ni Rudolf de Amsterdam ni ninguno de los que aquí estamos seremos vendidos en los mercados de esclavos de Túnez!

Anselmus palideció. Se volvió y habló en toscano con los tres hombres que había a su lado. Brilló un cuchillo. María chilló, y Dolf se lanzó a las piernas de Anselmus. Sorprendido ante este súbito asalto, el hombre perdió el equilibrio y cayó hacia adelante sobre el muchacho.

Por encima del griterío se oyó la voz de Peter.

—¡Aniquiladlos! ¡Aniquilad a los villanos!

Se produjo un tumulto. Anselmus fue separado de Dolf y acometido por centenares de chicos. Cuando los pequeños pugnaban por cruzar sobre él, Dolf creyó que le faltaba el aire paja respirar. La playa parecía un torbellino. El aire rebosaba de gritos y aullidos y del sonido de los golpes. Alguien lanzó un, chillido ya en la agonía. Dolf trató de incorporarse, pero fue derribado otra vez. Después se encontró en el agua, cuya altura no alcanzaba a cubrir su cuerpo. En torno a él reinaba el caos. Finalmente consiguió ponerse en pie y apenas pudo creer lo que veía.

La mayoría de los chicos corrían de vuelta al campamento. Algunos habían tomado a Nicolás y lo conducían a la tienda. María se aferraba al brazo de Dolf y le gritaba algo, pero él no entendía lo que le decía. No lejos de él, algunos cuerpos se arrastraban lentamente por la playa, que se vaciaba de gente. Gritos de terror brotaban de la montaña de chicos que peleaban. Comenzó a disminuir el tumulto y por fin cesaron los chillidos.

Al mirar hacia otro lado, Dolf diviso a los tres marineros, que corrían desesperadamente colina arriba, perseguidos por centenares de niños que aullaban de nuevo…

El grupo de la playa se desintegró y Dolf vio surgir a Peter con sangre en las manos. También distinguió a Bertho, que corría hacia el mar para lavar su ojo hinchado. Renqueando, con las ropas hechas harapos, los chicos retornaban al campamento. «¿Qué habrían hecho?», pensó Dolf. Y de repente lo vio.

Entre jirones de ropas yacía lo que quedaba de Anselmus. Su cara era irreconocible. Su cuerpo aparecía retorcido, como si no le hubiera quedado un hueso sano. Los cabellos habían desaparecido de su cráneo. Dolf sintió que se le revolvía el estómago. Volvió la vista hacia otro lado y vomitó sobre los guijarros, mientras sus ojos se nublaban de lágrimas. Había odiado a Anselmus, pero le repugnaba su destino.

Con piernas temblorosas regresó lentamente al campamento. Uno de los atemorizados niños nobles se presentó ante él y lo condujo a la tienda.

En su interior halló a Frida, afanada en lavar y vendar las heridas de Nicolás.

—¿Cómo está? —preguntó.

—No demasiado mal —replicó Frida—. Arañazos y raspaduras sobre todo. ¿Qué ha pasado en la playa? ¿Por qué han tratado de asesinar a Nicolás? No había hecho daño a nadie.

El muchacho se sintió conmovido ante su simple lógica. Evocó con horror el cuerpo destrozado de Anselmus.

—No, no fue Nicolás —dijo con dificultad—. Cuida de él. Frida.

Luego se apresuró a abandonar la tienda y convocó a algunos de los vigilantes.

—Es preciso enterrar inmediatamente a Anselmus. No podemos dejarlo tendido en la playa.

Descubrió que era incapaz de mirar a Peter a los ojos. Jamás se le había ocurrido pensar que, una vez rebelado, pudiera ser tan peligroso el ejército de los niños. Deseó secretamente que los piratas hubieran escapado.

El campamento era presa de profunda excitación, y Dolf, con todo el cuerpo magullado, se sentía profundamente desgraciado. Tratando de calmar a los chicos, empezó a dar órdenes. Mandó a los pescadores que se dirigieran al agua. Llamó a Bertho y le dijo:

—No hay nada que comer. Reúne a los tuyos e id a cazar.

Ordenó a Frank que pusiera a trabajar a curtidores y zapateros. Envió por agua dulce a varios grupos de chicos y chicas y mandó a otros que fregaran las ollas. Dispuso que los que quedaran hicieran lechos con algas secas. Todo el mundo debía estar ocupado en algo, fuera lo que fuese. La mayoría se plegó a sus deseos; pero persistió la atmósfera de confusión.

¿Qué había sido del piadoso ejército de niños que dos meses antes salía de Colonia entre oraciones, himnos y esperanzas? Los siete mil supervivientes eran ahora más ejército que nunca, pero parecían haber perdido la piedad y la inocencia.

«En adelante será cada vez más difícil controlarlos —pensó Dolf preocupado—. Ahora que se ha desvanecido su sueño de la Ciudad Blanca, nada los frenará. Lejos de sus hogares y sin un oficio al que dedicarse, ¿qué pueden hacer sino robar y pelear para mantenerse con vida? Nada detendrá su paso: ni montañas, ni llanuras, ni gentes».

Le hubiera gustado convocar una nueva conferencia de los vigilantes para decidir qué deberían hacer ahora. ¿Volver a Alemania? ¿Cruzar la llanura del Po y pasar otra vez los Alpes? Comprendió que sin Nicolás era inútil reunir una asamblea. Nicolás yacía en su tienda y, por el momento, no se atrevería probablemente a dejarse ver. La tienda, el hogar de Nicolás y de los chicos de noble cuna, era una especie de santuario. Allí el zagal estaba seguro, pero si salía…

Casi una hora más tarde, un grupo regresó en triunfo al campamento. Blandían un trofeo, un enorme y curvo cuchillo arrebatado al único capitán que habían podido capturar. Dolf no necesitaba preguntar qué le había sucedido al hombre. Podía imaginarlo.

19
¿Pervive el sueño?

CON GRAN alivio de Dolf, Leonardo y Dom Thaddeus regresaron al día siguiente, acompañados de una docena de soldados y un grupo de distinguidos señores de la ciudad de Génova.

Leonardo contó a Dolf que había logrado llegar al Concejo de la ciudad, que había escuchado su relato. Una vez convencido de que decía la verdad, el Concejo ordenó que todos los barcos fueran registrados antes de abandonar el puerto. Luego, comprendiendo que Génova se hallaba rodeada de miles de cruzados abandonados, el alcalde consultó con su obispo (quien ya había sido informado por Dom Thaddeus). Tampoco el obispo perdió el tiempo. Ordenó que los párrocos realizaran una colecta de ropas, alimentos y zapatos entre las personas religiosas de Génova. ¿Y quién no era religioso en aquel siglo? Aquella tarde llegarían en un carromato los donativos al campamento de los chicos.

Pero esto no era todo. El Concejo deseaba significar que debían volver a sus hogares. Habían decidido acoger a veinte o treinta niños. Los demás serían devueltos con una escolta armada, que los acompañaría hasta Milán.

Dolf lanzó un suspiro de alivio. En definitiva regresarían a sus hogares. De repente Augustus se adelantó.

—Yo me encargaré del viaje de vuelta —prometió.

Pero uno de los nobles a caballo se volvió hacia él y le preguntó ceñudo:

—¿No eres tú uno de esos falsos frailes que rateramente trajeron a los chicos hasta Génova? —preguntó amenazador—. Tengo órdenes de detenerte. ¡Guardias, apresadlo!

Dolf, que sólo había entendido a medias lo que se decía, comprendió súbitamente lo que pasaba cuando vio adelantarse a dos soldados. Entonces rogó a Leonardo.

—Diles que dejen a Augustus. Los chicos lo necesitan.

Leonardo comenzó a hablar con los caballeros y pareció convencerlos. Pero el resultado fue que Augustus sería expulsado y que jamás se le permitiría retornar al territorio de Génova bajo pena de muerte.

—¿Dónde está Anselmus? ¿O es que quieres salvarlo también? —preguntó Leonardo con su habitual tono burlón.

Dolf permaneció callado y tenso; pero Peter respondió por él:

—Lo hicimos pedazos.

Su voz estaba tan cargada de odio que Dolf se estremeció; pero a Leonardo pareció divertirle.

—Eso es lo que merecía ese truhán.

Se volvió hacia los nobles y les explicó que el otro traficante de esclavos había recibido ya el castigo que se merecía. Asintieron con satisfacción, dieron media vuelta y partieron. Parecían un poco nerviosos a la vista de tantos y tantos salvajes chicos. Leonardo y Dom Thaddeus se quedaron en el campamento.

—¿Dónde está Hilda? —preguntó Dolf, reparando de repente en que no se hallaba con ellos.

—El duque de Génova la ha tomado bajo su protección y le ha ofrecido un puesto en su mansión —replicó el estudiante con entusiasmo—; en la próxima primavera enviará un mensaje a su padre, el conde de Marburgo, y luego se decidirá su destino.

—Pobre Hilda. ¿Y qué dijo ella?

Leonardo miró sorprendido a su amigo.

—¿Qué iba a decir? Supongo que estará encantada. Ya no tendrá que lavar más heridas malolientes ni dormir sobre la paja. Probablemente, aquí o en el señorío de su padre, le encontrarán un hombre para que se case. No tienes por qué preocuparte de Hilda.

—Hilda estaba a gusto con nosotros —dijo Dolf quedamente.

—¿Cómo? ¿Entre este hato de rufianes? Ah, no…

«Tal vez tenga razón Leonardo. Tal vez sea eso lo mejor para ella», pensó Dolf; pero no estaba muy seguro.

—¿No ofreció el duque nada a los otros chicos nobles? —preguntó.

—No. Me preguntó quiénes eran, pero se desinteresó de ellos al saber que sólo eran hijos de insignificantes caballeros.

Dolf meneó la cabeza. Jamás entendería las enormes diferencias de rango de este siglo.

Ahora tenía la impresión de que había concluido la Cruzada de los Niños. Pero estaba equivocado. En su tiempo, unos chicos tan cruelmente tratados habrían perdido en el acto toda esperanza y se habrían aferrado a la oportunidad de regresar. Pero éste no era el caso de aquellos chicos del siglo XIII; al menos, no el de la mayoría.

¿Qué atractivo tendría para ellos regresar a los estados alemanes, donde la lluvia azotaba los campos, donde los inviernos eran tan largos y fríos y donde sus vidas serían miserables?

A media tarde llegó de Génova una larga caravana de carromatos. Venían cargados de pan, hortalizas y frutas; de ropas usadas y zapatos desgastados; de delgadas mantas y de crucifijos. Gran parte de ello era basura, pero constituía un tesoro para los chicos.

Los carros partieron, y todo el mundo comió con gran alegría. Luego, Dolf, Augustus y Leonardo emprendieron la tarea de organizar el viaje de regreso. Inmediatamente tropezaron con resistencias.

Los jefes de grupo oponían especial resistencia al proyecto de regresar. No comprendían todavía que el sueño de la Ciudad Blanca era un cuento, una fantasía que jamás se realizaría.

—No queremos volver a casa —protestó Peter—. ¿Para qué? Allí nada nos espera.

—No tenemos un hogar —añadió Cari tercamente.

—Yo no volveré a mendigar por las calles de Colonia —gritó María.

Dolf se limitó a parpadear y se volvió hacia Leonardo en demanda de ayuda. Pero el estudiante sonreía y golpeaba cariñosamente a Peter en la espalda.

En aquel momento salió de la tienda Nicolás. ¿Había captado el estado de ánimo del campamento? Los chicos parecían haber olvidado ya su irritación contra él. Aquellos chicos tenían la memoria muy corta; tan pronto como apareció con sus zurcidas vestiduras blancas lo trataron con el mismo respeto de siempre.

Aún lucía el cinturón de Carolus y en su mano sostenía un crucifijo de plata. Había necesitado mucho valor para enfrentarse otra vez con los chicos. Tras un aire de orgullo se esforzaba por ocultar el miedo que sentía en su corazón, y mantenía alta la cabeza. Dolf se adelantó rápidamente hacia él y tomó su mano. Fueron rodeados por muchos chicos, algunos de los cuales estaban aún dando cuenta de un pedazo de pan, de una manzana o de un puñado de nueces. María ofreció a Nicolás una hogaza, que él aceptó con una inclinación de cabeza. La calma se hizo en torno de ellos.

—Niños —dijo Nicolás—. Estaba anonadado por lo que ha sucedido. Pensaba que Dios me había abandonado. Pero ahora comprendo que se negó a obrar un milagro para un ejército de niños entre los que se contaban rufianas, traficantes de esclavos y mentirosos. He oído que Anselmus ha muerto y he oído que Augustus se propone regresar a los estados alemanes con aquellos que anhelan volver a sus casas. Todos habéis escuchado las palabras de los regidores de Génova. Quienes deseen regresar pueden hacerlo. He oído contar la traición de Anselmus, que nos desvió de la verdadera senda. No encontraremos a Jerusalén al otro lado de este mar, sino en las costas de otro, al este de aquí. Por esa razón, y prestad atención a esto, quienes no deseen ir más allá pueden quedarse aquí en Génova o dirigirse al norte con Augustus. Pero los que todavía anhelen ver Jerusalén pueden seguirme. ¡Voy a ir al este, hacia el mar! ¡Allí realizará Dios su milagro!

Dolf se quedó atónito, y su sorpresa fue aún mayor cuando miles de chicos, histéricos de alegría, replicaron:

—¡Nicolás, te seguiremos!

¿Habían perdido la razón? ¿Seguían creyendo en aquel mito? Sin duda habría pocos tan locos como para creerlo aún.

Era, sencillamente, que no querían volver. Para ellos habían cobrado un significado especial los placeres y fatigas de un duro vivir al raso. Habían visto parte del mundo y advertido que era mayor, más espacioso y maravilloso de lo que nunca habían imaginado. Durante semanas, su vida había consistido en caminar hacia un sueño, y eso era lo que querían seguir haciendo hasta que alcanzaran el final del mundo o de su existencia.

Y así se dividió el ejército de los niños. Algunos de los más pequeños querían regresar a sus hogares. Al día siguiente, bajo el mando de Augustus y tres chicos de noble cuna se congregaron a las puertas de la ciudad. Unos pocos optaron por quedarse en Génova. Con gran sorpresa, Dolf comprobó que querían volver a casa los sumisos, los pequeños y los más tontos. Pero entre ellos no figuraba el pequeño Simón, que aún quería expulsar a los sarracenos. Ni tampoco Frank, Peter, Frida, Bertho. Cari… En vano trató Dolf de convencer a sus amigos de que debían volver a sus casas:

—María, ¿qué puede ofrecernos Italia? El mar del este no se dividirá, lo mismo que no se separaron aquí las aguas.

—¿Significa eso que debo volver a Colonia? —preguntó María entristecida—. ¿Para qué?

Dolf suspiró. María no tenía lugar alguno al que pudiera regresar.

—¿Por qué no te quedas en Génova? Puedes hacerte criada de Hilda, doncella o algo parecido. Hilda es amiga tuya. Te protegerá.

María meneó la cabeza. No tenía deseos de quedarse en aquella gran ciudad, que le recordaba demasiado a su Colonia natal. Las mismas calles estrechas, las mismas plazas ante las iglesias, las mismas gentes que sólo se interesaban por lo suyo.

—Si va Nicolás, también voy yo —insistió María.

—¿Y qué hago yo? —dijo Dolf, suspirando—. ¿Qué voy a hacer?

—Yo creía que ibas a Bolonia con Leonardo.

—Leonardo quiere primero ir a Pisa para ver a su familia. No irá a Bolonia hasta el año próximo.

A Dolf le sorprendió saber que, por el momento, el estudiante se proponía seguir con el ejército de los niños. Leonardo se mostró muy despreocupado cuando le mencionó la cuestión.

—Hace años que no veo a mi familia. Ahora estoy muy cerca y podría ver a mi madre.

¿Era aquello cierto? A Dolf le resultaba todavía difícil entender al muchacho. Para entonces había aprendido que la gente medieval frecuentemente decía una cosa cuando pretendía lo contrario, y esa característica se hallaba aún más acentuada en los italianos. Leonardo jamás había dado hasta entonces indicios de sentir nostalgia de su casa. ¿O era María la verdadera razón de que no quisiera dejar a los chicos?

—Quédate con nosotros. Rudolf —suplicó María.

Y Dolf accedió. No parecía tener otra alternativa.

El ejército de los niños que se puso una vez más en camino por los Apeninos estaba constituido por casi cinco mil. Todavía era suficientemente numeroso para amedrentar a los montañeses, y como en realidad habían regresado al norte los pequeños o los que habían perdido el valor de proseguir, sus disminuidas filas parecían más fuertes que nunca. Era un ejército de aventureros temerarios que caminaban sin prisa, porque no había nadie que los acuciaba a correr, bajo el cálido sol, cazando, pescando y cantando.

Con ellos fueron Dom Thaddeus y los dos chicos nobles. Allí iba Mathilda, una presuntuosa muchacha que esperaba llegar a ser reina de Jerusalén, dado que Hilda se había quedado con el duque en Génova. El otro era Rufus, hijo de un barón empobrecido; se trataba de un chico tímido al que le aterraba la idea de volver a su hogar. Había escapado del castillo de su padre por temor a sus hermanos mayores y ahora proseguía el viaje, callado, asustado y desanimado.

Entraron en la Toscana con Nicolás a la cabeza, aún aceptado como su jefe oficial. Mientras recorrían regiones escasamente pobladas hacían cuanto les placía. Robaban cabras, gallinas y cerdos; recogían el grano de los campos y las manzanas de los árboles. Se reían de los enfurecidos campesinos, de los encolerizados caballeros, de los indignados mercaderes y de los sacerdotes que los amonestaban. Iban todos armados y se creían invencibles. Habían desarrollado una táctica que hacía temblar a Dom Thaddeus, mientras que divertía bastante a Dolf. Tan pronto como se

acercaban a una ciudad o a una comarca densamente poblada se olvidaban de sus trucos y recursos y se transformaban otra vez en unos niños santos que se dirigían a Jerusalén. Unían sus manos, alzaban los ojos al cielo y caminaban entonando himnos. Entonces ofrecían la impresionante imagen de la Cruzada de los Niños que más tarde sería descrita en los libros de historia. Adoptaban expresiones de sufrimiento e indicaban al horrorizado populacho que sus ropas estaban hechas jirones y que sus estómagos se hallaban vacíos. Los habitantes de la bella Toscana se mostraban profundamente impresionados. Entregaban de buena gana a los chicos panes y tortas y llevaban al campamento toneles de agua limpia y jamón ahumado. No podían creer los rumores que habían oído en relación con aquella asoladora horda de vagabundos. Los chicos les parecían elegidos de Dios, animados por un fuego sagrado. Dolf se preguntaba quién habría concebido aquella táctica, pues no todos podían haber tenido la misma idea. Sospechaba que era Peter, que era suficientemente inteligente y carente de escrúpulos.

Apenas perdían de vista una ciudad, los chicos volvían a los viejos hábitos. ¡Eso era realmente vida! Saboreaban la dulce libertad respirando los tibios vientos que soplaban en torno a las colinas. Y seguían avanzando desvergonzados y exuberantes. A veces llegaban a algún lugar cuya belleza eran capaces de apreciar incluso aquellos chicos de la Edad Media: un pequeño lago de orillas cubiertas de flores o un riachuelo que serpenteaba entre campos fértiles. ¿Cómo podían dejar atrás semejante paraje de tanta paz, tantas flores, tantas aves y tantos inofensivos animales? ¿Por qué ir a Jerusalén cuando uno se hallaba en semejante paraíso?

En tales ocasiones cien o doscientos niños se quedaban atrás, construían chozas, cazaban, capturaban y domesticaban cabras y comenzaban una nueva existencia. Dolf no sabía si aquellas colonias podrían sobrevivir. A veces lo dudaba: otras sentía deseos de quedarse él también. Pero los que se quedaban atrás ya no lo necesitaban. Durante los largos meses de caminata habían aprendido a valerse por sí mismos. Aunque parecía que en aquel país no concluiría el verano, llevaban consigo el recuerdo de largos y fríos inviernos, de hambres y de escasez de leña. Comenzaban a hacer

preparativos ante la posibilidad de que el invierno llegara también a Toscana. Hacían chozas, cuadras y graneros y levantaban empalizadas entorno a las nuevas colonias. Si en el pasado se habían mostrado ociosos, pronto lo olvidaron. Trabajaban duramente y disfrutaban con su actividad, porque era en beneficio suyo.

El ejército disminuía día tras día; pero Nicolás parecía no advertirlo. Se hallaba obsesionado por el sueño de la brillante Ciudad Blanca del este y no comprendía que el mito carecía ya de significado para la mayoría de sus seguidores.

Caminaban por las antiguas rutas militares que se entrecruzaban por el país y a veces se perdían. Pero no importaba. Dolf esperaba que pasara mucho tiempo antes de que llegaran a Pisa, porque allí tendrían que decir adiós a Leonardo. Y les costó mucho tiempo, pero finalmente llegaron.

El año anterior Dolf había estado en Pisa con sus padres y se había sentido muy decepcionado. Le había parecido un lugar insignificante. Los centenares de miles de turistas permanecían sólo un día, sobre todo para ver la famosa torre y recorrer la Plaza de los Milagros. Luego seguían adelante, porque Pisa no tenía nada más que ofrecerles.

Pero ¡qué diferencia! A comienzos del siglo XIII Pisa era una ciudad laboriosa, más fuerte que Florencia, más grande que Roma y más activa que Génova. Ya había sido construida la catedral, completada con la torre inclinada. Allí estaban las fortalezas y las murallas, no soñolientas ruinas de un famoso pasado, como en la época de Dolf, sino en toda su gloria y magnificencia. Dolf estaba maravillado. Leonardo lo animó a que se quedara en la ciudad como invitado de la familia Bonacci. Era una proposición tentadora…

—Pero ¿y María?

—Naturalmente, también puede quedarse con nosotros.

—No sé si debo abandonar el ejército de los niños…

Pero ésta no era la única razón de que Dolf rehusara aceptar la invitación. Se sentía incapaz de abandonar esa vida salvaje y libre, aunque fuera por las tentaciones de Pisa. Y de esta manera los amigos se despidieron entristecidos. María no podía contener las lágrimas.

—¡Oh, Leonardo, cuánto te echaremos de menos!

Peter y Frank tomaron en silencio la mano del estudiante. Bertho lo abrazó al tiempo que le decía:

—Acuérdate alguna vez de Carolus.

Luego los chicos se pusieron inexorablemente en marcha, entre maravillosas colinas, entre ciénagas y bosques, en dirección al sudeste.

Para entonces sólo eran dos millares. Muchos se habían quedado en Pisa y otros se habían dirigido a Florencia, a dos jornadas de distancia, porque se rumoreaba que Florencia necesitaba brazos y estaba preparándose para la guerra.

Al cabo de poco tiempo podían verse diseminados toda la Italia central grupos de chicos alemanes balbuceando el toscano buscaban trabajo, comida y pronto fueron aceptados y acogidos por la población. Fue un pequeño ejército de unos mil quinientos chicos el que finalmente alcanzó la provincia de Umbría a comienzos de septiembre. Tenían hambre y eran salvajes y temerarios.

20
En una trampa

LAS COSAS se iban poniendo cada vez más difíciles para este ejército de pequeños vagabundos.

El verano llegaba a su término; ya se habían recogido las cosechas, y los campesinos y los caballeros defendían sus graneros con horcas y espadas. Los señores y barones organizaban grandes partidas de caza, y ¡ay del chico que fuera sorprendido cazando en bosques y montes! Una vez más pesaba sobre el ejército la amenaza del hambre.

Sin embargo, admiraban la belleza del país que recorrían. En los estertores del verano. Umbría era un paraíso. Los ojos de Dolf se abrían de par en par cada vez que una revuelta del camino les revelaba un nuevo paisaje de increíble belleza. Aquello le ayudaba a olvidar que su estómago estaba vacío.

El lago de Trasimeno surgió ante ellos entre colinas, refulgente como una gema. Los chicos habían oído a la gente de la región hablar de aquel lago y pensaban que rebosaría de peces fáciles de capturar. Tras vagar sin rumbo por sus proximidades, se toparon finalmente con el lago.

Mil quinientos chicos, en especial si se hallan hambrientos, representan un formidable ejército. Igual idea se le ocurrió al conde de Trasimeno, Ludovico, quien se hallaba en guerra contra la ciudad de Perusa y amenazado por la rebelión de sus campesinos. Irritado por los ataques de ambos bandos, había enviado una expedición para castigar a los campesinos rebeldes. ¡Unos caseríos humeantes, unos graneros saqueados y unos rebaños aniquilados enseñarían a los rebeldes a no desafiar la autoridad del señor de Trasimeno! Pero la rebelión no se extinguió. Ante la proximidad

del invierno, los campesinos comprendieron que, a menos que recibieran ayuda de un tercero, se verían en una situación apurada. Y en consecuencia se aliaron con la ciudad de Perusa. Los habitantes y el alcalde de Perusa se mostraron encantados ante la oportunidad de acabar con el conde Ludovico. Porque el señor de Trasimeno no sólo les prohibía pescar en el lago, sino que también exigía gravosos peajes al tráfico de comerciantes entre Florencia y Perusa.

Algunas horas antes de que llegara a las orillas del lago el ejército de los chicos, sin saber lo que sucedía, el conde Ludovico había sido informado por sus espías de que una gran fuerza había salido de Perusa y avanzaba hacia el castillo. Al mismo tiempo y desde otra dirección se acercaban varios centenares de campesinos dispuestos a luchar hasta quedarse sin aliento. El castillo de Trasimeno era extraordinariamente fuerte. Había sido construido sobre una península que se proyectaba sobre el lago y, en consecuencia, se hallaba protegido por el agua en tres de sus flancos. Pero ¿sería lo bastante fuerte como para resistir a los dos ejércitos?

A los ojos del conde, los chicos llegaban en el momento preciso. Las primeras noticias sobre su avance le habían hecho temblar. ¿Otro ejército? ¿Pensaban atacar desde tres lados? Pero luego, comprendiendo que los chicos nada sabían de su posición, decidió utilizarlos. Apresuradamente envió algunos soldados y un capellán a darles la bienvenida. La embajada les llevaba una invitación amistosa. El conde ofrecía a los chicos la hospitalidad de su península. Podrían establecer su campamento en torno del castillo y pescar tanto como quisieran. Por añadidura, el conde Ludovico consideraría un gran honor que los jefes de la Cruzada acudieran al castillo para ser agasajados.

Nicolás se sintió sorprendido y encantado por el mensaje. Era la primera vez que lo trataban con tanto respeto; además, le otorgaba ese trato un poderoso personaje. El simple zagal aceptó la invitación como un honor. Henchido de orgullo se alzó cuanto pudo, afirmó su cinturón y dijo:

—Yo soy el jefe, y éstos son mis oficiales.

Señaló a Mathilda, que lucía un bello vestido, y al tímido Rufus, que había enrojecido de vergüenza. Rufus hubiera preferido quedarse en el

campamento, pero no se atrevió a negarse. Sentía un pánico mortal a condes y castillos. ¡Por algo se había escapado de su hogar! Pero en toda su vida nunca había sido capaz de decir no; además, él era un jefe, aunque tal vez no de los mejores.

Cuando Leonardo abandonó en Pisa al ejército de los niños fue preciso nombrar un nuevo jefe de los vigilantes. Dolf no tenía deseos de asumir la tarea porque no era un luchador. Bertho era el más alto y el más fuerte, pero quedaba excluido por no pertenecer a la nobleza. Fredo era hijo de un caballero. Leonardo era hijo de un rico mercader y además una persona instruida. Pero los chicos hubieran considerado absolutamente inaceptable que los vigilantes fuesen mandados por el hijo de un siervo. De esta manera Rufus, único hijo de noble cuna, recibió la tarea de mandar a los pocos vigilantes que aún quedaban. Evidentemente, no era la persona adecuada para ese puesto. Tímido y asustadizo, se ruborizaba cada vez que daba una orden. Se hallaba a merced de la tiranía de la presuntuosa Mathilda. En realidad eran Bertho, su lugarteniente, y Dolf quienes organizaban la protección de los chicos, aunque nominalmente siguieran siendo jefes de sección. Nicolás y Rufus eran oficialmente los jefes de este ejército.

Cuando Dolf se enteró de la invitación del conde pensó ir con Nicolás y los otros dos; pero Peter lo tomó del brazo:

—No lo hagas, Rudolf; será mejor que te quedes con nosotros.

—¿Por qué? Me gustaría mucho ver por dentro un castillo de la Umbría, y no creo que vaya a tener otra oportunidad.

Peter meneó la cabeza.

—Si el conde se muestra propicio, puedes estar seguro de que tiene poderosas razones para serlo —dijo siniestramente.

—Tonterías —replicó Dolf—. El conde es un hombre religioso y cree en nuestra santa misión.

Peter lo miró desdeñosamente.

—¿Un italiano? ¡Ah, no!

—Pero yo he visto lo piadosas que son las gentes de estas tierras —insistió Dolf—. Viven en chozas y casas ruinosas, pero construyen iglesias magníficas.

—Son astutos —repuso Peter con obstinación. En punto a testarudez podía competir perfectamente con Rudolf de Amsterdam—. No les entusiasman los cruzados a menos de que puedan sacarles partido. Antes de llegar a ninguna conclusión, pregúntate qué puede querer el conde de nosotros.

Dolf no podía entenderlo y recurrió a Dom Thaddeus.

—Dom Thaddeus, Peter dice que no confía en la hospitalidad del conde. ¿Qué opináis vos?

—No sé qué decir —respondió el monje sinceramente—. Apenas entiendo la lengua de estas gentes. Pero hoy he visto cosas que me preocupan: caseríos en ruinas, aldeas incendiadas, mujeres que sollozaban, muy pocas reses y menos hombres. Yo diría que una guerra asola esta región, y el hecho me apena.

—Exacto —interrumpió Peter—. Cuando uno cruza comarcas desiertas y saqueadas tiene que ponerse en guardia.

Dolf lo admitió. En ocasiones, Peter le sorprendía por su innecesaria crueldad, pero en otras daba muestras de una inteligencia muy aguda. Dolf confiaba plenamente en él. Si Peter decía que algo iba mal, no cabía duda de que era así. Por tanto, Dolf decidió quedarse en el campamento y organizar la pesca con Peter. Los chicos se consagraron a sus actividades rutinarias y todo parecía transcurrir pacíficamente.

Mientras tanto, sonaron los clarines, redoblaron los tambores y se levantó el puente levadizo para que pasaran Nicolás, Rufus y Mathilda. En el interior del castillo, los tres chicos fueron tratados como personajes de la realeza. En la sala habían dispuesto un gran banquete en su honor, mientras fuera, a la luz del sol poniente, los demás chicos encendían hogueras, asaban el pescado y disfrutaban del pan reciente que les había sido enviado de la tahona del castillo. Una vez más estaban de fiesta.

Al comienzo de la mañana se quebró la paz. En la linde del bosque, por la parte occidental de la península, aparecieron más de cien campesinos. Surgieron hoscos, resueltos y armados hasta los dientes con picas, horcas, cuchillos, hachas y garrotes. Aparecieron entre las sombras de los árboles y se quedaron allí como si aguardaran algo o como si no quisiesen penetrar en

el radio de acción de las murallas del castillo, al otro extremo de la península. Los chicos se frotaron incrédulos los ojos y empezaron a agitarse nerviosos. ¿Qué querían aquellas gentes armadas? ¿Iban a atacarlos?

De repente advirtieron que se hallaban también amenazados por el sur. Esta vez no se trataba de una pequeña banda de desharrapados. Eran caballeros montados, armados con espadas y lanzas y cubiertos con cotas de malla. Los seguían a pie piqueros y arqueros. Traían artificios de asedio en pesados carromatos de los que tiraban bueyes. Este nuevo ejército bloqueó rápidamente el lado meridional de la península. Los chicos habían quedado atrapados.

Eso era lo que había esperado Ludovico. Con una sonrisa cínica, el conde subió a lo alto de la torre y observó al ejército sitiador. La península había quedado completamente bloqueada y era imposible escapar. Pero ¿cómo podrían sus enemigos asaltar el castillo, que ahora se hallaba rodeado por mil quinientos chicos bien armados? Ludovico se echó a reír sonoramente. Sus soldados defendían las murallas y abajo, en el patio de armas, las mujeres ponían a hervir calderos de pez y agua. Los tres invitados agasajados la noche anterior estaban ahora en las mazmorras. Ludovico había tramado muy bien su plan.

En las almenas apareció un oficial, que gritó a los chicos:

—¿Quiénes son ahora vuestros jefes?

—¡Bertho! —proclamaron unos.

—¡Rudolf! —gritaron otros.

El oficial hablaba alemán y no les costó trabajo entenderlo. Dolf, Bertho y Frank se acercaron para poder oírlo.

—¿Sois vosotros los jefes?

—No —replicó Dolf—. El jefe es Nicolás.

—Nicolás y los otros son de momento nuestros prisioneros. Los tenemos como rehenes y no los dejaremos en libertad si no ponéis en fuga a los que nos están atacando.

Dolf no podía dar crédito a lo que oía. Parecía que Ludovico pretendía utilizar el ejército de los chicos para protegerse. ¡Qué truco tan miserable!

Pensó que necesitaba ganar tiempo. Haciendo bocina con las manos gritó al hombre de las almenas:

—¡No te entiendo!

¡Era ridículo! No podía permitir que los chicos se sacrificaran ni siquiera para abrirse paso entre los ejércitos sitiadores y escapar. Sin duda les gustaba luchar, pero aquello terminaría en una matanza, y nada les garantizaba que salvarían a los tres rehenes.

El oficial de las almenas repitió su mensaje. Esta vez lo oyeron no sólo Dolf y sus amigos, sino también centenares de chicos. Un rugido de rabia brotó de sus bocas.

—¡Nicolás está preso!

No les preocupaba especialmente el destino de los otros dos, pero Nicolás era uno de ellos y lo querían. Pese al fracaso de Génova, seguía cautivándolos la idea de que Dios había elegido a un sencillo siervo paira dirigir una cruzada de niños. Nicolás era más que un jefe: era un símbolo de los desheredados del mundo, que a los ojos de Dios eran iguales que los hijos de los reyes y de los caballeros.

—Estudiaremos tu propuesta —repuso Dolf.

Dio media vuelta. Peter, Frank, Bertho y muchos otros se reunieron expectantes en torno a él. ¡Ahora echaba de menos la imaginación de Carolus y la serenidad de Leonardo!

—¿Qué podemos hacer? —preguntó desesperado.

—Pelear —dijo Peter con resolución—. Pero no contra el ejército que tenemos a las espaldas. ¡Asaltaremos el castillo y liberaremos a Nicolás!

Dolf meneó la cabeza. No quería permitir que los chicos se lanzaran a la muerte contra los muros del castillo.

—¿Por qué no negociamos con los sitiadores? —sugirió Frank.

Bertho miró hacia atrás con nerviosismo.

—Se están preparando. El ataque puede empezar en cualquier momento.

—Entonces no tenemos tiempo de perder —replicó Dolf resuelto—. Dadme un palo y una bandera blanca. Que vengan conmigo María y Frida.

—No, no vayas —gritó María—. Te matarán.

—Si no tratamos de pactar con ellos, nos mataran a todos —repuso Dolf resueltamente.

Como un parlamentario no debe ir armado, ocultó su cuchillo en el forro de la chaqueta. Frida llevaba la bandera blanca. Con las manos en alto, y seguido de María, Dolf se dirigió hacia el ejército reunido al extremo de la península. El corazón le latía con fuerza.

Habían cubierto la mitad de la distancia cuando les dio el alto un oficial de Perusa que había salido al galope de las filas que esperaban. Los observó con dureza.

—¿Venís del castillo? —preguntó en toscano—. Si traéis un mensaje del conde Ludovico puedo deciros que no tenemos intención de negociar, y que el castillo debe rendirse inmediata e incondicionalmente.

A pesar de las lecciones de Leonardo, a las que también había asistido María, Dolf no entendió casi nada de lo que dijo el hombre. Alzó implorante sus brazos hacia el oficial y en un balbuceante toscano, mezclado con expresiones latinas y alemanas, consiguió mascullar:

—Nosotros no tenemos nada que ver con el conde. Somos una cruzada de niños en camino hacia Jerusalén. Ludovico nos ha tendido una trampa y ahora nos exige que os obliguemos a levantar el sitio. Pero no estamos dispuestos a hacerlo. No queremos luchar contra caballeros cristianos.

¿Habría entendido el oficial? ¿Le habría halagado el título de «caballero cristiano»? En cualquier caso seguía mirándolos con recelo.

—Todo lo que deseamos pedir —dijo Dolf respetuoso y suplicante— es que permitáis a los chicos marchar en paz.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre, ignorando aparentemente todo lo que Dolf había dicho.

—Mi nombre es Rudolf Hefting, de Amsterdam. Soy del condado de Holanda. Y ésta es mi hermana María. Y ésta es Frida, nuestra enfermera.

—No pareces tú hijo de un noble —gruñó despectivo el oficial.

Tenia razón. Con los pantalones destrozados y la chaqueta hecha jirones. Dolf parecía un mendigo.

—Señor, llevo varios meses de peregrinación, como todos estos niños…

María junto las manos y alzó sus enormes ojos grises hacia el hombre. Por un instante se ablandó la expresión de aquel soldado endurecido por la lucha. Tal vez tenía una hija de la edad de María.

Evidentemente ya no estaba seguro de sí. Alzó la vista sobre sus cabezas hacia los chicos que aguardaban al pie de los muros del castillo. Allí estaban, agrupados, rezando por el éxito de la misión de Dolf. Pero los garrotes, los arcos, las flechas y las hachas no les daban precisamente el aspecto de unos niños pacíficos.

—¿Y cómo sé que nada tenéis que ver con el conde Ludovico? —gruñó el oficial.

Dolf respiró hondo.

—¿Por qué no nos dejáis cruzar en grupos? —suplico—. No puedo creer que hayáis venido hasta aquí con el propósito de combatir a unos niños. El conde Ludovico es vuestro enemigo, pero también el nuestro. Nos ha engañado con palabras de amistad y ha simulado hospitalidad. Ahora trata de parapetarse tras nosotros. Pero somos cruzados pacíficos y peregrinos. No queremos meternos en ninguna guerra.

La conversación le recordó su primer encuentro con Leonardo, cuando le costaba tanto trabajo hablar el alemán. A sus labios llegaban ahora con gran dificultad las enrevesadas palabras italianas del medievo. Exploraba constantemente su mente en busca de las expresiones adecuadas y a veces temía estar diciendo todo lo contrario de lo que pretendía. También su pronunciación era mala: pero el oficial pareció entender, pues se echó a reír burlonamente.

—No creo en tus protestas de paz. Por los rumores que he oído, tu ejército es cualquier cosa menos pacífico. Más acertado sería decir que sois una tropa de pequeños y resueltos saqueadores. ¡Y sabéis luchar!

—Por el camino nos hemos topado con grandes peligros, general —dijo ansiosamente Dolf.

El oficial pareció verdaderamente satisfecho del grado que se le otorgaba.

En aquel momento apareció un hombre de aspecto rudo, que había salido de las filas de los campesinos.

—Mis hombres quieren saber cuándo deben atacar —dijo, mirando a los chicos con desconfianza.

Dolf comprendió aún menos el dialecto de este individuo: pero entendió las palabras «atacar», que el hombre había subrayado señalando a los inquietos campesinos y al castillo, Después observó con expresión interrogante al soldado a caballo.

—¡Limítate a esperar! —le replicó el oficial—. Yo daré la orden cuando llegue el momento.

—La negociación no nos llevará a ninguna parte. Queremos la sangre de Ludovico —repuso el campesino meneando la cabeza.

—También yo, pero permaneced quietos. ¿O queréis que ataque a unos niños?

—¡*Bambini*! —gritó desdeñosamente el campesino—. ¡Niños delicados! Han caído sobre nuestras tierras como una plaga de langostas. Esos pequeños salvajes nos han robado todo lo que no había destruido Ludovico. Mis hombres no sienten más amor por esos niños que por el propio Ludovico.

Dolf consiguió entender lo suficiente para comprender que se hallaba otra vez en una situación precaria. Se apresuró a unir las manos.

—Te ruego, señor, que nos des la oportunidad de partir. Dios te premiará.

—¡Truhanes, eso es lo que son! —gritó el campesino—. Vagabundos del norte que el emperador ha arrojado a estas tierras. Mataremos con placer a esas sabandijas.

Dolf se irguió, y abandonando su humilde talante proclamó:

—De acuerdo entonces; atacad con vuestras espadas a unos niños inocentes. ¡Su sangre recaerá sobre vuestras almas! Y no te hablaré del baldón que caerá sobre un ejército que ha hecho la guerra contra unos niños indefensos. Adelante. Pactad con el diablo. Asesinad a los niños y al sacerdote que los acompaña. Asesinadnos a todos y escuchad el grito de horror que conmoverá a toda la Umbría.

María, aterrada, se había quedado sin aliento. La bandera blanca temblaba en las manos de Frida. Echando espumarajos de rabia, el

campesino estaba a punto de lanzarse contra Dolf, pero el oficial colocó rápidamente su caballo entre los dos.

—Eres un muchacho osado, Rudolf de Amsterdam —le dijo. Como todos los hombres medievales, sentía un gran respeto por el valor, aunque bordeara las lindes de la temeridad—. ¡Júralo! —añadió alzando la voz ante el tembloroso muchacho—. Jura por lo que te sea más sagrado que tu petición de paso libre para los chicos no es una artimaña de Ludovico.

Por fortuna, Dolf lo entendió. Sacó de su chaqueta la medalla de la Virgen, la besó y la mantuvo en alto.

—María, Madre de Dios, es testigo de que digo verdad. Nada tenemos que ver con Ludovico. Lo odiamos tanto como vosotros. Nos ha atraído a una trampa de la que ahora pretendemos escapar.

—Amén —añadió Frida con voz firme.

—Amén —murmuró María.

Una vez más alzó sus ojos enormes y suplicantes hacia el oficial y balbuceó en mal toscano:

—¿Nos dejarás pasar ahora? Te suplico…

—Tenéis una hora —dijo secamente—. Daré órdenes a mis soldados para que os dejen pasar en grupos. Pero recordad, un solo paso en falso, una sola pedrada, y nadie quedará con vida. ¿Está claro?

Dolf se arrodilló en señal de gratitud.

—General, tienes un corazón noble. Elevaremos nuestras plegarias a Dios para que te otorgue la victoria. Pero querría pedirte una cosa más.

—¿Todavía quieres más? —gruñó el hombre con impaciencia.

—Por favor, señor. Tres de los nuestros están encerrados en el castillo: Nicolás, el zagal, y dos hijos de noble cuna. ¿Querrás, señor, conservar sus vidas cuando hayas ocupado el castillo?

El oficial abrió la boca sorprendido.

—¿Tienen a tres de los vuestros como rehenes en el castillo? ¿Y sois tan despiadados que pensáis abandonarlos?

Miró atentamente al muchacho con gesto de desaprobación. Dolf repuso:

—Los niños confían en que tú, general, liberarás a nuestros tres inocentes compañeros.

—Sí, sí, de acuerdo —el hombre parecía hallarse ahora al límite de su paciencia—. ¡Ahora moveos! ¡Atacaremos dentro de una hora!

Dolf no dudó más. Se levantó, hizo una torpe reverencia y corrió al campamento seguido de Frida y de María.

—¡Rápido! Disponeos en grupos de veinte y ocultad todas las armas bajo las ropas. Abandonad los arcos y las flechas para que parezca que estamos totalmente desarmados. ¡Deprisa!

Se sintió considerablemente aliviado al poder emplear de nuevo el alemán.

Los vigilantes empezaron inmediatamente a organizar la evacuación. Los grupos avanzaron hacia los soldados sitiadores, que se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Dolf hubiera gritado de alegría. ¡Estaban salvados! La treta de Ludovico había fracasado.

Pero mil quinientos chicos, en grupos de a veinte, forman una columna muy larga. Mientras tanto, en las almenas de su castillo, Ludovico había visto partir a los chicos. Se derrumbaban así los muros vivos que para su defensa había erigido el conde.

Ciego de ira, el conde empezó a dar órdenes. Una lluvia de flechas cayó sobre los chicos, seguidas por ramas encendidas. Los chicos gritaron, rompieron la formación y, dominados por el pánico, irrumpieron entre las filas de soldados y campesinos, que se dividieron aún más para dejarlos pasar, deshaciendo su disposición de combate. Descendió rápidamente el puente levadizo y cincuenta caballeros partieron al galope para aprovechar la confusión. Al advertir el peligro, la voz del oficial de Perusa resonó en toda la península. Rápidamente, los soldados estrecharon las filas y formaron una compacta muralla. Unos quinientos chicos de la retaguardia, entre los que se hallaban María, Dolf y Peter, quedaron atrapados entre los dos ejércitos y en peligro de ser arrollados.

Los soldados del castillo avanzaban aullando salvajemente. Golpearon a los chicos que hallaron en su camino. Dolf dio media vuelta. El jinete que iba a la cabeza estaba casi sobre él. Sin prestar atención a lo que sucedía a

su alrededor, sacó el cuchillo y atacó al caballo que casi se le echaba encima. La aguda hoja penetró profundamente en el cuello del animal, que relinchó de dolor y se alzó sobre sus cuartos traseros. Indudablemente habría aplastado al muchacho si un campesino de la vanguardia no lo hubiera empujado a un lado. En el acto cuatro lugareños se aferraron al jinete y lo derribaron de su silla.

El choque entre los soldados de Ludovico, los campesinos rebeldes y los soldados de Perusa fue aterrador. Los chicos, atrapados en el centro, cogieron todo lo que tenían a mano —pedazos de quebradas espadas, cuchillos, piedras, ramas y garrotes— y se volvieron contra los hombres de Ludovico. Se asían varios a la vez a las piernas de los jinetes y los derribaban de sus monturas. Se hallaban en todas partes. Luchaban como tigres porque habían visto caer a Rudolf de Amsterdam y estaban resueltos a vengarlo.

Pero Dolf no había muerto. Ni siquiera se hallaba gravemente herido. Lo habían salvado los campesinos sin proponérselo. Había caído al suelo y estaba expuesto a que lo pisotearan los cascos de los caballos. Pero nadie reparó en él cuando consiguió arrastrarse hasta hallar refugio bajo un caballo derribado. Miró desesperado en busca de María, pero no logró distinguirla. Empuñando en la mano derecha el cuchillo que aún goteaba sangre, y en la izquierda un pedrusco, se abrió enérgicamente camino hacia el bosque. Allí estaban congregados bajo la protección de los árboles todos los chicos que habían conseguido escapar. Muchos habían empezado a fabricar arcos y flechas como si esperaran que en cualquier momento tendrían que luchar por sus vidas. En la península, la batalla proseguía sin descanso, aunque el escenario se iba desplazando hacia el castillo.

Molido a golpes, magullado y sangrando por infinidad de pequeñas heridas, Dolf llegó a la linde del bosque, donde fue acogido por Frida.

—¿Dónde está María? —gritó.

Nadie lo sabía. Miró a su alrededor. Seguían llegando al bosque niños que habían escapado de la península. Pero María no se hallaba entre ellos.

Los soldados de Ludovico no podían contrarrestar la superioridad numérica de sus adversarios. Además, sus movimientos se veían

obstaculizados por los niños, que los atacaban como un enjambre de abejas. Por eso se retiraron tratando de ganar el puente levadizo; pero sólo siete lograron su empeño. Todos los demás fueron atrapados y derribados. Cuando los siete se hallaron a salvo dentro de la fortaleza echaron los cerrojos y alzaron el puente.

Ludovico no se entregó, pese a que sabía sin duda que no podía seguir defendiendo el castillo con un puñado de hombres, mujeres y niños. Envió a las almenas a cuantos podían mantenerse en pie, andar, luchar y acometer, y los defensores trataron de repeler el asalto con agua hirviendo, tizones encendidos, flechas llameantes y grandes pedruscos. Algunos de los chicos, que habían perdido todo dominio de sí mismos, cruzaron el foso a nado y trataron de cortar las cadenas del puente. Los recibió una lluvia mortal de flechas y piedras; pero los campesinos, olvidando su antiguo odio, acudieron en su ayuda, y el puente de madera descendió de golpe con un terrible estruendo. Entre gritos de alegría, los soldados de Pe-rusa atacaron las puertas, que terminaron por ceder. Los campesinos, los chicos y los soldados irrumpieron en el patio de armas, dando muerte a todo el que todavía pretendía resistir.

Al advertir que todo estaba perdido, Ludovico trató de escapar. Abandonó el castillo por una salida secreta y subió a una lancha. Pero lo vieron los chicos, y veinte pequeños pescadores se lanzaron al lago y hundieron la lancha. Abrumado por su pesada cota de malla, el conde se ahogó, destino que corrieron también diez chicos. Pero el castillo del conde Ludovico de Trasimeno había sucumbido.

Los vencedores descubrieron a los prisioneros en las mazmorras. Eran los tres chicos y siete campesinos. Todos habían sido asesinados.

Los supervivientes levantaron un nuevo campamento en el bosque. Por el momento no cabía pensar en ponerse en camino. Había muchos heridos, y Frida y sus ayudantes dedicaron todos sus esfuerzos a vendar, entablillar y enfriar inflamaciones. La muchacha llevó al castillo a los heridos más graves y consiguió que fueran admitidos inmediatamente.

El jefe de Perusa estaba agradecido a los chicos, pues su valiente intervención había posibilitado una victoria rápida y fácil.

Mientras tanto Dolf parecía incapaz de hacer nada. Vagaba absorto preguntando a todos:

—¿Has visto a María? ¿Dónde está Peter?

La muerte de Nicolás y de los dos chicos nobles lo dejó bastante indiferente. Nunca había querido a Nicolás como a Carolus, a María o a Peter. Pero ¿dónde estarían ahora? Se dirigió temeroso hacia la península y comenzó a buscar entre los montones de cadáveres. Los soldados se afanaban en cavar grandes fosas. Uno de ellos se acercó al muchacho y le preguntó:

—¿Buscas a alguien?

—Mi hermana…

Habían abierto tres grandes fosas: una para los campesinos y los soldados de Perusa, otra para los chicos y la tercera para los enemigos. Sobre el suelo se extendían tres filas de cadáveres entre los que pasaba Dom Thaddeus rezando. Ni María ni Peter estaban allí. ¿Dónde podían estar? ¿Qué les habría sucedido? Tal vez habían sido empujados al lago y se habían ahogado entre los cañaverales. ¿O quizás estarían allí, tan desfigurados que era imposible reconocerlos?

Buscó durante horas. Ayudó a los soldados a enterrar a los muertos, pero siempre con el temor de que en cualquier momento podía descubrir muertos a sus amigos. Dom Thaddeus, al advertir su ansiedad, lo consoló con sus frases habituales:

—Ten confianza, hijo mío. Dios vela sobre todos los que amamos.

«Déjame en paz —pensó Dolf enfurecido—. Al empezar el combate —se reprochó— sólo he pensado en mí mismo. He tratado de salvar mi piel, mientras María…».

Regresó al campamento avanzada la noche y fue recibido por Frank, que vino corriendo hacia él. Llevaba vendado un brazo, pero por lo demás estaba ileso.

—¿Dónde has estado? Peter te ha estado buscando por todas partes. Quiere hablar contigo.

—¡Peter! ¿Dónde está?

—¿Dónde va a estar? Junto a la hoguera, con María.

Y ante la sorpresa de Frank. Dolf se dejó caer al suelo y rompió a llorar.

21
La tumba de San Nicolás

Y ASÍ reanudaron su camino. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Volver? Era casi tan absurdo como seguir adelante; además, hubiera significado reconocer la derrota. La mayoría proseguía simplemente por hábito; pero aún había chicos que creían en el mito de la brillante Ciudad Blanca.

—Si Dios no hace que el mar se divida porque Nicolás ha muerto, ¿enviará naves que nos lleven a Tierra Santa? —preguntó a Dom Thaddeus el pequeño Simón. El fraile sólo pudo contestarle:

—Lo que Dios decida, sea lo que fuere, estará bien.

Frida, algunas enfermeras y los heridos graves se habían quedado en el castillo de Trasimeno. Más tarde irían a Perusa. El comandante consideraba que era mucho lo que tenía que agradecer a los chicos, y estaba tan impresionado por la rubia y resuelta Frida que le ofreció un lugar en su propia casa.

Tras muchas semanas de viaje, los chicos alcanzaron finalmente la costa del Adriático. Nadie trató de realizar milagros con las aguas y se dirigieron hacia el sur por playas arenosas, ciénagas y colinas. Aquí se vieron afligidos por otra plaga, la malaria. Las ciénagas rebosaban de miles y miles de mosquitos, aunque sólo Dolf sabía que eran ellos la causa de la enfermedad. Los pequeños creían que la fiebre procedía de las ponzoñosas emanaciones de los pantanos. Cada tarde Dolf ordenaba disponer grandes hogueras humeantes que alejaran a los insectos. Además procuraba que se bañasen en el mar tan a menudo como fuera posible y les prohibía que se secaran.

—Dejad que el sol os seque. Así os quedará sobre la piel una delgada capa de sal, que alejara a los mosquitos.

No estaba seguro de que fuera realmente verdad lo que les decía; pero a partir de entonces los mosquitos les picaron menos y disminuyó el número de casos de malaria.

Habían acampado a la orilla de una amplia albufera y cenaban cangrejos cuando se vieron súbitamente alertados por el grito de alarma de uno de los centinelas.

—¡Se acerca un jinete!

«¿Sólo uno?», pensó Dolf extrañado. Únicamente un hombre bien armado y valiente se atrevería a viajar solo por aquel camino. Creció su curiosidad, corrió hasta el sendero y observó la nube de polvo que se aproximaba al galope. Anochecía. Dolf empuñó automáticamente su cuchillo.

Cuando el jinete se acercó y detuvo su caballo, Dolf reconoció a Leonardo. El animal estaba cubierto de sudor. Leonardo se apeó exhausto y abrazó a Dolf.

—¡Cielos! —dijo el estudiante lanzando un profundo suspiro—. ¡Qué viaje!…

Dolf se había quedado mudo de alegría. María vino corriendo y se colgó del cuello de Leonardo. Frank se hallaba tranquilo y sonriente a su lado, mientras los demás chicos se reunían alrededor de él, vitoreándole.

—¡Es Leonardo! ¡Ha vuelto Leonardo!

—Tengo hambre —dijo sencillamente el estudiante de Pisa.

Su deseo fue rápidamente atendido. Mientras Bertho se ocupaba del fatigado caballo. María preparó un cuenco de mejillones, una cazuela de sopa de mariscos y dos cangrejos cocidos.

—A juzgar por lo que veo, vuestra comida está mejorando —murmuró Leonardo con la boca llena—. Pero advierto que vuestro número parece haber disminuido. ¿Qué ha sido de los demás?

El tono de su voz era desenfadado, pero sus ojos escrutaban inquietos el campamento.

—Los hemos perdido a lo largo del camino —explicó Dolf—. Siempre que pasamos por una ciudad, algunos se quedan allí. Esto no es ya una cruzada. Nos hemos convertido en vagabundos profesionales en busca de un futuro.

Leonardo asintió.

—¿Por qué nos has seguido? —dijo Peter formulando la pregunta que todos querían hacer.

—Ah, no había una razón especial —replicó evasivamente el estudiante —. Me he cansado de Pisa y mi padre me ha buscado una esposa que no me gusta. Además Pisa está a punto de lanzarse a otra guerra, esta vez contra Florencia, y como ya sabéis se llevan a filas a todos los jóvenes. No tendría tiempo para estudiar. No me agradaba casarme y menos hacerme soldado. Pensé en llegar este invierno a la corte imperial de Palermo. El emperador Federico es un hombre culto y yo conozco algo importante para él: los números árabes.

Se volvió hacia María y le sonrió.

—Sigues tan bella y tan sana como siempre, querida; pero cuando te he besado, sabías a sal.

—Es una precaución contra la fiebre —explicó Dolf—. Con la piel cubierta de sal es menos probable que te piquen los mosquitos, y la picadura de los mosquitos provoca la fiebre.

—¿Cómo sabes eso?

—Sencillamente, lo sé.

—Pero las picaduras de los mosquitos no son venenosas.

—Estas lo son —replicó Dolf secamente—. El veneno te llega a la sangre y te pone enfermo. Son muchos ya los que han muerto por la enfermedad, y no estaré a gusto hasta que dejemos atrás esta región insalubre.

—Deberías ir también a Palermo —dijo Leonardo con una risa burlona —. Al parecer, el emperador Federico aprecia a los cortesanos de sentido común.

Miró una vez más a su alrededor.

—No veo a Frida por ninguna parte.

—Se quedó en Perusa.

—¡Ah, sí! Oí hablar de la batalla de Trasimeno —dijo Leonardo, al parecer sin preocuparse por el asunto—. Nos visitó un mercader de Perusa, amigo de mi padre, y nos contó la triste historia. También nos dijo que había sido asesinado el jefe de la Cruzada.

—Sí. ¡Pobre Nicolás! —suspiró Frank—. Su alma estará ahora en el cielo.

Leonardo nada dijo, tomó otro bocado y se quedó mirando fijamente a Dolf por encima del fuego.

Un pensamiento cruzó súbitamente por la mente de Dolf: «Leonardo ha creído que me habían matado a mí y ha venido por… ¿por María?».

—Fue horrible —dijo María—. Vi a Rudolf caer bajo los cascos de los caballos y creí que estaba muerto. Traté de llegar hasta él: pero Peter me asió y me alejó de la batalla. Me puse furiosa porque no me dejaba ir en socorro de Rudolf y le arañé en la mejilla; pero él siguió tirando de mí hasta que llegamos al pinar.

Peter observaba silenciosamente el fuego.

—No deberías haberte enojado con Peter, María —repuso Dolf rápidamente—. Te salvó la vida y le estoy profundamente agradecido.

—No quería que me salvaran —replicó María con presteza—. Te vi caer y quería ayudarte…

—No era nada —les interrumpió Peter con voz ronca—. Rudolf es invulnerable. Tropezó y eso fue todo.

—Claro que soy vulnerable —respondió Dolf riéndose—. Todavía tengo cicatrices que lo demuestran. Además pasé tres días más tieso que un leño. Me dolía todo el cuerpo. Pero nunca olvidaré, Peter, que salvaste a María.

—Tú me rescataste del castillo de Scharnitz —repuso Peter quedamente —. Ahora estamos en paz.

—En todo caso, me alegra encontraros a todos con buena salud —dijo Leonardo de repente.

—¡Excepto a Nicolás! —señaló María entristecida—. También asesinaron a Rufus y a Mathilda.

—¿Y qué es del pequeño Simón?

—¡Ah! Radiante de salud y tan entusiasmado como siempre. No habla más que de arrojar a los sarracenos de Jerusalén.

Dolf no entendía aún por qué Leonardo se había reintegrado al ejército de los chicos. Le encantaba tener otra vez consigo a su amigo; pero no lograba comprender por qué Leonardo había preferido las fatigas del camino a los placeres de la vida en Pisa. ¿Había creído realmente que había muerto Rudolf de Amsterdam y acudía para ayudar a María?

Caminaron a través de la Umbría hasta llegar al reino de Sicilia, que constituía casi la mitad de Italia. Tenían la piel asaeteada por enjambres de moscas y de mosquitos y pasaban hambre. A juzgar por su apariencia, la vida de los habitantes de esta comarca de costa baja no era mucho mejor. Parecían enanos esqueléticos y se mostraban desconfiados y hostiles. En varias ocasiones, los chicos se vieron envueltos en escaramuzas. La salud del ejército se deterioraba gravemente. Las ropas les colgaban en jirones de los cuerpos endurecidos. Antes había sido escasa la cantidad de sal que ingerían; ahora resultaba excesiva. La malaria seguía reduciendo su número, y Leonardo los instó a dirigirse hacia las colinas del sur.

Llegaron por fin a la antigua ciudad de Bari, que fue motivo de asombro para Dolf.

Con sus padres no había llegado nunca tan al sur. Por eso no sabía cómo sería la Bari del siglo XX. Había esperado hallar un puertecito corriente, como los numerosos que habían dejado atrás. Otra de esas ciudades que apestan a pescado podrido y donde las vidas de las gentes se hallan a merced del mar. Pero Bari era completamente diferente.

Se trataba de un activo puerto marítimo en constante tráfico con el Oriente. Allí gustaba uno por vez primera el sabor oriental. De la misma manera que en Génova, uno podía cruzarse en la calle con individuos de todas las nacionalidades: árabes de largas y blancas vestiduras y turcos con turbantes; marineros griegos que trataban de engañar al primero que pasaba y persas que traficaban con alfombras y seda. Y la ciudad estaba dominada por su poderoso castillo, una fortaleza romana, sólida e inexpugnable.

Leonardo sabía que, en cuanto llegaban a una ciudad italiana, Dolf se lanzaba a buscar iglesias y catedrales, incurriendo en los hábitos de los turistas del siglo XX. Por eso le dijo que en Bari pasaría los mejores momentos de su vida.

—Ahora podrás probar de nuevo tu piedad, Rudolf. Aquí encontrarás la tumba de San Nicolás.

—¿San Nicolás? —balbuceó Dolf, acordándose de repente del zagal asesinado.

—Sí, el obispo de Mira. Y santo patrón de marineros, viajeros y niños. Hace más de un siglo, veinticuatro marinos robaron sus restos de Mira y los trajeron a Bari. La ciudad está orgullosa de tales reliquias y ha construido una iglesia para colocar sus huesos en un féretro. Dicen que la peregrinación a Bari otorga salud, protección en tiempos de peligro y un corazón resuelto. Y bien necesitamos todo eso.

—Salud —murmuró Frank, que no se sentía nada bien.

—¿Y también valor? —preguntó María—. A mí me hace falta.

—Y necesitamos protección —añadió Peter.

Razón tenían. Lentamente, los chicos empezaban a perder las esperanzas. Se acercaba el otoño, y aunque ya habían llegado a las colinas, que se mostraban secas y bellas, los problemas eran prácticamente los mismos: ¿qué les aguardaba? ¿A dónde podían ir?

Sin embargo, a Dolf le entusiasmó la ciudad. ¡Aquí estaba enterrado San Nicolás o Santa Claus, por darle su otro nombre! San Nicolás, el santo patrón de Amsterdam y protector de los niños, los marineros y los fabricantes de juguetes. ¿Y qué decían de él las gentes del siglo XX? Afirmaban que Santa Claus era una leyenda. Que no había existido.

Bari se mostró muy cordial con los chicos; quizá algo tuvo que ver en esa conducta la influencia del santo. No se les prohibió entrar en la ciudad, aunque los burgueses les pidieron que acamparan fuera de las murallas porque las calles estaban ya superpobladas. Eran bien acogidos quienes deseaban trabajar, los que querían convertirse en tripulantes de cualquier barco o quienes deseaban visitar las mansiones de Dios para recobrar fuerza y valor. Los chicos alemanes, que en su mayoría hablaban ya bastante bien

el italiano, vagaron por las calles en pequeños grupos, boquiabiertos ante el trajín que había por todas partes. Muchos decidieron quedarse en el lugar para probar fortuna.

Dom Thaddeus, María, Dolf, Leonardo, Peter y Frank acudieron juntos a visitar la basílica de San Nicolás. Todos menos Dolf rezaron por el alma del zagal asesinado. El muchacho del siglo XX observaba todo con los ojos de un turista fascinado por lo antiguo y extraño.

La iglesia era magnífica; se trataba de uno de los más bellos templos románicos que había visto. Descendieron a la cripta, donde un féretro de madera labrada, cubierto de flores y de tesoros traídos por los peregrinos, guardaba los huesos de San Nicolás. Dolf no era sentimental y seguía siendo un hombre incrédulo y escéptico del siglo XX. Pero se sintió profundamente emocionado.

Hubo una vez un obispo llamado Nicolás que cuidó de los niños pobres y desamparados, de los viajeros y marineros en apuros. Llevó felicidad y alegría a las vidas de muchos y extendió su mano protectora sobre niños de todas clases: chicos sin hogar y chicas sin medios de fortuna como María, carente de futuro. ¿Era un mito semejante hombre? ¡No! Allí estaba la prueba. Era imposible averiguar a quién habían pertenecido aquellos huesos, ahora ya medio desmenuzados en polvo. Pero Dolf no tuvo duda alguna. De repente creyó en aquel hombre y, como sus amigos, se arrodilló y rezó. Los científicos modernos podían decir cuanto quisieran; pero Dolf creía en la existencia de Santa Claus. En el fondo de su corazón, Dolf le dio las gracias: por su salud, por su fuerza, por la dulce María, por la confianza y la amistad de Leonardo, por la bondad de Dom Thaddeus y por haberlos librado de todos los peligros con que se habían topado en los últimos meses. Pero sobre todo dio las gracias al santo por el simple hecho de que un viajero del tiempo, irremisiblemente perdido, todavía pudiera tener un futuro en algún lugar de este siglo XIII.

En la plaza que se extendía ante la basílica, una cajita pulida brillaba al sol. Nadie había reparado en aquel objeto.

22
Mensaje del futuro

DESPUÉS se dirigieron a Brindisi, ciudad situada a dos jornadas de Bari.

En Brindisi residía el obispo Adriano, uno de los hombres más piadosos y de mejor corazón que han servido a la Iglesia. Fue previamente informado de la llegada del ejército de los chicos; cuando se presentaron desanimados ante las puertas de las murallas apenas eran ya un millar. Adriano estaba preocupado por su suerte. Sabía que habían recorrido una inmensa distancia; pero las dificultades que habían vencido eran superiores a lo que su imaginación podía concebir. ¡Resultaba increíble que fuesen treinta mil a la hora de partir y que sólo hubiesen llegado mil a Brindisi!

La mítica cifra de los treinta mil, inventada en Bolzano, se había difundido por todas las ciudades italianas. Nunca sería puesta en tela de juicio y los libros de historia de épocas ulteriores se referirían a este fantástico número.

El obispo, impulsado por sus sentimientos caritativos, rogó al pueblo de Brindisi que se mostrara misericordioso con los niños. Pero los burgueses se negaron a acoger en sus casas a aquellos chicos desmandados. A éstos nada les importó que les obligaran a acampar fuera de la ciudad; muchas veces les había sucedido otro tanto, y a ellos no les preocupaba vivir ante las murallas de Brindisi o de cualquier otra población, con tal que tuvieran algo que comer. Pero esa despreocupación desapareció cuando por fin se abatió sobre ellos el otoño. Tras un verano muy seco y cálido, el otoño comenzó temprano y con lluvias dianas. Los inmensos olivares de las colinas cobraron una apariencia triste y húmeda. El sol, que había sido su leal compañero de viaje durante tantas semanas se ocultaba ahora tras nubes

cargadas de agua. El viento azotaba las olas a lo largo de la costa y hacía peligrosa la pesca. Temblando de frío, los chicos vagaban por la playa recogiendo los mariscos que el mar arrojaba y adornándose con collares confeccionados con conchas. Bajo la ligera protección que les ofrecían los árboles trataban de hacer castillos de arena que casi inmediatamente derribaba algún aguacero. Tanta agua ahogó todo su entusiasmo.

El obispo Adriano acudió a visitarlos. Al ver su miseria les ofreció refugio en las ruinas de una antigua abadía. Allí podrían acampar hasta que mejorara el tiempo.

Los chicos enfermos de gripe, bronquitis y tuberculosis fueron trasladados a diferentes monasterios de la ciudad. Los demás se instalaron en la derruida abadía y se acomodaron como pudieron. Entre aguacero y aguacero salían a recoger madera con la que fabricaban toscos bancos y mesas. Recibieron también paja para sus yacijas. Vivían como una banda de gitanos y no se moverían de allí hasta que no mejorara el tiempo.

Tenían la impresión de haber llegado al fin del mundo. ¿Qué había después de Brindisi? Nada. Sólo una faja de tierras estériles, casi completamente despobladas. El antiguo camino militar no seguía más allá de la ciudad, y sólo senderos fangosos conducían hacia el sur hasta el extremo de la inmensa península. Si no lograban embarcarse en Brindisi para Tierra Santa, aquel sería el final de la Cruzada, porque más allá no había nada.

Pero el obispo Adriano meneó la cabeza con resolución y dijo:

—Mis pequeños niños, no debéis creer en las promesas de los capitanes. Casi todos son piratas, y es mejor que os mantengáis alejados de ellos.

Como es natural, muchos chicos no tuvieron en cuenta esta advertencia y subieron a las naves.

Por fin cesaron las lluvias y apareció el sol. Inmediatamente los chicos corrieron al claustro de la abadía para secar sus ropas y calentarse. Dolf y Leonardo se sentaron en un banco de piedra cubierto de musgo, frente a las ruinas de la capilla.

—He encontrado algo extraño —dijo Leonardo de repente.

—¿Ah, sí?

En realidad Dolf no le prestaba atención. Le preocupaba el futuro. No creía que pudieran salir de Brindisi y tampoco podían quedarse allí para siempre.

—Mira —dijo Leonardo, sacando del bolsillo una cajita metálica—. ¿Sabes qué es?

Dolf contempló perplejo el objeto.

—Eso es… eso es… —balbuceó—. ¡Eso es aluminio!

—¿Cómo has dicho?

—Aluminio. Un metal muy ligero. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ya te lo he dicho. Lo encontré.

—¿Dónde?

—En Bari, frente a la basílica de San Nicolás. Estaba tirado en la calle; me pareció tan curioso que lo recogí. ¿Y cómo dices que se llama este metal?

—Aluminio. ¿Me dejas verlo?

El corazón de Dolf latía con fuerza. ¿Habían descubierto este metal en el siglo XIII? No lo creía, y desde luego Leonardo jamás había oído hablar de aquello.

Con gran precaución, como si temiera quemarse los dedos, Dolf tomó en sus manos la cajita y la estudió. El cierre estaba muy ajustado y tuvo que introducir su cuchillo para abrirla.

—¡No la rompas! —dijo Leonardo preocupado.

—¡Hay algo dentro!

—Tienes razón. ¡Es un mensaje! —gritó el sorprendido estudiante—. ¡Pero qué pergamino tan fino!

—Es papel —murmuró Dolf.

Su cara había perdido el color.

—No entiendo nada. ¡Esto son letras! ¿Puedes leerlas?

Dolf no dijo nada. Estaba tan aturdido que le bailaban delante de los ojos las palabras escritas a máquina. Pero al menos había una cosa clara: se trataba de un mensaje del futuro. Por fin leyó:

«Querido Dolf: Si encuentras esto, escribe un mensaje en este mismo papel, vuelve a meterlo en la cajita y colócala exactamente en el mismo

lugar en que la encontraste. ¡No alteres la clave que figura abajo! Recuperaremos la cajita veinticuatro horas después de su llegada, estamos tratando de localizar tu situación exacta».

Dr. Simiak.

Al final del papel había una línea llena de números y símbolos. El reverso estaba en blanco para que Dolf pudiera redactar su nota.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Leonardo, repentinamente inquieto.

—Sí… no… ¿Dónde encontraste la cajita?

Dolf podía sentir cómo temblaba todo su cuerpo.

—En Bari, al salir de la cripta de San Nicolás. Estaba tirada en la calle, cerca de la entrada.

—Pero eso… eso fue hace mas de una semana —musitó Dolf desilusionado.

Así que cuando el doctor Simiak trató de recuperar la cajita, ésta no volvió. Dolf inclinó la cabeza, sumido en las emociones más contradictorias: pena, decepción, pero también cierto alivio. Era demasiado tarde; una vez más era demasiado tarde.

Pero ¿cómo había podido averiguar el doctor Simiak que ese día estaría él en Bari? Le zumbaba la cabeza, cerró los ojos y se apoyó contra el muro.

—¿Qué dice? —le preguntó Leonardo sacudiéndole de un brazo—. ¡Rudolf, despierta! ¿Qué significa esto?

—¡Oh, por favor, no me hagas tantas preguntas! —estalló Dolf con lágrimas en los ojos—. Yo…

Se puso en pie de un salto y corrió hacia la abadía. Tenía que estar solo. Se refugió en un oscuro rincón del dormitorio y trató de reflexionar. Había algo obvio: lo estaban buscando. El doctor Simiak trataba de hallarlo en la jungla del pasado y, por un instante, había estado a punto de lograrlo. Dolf tiritó como si tuviera fiebre.

—¿Por qué no hallé a tiempo la cajita? ¿Por qué tuvo que ser Leonardo, que no tenía idea de lo que significaba? Y si la hubiera encontrado yo —se preguntó en completa confusión—, ¿me habría alegrado?

Por extraño que parezca, no estaba seguro. Desde luego echaba de menos su hogar y a sus padres, pero… ¿deseaba verdaderamente volver? ¿Volver a Amsterdam, volver a los tiempos modernos, volver a la escuela?

Miró a su alrededor. Los rayos de sol penetraban por las aberturas del techo e iluminaban el pobre recinto. El sucio suelo estaba cubierto de yacijas de paja y de hierbas secas. Dos chicos se recuperaban de un ataque de malaria y dormían en una esquina. Fuera había otros trabajando y jugando.

Habían comprendido por fin que Brindisi era el final de su viaje. No había lugar alguno al que pudieran ir y tampoco cabía pensar en el retorno. Además llegaba el invierno.

Si Dolf tenía la oportunidad de dejarlos, ¿podría hacerlo? Aún se sentía responsable de ellos. ¿Adónde podrían ir esos pequeños parias y mendigos? ¿Qué futuro podían esperar María, Frank, Peter o Bertho? Manoseó desazonado la carta del doctor Simiak.

—No los he estado protegiendo todo el camino para abandonarlos al final —murmuró para sí angustiado.

Sin razón aparente, pensó en Carolus y se entristeció aún más. El pequeño rey de Jerusalén jamás habría abandonado a sus súbditos, ni aunque le hubieran ofrecido todos los tesoros del mundo.

—Oh. Carolus, ayúdame —musitó desesperado—. ¿Qué debo hacer si llega otra cajita?

No tenía ni idea de que el doctor Simiak seguiría buscándole.

Leyó el mensaje una vez más. La advertencia de no alterar las cifras le inquietaba. Las cifras eran sin duda importantes porque el científico habría enviado diferentes cajitas a diferentes lugares. Pero ¿qué sistema habría empleado? Leonardo había encontrado la cajita cerca de la iglesia de San Nicolás. Dolf supuso que la iglesia debía seguir allí en el siglo XX. Su padre les habría dicho a los científicos que a Dolf le apasionaba visitar iglesias antiguas. ¿Estarían bombardeando con cajas de aluminio todas las iglesias? ¿Cómo podían saber que Dolf se había unido a la Cruzada de los Niños?

De repente lo entendió. El muchacho trasladado al siglo XX en lugar de él. Habrían conseguido comunicarse con él y les habría informado sobre los

chicos que iban en camino de Jerusalén. Se preguntó si en el siglo XX sabrían algo de aquella absurda empresa. El jamás había leído nada al respecto; pero tal vez el doctor Simiak estaba informado de que la Cruzada llegó a Brindisi.

En ese momento entró María y se arrodilló a su lado con semblante de preocupación.

—Leonardo asegura que estás enfermo —dijo quedamente.

Le puso una mano en la frente.

—Si, tienes fiebre.

Dolf ocultó el mensaje y la cajita en un bolsillo del pantalón.

—No, no estoy enfermo —replicó Dolf.

—Hay novedades —le dijo María excitada—. Dom Thaddeus ha recibido un mensaje del obispo Adriano. El obispo ruega a los dirigentes de la Cruzada de los Niños que acudan a verlo mañana por la mañana. Rudolf, tengo miedo de que la gente quiera expulsarnos otra vez.

—No me extrañaría —murmuró Dolf desalentado.

—¿Y adonde podemos ir? ¿Tenemos siquiera la posibilidad de ir a algún lado?

—No lo sé.

—¿Has advertido que también Leonardo está preocupado? Me parece que tampoco él sabe adonde ir y quiere volver a casa. Pero… él no nos dejará en la estacada —murmuró María emocionada—. Lo ha dicho él mismo. Quiere tomar a Frank, Peter y Bertho como criados. Así podría cuidarse de que asistieran a la escuela.

—Sería magnífico.

—Sin duda. Pero ¿por qué te has acurrucado en este rincón? Fuera hace un tiempo espléndido.

De repente, Dolf abrazó a la chica y se quedó mirando las moléculas de polvo que se formaban en torno a los rayos del sol. «Querida María —pensó—. ¿Qué será de ti? No puedo llevarte conmigo a mi siglo».

—¿Por qué lloras, Rudolf?

—No estoy llorando.

Pero lloraba. Era todo tan difícil… Un problema que él no podía resolver. Aquella misma tarde tomó una decisión. Cuando los chicos se congregaban para cenar sacó lo que había encontrado Leonardo y lo mostró a todos.

—Queridos amigos, echad un vistazo a esto. Si en los próximos días halláis una cajita igual, recogedla y no olvidéis el lugar en que la habéis encontrado. Os ruego que me la traigáis inmediatamente.

No acababan de entender y querían ver la cajita milagrosa. Se la pasaron de mano a mano, sorprendidos por su escaso peso.

—¿Qué es esto? ¿Por qué la quieres? ¿Por qué tenemos que recordar el lugar?

Preguntas, preguntas y más preguntas que él no podía contestar.

—¿Es cosa de brujería?

—¡No, no! Las ha perdido alguien de mi país; eso es todo.

—¿Perdido? —preguntó abruptamente Leonardo. Aquel estudiante inteligente no estaba dispuesto a aceptar respuestas ilógicas—. ¿Quién perdería algo así? Sin duda se trata de algo muy precioso.

—Las cajitas sólo son preciosas para quien conoce su significado —replicó Dolf—. Pero Leonardo tiene razón, realmente nadie las ha perdido. Significan de hecho que mi padre me está buscando. No sabe dónde estoy y deja las cajitas porque yo soy el único que conoce su significado. De esta forma trata de hallarme. ¿Entendéis?

—¿Tu padre?

—¡Por favor! Ayudadme —rogó Dolf—. Durante meses os he ayudado. Ahora podéis pagarme esa ayuda. Os ruego que si alguien encuentra una cajita como ésta me la traiga inmediatamente y me indique el lugar exacto en que la encontró. Esto es muy importante para mí.

Los chicos asintieron. No tenían razón alguna para desconfiar de Rudolf de Amsterdam. Sólo Leonardo parecía dudar. Era evidente que desperdigar las misteriosas cajitas le parecía una manera muy extraña de localizar a alguien.

A la mañana siguiente Dom Thaddeus, Dolf, Leonardo, Frank y Bertho acudieron a la ciudad para ser recibidos por el obispo. Peter se fue a pescar

con un grupo de chicos.

Frank y Bertho tuvieron que quedarse delante del palacio, que era un sencillo edificio de piedra. Sólo el fraile, el estudiante y Dolf fueron admitidos a la audiencia. Con el obispo se hallaban su secretario y algunos mercaderes y capitanes de buques.

El obispo Adriano abordó directamente la cuestión. Hablaba latín y sólo lo entendían bien el fraile y el estudiante.

Leonardo traducía para Dolf.

—Es evidente —dijo el obispo— que los chicos albergados en la abadía no pueden proseguir viaje. No existe camino alguno más allá de Brindisi. Además nadie en su sano juicio creerá que los niños puedan cruzar el mar y liberar Jerusalén. Por eso, sólo queda una alternativa: tienen que volver a sus casas.

Dom Thaddeus tomó la palabra:

—Monseñor, vuestras palabras revelan sabiduría y entendimiento; pero el problema es que estos chicos carecen de hogar: son huérfanos y abandonados.

—Ya lo sé —repuso el obispo serenamente—. Además, el regreso sería difícil porque se acerca el invierno. Los pasos estarían cubiertos de nieve antes de que los niños llegaran a las montañas del norte. Pero no pueden quedarse en Brindisi. No nos será posible mantenerlos durante todo el invierno.

Leonardo asintió. Su expresión, de ordinario irónica, era ahora seria. Dom Thaddeus juntó las manos desesperado.

—Sin embargo —prosiguió el obispo— es mi deber de cristiano ayudar a los chicos en la medida de mis fuerzas.

Señaló con una mano a los mercaderes y a los capitanes de las naves y prosiguió:

—Estos hombres son mercaderes y capitanes dignos de mi confianza. Están dispuestos a trasladar a los chicos por mar hasta la República de Venecia. Durante el viaje, los niños se ganarán el transporte con su trabajo. Los capitanes llevarán cartas mías para el obispo y los regidores de Venecia. En esas cartas les pediré que cuiden de los chicos, los alojen en la ciudad y,

en la medida de lo posible, los ayuden a proseguir su camino cuando haya pasado el invierno. Si alguno quiere quedarse en Venecia, se hallará el modo de resolver su caso. Sé que son fuertes y están preparados para trabajos duros, aunque las penalidades del viaje los han hecho un poco indisciplinados…

Se detuvo un momento para cobrar aliento, y Leonardo aprovechó la oportunidad para traducir rápidamente a Dolf los puntos esenciales.

—No conozco otra Solución —concluyó el obispo.

Dom Thaddeus se arrodilló y le besó el anillo.

—Os doy las gracias, monseñor —murmuró—. Que Dios os premie por esto.

—Levántate, Dom Thaddeus. No es a mí a quien debes estar agradecido, sino al Todopoderoso. El me inspiró la forma de resolver tan difícil problema. Las naves zarparán dentro de tres días, y los chicos deben estar dispuestos para entonces. Puedes discutir los detalles con estos caballeros. Adiós. Que el señor os bendiga.

La audiencia había concluido. Dolf se sentía eufórico. Ahora no era ya responsable del ejército de los chicos y tenía libertad para regresar al siglo XX, con tal que…

Frank y Bertho, que habían esperado pacientemente, pudieron escuchar inmediatamente las buenas noticias.

—Pero yo no iré a Venecia —declaró Leonardo rápidamente—. Me dirigiré a Palermo, a la corte del emperador Federico.

Se fueron al puerto con los mercaderes y capitanes para inspeccionar las naves. A Dolf se le antojaron muy pequeñas; pero a Dom Thaddeus le encantó su aspecto: le parecieron navíos muy marineros. Se pusieron de acuerdo sobre el momento de la partida y regresaron a la abadía para decírselo a los chicos.

Dolf no sabía qué hacer. ¿Debía despedirse de Leonardo e ir a Venecia, o quedarse allí con la esperanza de hallar alguna cajita del doctor Simiak?

Leonardo se dio cuenta de su confusión.

—No parece atraerte mucho Venecia. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—No —suspiró Dolf—. Mi padre está buscándome. Si me marcho, nunca podrá encontrarme.

—¿Quieres que te encuentre? —le preguntó el estudiante.

—Sí. Ahora sí.

—Pues quédate aquí y espéralo.

—Sí…, pero ¿y María?

—¿Qué pasa con María?

—Si mi padre me encuentra, me llevará consigo a casa. María no puede venir conmigo. Me gustaría, pero es imposible.

—No es necesario —repuso Leonardo tranquilamente—. María vendrá conmigo.

—¿Lo dices en serio? ¡Oh, Leonardo!

Dolf se quedó un poco sorprendido cuando el estudiante, evitando su mirada, prosiguió:

—¿La has mirado bien, Rudolf? Es la chica más maravillosa del mundo. La llevaré a Pisa, a casa de mis padres, para que se eduque. Luego me marcharé a Palermo con Frank y Peter. Si consigo hallar un puesto en la corte del emperador enviaré a por María y me casaré con ella.

—¿Y si no quiere casarse contigo?

—Claro que querrá, a menos que estés tú allí.

Dolf estaba desconcertado. Por un momento se sintió muy celoso; pero luego comprendió que aquello era lo mejor para la chica. Pronto crecería y se convertiría en una mujer maravillosa: bella, inteligente y cariñosa. Quería a Leonardo casi tanto como al propio Dolf.

—Es tan joven todavía… —murmuró.

—Tiene doce años. Dentro de tres tendrá edad suficiente para casarse.

Dolf sabía que en aquel tiempo era corriente que las chicas, especialmente las de la nobleza, se casaran a los trece o catorce años.

—¿No se opondrá tu familia? María es más pobre que las ratas.

Leonardo sonrió.

—Tiene un corazón de oro, y ésa es la única dote que yo deseo.

Dolf asintió. La pena que lo embargaba se hizo más profunda. Dentro de unos días tendría que despedirse de todos. Dio media vuelta y se alejó

sollozando.

En ese momento se le acercó Frank.

—Rudolf.

—No. Ahora no, Frank —musitó entristecido—. No tengo ganas de hablar.

—Pero…

Dolf siguió su camino. Ya habían llegado a la entrada de la abadía y quería ver a María.

Frank lo cogió del brazo.

—Ayer dijiste que era muy importante.

—¿Qué?

—La cajita.

Dolf se detuvo al instante.

—¡La cajita! —gritó.

El pequeño curtidor sacó un objeto metálico y liviano.

—Te referías a esto, ¿verdad?

Dolf lo cogió con tanta fuerza que Frank se quedó sorprendido.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo he encontrado esta mañana.

—¿Dónde? ¿Puedes recordar dónde?

—En la ciudad. Lo he visto de repente a mis pies, mientras Bertho y yo os aguardábamos fuera del palacio.

—¿A qué hora?

—No estoy seguro. Ya te he dicho que era mientras estabais con el obispo.

«Habrá sido hacia las diez», pensó Dolf. Con dedos temblorosos abrió la caja. En su interior había un mensaje idéntico al de la cajita hallada por Leonardo. Pero las cifras de la parte inferior eran distintas.

—Ya sé que debería habértelo dicho enseguida —dijo Frank disculpándose—; pero cuando salisteis del palacio con las buenas noticias se me olvidó todo.

—No importa. ¿Puedes indicarme el lugar exacto en que la has encontrado?

—Creo que sí.

—Entonces, ven conmigo.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Volver a la ciudad. Quiero saber dónde la has encontrado.

Media hora más tarde se hallaban en la plaza de la catedral de Brindisi. Frank señaló la callejuela que conducía al palacio episcopal.

—Bertho y yo estábamos ahí de pie, apoyados contra el muro. De repente he visto brillar algo, a mis pies. Lo he cogido y…

—Lo importante es el lugar exacto. ¿Estás seguro de que ha sido ahí? ¿No habrá sido un poco más allá o un poco más acá? —le acució Dolf.

Examinó los guijarros irregulares, pero no vio nada más que barro seco, polvo y suciedad. No había indicio que permitiera identificar el punto.

—Estoy seguro de que yo estaba aquí —murmuró Frank—. Sí, porque ese saliente de la pared se me clavaba en las piernas. Tenía los pies aquí, eso es. Y ha aparecido aquí, junto a mi pie izquierdo. Sobre esa piedra roja.

Señalaba al polvo, y Dolf se arrodilló, retiró parte del barro y asintió.

—Tengo que señalar claramente este lugar para encontrarlo mañana.

Miró perplejo a su alrededor. La pequeña puerta que conducía a la secretaría del palacio episcopal le dio una idea.

—Frank, quédate aquí y espérame. Volveré enseguida.

Dolf empujó la puerta y entró en la secretaría. Preguntó por el secretario; tras algunas dificultades consiguió ser introducido a su presencia.

—*Signore* —le dijo en su incorrecto italiano—, he venido a pediros un favor. ¿Podéis prestarme un momento vuestro recado de escribir? He de enviar un mensaje a mi padre.

—¿Sabes escribir? —preguntó el hombre contemplando sorprendido los harapos de Dolf.

Entregó a Dolf una pluma de oca y un cuenco de tinta y observó con asombro cómo aquel harapiento muchacho sacaba algo blanco del bolsillo, mojaba la pluma en la tinta y empezaba a trazar extrañas letras.

—¿Podríais decirme qué día será pasado mañana?

—¿Pasado mañana? ¡San Mateo, claro!

—Ah, sí.

En realidad aquello nada le decía a Dolf; pero supuso que en el siglo XX podrían averiguar de qué día se trataba. En el reverso del mensaje del doctor Simiak escribió:

«Estoy en Brindisi. Puede utilizar las coordenadas que figuran en el anverso. Yo estaré en ese lugar veinticuatro horas después de que usted haya leído esto. No conozco la fecha; pero dicen que es le festividad de San Mateo. Hágame volver. Dolf.»

Apenas tuvo sitio para escribir todo en la hoja de papel, porque se le cayeron varios borrones. Por añadidura, el papel era mucho más fino que el pergamino en el que escribía la gente del medioevo con aquellas gruesas plumas. También hubo de soplar largo tiempo hasta que se secó la tinta.

—¿Es una carta para el obispo? —preguntó el secretario—. ¿Qué clase de pergamino es éste? Es tan pequeño y tan fino…

—Nosotros lo llamamos papel —replicó Dolf evasivamente—. *Signore*, ¿podéis prestarme un momento vuestro tintero?

—¿Prestarlo?

Era un bello tintero de alabastro y Dolf comprendió que el hombre debía experimentar algún recelo. Unió sus manos en gesto implorante.

—Seré muy rápido. Sólo quiero un poco de tinta. Os lo devolveré inmediatamente.

—¿Para qué quieres la tinta?

—Tengo que hacer una cruz ahí fuera.

—¿En la calle?

—Venid conmigo y veréis que no hago nada malo. En mi país es un acto muy piadoso.

—De acuerdo, iré.

Con el tintero en la mano, el corazón rebosante de esperanza y acompañado del secretario, Dolf acudió a donde aguardaba Frank.

—Mirad —dijo.

Se agachó y limpió el pavimento en el lugar previamente determinado. Luego tomó el tintero y vertió cuidadosamente un poco de tinta sobre la piedra. Con el dedo pintó una cruz, sabedor del inmenso respeto que las

gentes de la Edad Media sentían por este símbolo. Luego se puso en pie y devolvió el tintero al asombrado eclesiástico.

—¿Es cierto que en el lugar de donde vienes se realizan en la calle tales ceremonias religiosas? —preguntó.

A Dolf le era imposible explicarle tan extrañas acciones. En consecuencia, se limitó a sonreírle cordialmente, y el secretario se dirigió hacia su despacho. Cuando los dos muchachos se quedaron solos, Dolf se volvió a Frank y le dijo:

—Hemos de esperar a que la tinta se seque.

—Pero ¿qué significa todo esto? —murmuró su amigo—. Te comportas muy extrañamente.

Dolf observaba la cruz. A la mañana siguiente colocaría en aquel lugar la cajita con el mensaje y aguardaría a que desapareciera. Al otro día estaría esperando él y… quizá…

Al cabo de un cuarto de hora probó a ver si ya se había secado la tinta. La frotó primero con las manos secas, después con un poco de saliva; finalmente trató de rasparla con los zapatos.

—Bueno, creo que ya está. Volvamos ahora a la abadía. Gracias, Frank; no tienes idea del servicio que hoy me has prestado.

—¿Era un conjuro, Rudolf?

—No, claro que no; pero quiero volver a casa. Quienes me están buscando verán la cruz y sabrán dónde estoy; ya lo comprobarás.

—Sí —dijo Frank—. Nuestra Cruzada ha concluido.

—Pero fue una aventura maravillosa. ¿No te parece? —dijo Dolf—. Es cierto que pasamos momentos muy malos, pero siempre fue interesante. Me alegra haber participado.

—Y sobrevivido —añadió Frank.

—Sí, eso más que nada —Dolf pasó un brazo sobre el hombro de su amigo—. Frank, nunca te olvidaré, esté donde esté. Siempre pude contar contigo y con Peter. ¿Te vas a quedar con Leonardo?

—No. Peter y yo hemos decidido ir a Venecia con Dom Thaddeus. Queremos seguir hasta el final.

Dolf asintió. Había llegado a experimentar un profundo respeto por la lealtad de estas magníficas gentes de la Edad Media.

Al volver a la abadía advirtieron un gran revuelo. Los chicos, excitados por la idea de ir a la maravillosa ciudad de Venecia, habían empezado a reunir sus cosas. Leonardo y María no estaban allí porque habían ido a la ciudad en busca de un barco que los llevara a Pisa.

A la mañana siguiente, muy temprano, Dolf estaba en la esquina del callejón junto al palacio episcopal. Colocó la cajita de aluminio sobre la cruz y se sentó al lado, resuelto a impedir que nadie le diera una patada o se la llevara. Pasó el secretario y miró a Dolf con gesto de sorpresa. Luego se encogió de hombros y siguió su camino. Dolf siguió aguardando. Miraba el reloj cada pocos minutos. Exactamente a las diez menos cuarto la cajita desapareció.

Dolf continuó mirando en silencio la cruz. Su corazón latía a gran velocidad y, a veces, se saltaba un latido. La cajita ya no estaba allí. El transmisor la había recuperado. ¡Había funcionado! En aquel mismo momento, el doctor Simiak estaría leyendo el mensaje, gritaría de alegría y correría al teléfono… «¡Lo hemos encontrado! ¡Hemos hallado a Dolf! Dentro de veinticuatro horas lo traeremos. ¡Doctor Frederics, cargue el transmisor a toda su capacidad!»

Empezó a levantarse. Había comenzado a llover. Por el arroyo y sobre la cruz fluía agua sucia, pero no importaba. Dolf no conseguía ponerse en pie y emprender el camino de regreso a la abadía. ¡Mañana! Mañana vería de nuevo a sus padres. Mañana…

Hundió la cabeza entre las rodillas y lloró de alivio, dejando que le empapara la lluvia.

—Rudolf de Amsterdam, ¿qué te aflige? —preguntó una voz cordial.

Una mano de consuelo cayó sobre su hombro. Naturalmente, era Dom Thaddeus, que acababa de regresar del puerto, donde había estado haciendo los últimos preparativos para el viaje de los chicos a Venecia.

Dolf se puso en pie.

—Me voy a casa —murmuró—. Por fin me ha encontrado mi padre.

Aferró la mano del fraile.

—¿Podéis imaginarlo? ¡Voy a ver de nuevo a mi madre!

—¿No vienes a Venecia con nosotros?

—Ya no es necesario. Puedo volver a casa. ¿Y qué haréis vos, padre? ¿Seguir con los chicos?

—No los dejaré hasta que el último haya encontrado un lugar o haya regresado sano y salvo a su hogar.

—¡Qué excelentes sois las personas de este siglo!— exclamó Dolf.

—No te comprendo, hijo mío.

—Quiero decir —continuó Dolf, buscando palabras que expresaran lo que sentía— que casi me da pena dejar todo esto.

Trazó con la mano un gesto amplio para indicar las casas, apretadas una contra otra, casi todas de madera; la plaza que se extendía frente a la iglesia y las calles estrechas y los callejones.

—Todo este mundo… cambiará por completo. Y pienso que es una lástima. Siempre creí que ésta era una época magnífica en que se podía ver a caballeros revestidos de sus armaduras y montados en sus espléndidos corceles, a bellas damas y a trovadores. Había esperado ver hermosas iglesias en construcción y procesiones de gremios; pero ha sido todo muy distinto. Apenas he contemplado el interior de un solo castillo, no he presenciado un solo torneo y he tratado de rehuir el encuentro con caballeros armados. Pero he visto los campos, los campesinos, los mendigos y los niños abandonados. A quienes he conocido ha sido a las gentes vulgares, no a los hombres famosos de que hablan los libros. Y las personas que he conocido han sido unas veces crueles y necias; otras, bondadosas y serviciales… He aprendido mucho. También de vos, Dom Thaddeus.

—¿De mí? ¿Qué has aprendido de mí?

—Bondad…, amor al prójimo…, lealtad.

—Ese es nuestro deber de cristianos, hijo mío.

—Pero vos no obráis por obligación, sino por amor.

«Y en los siglos transcurridos —pensó el muchacho— hemos olvidado ese amor. Quizá no del todo. Ahora contamos con leyes sociales que garantizan que los enfermos, los pobres y los inválidos no se morirán de hambre, como aquí, en el siglo XIll. Pero ¿qué hemos hecho del amor, de

ese amor sencillo y casi oculto que practica Dom Thaddeus? Lo hemos perdido y reemplazado con impresos por triplicado.»

Dolf apenas pudo dormir aquella noche. Inquietos pensamientos rondaban su mente. A veces dormitaba un rato; pero el temor a no despertar a tiempo le producía una inquietud cada vez mayor. Se levantó al romper el día. A la débil luz de aquel momento miró a María, que dormía sobre un jergón de paja. Ya le había dicho adiós la noche anterior. Fueron unos momentos muy duros. Y Dolf advirtió que la cara de la chica estaba bañada en lágrimas. Pobre María…

Luego observó a Leonardo, que dormía encogido como una gamba; a Frank y a Peter, al pequeño Simón. Tomó su chaqueta y la extendió con cuidado sobre Frank. Besó dulcemente a María en la frente; pero ella no se movió. Durante largo tiempo miró a Leonardo mientras escuchaba los ronquidos de Dom Thaddeus. Su corazón rebosaba de emoción.

—Adiós —murmuró, y abandonó el dormitorio. El relente de la madrugada le hizo tiritar. Los cuatro centinelas a la puerta de la abadía lo miraron sorprendidos.

Dolf se llevó un dedo a los labios y musitó quedamente:

—No digáis a nadie que me habéis visto partir. Adiós y Que tengáis buen viaje hasta Venecia.

Luego, completamente solo, tomó el camino de Brindisi.

23
¿Funcionará?

Llegó muy temprano, demasiado pronto. Las viejas que acudían a la primera misa daban un rodeo en torno al muchacho que, sentado e inmóvil, apoyaba su mentón en las rodillas. Se hallaba sobre la cruz y observaba la plaza de la catedral. Le fascinaba la visión de una ciudad que empezaba a vivir. Los mercaderes alzaban sus tenderetes y los prestidigitadores llamaban a los viandantes. Muchos vestían sus mejores ropas como si fuera domingo. ¿No era día de trabajo?

Aguardó. La plaza y las calles empezaron a llenarse de hombres, mujeres y niños. Bullían por todas partes buhoneros, acróbatas y rateros. Vio marineros, árabes inquisitivos, soldados y mendigos. ¿No llegarían nunca las diez menos cuarto?

Miró su reloj y comprobó con sorpresa que señalaba las cinco menos cuarto. Eso era imposible. Agitó irritado la muñeca, escuchó y no oyó nada. Durante meses le había servido fielmente. Pero ahora, precisamente en la mañana en que más importante era saber la hora exacta, se había parado.

Cualquiera que hubiera vivido unos meses en la Edad Media habría acabado por ser supersticioso. Dolf sintió de repente que algo iba mal, que fallaría el transmisor o que lo llevaría a cualquier otro lugar, o que sucedería algo inesperado como en Espira, o…

Perdió toda la confianza. El sol asomaba sobre las casas y bañaba la plaza de una luz dorada. Dolf sintió calor. Se quitó el jersey y lo arrojó al polvo. Se puso en pie. Sólo vestía su descolorida y ajada camisa y los deshilachados vaqueros. La gente tropezaba con él, le increpaba por no

hacerse a un lado. ¿Adónde iban todos? Parecía que la población entera se estaba congregando ante la catedral.

De seguro que no habían acudido para ver esfumarse a un extranjero. Alguien puso una moneda en su mano. ¡Creían que era un mendigo! Sin embargo, se la guardó en el bolsillo. La atmósfera de la ciudad se henchía del tañido de las campañas. ¿Qué pasaba? ¿Se trataba de un funeral importante? ¿O tal vez de la boda de un noble?

¡No! ¡Era el día de San Mateo! Quizás era una fiesta religiosa importante, con procesión y feria…

Dolf miró preocupado a su alrededor. Sus pies se apoyaban exactamente en la cruz. Estaba resuelto a que nadie lo moviera de allí. El callejón estaba ya repleto de personas que miraban en dirección a la catedral como si estuvieran aguardando algo.

Dolf comenzó a sentirse molesto por el constante repicar de las campanas. Se afirmó sobre el suelo y miró a sus pies para asegurarse de que se hallaba en el lugar preciso. Cuando elevó de nuevo la vista vio que salía de la catedral una procesión. Iba encabezada por el obispo Adriano que, revestido de capa pluvial, caminaba bajo un palio sostenido por muchos muchachos vestidos de blanco. Lo seguía una columna de sacerdotes, acólitos y muchachas con vestiduras blancas. Portaban relicarios. Sobre sus cabezas se mecía una talla de madera de la Virgen colocada en unas andas. La imagen se hallaba adornada de joyas. Al verla, Dolf recordó a Hilda. Las gentes de la plaza y de las calles se arrodillaron en el polvo.

«Dios mío, espero que no vengan por aquí —pensó Dolf—. Querrán que me aparte y no puedo hacerlo. Tengo que seguir aquí. Ya debe estar cerca el momento».

La procesión se aproximaba lentamente. La multitud empezó a presionar contra él. Le temblaba todo el cuerpo; pero se mantuvo en su sitio.

—¡Allí está Rudolf! —gritó una voz familiar—. Su cabeza y sus hombros destacan por encima de los demás.

Fingiendo no haber oído, cruzó las manos a la espalda y levantó la cabeza para mirar el cielo azul. El día era magnífico.

—Aprisa —rogó en silencio—. No debo permitir que me echen a un lado.

—¡Rudolf! —oyó gritar a alguien sobre los cantos de la procesión.

Reconoció la voz de Peter. Probablemente muchos de sus amigos se hallaban entre la muchedumbre; pero no quería verlos.

—¡Rudolf! —era la voz de Leonardo, que se encontraba a sus espaldas.

—¡Vete! —susurró Dolf.

Rezó para que no estuviese allí María.

La procesión estaba ahora a menos de cinco metros de distancia. Como era de esperar, tomó aquella calle, en la que se encontraba el palacio episcopal. Ahora Dolf se hallaba casi frente a frente al obispo Adriano, que alzaba sus manos, bendiciendo a la multitud. Se arrodillaron todos menos Dolf, quien se sentía como si el corazón fuera a escapársele del pecho.

—¡A un lado! —le gritó una voz en el dialecto de Brindisi. Alguien que portaba una alabarda empujó y extendió una mano hacia él.

—Abre paso…

—¡No! ¡Dejadme! —gritó Dolf frenético.

De repente se ennegreció todo ante sus ojos. Sintió que una mano lo aferraba de un brazo y tiraba de él. Se resistió con todas sus fuerzas, luchando y gritando.

—¡Dejadme! ¡Quitadme las manos de encima!

Pero aquellas fuertes manos no lo soltaron. En sus oídos resonó un rugido que ahogó el tañido de las campanas.

—¡No! —chilló—. ¡Tengo que seguir en la cruz!

—Dolf…

—¿Quién le llamaba Dolf? El era Rudolf Hefting, de Amsterdam.

Parpadeó. Tiró de las manos que lo sujetaban y agitó los brazos en el aire, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Vete al infierno! ¡Ayúdame, Leonardo!

Buscó desesperadamente su cuchillo y mostró sus dientes…

Una voz aguda perforó su cerebro:

—¡Oh, no! ¡Es otro campesino!

Súbitamente comprendió que la voz y el lenguaje en que habían sido expresadas aquellas palabras le resultaban extrañamente familiares. La niebla se disipó, las manos lo soltaron y él vaciló. Rápidamente miró hacia abajo en busca de la cruz. ¡Había desaparecido!

Bajo sus pies se extendía una superficie mullida y verde. Sintió calor y voces que penetraban; por sus oídos.

—Es él; es Dolf…

Ya no se oía el repique de campanas. Abrió poco a poco los ojos y vio la cara de una mujer, una mujer extraordinariamente alta cuyos ojos grises lo escrutaban con ansiedad. Era consciente de la presencia de otras personas, curiosamente vestidas, que también lo miraban. ¿No eran aquéllos los ojos de María? No; pero él los conocía muy bien. La extraña lengua resonaba en torno a él como un torbellino, y entendía cada palabra. Sacudió la cabeza para que cesara de darle vueltas.

—Dejad que se recobre.

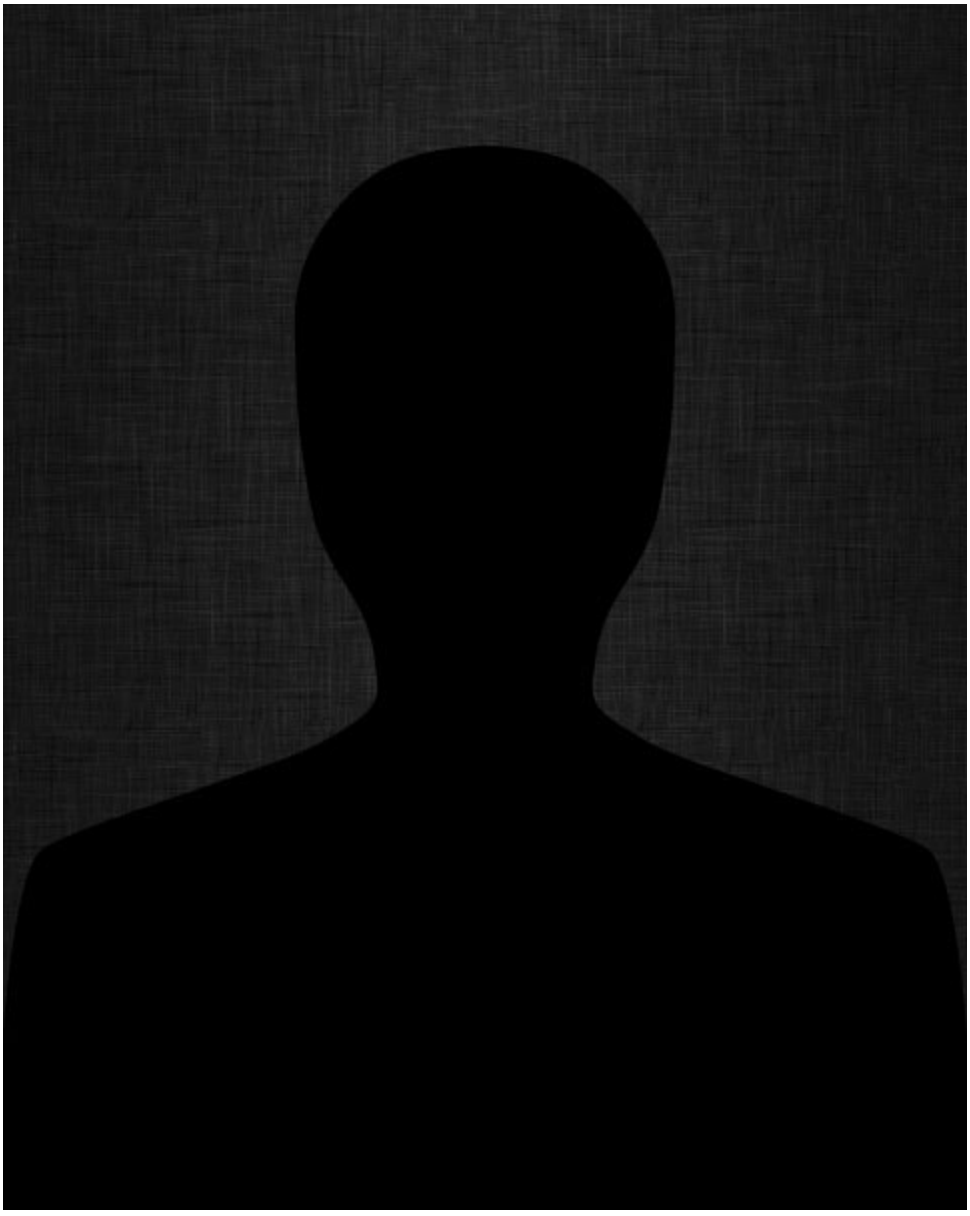
—¡Dios mío! Parece que se siente mal.

—Es el choque…

—Dolf…, mi querido Dolf…

Entonces advirtió que se hallaba de pie y que empuñaba amenazadoramente su cuchillo. La mujer que sollozaba se le acercó con gesto fatigado y le tocó ligeramente el brazo. Poco a poco se percató de la realidad. Estaba en el laboratorio del doctor Simiak. La mujer de bellos ojos grises era su madre. El hedor que podía percibir procedía del transmisor de materia, medio fundido, y el hombre que cariñosamente lo condujo a una silla era su propio padre. El cuchillo cayó de su mano sin fuerzas y se clavó en el suelo, vibrando.

Rudolf de Amsterdam estaba en casa.



NOMBRE DEL AUTOR.